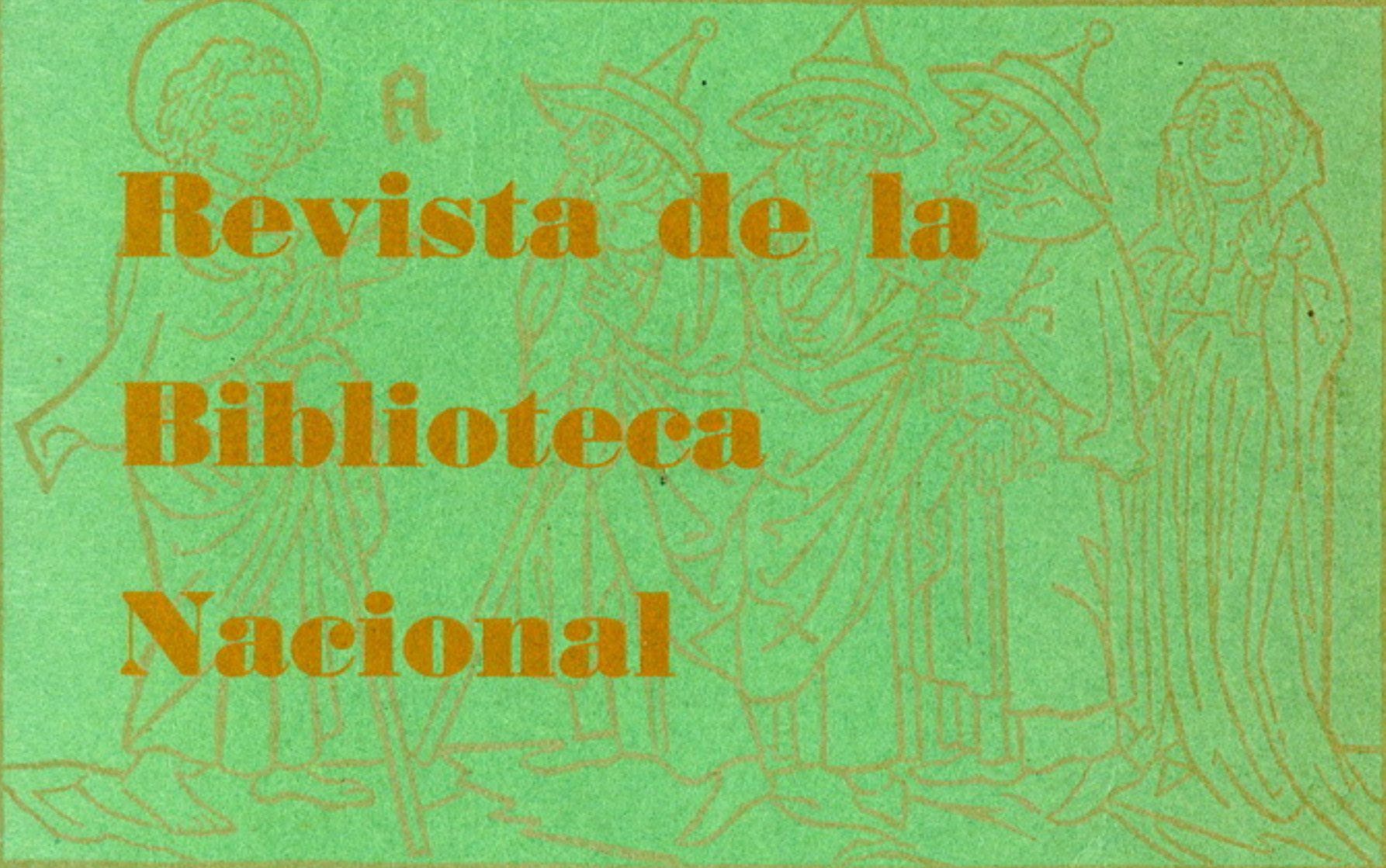


Conuersi ab idolis per predicacionē bñ Johannis drusiani & ceteri

A
**Revista de la
Biblioteca
Nacional**



Sto Johanes luphano

cultores ydolo explorares frae?



LA HABANA, CUBA

00000005

SEGUNDA SERIE - Año VIII. No. 2

ABRIL - JULIO

Revista de la Biblioteca Nacional

BAJO LA DIRECCION

DE

Lilia Castro de Morales

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

LA HABANA, CUBA
Impresores, CARDENAS Y CIA.
1957

Ve la luz este nuevo número, pletórico de esperanzas en el futuro que se avecina. Nos encontramos en plena actividad para trasladar el acervo cultural que posee la Biblioteca Nacional, al soberbio edificio construído especialmente para albergar la Institución.

De plácemes los investigadores. Pronto dejarán de sufrir las incomodidades y molestias que por espacio de largos años han confrontado, con las inadecuadas instalaciones padecidas por nuestro máximo centro bibliotecario. En el nuevo edificio podrán realizar sus trabajos a plenitud. Contarán para ellos con todos los adelantos modernos que requiere un establecimiento de esta índole.

El celo y la constancia de la Junta de Patronos que preside el doctor Emeterio S. Santovenia y la cooperación prestada en todo momento por el Gobierno, ha hecho posible este acontecimiento, que será de gran beneficio para la cultura cubana.

La Dirección de la Revista de la Biblioteca Nacional, se complace en hacer llegar esta grata nueva a los intelectuales cubanos, que tan generosos se han mostrado siempre con la Institución.

VIGENCIA DEL AYER

La Voluntad de Dios,
comedia en dos actos y en verso.

1867.

Manuscrito de D. Aurelii Castillo.

"LA VOLUNTAD DE DIOS"

(Comedia en dos actos y en verso de
Doña Aurelia Castillo, escrita en 1867).

(Se ha respetado la autografía de la autora).

PERSONAS:

Justina (hija de)

Don Carlos.

Manuel.

Federico.

(La escena en Pto. Príncipe. Epoca, la actual),

ACTO PRIMERO

(Sala amueblada con lujo de una posesión campestre de Don Carlos: un jardín en el fondo, a la derecha una puerta conduce a las habitaciones de Justina, a la izquierda otra que lleva a las de don Carlos)

Escena Primera.

Justina y Don Carlos.

D. C.— No adivinas quién será?

J.— No, papá.

D. C.— ¿Pues qué, Justina
su pasión constante y fina
no has traslucido tu ya?

Como adición al trabajo editado por la Biblioteca Nacional titulado *Biografía del Teatro Cubano*, compilada por José Rivero Muñiz, la "Revista de la Biblioteca Nacional", publica la presente comedia inédita de la insigne poetisa camagüeyana Aurelia de González: "*La Voluntad de Dios*", escrita por su autora en 1877.

¿No has visto sus atenciones
y su asiduidad prolija?

J.— Poco mi atención se fija
en si inspiro o no pasiones.

D. C.— Cual fenómeno estupendo
hija, es preciso exhibirte;
y aunque me complace oírte,
como a tu bien solo atiendo,
preciso es que te haga ver
el amor de Federico
que es honrado, noble y rico
y te quiere por muger.
Hoy con profunda emoción
tu mano ha solicitado,
y aguardando lo he dejado
por saber tu decisión.
¿Le amas tú?

J.— No sé, papá,
más me figuro que nó;
que si el alma no sintió,
comprende el amor quizá.

Me han dicho que el amor es un destello
que ilumina del hombre la existencia;
la flor cuyo matiz es el más bello,
la de más pura, embriagadora esencia;
el canto más metódico y sencillo,
la rutilante estrella de más brillo.

Que de la virgen los modestos ojos
al fijarse en el ser idolatrado,
se bajan con castísimos sonrojos

La generosidad del destacado polígrafo José Conangla Fontanilles, quien donara a esta Institución el manuscrito original, ha hecho posible la publicación de esta curiosidad literaria.

Nació Aurelia Castillo de González en Puerto Príncipe (Camagiüey), el año de 1842. Viajó por Europa, residiendo cierto tiempo en Almería, para regresar después a su patria y fijar residencia en Ciego de Avila. Cultivó con

por ocultar su brillo inusitado;
que el rubor sus mejillas enrojece;
que trémula y ardiente desfallece.

Que ante su vista el mundo se evapora
y a otro mundo de luz y poesía,
por mágica deidad encantadora
se siente transportar con alegría;
y allí aspiran los dos en su delirio
de la felicidad el blanco lirio.

Que si el mundo envidioso de su dicha
intenta separarlos con dureza,
quizás al golpe de la cruel desdicha
logre abismarlos en mortal tristeza;
mas al mirar el mal, que los acecha,
unidos lloran y su unión se estrecha.

Así el amor, padre mío,
he llegado a comprender;
no sé que debo creer,
si es un bello desvarío
o un verdadero placer.

Mas lo que sí os aseguro
es que jamás he sentido
ese encanto indefinido,
ese misticismo puro
que la mente ha concebido.

Cuando oigo frases de amor
nada nuevo experimento;
de Federico el acento
no me produce rubor,
ni tristeza ni contento.

gran éxito la prosa y el verso, habiendo comenzado su vasta producción literaria en 1866, con la composición "En la muerte del Lugareño". Por su semejanza en el estilo poético, se la llamó "el Milanés del bello sexo".

Colaboró en numerosas publicaciones periódicas como: la "Revista de Cádiz", el "Eco de Asturias", en "Crónica Meridional", de Almería, en "Revista de Cuba", en "El Progreso", en "La Familia", el "Triunfo", "La Luz" y otros.

Así, papá, yo sospecho
que el amor que solicita
aún no ha nacido en mi pecho
y la cordura me incita
a no consumir ese hecho.

D. C.— El amor que me has pintado
romántico es por demás,
y aunque en edad avanzado
te aseguro que jamás
tal cosa he experimentado.

Con tu madre me casé
exento de ese gran fuego,
y el amor que en ella hallé
y el aprecio hicieron luego
que la idolatrara ciego.

Así también, hija mía,
adorarás a tu esposo;
y ese amor dulce y hermoso
os colmará de alegría
y os dará feliz reposo.

Los amores novelescos
producen fiebre moral
que es a la del cuerpo igual
en delirios romancescos
y en zozobra perenal.

Deja pues esa quimera
y vuelve a la realidad,
que solo hay felicidad
donde libremente impera
la majestuosa verdad.

De su vasta producción citaremos entre los artículos en prosa los titulados "Reflexiones sobre la conciencia", "La mujer cubana", "Influencia de la moda en la mujer" y "Biografías americanas"; pero lo que la hizo alcanzar gran renombre literario fué la composición de finas e intencionadas fábulas moralistas, escritas con bella sencillez y profunda reflexión. De ellas mencionaremos "La manzana de Newton", "La zarza y el labrador", "Las dos nubes",

J.— Mas Federico a mi ver
también de amores se inclina
hacia mi prima Celina.

D. C.— Es hombre y ella es mujer,
pero todo eso es pamplina:
esa niña es muy ligera
y él no la puede estimar.
Conque, hija, voy a llevar
la contestación que espera.

J.— Qué respuesta vais a dar?

D. C.— Que aceptas. No te complace?

J.— No me causa gran placer;
mas puesto que os satisface
y habéis hecho comprender
que el amor mas bello nace
en el altar del deber;
ya que el amor que entreví
hermoso y fascinador
solo es un sueño traidor,
haced, padre mío, de mí
lo que os parezca mejor.

(Don Carlos la abraza con satisfacción y se vá
por la izquierda).

Escena Segunda

Justina.

J.— No me han convencido mucho
las razones de papá;
mas yo soy niña ignorante

“La palma y la encina”, “El filósofo y el oro”, “Las piedras y el corcho”, “El buzo y la esponja”, “El jilguero y el oasis”, “El canario y la jaula”, “El ruiseñor y la hormiga”, “La araña y la mosca”, “La ola y la roca”, etc.

La Biblioteca Nacional posee las siguientes obras de esta ilustre escritora:

1. Biografía de Gertrudis Gómez de Avellaneda y juicio crítico de sus obras, por Aurelia Castillo de González. Habana, imp. de Soler, Alvarez y Cía., 1887.

y él, hombre de alguna edad
debe conocer el mundo
y lo que dice sabrá.
y amándome como me ama
querrá mi felicidad.

Además como en la turba
que me asedia sin cesar
no me ha inspirado ninguno
de mi amor el ideal,
ni ninguna haga siquiera
mi corazón palpitar,
juzgo que mi dulce ensueño
fué un delirio, nada más
y que a mi esposo amaré
como me dice papá.

(Se sienta, toma un libro que habrá sobre
una mesa y lee)

Escena Tercera

Dicha y Manuel (por el fondo vendrá en traje de caza y al
entrar deja la escopeta junto a la puerta)

M.— (Puede ser que en esta casa
encuentre hospitalidad.
A vuestros pies, señorita.

J.— Beso la mano, señor.

M.— (¡Qué muchacha tan bonita!)

J.— (¡Qué joven tan seductor!)
Tomad asiento.....

M.— (sentándose) Mil gracias.

-
2. "Cuentos de Aurelia". Habana, Rambla, Bouza & Cía., 1912.
 3. Escritos de Aurelio Castillo de González... y algunos de Francisco González del Hoyo. En apéndices, cartas de los señores Rafael Montoro, Manuel de la Cruz, Manuel Sanguily, Dulce María Borrero de Luján y Max Henríquez Ureña. Habana, Imp. "El Siglo XX", 1913.
 4. "Escritos de Aurelia Castillo de González". Habana, Imp. "El Siglo XX", 1913.

J.— Y decid a que debemos
el honor

M.— A mis desgracias;
mas los hombres no sabemos
los arcanos del destino.
En estos campos cazando
ha tiempo perdí el camino,
y ha tiempo lo voy buscando.
Aburrido y fatigado
a cada vuelta que daba
más y más desorientado
en el bosque me encontraba.
Siguiendo un sendero incierto
ví esta casa en la espesura,
como quien vé en el desierto
un oasis de verdura.
Entonces eché a correr
hacia mi divina estrella
y en lugar de humano ser
encuentro un ángel en ella.
Angel de adorables gracias
que me recibe risueño:
ved pues como mis desgracias
se han trocado en dulce ensueño
Caminando al paraíso
maldecía mi destino
que conducirme aquí quiso
a ver ese angel divino.

J.— El perdido navegante
siempre encuentra el puerto hermoso
y hasta su último habitante
de aspecto maravilloso.

-
5. "Fábulas" de Aurelia Castillo de González, con un prólogo de Patrocinio de Biedma. Cádiz, Tip. "La Mercantil", 1879.
 6. "Fábulas" de Aurelia Castillo de González. 2ª ed. Habana, Rambla & Bouza, 1910.
 7. "Trazos guerreros y apoteosis". Dibujos de la Srta. Angeles Adam... Habana, Imp. "La Mercantil", 1903.

M.— Mas pronto reaparece
del criterio la verdad,
y solo bello parece
lo que es bello en realidad.

J.— (¡Su mirada me fascina!
¡Ay, desdichada de mí,
mi existencia se ilumina,
más es tarde, tarde, sí!)

M.— En vuestro semblante miro
que mi osadía os irrita;
perdonad ya me retiro;
olvidad esta visita.

J.— Pues no me habéis ofendido
perdonaros no podría:
si en mi rostro cambio ha habido,
ignoro lo que sería.
Y para que no dudéis
que lo que os digo es así
os suplico que os quedéis
a pasar la noche aquí.

M.— Y yo acepto con placer
y de gratitud colmado,
que de una hada el poder
me retiene encadenado.

J.— Al galante cazador
pide permiso la hada
para traerle al señor
de la mansión encantada.

8. "Un paseo por Europa". Cartas de Francia. (Exposición de 1889) de Italia y de Suiza. Pompeya... Habana, 1891.
(En el mismo volumen):
"Un paseo por América". Cartas de México y de Chicago. Habana, La Constancia, 1895.

Murió en su ciudad natal el 6 de agosto de 1926.

M.— Evitadme los enojos
de una larga ceguedad,
que al faltarme vuestros ojos
me quedo en la oscuridad.

J.— (¡Al sentir lleno el vacío
del corazón, me estremezco!
Por qué le he visto, Dios mío,
si ya no me pertenezco!)

Escena Cuarta

Manuel

M.— ¿Qué mudanza misteriosa
se opera en esa criatura?
¿porqué baja ruborosa
su frente anjélica y pura?

Hace un momento reía
con infantil inocencia
y en sus ojos se veía
de un lago la transparencia

Como un ángel sosegada
erguía su linda cabeza,
y en un instante agitada
la vi inclinar con tristeza.

El angel en mi presencia
se ha convertido en muger
¡De mi amor la pura esencia
habrá animado su ser?

Escena Quinta

Dicho y Federico

F.— Aquí sin duda encontraré a mi amada.
¡Como, Manuel ¿tú aquí? De tu llegada
ni una palabra has dicho al buen amigo
Eres ingrato por demás conmigo.

M.— Dos dias solamente ha que he llegado
a nuestro Camaguey idolatrado,
y supe que en el campo te encontrabas
donde goces al alma procurabas.

F.— Y el destino ha colmado mi deseo:
mas ya te contaré. Y este paseo
has dado para verme?

M.— No a fé mia.
Vine en la caza a entretener un día,
cazando me extravié
y después de gran rato aquí me hallé.

F.— Pues a casa de amigos has venido
porque siéndolo mio muy querido,
lo serás de seguro
de mi suegro futuro.

M.— (¡Dios mio, si será!.....)

F.— ¿Qué te sucede?

M.— Que no atino quien puede
hacer que el calavera descreído
se convierta en marido.

F.— Es una niña que enloquece a muchos;
igualmente a los lerdos que a los duchos;
de quien te juzga hoy el predilecto
y mañana te niega todo afecto.

M.— ¡Por Dios que lo que dices no me esplico!
¿Deliras, por ventura, Federico?

F.— De mi historia un retrato fiel, suscinto
pronto te echará del laberinto.

M.— Ya te escucho.

F.— Tú sabes que en la Habana
perdí a mis padres en edad temprana;
que de cuantiosa herencia me vi dueño
y loco al mundo me lancé risueño.
Como sucede siempre, con presteza
la fama se estendió de mi riqueza,
y en cada hombre me encontré un hermano
que me estrechaba con ardor la mano.

Cuantos placeres el delirio inventa
llenaron mi existencia turbulenta;
mas presto una pasión dominadora
en mi alma reinó como señora;
del fuego la embriaguez me trastornó
y pronto mi fortuna disipó.
Dejar la Habana entonces resolví
y a mi suelo natal me dirijí,
de rico con el nombre y pretensiones,
pero sin los bellísimos doblones.
Todas las casas para mí se abrieron
y todos con placer me recibieron,
no sé si por honor a la persona
o a la fama de rica que le abona.
Rehacer mi fortuna procurando
y la lección del mundo aprovechando,
a mi vez dí a las niñas mas brillantes
de abnegación y amor pruebas constantes.
Por último fijé mis baterías
ante dos que ostentaban pedrerías:
la locuela y simpática Celina
y su prima la cándida Justina.
Tal vez me inclino más a la primera
que me acoge también mas placentera;
pero una circunstancia me detiene,
y es que ésta todavía nada tiene.
Justina aunque conserva aun su padre
ha heredado bastante de su madre;
mientras la otra espera
a que una tía acaudalada muera.
Esta señora anciana y achacosa
ha tiempo tiene un pié dentro la fosa,
mas por mirarme a mi en terrible potro
se resiste a poner también el otro;
y temiendo que al fin todo se sepa
y se lleve mis cálculos Pateta
hoy he pedido al padre, de Justina
la mano nacarada y *argentina*.

M.— (¡Es ella a no dudarlo, y este necio especula con joya de tal precio!)

F.— Con júbilo don Carlos ha accedido y Justina también ha consentido.

M.— (¡Ah, cómo al alma esa palabra hierre!
¡Nacida apenas mi esperanza muere!)

F.— Ya comprendido habrás quien ha traído al audáz calavera a ser marido:
la baraja es, amigo, la doncella que me hace abandonar mi vida bella.
Mas tu rostro otra vez se ha demudado ¿qué tienes, estás malo?

M.— No, indignado.....

Escena Sexta

Dichos, Justina y Dn. Carlos.

J.— (Ya no me queda esperanza,
la palabra está empeñada)

M.— (Su vista me causa pena.)

D. C.— Caballero, en esta casa (a Manuel)
a que os trajo la ventura
tendréis acogida franca.....

M.— Mil gracias.....

F.— Y como amigo
al doctor don Manuel Daza
presento en ella.

D. C.— ¿Al señor,
conoces?

F.— De fecha larga.

D. C.— Celebro el feliz encuentro.
Caballero, como os plazca
disponeis aquí de todo.

M.— Os agradezco en el alma
tan benévola acojida

D. C.— El descanso os hará falta;
venid a dejar ahí dentro
los utensilios de caza.

Escena Septima

Justina y Federico

F.— Al fin, Justina mía
a sola puedo hablarte
y del alma espresarte
el intenso placer!
Porqué bajas los ojos
en que me abraso ardiente?
Porqué tu casta frente
miro palidecer?
Benigna has respondido
a mi amoroso ruego,
y ante tus plantas, ciego
me vine a posternar;
mas a mi inmenso júbilo,
a mi amante terneza
opones tu tristeza,
qué causa tu pesar?

J.— Quizás del himeneo
me asustan los deberes,
que todas las mugeres
no alcanzan a llenar.

F.— Temores que te infunde
tu modestia divina;
quién como tú, Justina
segura puede estar?
Desecha esas ideas
que nublan tu semblante,
y sonrío a tu amante
con plácido candor:

que al fuego de dos almas
las nieblas se deshacen
y perfumadas nacen
las rosas del amor.

Por un corto momento
me ausento de tu lado,
mas presto, dueño amado
vendré donde mi amor.

Que entonces esos ojos
luzcan su brillo suave,
que en tu frente no grave
sus huellas el dolor.

Escena Octava

Justina

J.— ¡Desdichada de mí, no puedo amarle!
¡Qué porvenir me aguarda tan oscuro!
Se oprime el corazón al escucharle
y vanamente sonreír procuro!
Y cómo lo he de amar si a mi despecho
al soplo ardiente de otro ser amante,
una llama purísima en mi pecho
en su holocausto se elevó brillante?
¡Si su mirada atrajo mi mirada,
si sonrisa provocó la mía;
y al ver su frente de dolor nublada
nubló mi frente la melancolía!
No, no nace este amor hermoso y tierno
a la voz imperiosa del deber;
nace espontáneo, misterioso, eterno
de otra alma hermana al mágico poder.
Dormido el corazón en su inocencia,
sus profundos misterios ignoraba,
y esclavisé mi mísera existencia
sin pensar que a la muerte me entregaba.
Celestial y dulcísimo un acento
de su letargo despertarle pudo:
sintió la vida, palpitéo violento;

mas hirióle ¡ay! al punto dolor rudo.
Porque huir me mandaba cruel honor
de la mirada que arruinó mi vida,
creadora en mi alma del amor,
mirada que jamás, jamás se olvida.
Que ese astro hermoso apareció en mi cielo
para brillar como fugaz meteoro,
sin que me quede al ménos el consuelo
de haberle dicho con placer: ¡te adoro!
Mas qué me importa? como rica esencia
en mi pecho su amor irá guardado,
consagrando en secreto mi existencia
al culto del recuerdo idolatrado.
Y al mirar las estrellas de luz suave
sus dulces ojos me darán contento,
oiré su voz en la armonía del ave,
me embriagaré en las flores con su aliento.
Por él mi corazón estremecido
sintió de amor la vibración primera;
por él al borde del sepulcro, herido
dará de amor la vibración postrera!

ACTO SEGUNDO

(La misma decoración del primero)

Escena Primera.

Justina y Dn. Carlos.

- D. C.— En tu boca era constante
la risa de la alegría;
hoy una nube sombría
oscurece tu semblante.
- J.— Será aprehensión.
- D. C.— No lo creo.
Si sonríes por ventura
que hay en tu risa amargura
con profundo dolor veo.
- J.— ¡Padre mío!

- D. C.— Vamos, dime
qué disgusto te incomoda.
- J.— Papá.
- D. C.— Habla
- J.— Es que esa boda
serios temores me imprime
- D. C.— Porqué?
- J.— Porque no le quiero.
- D. C.— Volvemos a esa porfía?
eso es una niñería;
el matrimonio es primero
el amor vendrá después.
- J.— Yo creo que nunca vendrá.
- D. C.— Y al fin que falta te hará?
indispensable lo crees?
- J.— Y porqué me he de casar
si a ello nada me incita?
- D. C.— Porque el novio que hoy te invita
siempre no es fácil de hallar.
Su conducta es intachable,
su fortuna fabulosa.
- J.— Eso para mí no es cosa.
- D. C.— Pues es la más apreciable,
que proporciona el dinero
apacible bienestar
en el que suele brotar
el afecto duradero.
- J.— Afecto tibio y mezquino
como en la cuna en que nace
que al alma no satisface
porque es de origen divino.

D. C.— Al oírte me sorprendo,
ayer la razón oíste
y a ella risueña cediste;
tu mudanza no comprendo.
Piensas, acaso faltar
a la palabra empeñada?

J.— La considero sagrada,
tranquilo podéis estar.

D. C.— Confío en tu rectitud,
y tu suerte no me inquieta
que a su esposo ama y respeta
la que tiene tu virtud.
Conque ¡partimos mañana.....
pues Federico desea
que este matrimonio sea
cuanto antes.

J.— (¡Suerte tirana!)
así tu rigor separa
dos unidos corazones?

D. C.— Voy a dar disposiciones.....

J.— (¡Mi muerte es lo que prepara!)

Escena Segunda
Justina

J.— Ya de mi corazón la hermosa flor
destroza el vendabal enfurecido,
sin que el suave perfume ni el color
por el curso de tiempo haya perdido;
sus hojas arrebatada con furor
y las arroja a un páramo encendido;
mas no puede impedir con su violencia
que guarde el tallo la divina esencia.

Escena Tercera
Dicha y Manuel.

M.— Cuando llego, Justina, os retirais?

- J.— Sola me hallaba y al jardín salía.
- M.— Perdonadme, mas noto que hoy estais velada por fatal melancolía.
- J.— Es natural esa espresión en mi.
- M.— La vez primera que esa frente pura por mi desgracia fascinado ví, brillaba en ella celestial ventura:
 Del niño la sonrisa candorosa vagaba en esa boca encantadora, y eran envidia de la fresca rosa esas mejillas pálidas ahora.
 ¡Ay! yo sentí que el alma se extasiaba al contemplar la anjelical criatura, y a ensueños ideales se entregaba de amor, de gloria de sin par dulzura. Mas presto ante mis ojos desaparece la niña que admiraba con placer, y miro sorprendido que aparece la interesante y lánguida muger, Hondo arcano sin duda, mas visible que mas a idolotrarla me provoca; veloz transformación incomprensible que entre el cielo y la tierra la coloca. Mas ya seas la alegre mariposa, ya te contemple tórtola sentida; muger o niña, serafin o diosa, tuyo es mi corazón, tuya mi vida!
- J.— Desechad para siempre esa quimera que nunca realizada miraréis:
 se eleva entre los dos una barrera.....
- M.— Que salvará mi amor!
- J.— No lo podéis.
 Fijada para siempre está mi suerte, en breve a otro hombre quedaré enlazada

- M.— ¡Pero eso es entregaros a la muerte
puesto que no le amais, desventurada!
- J.— Os engañais, le amo.
- M.— No, Justina:
pues yo siento que el fuego de mi pecho
en el vuestro refleja y le ilumina!
- J.— No os he dado señor, ningún derecho
- M.— Me lo han dado los ojos adorables
que en vano pretendéis tornar esquivos
- J.— De falsedad mis ojos son culpables.
- M.— No, lo son nada mas por espresivos,
Ellos presentan la verdad desnuda
y en ellos miro mi ventura inmensa,
y en su ternura apasionada y muda
encuentro de mi amor la recompensa.
Porqué negar el misterioso enlace
que forma de dos almas la ventura?
Lo que el Creador en su sapiencia hace
logrará deshacer la criatura?
- J.— Pues bien, es cierto: en mi inocente pecho
vuestra mirada destruyó el sosiego,
y en él el corazón se sintió estrecho
presa infeliz de devorante fuego.
Pensé que un paraíso se entreabría
ante mis ojos de delicias lleno,
y trémula de amor y de alegría
quise lanzarme en su brillante seno.
Pero solo un instante ¡ay! un instante
el éxtasis quimérico me embarga
pues muy pronto a la mente delirante
se presentó la realidad amarga.
Yo que este santo amor desconocía,
indiferente y necia mi palabra
momentos antes empeñado había;
promesa cruel que mi desdicha labra.

M.— ¡Oh! jamás tan horrendo sacrificio
consentirá mi amor.

J.— Lo he prometido.

M.— ¡Mirad que os arrojáis a un precipicio!

J.— Por la virtud ninguno fué temido.

M.— Y sereis a mi súplica insensible?
Vuestro amor hollaréis con ceño fiero?
¡Ah, por piedad!

J.— Mi honor es inflexible
cumplir con el deber es lo primero.

M.— ¡Oh, sois muy cruel! la cándida gacela
oculta en vos el águila arrogante,
que ese apacible rostro no revela
la frialdad y dureza del diamante.

J.— ¡Ah, no me reprocheis! el alma triste
se abisma en espantoso desconsuelo;
y a mis ojos el mundo se reviste
con un crepón fatídico de duelo.
Compadecedme, y vuestra ayuda fuerte
la difícil victoria me consiga,
que desprecio el rigor de adversa suerte
si me sostiene vuestra mano amiga.

M.— Sí, ¡yo te adoro! y mi delicia fundo
en acatar tu voluntad querida:
vagaré resignado por el mundo
si veo tranquila deslizar tu vida
Hoy mismo partiré donde tu calma
no pueda perturbar con mi presencia.
¡Adios!

J.— ¡Oh generosa y noble alma,
haga el cielo dichosa tu existencia!

(Al desaparecer Justina por la derecha y Manuel por la izquierda, aparece en el jardín Federico a quien entregará un criado una carta, sin que los primeros se aperciban de su presencia.)

Escena Cuarta
Federico.

F.— De Casimiro es la letra
y dice: Urgente: no alcanzo
qué pueda ser, pues no tengo
negocio alguno. Veamos.

(Leyendo) “Quiero ganar las primicias,
pues sabes cuanto te amo,
dándote la triste nueva
que hace tiempo deseamos.
La tía de tu Celina
acaba de abandonarnos.
¡Que la tierra le sea leve!
y que goces tu del plato’.
¡Maldita suerte! Si al menos
estuvieran nivelados
los dos caudales, conforme
renunciaría a la mano
de la que quizás me inspira
algun amor; pero al caso
es que sobresale mucho
el que Celina ha heredado.
Y qué hacer? Ya no hay remedio;
estoy preso; mas...! qué diablos!
la conveniencia es primero,
veré como de esto salgo.
Me iré sin decirles nada?.....
Eso es demasiado bajo.
Buscaré cualquier pretesto.....
pero cuál?..... ninguno hallo.....
finjiré celos?..... de quién?.....
de Manuel..... ¡justo! ¡Ya caigo!
Diré que al entrar aquí
estaban solos, hablando
con gran misterio y al verme
se alejaron asustados;
y que el que teme y se oculta
no está limpio de pecado.

¡Magnífico !en el instante
voy a decirlo a don Carlos.

(Al irse vé a don Cárlos que viene por la puerta del fondo y
vuelve aparentando un aire sombrío).

Escena Quinta

Dicho y Dn. Carlos.

F.— Iba a deciros adiós.

D. C.— ...Nos dejas?

F.— ¡Por mi desgracia!

D. C.— Pues qué pasa?

F.— No quisiera
a vuestros ojos culparla.

D. C.— ¿quién?

F.— Permitid que calle
que aún idolatro a la ingrata.

D. C.— No te comprendo; Justina
pudo acaso?..... vamos, habla.

F.— Puesto que vos lo mandáis
diré la verdad amarga.

D. C.— Ya te escucho.

F.— Hace un instante
al entrar en esta sala,
ví a Justina y a Manuel
que solos en ella estaban.
Nada sospeché al principio
y hacia ellos me adelantaba,
más observé que muy bajo
y con gran misterio hablaban;
y apasionadas y tiernas
eran de ambos las miradas.
Mas luego se apercibieron

que cerca de ellos estaba
y confusos se alejaron
dejando la muerte en mi alma.

D. C.— Será posible, Dios mío,
en mi hija acción tan baja!

F.— Amigo ¡adiós para siempre!
Ya mi vida es una carga;
no sé que haré.....

D. C.— ¡Desgraciado!
espera, voy a llamarla.....

F.— No, no quiero verla, adiós!
¡no me detengais!

D. C.— Aguarda!.....

(Federico se vá por el fondo precipitadamente)

Escena Sexta

Don Carlos

D. C.— No me escucha el infeliz;
está loco, la adoraba!
Jamás hubiera creído
en ella acción tan villana;
que aunque mostraba disgusto
era obediente y honrada.
Voy a llamarla y mi enojo
sabr  castigar su falta!

(llamando) ¡Justina!

J.— (saliendo) Señor

D. C.— Escucha
quiero hablarte dos palabras.

Escena Septima

Dicho y Justina.

D. C.— Sé todo lo que ha pasado

- J.— Lo que ha pasado? no entiendo
- D. C.— Estás, Justina mintiendo
y me tienes enojado.
- J.— Nunca, señor, este labio
la falsedad ha manchado;
no sé que motivo he dado
que merezca tal agravio.
- D. C.— ¿No lo sabes? ¿tu conciencia
en esta sala no grita?
- J.— Porqué papá?
- D. C.— Ya me irrita,
¡lo juro! tal imprudencia.
Repito que nada ignoro:
a tu palabra has faltado
y a otro amante has escuchado
con mengua de tu decoro.
Federico, despechado,
casi loco, ¡pobre chico!
que amas a Manuel me ha dicho
y para siempre ha marchado.
- J.— Estimo en mucho mi honor
y sé cumplir lo que juro
de mi puede estar seguro
aunque no me inspire amor,
ningún motivo le he dado
para tal resolución,
que calla mi corazón
cuando mi deber ha hablado.
Cierto es que á Manuel adoro.....
- D. C.— Luego era verdad el hecho?.....
- J.— Pero este amor en mi pecho
oculto como un tesoro.
También en el suyo encierra
por mí un cariño vehemente;

mas hoy mismo estará ausente
para siempre de esta tierra.
Hoy se deshoja la rosa
y solo queda el brillante:
hoy muere la dulce amante
y queda la fiel esposa.

D. C.— Eres digna de mi afecto: (abrazándola)
de tus palabras no dudo.
Mas ¿cómo ese joven pudo?.....

J.— No lo comprendo en efecto.

D. C.— El dice que aquí os halló
en plática misteriosa
y la mirada, amorosa
en entrambos sorprendió.
Que al percibir su presencia
trémulos y conturbados,
huistes apresurados.

J.— No se oculta la inocencia.
Que hablamos aquí es verdad;
mas que á Federico vimos
y conturbados huimos
es absurda falsedad.

D. C.— Mas como iba a adivinar
lo que es cierto que pasó?

J.— Quizás hablando nos vió
y eso le hizo sospechar.

D. C.— Tal vez... Mas llega Manuel;
retírate, quiero hablarle
voy sobre esto a preguntarle
quizás algo sepa él.

Escena Octava

Don Carlos y Manuel.

M.— De un amigo verdadero
recibid la despedida.

D. C.— Pero antes de la partida
escuchadme, caballero.

M.— Decid: os escucho atento.

D. C.— Cuando a esta casa vinisteis
en ella tan solo visteis
el sosiego y el contento.
Un joven honrado y bueno
á mi hija, en breve, ufano
de esposo daría la mano
de amor y entusiasmo lleno.
Vos habéis alucinado
a la inocente doncella
y ha partido léjos de ella
de celos desesperado.

M.— Tal reproche no merezco.
Una atracción espontánea
fué en nosotros simultánea.
Y aunque al hacerlo padezco
hoy mismo de aquí me alejo,
pues porque ella tenga calma,
aunque destroze mi alma
para siempre mi amor dejo.
Ignoro quien ha podido
á Federico informar

Escena Novena

Dichos y Justina (por el fondo)

J.— Papá acaban de llegar
de la ciudad y han traído
esta carta.

D. C.— (a Manuel) Permitidme (lee para sí)

M.— (¡Cuán rápido se adelanta (a Justina)
el momento que me espanta!
¡Por última vez decidme
que me amáis, oh mi adorada!)

- J.— (Con el alma)
- D. C.— En esta esquila
la muerte se me revela
de la tía acaudalada
a quien tu primita hereda.
- M.— ¡Celina! (Comprendo ahora
su conducta vil, traidora)
- D. C.— Que hay que así admiraros pueda?
- M.— Que el velo se ha descorrido
que ocultaba tanta mengua,
y puede por fin mi lengua
descubrir al fementido.
Federico, con desdoro,
esclavo del interés
hoy se arrastrará á los pies
de Celina . . . ó de su oro.
- D. C.— Y porqué lo suponéis?
algo entre ellos ha pasado,
mas siendo recién llegado
como saberlo podéis?
- M.— Voy todo al punto á explicaros:
él mismo con impudencia
me hizo ayer la confidencia
de sus proyectos avaros.
Me dijo que se encontraba
completamente arruinado . . .
- D. C.— ¡Como! ¿no es rico?
- M.— Ha jugado
y todo el juego lo acaba,
Ocultó su posición
con ambicioso deseo
queriendo del himeneo
hacer especulación.

Fijó su interés grosero
en esa flor peregrina,
mas su hermosura divina
no vió, sino su dinero!
Y aun a Celina ¡insensato!
me dijo hubiera escojido
si hubiera ya poseído
de la heredera el boato.
Y yo tuve que callar
del miserable el secreto,
que el que es honrado y discreto
ninguno ha de revelar.
La virgen púdica y tierna
iba inocente y confiada,
sin amar ni ser amada
a su desventura eterna.
¡Cuán necios y cuán culpables!
¡Qué bien os pintó Teodoro
en su Vellocins de oro
argonautas miserables!

D. C.— ¡Con qué perverso cinismo
burló mi credulidad!
¡Gracias, oh Dios de bondad
que nos salvas del abismo!
Y vos amigo, escusad
lo que hace un momento os dije,
y pues ya nada lo exige
vuestro viaje demorad.

M.— Se me ha ordenado partir
por quien ordenarlo puede;
si en su designio no cede
el mandato he de cumplir.

J.— Pues mi padre lo desea
quedaos enhorabuena.

D. C.— Que cese desde hoy tu pena
y otra vez feliz te vea

Vuestra estrella venturosa
no eclipsaré yo cruel;
ved en nosotros, Manuel
vuestro padre y vuestra esposa.

J.— ¡Oh padre idolatrado!

M.— ¡Oh, gozo inmenso!
¡Miro á mis ojos entreabrirse el cielo!
Que es un sueño fálaz temblando pienso
y temo al despertar el desconsuelo.
Mas no, que el padre generoso y bueno
nuestra dicha benévolo bendijo.
Será digno de vos el nuevo hijo
que hoy acojeis en vuestro amante seno

(a Justina) Ven hermoso ideal de mis delirios:
violeta en el jardín de las mugeres.
¡Si bello fué tu amor entre martirios,
cuán divino ha de ser entre placeres!

J.— ¡Bendito el santo, espiritual cariño
del mismo Dios destello desprendido!
Cuatro lidiamos contra un solo niño
y Dios por medio de él nos ha vencido.

F I N

A. C.

TEMAS E INDAGACIONES

"A Través de La Habana Elegante"

por Juan F. Carvajal y Belló*

La revista que esta tarde nos ocupa cubre una de las etapas de más profunda transformación en la sociedad cubana, la cual, no restablecida aún de las heridas sangrantes que en su economía y constitución había dejado la Guerra Larga, se agitaba, un poco a ciegas, entre los incumplimientos del Zanjón, la intranquilidad vestida de paz expectante, la fatiga natural y el ansia de nuevos horizontes reorganizadores. Años de combate también, en los cuales el fusil y el machete habían dejado su lugar al artículo periodístico y al partido político, y donde las descargas del cañón eran sustituidas por la lucha cívica, integraban una "elite" consciente y abandonada y una masa cansada e indiferente. De la primera, surgió la necesidad de realizar un adoctrinamiento de la segunda, del cual derivó un desarrollo notable en la cultura y en el pensamiento político, conseguidos a través de dos grandes fines últimos: hacer resplandecientes los valores aborígenes preteridos e incorporar a Cuba al concierto de la cultura europea y americana, para darle el lugar que realmente merecía ya después de su doloroso aprendizaje de sangre. No eran fines nuevos éstos, pero estaban cargados de un énfasis y un espíritu que sí lo eran. Por eso y para eso, los medios empleados fueron dos: la creación abundante de sociedades culturales y de periódicos y revistas, representativos de los altos ideales del país y de las crecientes esperanzas en lo futuro. El Romanticismo y el Racionalismo se daban así la mano en un ideal liberalista, democrático y republicano o autono-

Pertenece este ensayo al ciclo que, con el título de *Biografías de Revistas del Siglo XIX*, organizó la Sección de Cultura del Ateneo de La Habana (1955-56).

* El autor es un joven intelectual cubano, cuya labor se hace notar en los círculos culturales. La documentada conferencia que ahora presentamos constituye una prueba de la capacidad y la erudición que en Historia y Literatura posee su autor.

mista, pero más en las clases orientadoras del pensamiento nacional, en los dirigentes culturales y políticos, que en las grandes masas de población que podríamos titular poderosas y medias. Para ellas, se comenzó a editar "La Habana Elegante".

En aquellos años de inicio, la prensa cubana estaba representada por el "Diario de la Marina", vulgarmente conocido como "el Sesudo" o "el Decano"; por la "Gaceta Oficial", "El Avisador" y el "Boletín Comercial"; por "La Voz de Cuba", la menos cubana de las voces; por "El Triunfo", que era el primero que volvía a ser redactado por un personal enteramente cubano desde la extinción de "El Siglo", de Pozos Dulces; y por "La Libertad", de Márquez Sterling, que fue el que primero saltó la forma de suscripción cerrada para vocearse por las calles de La Habana, entonces simple aldea con pretensiones.

Aparecían al mismo tiempo el Liceo de Guanabacoa, el Nuevo Liceo de La Habana, el Liceo Artístico y Literario de Regla, la Caridad del Cerro, el Círculo Habanero; y la "Revista de Cuba", la "Revista Cubana", "La Lotería" (que luego se llamaría "El Hogar"), "Hojas Literarias", "Cuba Intelectual", "El Fígaro", "Las Avispas", "El Curioso Americano"... , todas comprendidas en el lapso de las dos guerras.

Pero en cada una de estas publicaciones y sociedades, las más antiguas y las más nuevas, existió un común denominador, que, por no tenerlo, singulariza y distingue a "La Habana Elegante" al ponerla en parangón con ellas. Todas tuvieron un claro propósito, bien definido, de origen, el cual mantuvieron hasta su extinción; en cambio, en la que nos ocupa hay un humano vacilar, un dinamismo evolutivo, una inestabilidad ideológica, un poco perdida a veces, un buscar la voz verdadera que en alguna parte está escondida, aunque sea a fuerza de tanteos y errores. Y eso es lo que la hace tan interesante para su estudio.

Nacido en La Habana, en el año 1914, se graduó en Derecho Civil de la Universidad Nacional. Cursó también Filosofía y Letras. Desde hace varios años está trabajando su tesis sobre "La Intendencia en Cuba".

Profesor distinguido del Colegio Baldor, desempeña las Cátedras de Español (cinco cursos) y de Geografía e Historia de Cuba, como jefe de las mismas en la Sección de Bachillerato.

¿Existió alguna vez, de comienzo, la idea de hacer de “La Habana Elegante” una revista de literatura y arte? No sabría responder; pero de ser así, hay que aceptar que su fundador supo asimilar bien la lección del pasado, demostrativa de que las publicaciones periódicas de esa clase vivían mientras durase el vacilante entusiasmo del público lector o la magnanimidad de los censores oficiales, que en muchos casos no era sino ignorancia hábilmente burlada. Quizás no hubo nada de eso: entre los números iniciales de “La Habana Elegante” y los finales, hay un verdadero abismo de fondo y forma, como si la revista no fuese una unidad, sino varias distintas que se habían ido sustituyendo en el tiempo, y dando continuidad armónica a la búsqueda de un ensanchamiento del radio comprensivo de influencia y de la profundidad estética de gravitación. “La Habana Elegante” no es, por tanto, una revista: es la sucesión de distintos momentos impresos en el pensamiento y el gusto cubanos, y va marcando a nuestros ojos un panorama de evoluciones que corresponde exactamente con la sociedad que la compra y la lee. Bajo su rubro sin reformas, los subtítulos son harto elocuentes:

- 1883—Revista interesante para Señoras y Señoritas;
- 1884—Bisemanal. De noticias interesantes al bello sexo;
- 1885—Semanario dedicado al bello sexo; Organo del Círculo Habanero;
- 1886—Semanario de Literatura, Bellas Artes y Modas dedicado al bello sexo;
- 1888—Semanario ilustrado, literario y artístico; crónica de los salones; Organo del Habana Yacht Club;
- 1893—Semanario artístico y literario.

¡Qué derrota para el bello sexo o qué superación aceptada encierra este devenir epigráfico! El margen ha crecido ambiciosamente, pero... ¡a qué pasos tan medidos!

En programas culturales de televisión, su presencia ha sido como una credencial de su seriedad e ilustración.

Posee valiosos poemas inéditos —que su natural modesto le ha impedido publicar— que vendrían a enriquecer nuestra bibliografía. Se destaca entre ellos el inspirado al Centenario de la Bandera Cubana. Los pocos versos que

Tras cada publicación hay un hombre-eje y un grupo. Ese hombre, en "La Habana Elegante", se llamó Enrique Hernández Miyares. Oigamos su palabra autorizada cuando, en una conferencia sobre el Periodismo en Cuba, nos relata sus orígenes, allá en los lejanos días de Agosto de 1833: "Fuera de las gacetillas y de los folletines dominicales, los pocos diarios excluían de sus columnas los trabajos de literatura de la entusiasta y culta juventud de entonces. De ahí que a cada momento (recuerdo haber hojeado las colecciones de "La Guirnalda" y "La Piragua") apareciera una ilustración semanal o quincenal, que al comienzo alcanzaba gran boga y luego iba languideciendo hasta morir en el seno de la indiferencia. Casimiro del Monte fué el primero en reunir cierto número de jóvenes aficionados a las letras y a los deportes para fundar "La Habana Elegante", que al principio fue bisemanal y sin grabados, que luego, bajo la dirección de Ignacio Sarachaga, se se hizo, con sus crónicas de salones y sus caricaturas mundanas, el órgano de las familias y de la alegre juventud, hasta que andando el tiempo pudo convertirse en un periódico literario o ilustrado de gran fama en Cuba y fuera de nuestro país."

En Septiembre de su primer año de vida, el grupo de redactores mencionados está integrado exclusivamente por Ricardo Diago, Ignacio Sarachaga, Juan Miguel Ferrer, Carlos Ayala, Pedro Giralt y Enrique Hernández Miyares. El director-propietario se llama Cacho, para los amigos. Hábil gacetillero de "El País", sostuvo la revista hasta el número de 31 de Agosto del 84, un año y un mes, en que pasa a manos de Sarachaga, sin que se nos dé explicación del traspaso, que parece haber sido amigable y casi seguro que por exceso de trabajo del fundador, ya que en años posteriores no negará colaboraciones, aunque pocas. Hernández Miyares nos lo define a fuerza de epítetos: "literato, polemista, oportuno, popular, crítico, satírico, malhumorado y clubman", y meses después de abandonar la dirección, una caricatura nos lo presen-

ha publicado figuran en la Antología orientada por Juan Ramón Jiménez, en La Habana, hacia 1936.

Ha escrito diversos ensayos y sustanciosos trabajos críticos. En colaboración con Oscar Fernández de la Vega, ha editado las obras sobre literatura más documentadas y modernas que, como libros de texto, se utilizan en la Segunda Enseñanza de nuestro país.

ta pluma en mano, "El Triunfo" bajo el brazo, pelo largo y bigote de grandes guías espesas y caídas; y debajo:

A fuer de atento y galante,
con principios justicieros;
valiente, amigo, constante,
es el caballero andante
de nuestros gacetilleros.

Mas este "caballero andante" con aficiones teatrales y poéticas, no rompió nunca lanzas demasiado fuertes: su madera no fué la del encino, sólo la del rosal. Su "Habana Elegante" era una publicación bisemanal, de cuatro páginas y tamaño de sábana plegada, destinada a —uso las palabras de José Manuel Carbonell— "una sociedad múltiple, indiferente y frívola, que parecía vivir satisfecha, dormida en los deleites de Cápua, bajo el talón del tirano contumaz", y en la que las damas lucían más dadas a la lectura o acaso con mayor poder adquisitivo y constancia. Se repartía los miércoles y sábados, y casi enseguida los jueves y domingos. Con página y media para los anuncios, poco quedaba para honduras. Predominan, pues, acertijos, santoral, noticias breves y locales, pensamientos de almanaque, mesa revuelta y modas de París; todo en forma de colaboraciones las más de las veces anónimas, que hoy son la desesperación del estudioso, pero que entonces no debían traer graves conflictos de identificación. La clave está en Hernández Miyares: "Todo el mundo sabía quién había escrito los editoriales o artículos, ya que La Habana era una aldea grande y su prensa periódica reflejaba esa condición"... y añade: "vivíamos en familia." Ese estado inicial no tarda en superarse bajo la dirección de Sarachaga y luego bajo la de él mismo.

En el transcurso de sus casi once años de publicación, pudiéramos desglosar las siguientes etapas en la vida de la revista:

- 1.—"La Habana Elegante" de Del Monte y parte de la época de Sarachaga, desde 1883 a fines de 1885 (y escojo esta fecha porque coincide con las primeras publicaciones —verso y prosa— de Julián del Casal)
- 2.—"La Habana Elegante" bajo los últimos tiempos de Sarachaga y bajo Hernández Miyares, desde 1886 hasta 1891.

3.—“La Habana Elegante” refundida o “Habana Literaria”, bajo la codirección de Zayas y Hernández Miyares, entre 1891 y 1892.

4.—“La Habana Elegante” de Hernández Miyares, desde 1893 hasta su desaparición en 1895.

Aunque desde su primera etapa la revista hubo de elevar sus páginas al número de 8, de reducir el tamaño (cosa que allí se dice ser “a la europea”) y de transformarse en semanal, siguió encontrando, hasta el 90, grandes dificultades, las cuales emanaban principalmente de: carencia de buenos dibujantes; engorrosas litografías anteriores a la invención del fotograbado; falta de papel bueno de tipo satinado; extras cobrados por el impresor cada vez que podía justificarlos; y el eterno problema de la escasez de capital de la empresa, condición negativa la última que fué de tal persistencia, que ya veremos lo ocurrido con el número extraordinario hecho en homenaje a Casal.

Lo que más debió de hacer sufrir, a juzgar por las quejas frecuentes, a sus redactores fue la mala impresión de los grabados. Tenían razón; como lo demuestra la paginación en blanco que debió llevar los retratos de Margarita Pedroso, “la calandria tropical”, al decir de Sotolongo y “la hija querida de la ardiente zona” al decir de Pedro Giralt, a raíz de sus triunfos operáticos en el Teatro Tacón, especialmente en la “Norma”. Anunciados tres, no apareció ninguno. Hubo disculpas al lector. Luego, salió uno; los tres, nunca. Y por otra parte, el único grabado que encontramos digno de alabanza es la portada de 29 de mayo del 87 que representa El Angel de la Guarda; y ello no parece superación lograda, sino afortunada casualidad, pues el 5 de Junio del 89 luce la revista una ilustración del Everett Hotel, de Saratoga, tan visitado de los cubanos y al cual dedicó Luis A. Baralt un recuerdo en su artículo “Saratoga” de 18 de Agosto de ese año. El edificio parece sumido en negruras intempestivas y densas nieblas de tinta. Y no es el peor. En cambio, acertaban más con los retratos. Sirva de ejemplo el de Ramón Meza, que ocupó la portada como tributo a la aparición de su obra “Carmela”.

En verdad, no hay ilustración alguna ni dibujos hasta el número 80, del 1º de Junio de 1884. Desde entonces, luchando contra todo inconveniente, se harían imprescindibles en forma de caricaturas, retratos, cuadros reproducidos, viñetas o chistes ilustrados. Pero a lo que más afectó ello, sin duda, fué a la sección de modas. “En la Habana estamos muy atrasados en el ramo de grabados, litografías y topografías (sin embargo de que aquí se hacen trabajos de mérito sobre todo en el ramo de fototipias)”, declara Miyares como justificación, aplicable a la falta de figurines y la redacción de este material sólo a descripciones de trajes franceses. Desde el número 9, existe una sección fija que se llamará primero “Correspondencia de París,” y luego “Cartas de París”, y que firma *Margot*, seudónimo que no hemos podido aclarar pero que acaso correspondiese a Héctor de Saavedra, entonces residente en París y más tarde casado con una hermana de Sarachaga. *Margot* no se limita a lo modisteril. Es curioso ver cómo lo mismo nos celebra la traducción que Julio Lacroix ha hecho del “Edipo Rey” de Sófocles, que comenta la edición que al costo de 40 millones piensa lanzar el Gobierno Francés con las Obras Completas de Víctor Hugo; que se refiere a los trabajos preparatorios para la futura Exposición Universal del 89, con esta nota interesante: “La metalurgia se propone construir una torre con 300 ms. de elevación que con un solo foco de luz iluminará todo París, el bosque de Bolonia, Neuilly, y Levallois hasta el Sena”; lo mismo escribe sobre estas noticias, repito, que comenta los trajes de la actriz Mme. Judic, los de la princesa de Sagán, o el nuevo peinado “catorgán”, “que participa de la coleta de los toreros y de los granaderos del Primer Imperio”; o también: “las frutas están de última moda en los sombreros. El trefle está muy en boga. Como porte-bonheur se ha adaptado el de cuatro hojas. Se hacen broches, alfileres de sombreros, adornados con trefles protectores”. En ocasiones, se va contra un uso novísimo, como el artículo sobre “Polisones, buches y otras prominencias”. Y no comentan —y lo merecía— esta noticia: “Las toilettes se adornan con ramos de flores eléctricas, que a la menor presión centellean con rayos de mil colores”.

Tan sólo el 15 de Enero del 85 encontramos un pequeño dibujo con dos damas, frontalmente vistas, en poses hieráticas, y con la ex-

plicación debajo de sus ajuares. Acaso lo agradecerían por su claridad las suscriptoras de entonces, pero he de confesar que nada entendí. Tras *Margot*, seguirán esta labor informativa y de trajes, competidores detallados y minuciosos como *Fleur de Chic* o *Fontanills*. Todavía en el 93, Juan Miguel Ferrer decía en *Notas de Sociedad*: “La última moda es la saya funda... de paraguas”.

En este tono, honesto pero ingenuo, están escritas las otras secciones de la revista. Los chistes —un tanto simples— se acompañan con dibujos que valen como páginas costumbristas. Dice uno: “Papá se opone a nuestros amores, porque dice que tú no tienes con qué comer... Contesta el galán: “¿Y la boca?”

Algo mejor de Hernández Miyares en sus columnas de “Ecos y Murmullos”:

“Yo me enfrasqué en un estanillo (no cigarro, sino guagua) y me fuí a casa de la familia X, familia cursi in extremis.

Sr. Hernández, —me decía la señora— yo estoy siempre dispuesta a complacer a mis niñas; mire usted, para estos días de seriedad y religiosidad (eran los de Cuaresma y Semana Santa) espero brindarles con una gran fiesta: un concierto *sacrílego*.

¡Me dió el ahogo!”

Gran alborozo debió causar entre la juventud habanera la llegada de la compañía teatral de Mr. Grau, al frente de la cual venía la famosa Luisa Theó. La revista anunciaba antes de verla:

Irá todo el sexo feo,
aunque se encuentre en la tea,
a contemplar a la fea
de la Theo.

Y más adelante, insertaba la letra de una canción de esa gran artista, que debió entusiasmar:

Tiene mi Pepillo un talle
y un andar tan saleroso,
que cuando va por la calle,
yo quisiera hacerle el oso.
¡Ay palomo,
dame el pico!
¡Ay qué rico!

Lástima grande que no traiga la melodía. Por demás, no encuentro música impresa en ninguna parte de la publicación salvo en el caso de la romanza compuesta por Hubert de Blanck a la muerte de Julián del Casal.

Los anuncios, deportes y noticias extranjeras no se quedan atrás en este sano humorismo habitual. Así, se menciona el caso de una criada que, en París, envenenó con fósforos al niño que cuidaba “porque quería irse de la casa quedando bien con la familia”; así las noticias sobre la reorganización del Almendares para la próxima temporada de base ball:

Y cuando en práctica estén
tan valientes jugadores,
los mas preciosos escores
serán los de este gran ten.

O también un anuncio de Diciembre del 83 que podríamos considerar de tipo culturizante, y una de cuyas partes reza de este modo:

“¿Queréis ser amadas como Laura o María Stuart?
“¿Queréis ser mas encantadoras que Lavalliere?
¿Más seductoras que Marión Delorme, más hermosas que Gabrielle D’Estrees, Diane de Poitiers o Agnes Sorel?
Comprad vuestros adornos en La Villa de París, sedería; éste es el secreto de la Época”.

Es más, al anunciar en 1885 la salida de un semanario nuevo, “Habana Cómica”, añade que “al decir de algunos amigos, arderá en un candil, y contendrá artículos vivos y epigramas y cuentos vivitos. Sentimos que vaya a ser de la escuela realista, pero nos alegramos de que reunan muchos reales sus directores”. Podemos perdonarle el menoscabo del verdadero realismo en gracia al juego, un tanto forzado, de palabras y a la intención moral, similar a la sostenida al anunciar la compañía teatral de Julia Aced: “Se respetará la moral” o al comentar los bailes nativos: “Los danzones cubanos no se pueden bailar en ciertos puntos, porque el pudor se rebela”.

Lo que sí mantiene desde el primer número es una curiosidad insaciable por el panorama de actividades nacionales de toda índole: deportivas, culturales, sociales, etc, para poner en relación al suscriptor con el ámbito nacional, y —modestamente primero: abundante después— con lo que pasa fuera, especialmente en Francia, Estados Unidos y España. Las secciones “Cartas de París” y “Notas de New York” persisten largos años. Únicamente lo político parece ser ajeno a su interés, y acaso lo fuera, pensando en

la censura, a sus intereses. Abriendo al azar números diversos de los años 85 a 91 encontramos información tan variada como la que trato de reproducir en estos tópicos: recomendación para que se vacunen contra la viruela; muerte de la viuda de Bécquer, con el colofón de que los versos de éste —que no se reprodujeron nunca en la revista— son “la religión y el consuelo de tantos que sufren o han sufrido lo que sufrió el poeta”; noticias sobre las mujeres que matan, las cuales se inician con el famoso caso de Mme. Clovis Hughes, en París; abandono de la mansión ejecutiva por la hermana del Presidente Cleveland cuando descubrió, para ofensa de su puritanismo intransigente, que su hermano y amigos bebían y fumaban tras las comidas en la propia casa; condecoración de Ohnet con la Legión Francesa; entrada en la Academia de Francois Coppée; nombramiento también de académico para Fernando de Lesseps; muerte del General Grant y de Víctor Hugo; llegada a New York de la estatua de la Libertad, regalo de Francia; estreno de las óperas Baltasar, Colombo y Czarina, de Villate, en el Real de Madrid; aviso de haber aparecido la “Revista Cubana”, de Varona, o las entregas del Diccionario de Calcagno; muerte de Fornaris, de Juan Bruno Zayas (al cual dedicará Sotolongo su poema “Lamentos de la Patria”) y de Juan Montalvo; aparición de “Leonela”, de Nicolás Heredia; cambio de domicilio del pintor Felipe Chartrand; llegada a Cuba de Cirilo Villaverde y su esposa; éxito obtenido por la columna “El Tábaro” que publicara diariamente Diego Vicente Tejera; conferencias pronunciadas por Carlos de la Torre sobre Filosofía Natural, y por Felipe Poey sobre “Algo del hombre y la mujer, y más del mono y la mona”; aparición de “El Palenque Literario” de Valdivia y “El Eco Habanero” de Carr; elección de Zola como académico, lo cual formó tal escándalo que motivó la inserción de un artículo traducido de Mirbeau. “El fin de un hombre”, que hace quedar pálido el actual comentario sobre el acceso entre los inmortales de Jean Cocteau.

Por otra parte, entre Hugo y Catulle Méndes, algo de Bretón, de Zeno Gandía y una traducción de “El Cuervo”, de Poe, debida a Tejera; Echegaray y un comentario sobre “Pequeñeces”, del Padre Coloma, cubren toda la información literaria de los mismos números. Predominan, queda claro, las noticias breves, tipo suelto, casi siempre humorísticas. Algunas contienen ideas interesantes:

“Las habaneras son ridículas en Cuba como fuera de la Península es ridículo bailar el ole-ole vestido de lino, con sombrero de yarey y machete en la cintura”. Sin embargo, pese a la abundancia, ellas no nos proporcionan un panorama completo. Hojeada la colección del 84, nos sorprende la despedida que al año hace Hernández Miyares en el último número, porque nos parece estar tratando de un mundo distinto y no del reseñado en estas páginas:” ¡Descansa en la Historia, año funesto del 84! Por el mundo pasaste arrasando a la humanidad; despótico fué tu dominio; horrorizaste con el cólera, con la inundación; con la muerte tronchaste alguna existencia que adorábamos; y ya agonizante te aliaste con las entrañas del globo, y el globo se irrita y bulle ahora tembloroso, para que el 85 tenga que desenredar la enmarañada testamentaria que le dejas. ¡Vete en paz!”

Todavía en los números finales del 85, la revista no ha llegado a definir una línea estética precisa y oscila entre un romanticismo, —casi siempre de mal gusto en los colaboradores locales—, abundancia de versiones y traducciones francesas de la misma tendencia y un seudofilosofismo empírico, costumbrista y desengañado, bastante a lo Campoamor. Pero no es posible culpar a la dirección de este diferencial estético, voluble y cargado de lastre: el tardío Romanticismo americano no puede clausurarse, como escuela, en fecha exacta. Las corrientes triunfantes del realismo en la Península desde la década del 60, se aunan, allá y acá, con los residuos sentimentales de la tendencia anterior y rival. La guerra cubana ha apartado bastante a la literatura de esa pureza no funcional que la caracteriza en otros momentos; y la reacción clasicista de Luaces, la aborígen de Fornaris o la romántica pura de Zenea, no han conseguido adentrarse en el alma y raíz de las letras de la época. Por otra parte, a esos factores ambientales viene a sumarse el determinador generacional. Y si aceptamos para las generaciones literarias cualquier límite entre los 15 y los 30 años, los redactores y la mayoría de los colaboradores de “La Habana Elegante”, incluso los de procedencia centro y sudamericana, pertenecen a una misma generación, que con matices distintos y concepto diferente del “quehacer generacional”, de que nos habla José A. Portuondo, vivieron las mismas experiencias político-sociales que pre-

senciaban, y las asimilaron de modo igual, dentro de un margen lógico de minorías disidentes. Un breve recorrido, tomando como base el año 85, nos dará clara idea de ello: los más viejos son Ricardo del Monte, con 57 años; Antonio Sellén, con 46; Emilio Bobadilla (Fray Candil) con 36 y Aurelia Castillo de González, con 33. Diego Vicente Tejera tiene 27; Valdivia (Conde Kostia), Mercedes Matamoros, Nieves Xenes y Hernández Miyares, 26; Varona, Ramón Meza, Byrne y Alfredo Zayas, 24; De la Cruz, Casal, Manuel S. Pichardo, Mitjans y Lola Rodríguez, 22; Wenceslao Gálvez y Justo de Lara andan entre los 18 y 19. Sólo Juana Borrero posee 8 en ese momento. Y no olvidemos situar, en tierras lejanas, a Silva con 17, Darío con 18 y Nájera con 19. Las diferencias radican, por consecuencia, en tener todos igual ambiente desorientador dentro de aquella etapa transicional y del marco de una publicación que tiene —o tenía entonces— intereses muy por delante de los meramente literarios. Y como prueba de ello, bastaría ésta: a medida que pasan los años, esos desniveles y vacilaciones se van limando y rebasando para ir, entrada abierta, hacia una nueva corriente: el Modernismo, aunque también entonces habría que plantearse la diferencia entre lo que Díaz Plaja ha llamado en libro de igual título “Modernismo contra 98”, aplicable a los redactores de la etapa posterior al 91. Pero no abandonemos la línea trazada.

El primer poema que hallamos en “La Habana Elegante” es de Domingo del Monte y Portillo y se titula “A una madre”. Lo acompañan en el mismo número 9º del 83 “A una concha”, de Carlos V. Buergo, y unos “Cantares”, de Campoamor. Pronto, en Diciembre de ese mismo año, comienza a gravitar Víctor Hugo en traducciones excelentes. La primera de todas es “Serenata”, por García Gutiérrez. He aquí cuatro versos de un poema de igual fecha de Casimiro del Monte; lleva el título de “Dolora”, y dice:

...Han pasado muchos siglos
desde entonces, y una voz,
voz materna, a los gemidos
se mezcla del aquilón...

Elocuente: título a lo Campoamor; sentido lejano de Edad Media inventada e identificaciones paisajistas muy propias del Romanticismo y primer Realismo: aquilones a lo Espronceda... pero lo importante es que los versos son muy malos.

A pesar de encontrar alguna colaboración valiosa como, en Enero del 84, la primera de Enrique José Varona, un poema titulado "Mañana" sobrio y no muy expresivo, la medida estética de la revista la dan estos versos calzados con el seudónimo de *Zerep*—quizás Rafael Pérez Cabello— y publicados el 28 de Septiembre de ese año. Vale la pena copiarlos aquí:

Amar con locura, sentir en el alma
tristezas muy grandes, pesares muy hondos...
llorar como un niño, besar un recuerdo:
es cosa de cursis,
de tontos, de locos,
al decir de algunos
hombres de gran tono.

Vivir sin cariño, perder la fe toda,
insultar mujeres, darlas de cachetes;
tomar una copa, no querer a nadie:
es cosa plausible
entre muchas gentes,
gloria del grandioso
siglo diez y nueve.

Junto a estos versos contrastantes, que prefiero no comentar, Pérez Zúñiga inserta "Al dolorido pie de una amiga" y Diego Vicente Tejera traduce "Amanecer" de Longfellow, y un poco después las páginas dan paso a "Como rezan las solteras", de Campoamor.

En la prosa, el panorama es similar. El clásico folletín seudo arábigo que lleva por título "Sulamitha"; un artículo detestable de Castelar sobre "El amor"; otro sin mucha gracia de Hartzenbusch sobre la interpretación del nombre Palos de Moguer; y firmado por *Un devoto de Ofelia*, una valorización sencilla de "Un drama Nuevo", de Tamayo y Baus, que será la obra elegida para ser representada por el cuadro dramático del Nuevo Liceo que dirige Leopoldo Burón.

Desde el 85, la materia va mejorando. Los folletines continúan: "Los dos álbums", de Calcagno; "Julia de Tre-court", de Octavio Feuillet; "La Sombra" de M. A. Gennevraye, traducido por Laura y Fidelia Mestre Hevia, hijas del Dr. Antonio Mestre. Ha llegado Valdivia y entra en colaboraciones semanales, al mismo tiempo que comienzan a aparecer las magníficas traducciones de Antonio Sellén.

El primero canta a Alfredo de Musset, y encuentra, enseguida, el elogio de Rafael Otero:

Eres poeta... y el dolor tu musa;
tu inspiración, la duda; y tu esperanza,
poder amar... creer... fingir que vives;
¿es imposible ya?... ¡pues duda y canta!

Se comenta el estreno en el Liceo de "El Gran Galeoto", de Echegaray, pero se añade que "La Mariposa gustó más". Hugo es cantor obligado de casi todos los números, como en demostración de aquella influencia extraordinaria que ejerció, sobre las generaciones finiseculares, sin excluir las modernistas en su etapa inicial. Valdivia lo traduce en "El despertar", y Sellén en "En la muerte de mi hija" y "Polonia". Traducciones hay también de Barbier en "Miguel Angel", y de Houssaye en "La corona de espinas"; pero en medio cae "La Despedida", de Vital Aza. De este año son las primeras poesías insertadas de Mercedes Matamoros y de Salvador Díaz Mirón, cuyo tono vibrante y agresivo halla entrada por un fragmento de "A Gloria":

Tú, como la paloma, para el nido;
y yo, como el león, para el combate.

Acaba de aparecer el tomo poético de Felipe López de Briñas "Poesía y bohemia". La revista le pide colaboraciones y las acompaña con las de Manuel Serafín Pichardo, Luis Victoriano Betancourt y Augusto de Armas, que como confesión de influencia deja en francés sus versos "Viens dans me bras".

Perdonadme la larga enumeración, pero ¡una lista así de títulos y autores habla tan elocuentemente, sin más comentario! En cambio, lo creemos necesario en esta simple noticia de gacetilla: "En Cárdenas se ha suicidado la joven Caridad Clementina Torres por contrariedades amorosas." "Una tragedia romántica en pleno siglo XIX" es el título, y el texto final moraliza de este modo: "Esto prueba que los tiempos no cambian respecto a los sentimientos y aberraciones del alma, y también prueba que es un absurdo querer separar el idealismo del realismo, dos teorías que son fuentes de verdad y cada una quiere divorciarse de su propio origen". En ninguna parte, hemos encontrado mejor y más sintéticamente expuesta la dualidad mezclada romántico-realista que anima las páginas de la publicación.

En cambio, en junio del 85, encontramos mencionados por vez primera los nombres de Leconte de Lisle, Barville, Sully Prudhomme; y a partir de entonces, poemas abundantes de Darío, como "Autumnal", el soneto dedicado a Palma y "Sinfonía en gris mayor; colaboraciones de Almafuerte y una traducción de Jorge Isaacs, "En la noche callada", de Moore. Sobre el "Werther", se reproduce un viejo artículo de Jorge Sand, abundan los cuentos de Daudet, o los comentarios sobre "La Guerra", de Zola, y hasta figura un juicio crítico acerca de Paul Verlaine, debido a la pluma de Gómez Carrillo. Pero no todos los colaboradores responsables parecen tener esa transigencia frente a las formas nuevas, las corrientes francesas o las posiciones del naturalismo. *Juan Sincero* se muestra en franco desacuerdo con el estilo martiano, cuando en un trabajo sobre Ramón Ignacio Arnao dice: "Martí, en la jerga cremosa de ámpulas que ha inventado para alambicar sus ideas..."; actitud esta en franco contraste con la elogiosa del Apóstol, cuando, cuatro años después, insertara en mayo del 89 una carta, en la que se contestaban algunas objeciones sobre juicios vertidos acerca de la figura de Bachiller y Morales. Fue en esa ocasión cuando Martí expresó que la revista tenía "algo de ala y de acero", frase que más tarde sería citada siempre como título precioso y orgulloso galardón.

El nombre de Julián del Casal no aparece hasta el 6 de Diciembre del 85. Su amistad con Hernández Miyares le ha abierto las puertas de esta publicación, que pronto ostentará su nombre entre los colaboradores citados en la portada. Dos hombres tan distintos hicieron de su amistad un culto. Confesaba Hernández Miyares: "Es mi hermano en ideas, aunque yo figuro en la izquierda del partido exótico de que él es leader"; pero en aquellos días, Casal no era aún "exótico", sino romántico elegíaco, ciudadano artístico francés, y comenzaba a descubrir, entre admiraciones peligrosas, a los parnasianos y simbolistas, cuyas "flores del mal" se ajaron pronto en la dureza del sol del trópico, salvando una forma trabajada y cuidadosa, en el naufragio del resto de su estética.

Presentándolo, Miyares lo califica de "poeta tan modesto como correcto e inspirado", y llama "bonito y sentido" al poema "Desde

lejos”, que con el nombre de “Ausencia” aparecerá recogido en “Hojas al viento”. Sus versos finales nos dan la tónica de becqueriana despedida y erotismo espiritual:

Siempre te llevo en la mente;
Siempre te llevo en el alma.

Unos días después, la firma de Casal se responsabiliza con un trabajo de crítica y comentario sobre el libro “Cromos y acuarelas”, del poeta Manuel Reina. Reconoce que es poesía del tipo que Lamartine llamaba “ligera”, pero así y todo lo seduce, y lo lleva a colocar diez poemas —completos o fraccionados— en el artículo. Unas palabras de Casal parecen revertirse a su propia personalidad: “¡Infeliz artista que no encuentra un calvario en la tierra! La admiración es una flor que sólo nace generalmente en los terrenos regados por las lluvias de las lágrimas”. Y el mismo mes, en el número almanaque del 86, contribuye con “Acuarela”, un romance:

Los pajarillos cantaban
una canción lastimera...
¡Sólo la ceiba frondosa
lloraba a la anciana muerta!

Casi todos los poemas que luego formaron parte de “Hojas al Viento”, “Nieve” y “Rimas”, aparecieron en “La Habana Elegante”. Casal colaboraba en todos los números, y durante gran parte de su pequeña vida ello constituyó casi su único sostén económico. A veces es su prosa, no recogida después; a veces es su verso, anticipador de tantas innovaciones darianas. No olvidemos que el Darío visitador de nuestra capital en el 92, es el Darío de “Azul”; “Prosas profanas”, la biblia estética del modernismo aparecerá cuando “La Habana Elegante” ya no exista, aunque ésta disfrutará de muchos avances de producción de aquélla.

Es Casal el único poeta que se permite publicar dos veces un mismo poema. A veces creemos que Miyares se confiaba en él como en un director sin más título que el genuino talento. Composiciones de “Mi Museo Ideal”, como “Prometeo”, “Elena” o “Galatea”, volvieron a ver la luz, unidas a otras nuevas, todas de carácter parnasiano, defecto que Verlaine le señalaba en carta publicada también aquí después de su muerte, en el número final

o de despedida de la revista, antes de su refundición con "La Habana Literaria."

Un estudio detallado de estas composiciones de Casal y de la forma definitiva que ellas adoptaron en sus volúmenes poéticos, nos parece que darían la clave de la evolución estilística de este poeta. Es curioso, por ejemplo, el cambio que sufren los tercetos de "Mis amores", publicados por primera vez el 18 de Julio del 86, y luego subtulado "Soneto Pompadour":

Amo el bronce, el cristal, las porcelanas,
las vidrieras de múltiples colores,
los tapices pintados de oro y flores
y las brillantes lunas venecianas.

Amo también las bellas castellanas,
la canción de los viejos trovadores,
los árabes corceles voladores
y las tristes baladas alemanas.

Pero amo mucho más, Rosa hechicera,
que escuchas mis cantares amorosos,
contemplar con miradas devorantes

el oro de tu larga cabellera,
el rojo de tus labios temblorosos
y el negro de tus ojos centellantes.

En los cuartetos, sólo la palabra *tristes* desaparecerá para dejar paso al vocablo sonoro, latinizante y modernista *flébiles*; mas los tercetos cuasi-madrigalescos serán sustituidos por los dos posteriores que tan bien ligan con el sentido suntuoso, evocador, colorista y sensual de los cuartetos:

el rico piano de marfil sonoro,
el sonido del cuerno en la espesura,
del pebetero la fragante esencia

y el lecho de marfil, sándalo y oro,
en que deja la virgen hermosura
la ensangrentada flor de su inocencia.

Al alarde óptico y levemente acústico, faltaba un énfasis mayor y un halago a los otros sentidos. Los nuevos tercetos vinieron a prestar este complemento erótico sensorial para acabar en un clímax de total sensualidad que cerrará el cuadro de la gama de colores e impresiones.

Y si hemos mencionado tan en detalle este poema es porque ello debe pasar en tantas composiciones que hacen indispensable el conocimiento de las primeras versiones de "La Habana Elegante". Y si esto ocurre con nuestro lírico más apreciado y estudiado en América, objeto de tesis sin cuento en universidades norteamericanas, ¿qué podemos decir de otros más modestos?

Una publicación que iba hacia esta tendencia puramente literaria y crítica —por lo menos en aspiraciones— no debió dar gran cuidado a la rígida censura oficial. Y efectivamente: los incidentes de choque fueron escasos. "La Habana Elegante" huía voluntariamente del artículo político. El 7 de junio del 85, la caricatura de Jacobo Domínguez Santi aparece sin pie de grabado, pues éste ha sido "blanqueado" por la censura (¡quién sabe si para hacer juego con sus "Cuentos blancos", publicados en el mismo número). Allí queda el espacio vacío y denunciador, (en técnica periodística que no hace muchos años causó verdadera sorpresa cuando una publicación habanera la empleó), blanco como un silente grito de protesta sin alardes frente al Negociado de Impresos del Gobierno Civil. Se calificará al suceso de *accidente inesperado*, y se aprenderá bien la lección para lo futuro, pues cercano hay un comentario festivo, cuyas palabras finales son:

"De diputado y en la oposición, haría caer...

¡Ca! No. Vas a rozarte con la política... —me dice el Director."

En cambio, en número de 19 de Julio del 87, se aclara una posición política, que era la predominante entre los redactores, con gracia y habilidad insuperables. El número tiene en la portada el retrato de la reina María Cristina, pero al doblar la hoja, el primer trabajo es sobre Luz y Caballero; y en páginas más centrales, un comentario a la portada con el título de *Nuestra Regente*, se sitúa al lado de ocho pequeños dibujos que representan miembros de la familia francesa de los Orleans. "Nosotros —dice el comentario— los cubanos no somos monárquicos por ser parte de un mundo nuevo que ha producido a Washington y a Bolívar, y nunca nos hemos distinguido por nuestro amor a los soberanos de la metrópoli" y resume al terminar que el único camino salvador es la Autonomía. ¡Qué lejanos los tiempos en que la censura era salvada con otro tipo de artimañas, como la que ocurre en el 68

cuando un verso de Sellén no puede mencionar dos palabras que aquí se encuentran: “De Bolívar y Washington la gloria”. Menos mal que el censor no llega intelectualmente a la reforma que le hace Mendive: “De Harmodio y Aristógiton la gloria!” En verdad, esto no significa sino una evolución acorde con las libertades doctrinales que los cubanos van arrancando a los tribunales de la Península sobre la legitimidad de su propaganda pacífica, y que despuntaba un poco el lápiz censor. Pero lo extraño es que al año siguiente, al acusar recibo a “El Camagüeyano” de varios poemas, se manifiestan dispuestos a publicar “La prisionera” y “La Rosa”, pero se devuelve la oda “A Milán”, con estas palabras: “Y es una lástima que el anónimo y valiente poeta, celoso de Cervantes y de Ercilla, no cante sino a sus ideales hermosos y vencidos.” Se explica, sin embargo, todo género de precauciones, porque había ocurrido el choque, y precisamente lo había motivado quien menos pudiera esperarse: Casal.

“La Nouvelle Revue”, famosa revista francesa de Juliette Adam, conocida en las Letras con el apellido de *Lamber*, auspició la edición de variados volúmenes. Uno de ellos, de la propia directora de la revista bajo el seudónimo de *Paul Vasili* (así al menos lo creía Casal; aunque hoy sabemos que era debido a la Princesa Radziwill) había descrito minuciosamente y con gracia e ironía la composición de Europa. Lector de la revista y admirador de su directora, Casal quiso en el 88 hacer algo similar para Cuba. Su libro se titularía “La Sociedad de La Habana”, y con el seudónimo de *Conde de Camours*, escribió los cinco primeros capítulos que vieron la luz separadamente en números de “La Habana Elegante”. El primero de ellos, “El General Sabás Marín y su familia”, fue considerado un insulto a la Autoridad y trajo como consecuencia la cesantía del poeta en el mísero cargo que en Hacienda desempeñaba y el secuestro de la edición en que había salido. Por suerte, fue esta determinación más teórica que efectiva, pues al llegar a la imprenta ya estaba repartida la tirada y sólo hubo de llevarse el funcionario designado el ejemplar de Archivo que en la misma quedó.

Aunque José Manuel Carbonell menciona a “La Habana Elegante” diciendo que “Bajo el disfraz de literatura y poesía alentó

el sentimiento revolucionario, el sueño de independencia”, y llama a sus redactores “selecto grupo intelectual que durante tres lustros dejó oír su canto de libertad y de esperanza en la mundanal capilla de “La Habana Elegante”, no podemos aceptar estas palabras si no es en el más amplio sentido de revolución, en todo caso una revolución por cubanismo, por protección a lo nuestro, por incorporación de Cuba a la cultura universal, pero nunca por rebeldía abierta, mantenida en el artículo frecuente. Paréceme que miraba él más bien a “La Habana Elegante” de los últimos años. Allí sí podrían ser buenas sus palabras de que “la redacción era a veces un Parnasillo de literatos, otras una colmena de abejas rumorosas y las más un campamento militar”, pero siempre con la salvedad de que cuando llegó a ser lo último, cesó de editarse, mientras venían de Oriente las noticias censuradas de los primeros éxitos del 95. Entre sus redactores y articulistas los había de todas las tendencias, y junto al independentista ardoroso, vivía el moderado autonomista o el artista que soñaba y se evadía de la realidad que lo circundaba. En la vida pública, cada uno mantuvo su actitud, especialmente desde las columnas de otras publicaciones en que colaboraban: allí eran solamente editores y colaboradores de una obra cuyas proyecciones no eran precisamente políticas.

En cambio, con la Iglesia el conflicto fué más serio y duradero. “La Habana Elegante” estuvo excomulgada por el entonces Prelado Santander y Frutos desde el 20 de Octubre del 89 hasta el 29 de Junio del 90. Hernández Miyares, al dar excusas y hacer las gestiones necesarias para el levantamiento de excomunión, pudo haber pensado como Don Quijote en queja a Sancho: que con la Iglesia “habían dado”. No encontramos —ni el decreto los dice— motivos precisos para tal sanción; pero no creemos desacertado el atribuirle a varios artículos de Luis Figuer sobre materia dogmática, sobre todo los titulados “Las Religiones”, del 10 de Septiembre, y “Qué absurdo”, de 27 de Octubre del 89. Las explicaciones de Miyares fueron bastante endebles, pero como parece que la suscripción no había mermado gran cosa y la revista seguía saliendo y podía constituir motivo de alarma, se le aceptó el hecho de que, por exceso de trabajo, no había tomado en cuenta justa el contenido de las partes en entredicho de la publicación. Pese al tiempo

transcurrido en las gestiones, se indicó la necesidad de enmienda y la publicación del decreto, y ambas cosas se hicieron.

Súbitamente, en el ejemplar de 30 de Agosto del 91, Hernández Miyares declara que la revista se refunde, bajo el rubro de "La Habana Literaria", y que verá su primer número el 15 de Septiembre. ¿Qué ha pasado? Su mismo director nos hace la historia y nos deja entrever la verdadera respuesta al conflicto. Nació—nos contesta—con índole muy restringida, únicamente para solaz y esparcimiento de las damas de nuestra sociedad más aristocrática y que en las revistas de salones y los *town topics* o chismes del mundo en que nos aburríamos, sólo colaboraban sus redactores; que luego Casimiro del Monte dejó la dirección a Sarachaga, el cual hizo alternar este material antiguo con crónicas de salones y revistas de sport (preferentemente base-ball, entonces en gran auge). Y que más tarde, por las muchas ocupaciones de Sarachaga, él tomó la dirección. Pero, ¿estaba satisfecho Hernández Miyares de lo conseguido? Parece que no. El mismo confiesa que su ideal era darle un "carácter más severo y doctrinario", convertirla en una revista de literatura a la moderna (estudios literarios, históricos y políticos y otros trabajos líricos y variados, con ilustraciones y grabados de tipografía novísima). Sin embargo, ¡cuánto pesaba el adjetivo *Elegante* de su portada! La parte poética y crítica se había superado, pero se arrastraba el bagaje de sus vicios iniciales. No más literatura mezclada, halagadora de todos y sin satisfacción cabal para nadie. Basta de pensar en las damas, aunque ello fuera descortesía. Y ahora se presentaba la ocasión: Alfredo Zayas quería lanzarse a la empresa publicista y tenía una revista en proyecto. Hasta el título se había anunciado ya: "La América". Con dos años menos que Hernández Miyares y casi ninguna experiencia, el ligamen de ambos intentos podría ser fructífero. Así nació, pues, "La Habana Literaria".

La despedida, un tanto afectada, de Hernández Miyares, es sincera. Abandonar lo pasado siempre duele y más cuando en él se ha puesto el corazón, aunque lo futuro sea promesa de esperanzas de aparente cumplimiento próximo: "Adiós, Habana Elegante, diario elocuente de mis mejores días, hoja de servicios del que algu-

nas cicatrices lleva en la pelea (Y la prueba de este artículo que la mire y la corrija otro, porque...)"

"La Habana Literaria" comienza con 24 páginas, en pequeño tamaño y como revista quincenal ilustrada; conserva la misma redacción y administración en la calle Habana noventa y medio, entresuelo. Un editorial, *Al público*, firmado por Zayas y Miyares, insiste en la continuidad de la nueva publicación con la extinta, y añade que será "por ambos dirigida con entera unidad de propósito y perfecto acuerdo en cuanto a la manera de llevarla a cabo.". Luego, va declarando los caracteres de la nueva etapa: ilustrada, enciclopédica, de materiales amenos y variados, forma pulida y multiplicidad e interés en los asuntos; prosa y verso "se repartirán en conveniente proporción"; pretende dar a conocer el movimiento progresivo de las artes y las ciencias, exponer los problemas de la política y los adelantos de las industrias "sin árido tecnicismo ni fatigosa amplitud;" dar noticias de inventos, libros, autores, viajes, obras; pero también "no descuidaremos las que conciernen a las fiestas de nuestra buena sociedad y a los sucesos locales que revistan alguna importancia"; y se insiste en que pondrá a Cuba en contacto "con obras literarias de mérito, que las prensas europeas lanzan a la publicidad continuamente" y se propagará la producción de los escritores más renombrados de las repúblicas latinoamericanas, que tienen con nosotros comunidad de origen, idioma y otras circunstancias. En resumen, se trata de adaptar a Cuba una faceta de la prensa moderna, "huérfana hasta el presente de representación entre nosotros."

Como si lo anterior no fuera encaminado a ganarse un público nuevo sin perder al antiguo lector de "La Habana Elegante", prometen también "alejar el temor de que pueda contagiar a "La Habana Literaria" cierta literatura exótica, malsana y despreocupada, que por desdicha no carece de cultivadores. Así, lo mismo se verá la revista en el gabinete de los hombres que en los salones de las familias".

"La Habana Literaria", o mejor dicho Zayas, hizo cuanto pudo por complacer a ese vario público al cual llamó en su auxilio, pero hay cosas que no se avienen por su índole divergente. Una vez

que la revista abrió ancho campo a la Sociología, la Historia y la Política, lo literario quedó un tanto escaso de aquella "proporción" anunciada. Hernández Miyares debió sentir admiración por la tenacidad novel de Zayas, por sus ímpetus publicitarios e inflexibilidades editoriales, pero su sueño comenzaba a esfumarse otra vez. Había intentado la mezcla del agua y el aceite, y éste sobrenadaba y ocultaba el mayor motivo de su interés. Aquí, como en otros tantos puntos, echamos de menos notas o correspondencia íntima que pongan a la luz esos estados sociológicos que se ocultan en las entretelas de la letra impresa.

Un nexa epigráfico, por lo menos, guardaba siempre viva en la mente de los lectores a la antigua publicación. "La Habana Elegante" será el encabezamiento de una sección fija de la revista nueva: a través de la sociedad, destinada a la reseña de las fiestas y eventos sociales. Primero en manos de Enrique Fontanills, luego en las de García Kohly, terminará en las de Zayas, con el seudónimo de Alfonso. Ocupaba las dos últimas páginas y no era sino el sedimento comercial de la etapa anterior, en el cual predomina el mismo estilo de *punch de champagne* y de lo *charmante* que el acto estuvo. "A propósito de modas. El color predilecto es el lila. Se llama heliotrope" (Fontanills).

Desde el principio "La Habana Literaria" cuenta con firmas que no figuraron nunca o rara vez en "La Habana Elegante": Leopoldo Cancio, Luis Montané, Manuel Sanguily, Rafael Montoro, Gabriel Camps, Martín Morúa Delgado, Raimundo Cabrera... Y ellos ocupan un primer plano. Sus artículos críticos, informativos o documentales dejan escaso margen a lo imaginativo: Mc Kinley, la guerra en Europa, la libertad en la imprenta en Cuba, la exposición de Chicago, la isla de Capri, granaderos a caballo, los grandes hombres de España... Aun el mismo Nicolás Heredia no contribuye con cuentos o capítulos de novelas, sino con una información sobre "El Falansterio de Oneida", sobre una sociedad americana defensora del amor libre establecida cerca de Niágara. Lo literario se ve un poco mezclado pero es muy digno: poemas descriptivos de Varona, el tono huguesco de Antonio Zambrana en "Evangelina", una crítica a "La Sonata de Kreutzer" de Tolstoi, firmado por Sanguily, y los avances notables, —pero no culmina-

dos— de Casal, en “Horridum somnum”, que tanto debe a Baudelaire. Es decir, hermanados Zambrana y Casal:

Y tú feliz serás, porque eres suave,
dulce, amorosa, angélica, y ése,
ése es de la mujer el ministerio.
Llénale, sé perdón, consuelo, alivio,
y la piedad, que es numen poderoso,
sobre tu dicha tenderá su escudo.

Zambrana

¡Cuántas noches de insomnio pasadas
en la tibia blandura del lecho,
ya abrevado de angustia infinita,
ya sumido en amargos recuerdos,
perturbando la lóbrega calma
difundida en mi espíritu enfermo,
como errantes luciérnagas verdes
del jardín de los lirios abiertos,
ha venido a posarse en mi alma
áureo enjambre de sacros ensueños!

Casal.

Siguen, en los números de su corta existencia, las firmas de Aurelia Castillo, Rubén Darío, Zola, Gutiérrez Nájera, Coppeé, France, Obligado, Daudet, Silva, Rodríguez de Tió, Cancio Bello, Ricardo Palma, Esteban Borrero, González del Valle; y Céspedes, Zequeira, la Merlin, Luz y Caballero como tributos del pasado.

La revista ha cumplido: desde Tolstoy hasta Tennyson, desde fragmentos de “Leonela” hasta la prosa de Tristán Medina; desde “Los centauros” de Darío hasta “Los maderos de San Juan” de Silva; desde “Los Horneros” de Obligado hasta “El Camino de Damasco” de Casal; pero... en mayo 15 del 92, publicado el número 9º (lo cual demuestra esperas y lagunas) encontramos este aviso: “Desde el presente número de La Habana Literaria su dirección queda exclusivamente a cargo del que suscribe estas líneas (Zayas). El Dr. Enrique Hernández Miyares, nuestro compañero en la fundación de la revista, se aparta de la dirección de la misma por conveniencia particular, sin que por eso deje de favorecer en lo adelante con sus celebradas producciones las páginas de la publicación, a cuyo crédito y prosperidad ha coadyuvado tan eficazmente con su talento, su práctica en el periodismo y su nombre bien conceptuado”. La dirección se señala, desde entonces, en la calle Cuba No. 17. El divorcio ha alcanzado, pues, hasta el local.

Pero no quedan resentimientos. Cuando, tras largos esfuerzos, puede Hernández Miyares lanzar, el 15 de Enero del 93, su nueva "Habana Elegante", "La Habana Literaria" anuncia: "La Habana Elegante", el periódico que durante nueve años consecutivos visitó dominicalmente los principales salones y ostentó en sus columnas las firmas más acreditadas de la república de las Letras, renace, como el Ave Fénix de sus cenizas. Breve fue su desaparición, desde Agosto del 91 en que se refundió con la proyectada revista "La América", para dar sér a "La Habana Literaria", hasta ahora, que revive bajo su anterior y acertada dirección y con nuevos elementos que le aseguran larga vida y éxitos conntinuos. Bien venida, "La Habana Elegante"; y como resto de la antigua unión, la página social seguirá llevando el título de la ahora rival.

Desde entonces, la revista será el órgano de las nuevas posiciones modernistas. Hernández Miyares ha conseguido tener al fin una revista esencialmente literaria. Cuando se comentan los valores de este hombre incansable y se le elogia o censura, nos olvidamos un poco de lo que constituye su principal mérito. En el reposo de otro tiempo, y con más ahondar en la cultura, hubiera sido un gran literato, en el cual la prosa hubiera igualado las calidades clásicas de su verso; pero el periodismo hubo de reducirlo a una labor festinada y activísima, que no dejó yacer el poso de donde salen las grandes creaciones; mas el hecho solo de haber reunido y alentado, desde las páginas de la publicación que tratamos, a los hombres e ideales más característicos de su tiempo, basta para que añoremos la existencia de otros hombres así, que por desgracia no abundan en nuestro medio de ayer ni de hoy.

El aire francés que ha venido batiendo sus páginas desde hace años, se torna ahora en Norte definitivo. París fué la segunda patria de los modernistas, aquel París que Casal quería "raro, exótico, delicado, sensitivo, brillante y artificial". Los modelos y las firmas más codiciadas son franceses, y franceses los más interesantes artículos de esta etapa. Ahora, más que antes, se lanza la revista a la labor de crítica elevada y de difusión de los grandes nombres. A través de la nueva escuela, la antigua variedad ha cobrado un sentido unitario. Lo naturalista, realista, romántico o parnasiano, todo desemboca en modernismo. De acá lo simple, de allá la

sensibilidad angustiada y compleja, de muy cerca el cuidado formal. ¿Qué poeta modernista de la época inicial no conoció primero a Hugo y a Musset, y no tuvo influencias de Heredia, Lisle, Prudhomme, Louys o Moréas, antes de caer bajo la órbita de Verlaine, Rimbaud, Baudelaire o Mallarme? Francia era Francia y era también el Oriente lejano, asimilado y decorativo: los Goncourt, Loti, Gautier... Y en el ambiente americano, uno en la distancia: Darío, Silva, Mirón, Nájera, Casal...

Ahora los artículos, los grabados, la crítica respiran un sentido de orientación francesa, que ha quintaesenciado lo mejor y busca una voz propia entre el tanteo natural del encuentro. Se está cerca del esteticismo de Wilde, pero no se olvida a Zola: se ha superado a Lisle, pero todavía se tiembla emocionado ante los versos siempre renovados de Salvador Rueda. De vez en cuando, alguna voz remisa deja escapar su aliento de poco alcance, como es el caso de Juan de Dios Peza, pero resulta bastante insólito el hecho.

En el número inicial, del sábado 8 de Enero, la redacción (el redactor o los redactores) hace una declaración de principios: "Hoy reaparece con nuevos empeños y tan nobles bríos a ocupar el sitio que los demás periódicos le abren en el honroso festín de la publicidad." Su programa y sus ideales son los de siempre. Se menciona la antigua unión con Zayas y se comenta que "en lo adelante cada periódico marchará, si unidos por los mismos sentimientos de compañerismo, independientes en la forma y en sus preferencias tal vez: el de Zayas, tratando con sobra de erudición y seriedad asuntos más complejos que los que nosotros más somera y sencillamente prefiramos; "La Habana Literaria", en fin, siendo una revista de literatura que tanta fama ha alcanzado, y "La Habana Elegante" reconquistando el antiguo favor con que la colmaba la distinguida sociedad habanera para la que principalmente ha de rebuscar la nota más amena." Termina comentando sus ocho años anteriores de labor y el "comercio literario" que con España, Centro y Sur América se propone mantener.

Sobre el magnífico papel satinado de la publicación, los grabados lucen una primera calidad y los artículos pueden ser orna-

dos con retratos. En el número primero, una fotografía de Francisco S. Pla, "Cañas bravas", presenta un pintoresco paisaje de arroyo, carreta y bueyes de conseguido claroscuro, y la reproducción de un cuadro de Hetzself, "Madame V.", pone una nota de elegancia.

Enseguida se inicia la serie de figuras europeas —retrato y artículo crítico— que presentan y valorizan los méritos de autores, no desconocidos en Cuba, pero que marcan las preferencias de los redactores: Pierre Loti, Jean Richepín, Francois Coppeé, Edmundo de Goncourt, Alfonso Daudet, Emilio Zola; anónimos unos, llevando otros la inicial F, o con las firmas de Hughes de Roux, Octavio Mirbeau y Anatole France. Cada autor está representado en un grabado: Loti en traje oriental, sobre diván y cojines, con tapices, mesilla y marguilé; Richepín en un amplio sofá con biblioteca al fondo; Coppeé en estudiada pose de pierna cruzada; Daudet en su despacho; Zola, sentado ante su mesa de trabajo. No quiero llegar a conclusiones, pero es elocuente que ninguno esté de pie. Zola y Daudet resultan los más activos.

Gómez Carrillo es solicitado con frecuencia. Se reproduce un artículo suyo aparecido en el año 91, sobre Verlaine, y por primera vez en la revista se habla de Oscar Wilde; Casal y Darío publican en todos los números hasta la muerte del primero, como si editorialmente quisiese mantenerse aquella amistad cerrada que surgió en los días de estancia del nicaragüense en La Habana y que en lo sentimental halla su exponente en un artículo de Casal que muestra, en texto y foto, un Darío joven y pujante, dueño y señor de la clave del modernismo. Gutiérrez Nájera publica también frecuentemente. En el número segundo ya encontramos los serventesios de "La noche de San Silvestre". Fleur de Chic y el Conde Kostia son redactores fijos. El uno con sus noticias y comentarios de París, el otro con su Galería de finos retratos de damas de alta sociedad y sus artículos espaciados sobre tópicos de Arte. Sarachaga colabora de nuevo con su seudónimo de *Ignotus*, y Hernández Miyares con sus gacetillas y algún que otro trabajo anónimo. Judith Gautier encuentra traductor para sus poemas de "El Libro de Jade", y sólo se aprecian elogios para los sonetos de Heredia. Catulle Mendés es revisado en un trabajo sobre "El Oso Blanco", por

el otro Heredia, Nicolás. Por primera vez, un cuento, no demasiado "realista", trae a estas páginas el nombre de Maupassant: "La Viuda".

Pero el esfuerzo máximo de esta última etapa lo da el número extraordinario confeccionado en honor de Casal, al fallecer inesperadamente el poeta. Casal muere el 21 de Octubre; se entierra al día siguiente, y una semana después, un miércoles, aparece "La Habana Elegante" con veinte páginas más de las usuales y dedicada por completo a él. La empresa se agota en capital y en esfuerzo. Cuando en Diciembre pretenda otro extraordinario como número final de año, sólo podrá añadir 4 páginas a las 14 de siempre.

En este número-homenaje, aparecen sus datos biográficos, sus poemas "Fatuidad póstuma", "Autobiografía" y "Cuerpo y alma"; cantos poéticos en su honor de Byrne, Lola Rodríguez, Pichardo, Xenes, Matamoros, Federico Uhrbach, Alvaro de la Iglesia, Villoch; artículos de Montoro, Varona, de la Cruz, Catalá, Heredia, Azcárate, Mestre, Fontanills, Raoul Cay, Sarachaga, Raimundo Cabrera, Meza, Gálvez, Triay, Montané, Aróstegui, Ricardo Delmonte, Sanguily, Hernández Miyares; una romanza de Hubert de Blanck; recortes de la prensa de esos días: "El País", "La Discusión", "La Lucha", "Las Avispas", "Diario de la Marina", "Boletín Comercial", "Avisador Comercial", "La Unión Constitucional", "La Caricatura", "El Fuego", "El Expositor", "El Fígaro". Tan completo y representativo del afecto personal y la estimación que se sentía por Casal y su obra resulta este número, que creemos no exagerar al proponerlo como un material obligado para todo el que sobre el poeta vaya a tratar.

Otros nombres vienen a completar el panorama de intereses culturales de la revista en su último año: Federico Mistral, Juan Zorrilla de San Martín, Manuel J. Othón, Guido Spano, Eduardo de la Barra. Y así, de lo nativo y lo extranjero, con énfasis en lo americano, resulta escasa la lista de nombres que puedan quedar fuera de los que alguna vez dejaron su talento estampado en las páginas de "La Habana Elegante". Si los acontecimientos hubieran sido otros, si la generación modernista se hubiera desenvuelto sin interrupciones como las de otros países del Continente, la revista

hubiera llegado a ser el centro por excelencia de los valores nuevos y el punto de reunión de corrientes variadas dentro de la tendencia del modernismo americano.

Pero las cosas fueron cortadas bruscamente por la mano de la Historia. "La Habana Elegante" fué una víctima de la Guerra de Independencia. Los hombres que la integraban sintieron la llamada del deber y supieron responder al grito de la Patria irredenta. Unos en la manigua, otros en el obligado exilio, cada cual a su modo, sirvieron con las armas y las letras, que se juntaron como en el siglo clásico. Nuestro incipiente modernismo, camino de un auge representado por la generación Casal-Borrero-Uhrbach, quedó cortado en dos mitades, para alborear de nuevo en los inicios republicanos, bastante pobres en lo literario. En aquel momento, de "La Habana Elegante" no quedaba más que un recuerdo y el número aislado de alguna biblioteca; pero existía ya un heredero, cuya vida sí fue tan larga y útil como la de ella: "El Fígaro", la revista de Pichardo y Catalá, donde se refugió esta tardía y abundante generación republicana del modernismo y donde dió sus frutos más jugosos.

Dr. Juan F. Carvajal Bello.

N. del A.—El seudónimo *Juan Sincero*, que aparece en la página 169, encubre a Manuel de la Cruz; *El Camagüeyano*, en la 173, a Aurelio Mitjans; y la inicial *F*, en la 181, a Juan Miguel Ferrer Picabia.

Los Otros Sentidos

RESONANCIAS DEL "CANTO ESPIRITUAL" DE MARAGALL

ENSAYO DE

JOSE CONANGLA FONTANILLES

Todos tenemos una labor esencial importantísima, en este mundo: la constante elevación y depuración de nuestro espíritu.

JUAN MARAGALL.

(De una carta a su amigo
Antón Roura (1903).)

*¡La vida humana no es toda la vida!
La tumba es vía, no término. La muerte
es renunciamiento, tarea nueva.*

JOSÉ MARTÍ.

(Del prólogo al Poema del Niá-
gara, de Pérez Bonalde (1882).)

CANTO ESPIRITUAL (*)

Si este mundo, Señor, es ya tan bello
y su gran hermosura se refleja
con vuestra paz en las pupilas nuestras,
qué más nos podéis dar en otra vida?
Por eso celo tanto de mis ojos,
de mi rostro y del cuerpo que me disteis;
del corazón que en mi palpita siempre...
y por eso, Señor, temo a la muerte!

Con qué sentidos otros podré ver
el cielo azul, dosel de las montañas,
y el mar sin fin y el sol resplandeciente?
En mis sentidos dadme eterna paz,
y no querré más cielo que ese, azul.

“Aquel” que nunca al tiempo dijo — “¡Para!”
sino en el propio instante de su muerte,
no lo entiendo, Señor; yo, que quisiera
detener tantas horas de mi vida,
para en mi corazón eternizarlas!...
¿O es que la eternidad es ya la nada?
Pero entonces, la vida, ¿qué sería?
¿Fuera no más la sombra del pasado
y la ilusión del lejos y lo cerca;
la cuenta de lo poco y demasiado,
engañadora, pues ya todo es todo?

¡Es igual! Este mundo, como sea,
tan diverso y extenso y temporal;
esta tierra, con todo lo que cría,
es mi patria, Señor; y ¿no podría
ser también una patria celestial?

Hombre soy y es humana mi medida
por cuanto creer pueda y esperar;
si mi fe y mi esperanza aquí limitan,
¿me culparéis, por esto, más allá?

Más allá veo el cielo y las estrellas,
y aún allí quisiera yo ser hombre,
Si a mis ojos las cosas son tan bellas,
si hicisteis mis sentidos para ellas,
¿para qué necesito un bien mayor
si para mí, cuál este, no hay mejor?

Que existis bien lo sé, yo no lo dudo;
¿más quien sabe, Señor, dónde moráis?

Todo a mi vista se os parece en mí.
Dejadme, pues, creer que estáis aquí;
y al llegar al instante angustioso
en que se cierran mis humanos ojos,
Señor, dotadme de otros más potentes
que vuestra faz inmensa me permitan
contemplar a merced y sin cegarme
¡Qué una vida mayor halle en la muerte!

(*) Traducción castellana de J. Conangla
Fontanilles, en 1911.

I. LA HIPOTESIS DE LOS OTROS SENTIDOS, EN EL CANTO ESPIRITUAL DE MARAGALL

Han transcurrido ya muchos años desde que sintiéndome deseoso —al igual que toda persona reflexiva me parece que ha de estarlo— de comprender con la mayor claridad posible los enigmas de la existencia, tanto de la propia como de la relacionada con seres, cosas y circunstancias de Natura y en cada uno de los órdenes disímiles pero armónicamente consubstanciales del Universo, me preocupa lo exiguo de las luces intelectivas, para explicarme tales misterios. No aludo a los problemas físicos de la inmensidad astronómica, los cuales son de incumbencia científico-matemática más que filosófica; sino a los fundamentales de la Creación y de la Vida: el enigma causal originario, en primer término; los subjetivos de nuestra especie terrenal, y algunos otros entrelazados con éstos, como el de la supervivencia espiritual humana en los ámbitos esotéricos pero místicamente indudables del mundo idealista del más allá.

La orientación que unos cuarenta y cinco años atrás me pareció más diáfana y sugestiva, frente a los medios y a los esfuerzos insuficientes conocidos hasta entonces para esclarecer los orígenes de estos enigmas, me la señaló, de súbito, el *Canto Espiritual* del glorioso poeta Juan Maragall. Aquel inspiradísimo *Canto*, que entonces produjo sensación, lo incluyó Maragall en las últimas páginas de su postrer libro *Seqüencies*, publicado en los inicios de 1911.

A fines de Abril del mismo año recibí en La Habana un ejemplar de *Sequeüncies*, con afectuosa dedicatoria de su autor, (prologuista bondadoso que en 1904 fué de mi primer libro poético *Elegía de la Guerra*, sobre impresiones de la guerra inde-

Con honda satisfacción, la Revista de la Biblioteca Nacional acoge la llegada de un nuevo y valioso colaborador, en la persona del distinguido polígrafo José Conangla Fontanilles, al publicar el trabajo que acompaña esta nota.

Extranjero de nacimiento (vió la luz en Montblanch, Cataluña, el 15 de septiembre de 1875), pero cubano de corazón y ciudadanía, ha enriquecido la bibliografía nacional con notables aportes.

Cursó estudios primarios y secundarios en escuelas y universidades de su país natal, así como también en la Universidad de la Habana.

pendentista de Cuba). En seguida de recibir *Seqüencies*, leí y releí sus páginas deleitosamente; desde unas refulgentes "Vistas al Mar" hasta las conmovidas y conmovedoras estrofas del inspiradísimo *Canto Espiritual*: expresivo de tiernas y vehementes sinceridades; rosario poético-filosófico-religioso, a la vez, de oraciones, anhelos y clamores del más puro y cristiano humanismo; canto dirigido al Señor de la Creación, para exponerle la angustia que el poeta sentía de acercarse al fatal momento de su presntido tránsito al más allá (*), mientras él hubiera querido *que este mundo, esta tierra con todo lo que en ella se cría, y donde estaba su Patria, pudiese convertirse, también, en una Patria celestial.*

Con impaciencia me entregué al impulso entusiasta de traducir al castellano el *Cant Espiritual*, para darlo a conocer a los núcleos intelectuales de Cuba y de otras repúblicas americanas. Y así fué como a los pocos días, en una de las ediciones semanales de la ya entonces popularísima revista habanera "Bohemia", salió publicada mi traducción, probablemente la primera en idioma cervantino realizada entre las sucesivas que después se hicieron del *Cant Espiritual* en tierras del Estado español y en países americanos de lengua castellana.

La impresión más emotiva que me produjo el *Cant Espiritual* surgió de la sorprendente pregunta que en una de sus estrofas va dirigida al Ser Supremo, sobre *cuáles serán los otros sentidos* (los sentidos nuevos) inconcebiblemente superiores a los actuales orgánicos del cuerpo humano, que en la transmigración hacia la incógnita misteriosa del *más allá* les serán abiertos milagrosamente

Es miembro de importantes instituciones, tales como la Sociedad Económica de Amigos del País, la Sociedad Geográfica de Cuba, y correspondiente de la Academia de la Historia. De la Junta de Gobierno del Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales y de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos; de la Sociedad Colombista Panamericana; de la Sociedad cubana de Estudios históricos e internacionales; socio individual de la UNESCO cubana; Presidente de Honor del Centre Catalá de La Habana, y Socio honorario de otras instituciones catalanas de Cuba y de Cataluña; representó, además, en Cuba, al Departamento de Cultura de la Generalidad de Cataluña y al Consejo Nacional de Cataluña que funcionó en Londres.

En el periodismo cubano es uno de los profesionales colegiados de mayor antigüedad, y también como miembro de la Asociación de Repórter. Fué

* El deceso de Maragall devino unos meses después, en 20 de diciembre de 1911.

a las almas. El poeta gimió, en su *Canto* melancólico: *más allá veo el cielo y las estrellas, y aun allí quisiera yo ser hombre. Si hicistéis las cosas a mis ojos tan bellas; si habéis hecho mis ojos y mis sentidos para ellas, ¿por qué cerrarlos en busca de otro "cómo"? Sí para mí, como éste, no habrá ninguno!*

Terminaba, empero, el *Canto Espiritual*, resignándose el gran poeta al designio inevitable. Mas, como si quisiera responder a consoladora y segura confianza en el florecimiento de los *otros sentidos* vislumbrados por su aguda intuición, formuló los ruegos siguientes: *Ya bien lo sé que sois, Señor; pero dónde estáis ¿quién lo sabe? Todo cuanto veo se os parece en mí. Dejadme creer, por tanto, que estáis aquí. Y cuando venga aquella hora de temor, en que se me cierren estos ojos humanos, dotadme, Señor, de otros más potentes, que me permitan contemplar vuestra faz inmensa. ¡Séame la muerte una MAJOR NAIXENSA (un renacer mayor).*

La sorprendente y relampagueante hipótesis de unos posibles *otros sentidos*, intuída por Maragall, confieso que despertó en mi imaginación (seguramente demasiado ingenua pero bien decidida), la esperanza de que en un futuro tan remoto como se quiera situar mentalmente desde los días agnósticos actuales, no ya en los ámbitos esotéricos de la transmigración, sino en este mismo mundo terrenal, por voluntad divina se irán abriendo y desarrollando en personas selectas y después en promociones más numerosas de nuestra especie, los *otros sentidos* que la intuición reveladora de Maragall previó en su inspiradísimo *Canto*; *nuevos sentidos* indispensables para poderse explicar o para comprender con claridad relativa pero muy superior a las investigaciones

redactor de "El Nuevo País", en 1905; más tarde, uno de los fundadores de los diarios "Cuba" y "El Día", en los cuales ejerció de editorialista, jefe de redacción y director eventual en varias épocas. Fué colaborador asiduo de las revistas "Social", "Cuba Contemporánea", "Bohemia", "Universal" y otras. Figura entre los redactores de "Revista Bimestre" y "América". Fundador y director de "Revista Parlamentaria de Cuba" (1922-1928). Revisor de Estilo del Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes durante largos años. Laboró también en la Secretaría de la Presidencia de la República, (1934-1936 inclusives) donde inició y dejó al corriente el "Índice Legislativo de la República", por iniciativa y encargo del entonces Secretario doctor Santovenia.

científicas y a las conjeturas filosóficas del presente, los inquietantes misterios de la Vida y de la inmensidad cósmica en general.

Desde entonces (1911), no de manera impaciente ni sistemática, pero sí con atención vigilante a través de mis diversos e incansables estudios, he recogido interesantísimas referencias, opiniones e indicios (filosóficos, religiosos y científicos) en relación a tan sugestiva hipótesis.

Dentro de este propósito, en el lapso de 1911 a 1921 publiqué en *El Día* de La Habana y en prestigiosas revistas cubanas, algunas crónicas de invariable preocupación, en el fondo, por aquellos enigmas; y, más adelante, mi ensayo sobre el *Concepto moral de la Evolución*, inserto en 1921 en la inolvidable *Cuba Contemporánea*, estudio que fué comentado muy favorablemente, en especial por la famosa revista *Scientia* de Milán.

En aquel estudio, incorporado en 1939 como capítulo final de libro *Humanología*, dejé una síntesis personalísima de tan apasionantes asuntos; y éstos siguieron interesándome siempre más, ya para descubrir las influencias probables con que celebrados poetas y pensadores —antiguos y modernos— hubieran tal vez contribuído a despertar en Maragall la sorprendente hipótesis, (o más exactamente, si se quiere, la luminosa idea) de los *otros sentidos*, ya para relacionar también el mayor número de antecedentes y conjeturas que fuesen acumulables en los campos respectivos de la sabiduría, tanto de la clásica histórica como de las posteriores sucesivas y de las investigaciones modernas.

He aquí porque, sin otro propósito que el de contribuir serena y modestamente al honrado examen de tan nublosos asuntos, trataré de coordinar opiniones propias con una serie de juicios ex-

Hoy se encuentra retirado de la mayor parte de sus actividades, pero con magníficos aportes a nuestra bibliografía. De su excelente cosecha, entre la cual se cuentan numerosas conferencias sobre temas de arte, política y sociología, citaremos algunas de sus más destacadas obras: "Cuba y Pi Margall", "Mirador humanista", "La conspiración y el martirio de Pintó", "Engaños y errores del comunismo", "Martí y Cataluña", etc.

La Biblioteca Nacional posee:

1. "La Ciudadanía adoptiva". (Límite prudencial y legal de sus derechos y deberes) . . . Por J. Conangla Fontanilles. Habana, Imp. Moderna, 1916.
2. "...Ciudadanía y extranjería". Objeciones a un anteproyecto de Ley del Dr. José A. del Cueto, presentadas a la Sección de Derecho Civil de la Comisión Nacional Codificadora. . . Habana, 1924.

puestos por filósofos, sociólogos, poetas, científicos y estudiosos de todas las épocas y procedencias, especialmente de contemporáneos; opiniones y abstracciones no coincidentes en determinadas ideologías, pero si concordantes en la posibilidad lógica de que en tiempos futuros —sea cuando sea— llegue a producirse, en numerosos seres de la humanidad terrestre, el florecimiento evolutivo de los nuevos y superiores *otros sentidos*, la mediación anticipada de los cuales rogaba Maragall, (presintiendo ya, de seguro, su propia muerte), en las aflictivas estrofas de su último y más intenso poema.

II. RAICES PROBABLES DEL CANTO ESPIRITUAL

Comenzaré por deducir de dónde podía venirle a Maragall la previsión de los *otros* o nuevos *sentidos*; si aquella previsión y el conjunto del *Canto Espiritual* corresponden —como así lo creo— al impulso emotivo y en gran parte intuitivo del propio autor, o si en uno y otro supuesto se combinaron, tal vez, influencias ajenas recogidas en lecturas de filósofos, poetas y pensadores espiritualistas; cuya influencias, en tales casos, nunca podrían interpretarse ni reputarse como meras adaptaciones, sino como identificaciones espontáneas subjetivas con el fondo sentimental del originalísimo y sincerísimo gran poeta.

Concretándome, de momento, a la hipótesis de los *otros* o nuevos *sentidos*, escogeré y anotaré, por el orden cronológico que las recogí en libros diversos, algunas opiniones de pensadores famosos. La primera de esas opiniones, por gran sorpresa mía corresponde

3. "La Conspiración y el martirio de Pintó". Conferencia dada en el "Centre Catalá de la Habana el 10 de julio de 1921... Habana, 1921.
4. "Cuba y Pi y Margall". Estudio preliminar por J. Conangla Fontanilles. Seguido de un Anexo. Con todos los artículos y discursos de Pi y Margall en pro de la autonomía y luego de la Independencia de Cuba. La Habana, Editorial Lex, 1947.
5. "Dictamen acompañatorio de la ponencia de Constitución provisional de la República Catalana... La Habana, Burgay y Cía., 1928.
6. Elegía de la guerra. Poesías (Impresiones de la guerra de Cuba). Barcelona, Tip. Catalana, 1904.
7. Enseñanzas Políticas de la Ecología. Estudio presentado al primer Congreso Nacional Cubano de Geografía. La Habana, Molina y Cía., 1943.
8. Eternal. Poesía y prosa. Barcelona. A Atis Impresor, 1921.
9. "Federalismo y confederalismo". Conferencia en la Institución Hispano-Cubana de Cultura de la Habana, el 15 de septiembre de 1939... Habana, 1939.

(¿cómo podía imaginarlo?), a Voltaire. En efecto: al final de un curioso estudio de Paul Morand sobre "La Terre et ses cinq sens", descubrí esta declaración del famosísimo pensador enciclopedista francés: "Es posible que en otros mundos existan y vayan en aumento *sentidos* de los cuales nosotros no tenemos idea; y en cuyos mundos, el ser más perfecto de todos los seres sea el que tenga *sentidos más numerosos y perfectos*".

Ya iré comprobando como la anterior anticipación, por fantástica que parezca, contiene afinidades hondas con misteriosos indicios que otros pensadores, antes y después de Voltaire, tuvieron y expresaron sobre la posible manifestación de *nuevos sentidos* en selectas personas de épocas futuras incalculables. Incalculables, porque según ya lo advirtió el metafísico R. W. Trine, "Dios no se apresura jamás: tarda meses en darle madurez y sabor a una manzana; diez mil años, en conglomerar una tonelada de hulla; inmensurables edades, en formar un hombre con un cerebro como el de Platón, o un corazón como el de Cristo".

El autor del agudísimo estudio *Las ruinas de Palmira* (el racionalista Volney, implacable crítico de los errores pseudo-religiosos y fanáticos, pero deísta sincerísimo, en el fondo), aceptó en aquel estudio la inflexible tesis de la orgullosa ciencia materialista, según la cual el hombre no puede recibir ni adquirir ideas sino por medio de los sentidos orgánicos, únicos instrumento que la mente humana tiene, a juicio de dicha Ciencia, para formarse concepto de las cosas.

Pero este principio del racionalista Volney, él mismo lo rectificó en libro posterior —"Tratado de la Ley natural"— diciendo

10. "Humanología". Cultivo de la razón sentimiento y del carácter. Por J. Conangla Fontanilles. Habana, Imp. "La Milagrosa", 1933.
11. "El Ideal Confederativo Ibérico" Conferencia... por J. Conangla Fontanilles. Habana, Imp. "La Milagrosa", 1933.
12. "Juegos Florales de la Lengua Catalana". (Año 86 de su restauración.) Discurso de J. Conangla Fontanilles... (Traducción castellana) La Habana. Burgay y Cía., 1944.
13. "L'idioma catalá". Davant de la ciencia de la historia y de la lliure determinació dels pobles. Discurs inaugural dels Jocs Florals Catalans de l'Havana... Maig de 1923... Academia de Ciències. Per J. Conangla Fontanilles... Habana, "Graphical Arts", 1923.
14. El Meu pare que al cel sia... Evocació biogràfica. Montblanch, Imp. Vda. Amonmany, 1920.

que si el hombre del futuro, por remoto que éste se produzca, llegase a estar dotado de *uno o más sentidos nuevos*, capaces de dejarle comprender ciertos misterios ocultos hoy, todavía, a la intelección y a la investigación humanas, y en primer término el enigma máximo de la Divinidad, entonces este supremo enigma y otros de orden misterioso —como los psíquicos— podrían tal vez resultar explicables con revelación más o menos luminosa,

Sobre el intuicionismo de Maragall iré presentado similitudes de criterio que célebres filósofos contemporáneos, no solo de filiación espiritualista sino también seguidores del positivismo científico, adujeron ya a favor de la licitud respetable de tales preocupaciones sobre los problemas invisibles de la Naturaleza y de la Vida, como aceptando la posibilidad de que en el desenvolvimiento evolutivo pueda acontecer que inteligencias selectas humanas sucesivamente más numerosas dispongan, entonces, de *nuevos recursos sensoriales* y también de medios investigatorios precisos, para obtener si no completa, pero si más esclarecedora y aquietadora de lo que hoy se nos presenta, la explicación o la comprensión de los enigmáticos problemas del Universo y de nuestras almas, en los ámbitos ocultos del *más allá*. Famosos poetas, filósofos y teósofos, así como también excelentes psicólogos experimentalistas, han ofrecido observaciones y convicciones análogas.

El intenso poeta mexicano Amado Nervo, en el prefacio de uno de sus libros más populares —“La Amada Inmóvil”— se refirió a miles de personas que pretenden conversar con los muertos, penetrar en el plano astral donde *viven*, verlos y seguirlos en sus evoluciones. A juicio de Nervo, “aquellos difuntos no están ausentes, sino invisibles, como ya lo creyó Víctor Hugo. Pero nosotros a menos de tener desarrollado el *sexto sentido de la visión subconsciente de la evidencia*, no podemos verles”, porque como

-
15. Mirador humanista. La Habana, 1955.
 16. Montblanquines. Impressions, tipos y costumbres populares. Montblanch, Imp. de J. Ma. Recasens, 1921.
 17. “Las Nacionalidades Ibéricas”. Confederación o separatismo. Conferencia por J. Conangla Fontanilles. Habana, Imp. Arellano y Cía., 1944.
 18. “La Naturaleza de las cosas”. Ensayo para un estudio de Geografía Política... La Habana, Imp. “La Milagrosa”, 1935.
 19. El Profundo humanitarismo de Pi y Margall, conferencia por José Conangla Fontanilles, miembro Académico de la Sociedad Económica

dice Maeterlinck, "no tenemos el órgano sensorial necesario para percibirlos". Si bien el propio filósofo belga vaticinó que *una gran parte incógnita subjetivista de hoy, llegará a ser conocida del mañana.*

Nervo, además, en aquel prefacio, definió poéticamente su alma con una triste princesa encerrada en la impenetrable torre de su cuerpo disponiendo tan solo de cinco mezquinas ventanitas (los cinco sentidos) para adivinar el "mundo exterior". A través de tan mezquinas ventanas, al alma prisionera le parece escuchar, a veces, como el ruido de un "mar que con rumores de seda que "se desgarran, bate los pies de su fortaleza... A veces cree haber "visto pasar seres alados que con majestad inmensa agitan sus "plumajes núbicos; a veces oye rumores armoniosos de palabras, "fragmentos de músicas. Ansiara empinarse y ver los horizontes "que presiente... ¡Pero las cinco ventanas están muy altas y son "muy estrechas!"

Según Annie Besant, existen ya en el cerebro humano los órganos del *sentido o visión astral y de la percepción del pensamiento*; estos órganos sensoriales son la glándula pituitaria y la glándula pineal. La famosa teósofa se declaró convencida de que esos dos órganos supersensitivos funcionan ya en algunos seres privilegiados.

Mario Roso de Luna, astrónomo de renombre internacional, (descubridor del cometa que lleva su nombre) y también reputado teósofo, en su libro "En el umbral del misterio" estudió científicamente impresionantes fenómenos confirmativos de que el Universo no puede juzgarse por lo que el hombre ve con sus ojos físicos, pues los *sentidos físicos* son las únicas puertas aparentemente disponibles para comunicarnos con el exterior. Pero

de Amigos del País. Publicada en "Revista Bimestre Cubana". La Habana, Tipos-Molina, 1933.

20. "Ricardo del Monte íntimo, su ceguera y su muerte". Conferencia por J. Conangla Fontanilles... Habana, Imp. y Pap. "La Universal", 1927.
21. Semblanza de Gálvez. Conferencia dada en el Aula Magna de la Universidad de la Habana, en 1º de febrero de 1952; correspondiente a la serie sobre Figuras del Autonomismo, que por encargo de la Comisión de Extensión Cultural organizó el doctor Elías Entralgo, catedrático de Historia de Cuba. La Habana, Imp. de la Universidad de La Habana, 1953.

más adelante, a propósito de la fotografía, reveladora de cosas que el ojo humano no puede percibir, Roso de Luna escribió: “Existen, sin ninguna especie de duda, en el cuerpo humano, “unas sales sensibles a la acción eléctrica y a las demás acciones, “y capaces de unificarse por virtud de operaciones de revelación y “de fijación; cuyas sales son equiparables a las de la actual fo- “tografía... ¡Revelarlas!! Pero a cuál vista, si la nuestra no “puede percibir las; si nos parece que carecemos de *sentidos con-* “*cordantes* para captar el más y lo menos de las vibraciones del “éter fuera de la gama luminosa consabida; si nuestro oído no “recoge sino del aire; si nuestro olfato y gusto tienen una pobrí- “sima química, que exige una previa disolución de la substancias “en estrechas proporciones, en el aire o en la saliva? Este solo “detalle nos dice más que los mil clásicos ditirambos de los auto- “res, en pro de la menospreciada psicología. Dilema inflexible: “la humanidad pide, en nombre de los fueros de la Ciencia, o “bien *sentidos nuevos* o excepcionales desarrollos de los antiguos; “algo de eso que ciertas escuelas llaman *doble vista* para penetrar, “con la suprema curiosidad de Fausto, en el hasta ahora cerrado “seno de las tinieblas”.

El eminente científico francés Alexis Carrel, en su libro tes- tamentario espiritualista “*Reflexions sur la conduite de la vie*”, publicado en 1950, dijo que “no obstante los enormes progresos “obtenidos en todos los ámbitos experimentales por la Ciencia, “ésta no ha sido capaz, aún, de explicarse la naturaleza indudable “del espíritu humano; pues el espíritu, por más que está inserto “en la materia viva, se halla fuera del mundo espacio-temporal; “y, por consiguiente, fuera de la jurisdicción científica. Así, pues, “aun cuando se moviesen almas desencarnadas en torno a nosotros, “no podríamos darnos cuenta de ello, porque no poseemos ningún “medio para constatar su presencia”.

22. Tomás Gener, del hispanismo ingenuo a la cubanía práctica. Trabajo leído por el Académico Correspondiente José Conangla Fontanilles. Edición auspiciada por el señor Vicepresidente de la República, doctor Guillermo Alonso Pujol, 1950.

23. “La Vida ejemplar de Sebastián Gelabert”. La Habana, Editorial Atalaya, 1939.

24. “Engaños y errores del comunismo”. La Habana, Imp. “La Milagrosa”, 1934.

Varios prólogos, en libros ajenos.

Carrel, en la observación precedente nos habla de almas desencarnadas, en equivalencia imaginaria de espíritus, olvidándose de las significaciones conceptuales separadas que respectivamente corresponden a *alma* y a *espíritu*, en adecuado lenguaje filosófico moderno; ya que en la locución *espíritu* se simboliza la actividad razonadora intelectual; y en la expresión *alma*, la actividad sentimental o afectiva. Pero al margen de esta confusión —empleada tal vez por Carrel en obsequio a la similitud con que el vulgo usa ambas locuciones, por suponerlas equivalentes—, lo que nos interesa en los juicios copiados del pensador francés estriba en su convicción de que la Ciencia materialista carece, en la actualidad, de medios adecuados para descubrir y ni siquiera para comprender los impenetrables enigmas de la vida invisible, y en especial los obsesionantes misterios de la posible supervivencia humana en otros mundos ideales del *más allá*.

El hecho de que la Ciencia materialista no sea capaz de explicarse esos misterios no implica, sin embargo, según opina también Carrel, la imposibilidad de que en el transcurso de futuras rotaciones planetarias, el esfuerzo incansable investigativo en que persistan las mejores inteligencias y las más purificadas conciencias humanas, pueda contribuir, entonces, a desvanecer gradualmente los densos e impenetrables nubarrones que hasta hoy han privado y siguen impidiendo toda exploración de tales enigmas. O quien sabe si podrá sobrevenir, en el futuro evolutivo de la naturaleza cósmica y también de la regeneración humana, una metamorfosis imaginable por medio de la cual sean impulsadas nuevas energías de intelección y nuevas facultades (nuevos sentidos), no sólo para explicar más claramente los misterios de la vida y del *más allá*, sino para que la humanidad sepa y pueda comportarse, personal y colectivamente, de acuerdo con principios morales y con normas orgánicas de juiciosa confraternidad y de auténtico cristianismo.

Otro sabio francés anterior a Carrel, el fisiólogo Charles Richet, en sus inquietantes libros “Recherches experimentales et cliniques sur la sensibilité (1877). “Essai de Psychologie general” (1887) y “Traite de Metapsychique” (1923) esbozó en los dos primeros, y demostró científicamente en el último, que existe ya en el ser

humano una facultad misteriosa de conocimiento; facultad poco o nada desarrollada todavía, pero susceptible de que la posterior evolución de la inteligencia la generalice y la convierta en *nuevo sentido*, en promociones humanas futuras. De esa nueva facultad oculta, según Richet, no se conocen sino los efectos experimentables, experimentados ya con demostraciones tan convincentes que han hecho de la *criptestesia* (así la denominó su descubridor), una ciencia novísima, aceptada por los fisiólogos e histólogos más exigentes y por cultivadores de la Psicología experimental y de la Filosofía espiritualista; sin que este descubrimiento tenga conexión ninguna con los supuestos fenómenos hipnóticos o telepáticos del vulgar “espiritismo”.

Recientemente, en la notable “Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba” se insertó un profundo ensayo con el título “Reflexiones sobre el Hombre”, debido al Dr. Ariel Remos Carballal, joven y muy estudioso exégeta de los más inquietantes problemas filosóficos modernos; y en dicho ensayo, el Dr. Ariel Remos, al hablar de los *sentidos* exteriores e interiores que procuran al hombre la más diversa experiencia del mundo, se refirió a la *criptestesia* calificándola de *sexto sentido* por medio del cual pueden ya percibirse fenómenos hasta ahora inexplicables.

En efecto: el Dr. Diego Carbonell, insigne fisiólogo, Profesor de Psicología experimental, Rector de Universidades Venezolanas, aun cuando mantiene su adhesión al Positivismo, ha dedicado entusiastas elogios a la teoría de las demostraciones *criptestésicas*; y en su voluminoso libro “Temas psico-psicológicos” ha reconocido en Richet “un sabio a quien la historia de las conquistas “humanas habrá de considerar como un creador de ciencias, al “igual que Pasteur, pues dedicó muchos años de su laboriosa “existencia a la vida de la verdad en la delicada cuestión del “espíritu”.

En objeción a las opiniones y abstracciones que acabo de relacionar, y de muchas otras más o menos convergentes que podrían aducirse, no fuera extraño que algún lector poco atento a los problemas subjetivos quisiera suponer que la hipótesis de los *otros sentidos* o sentidos nuevos posibles, intuída por Maragall, equivalga sencillamente a una fantasía poética o, más capricho-

samente, a un absurdo. Pero los que se atrevieran a opinar así, tal vez desconozcan que uno de los tratadistas contemporáneos más estudiosos de los problemas de la Filosofía (Bertrand Russell), a pesar de no pertenecer a la Ciencia experimental, recomendó a quienes pretenden ser filósofos o tan siquiera amantes del conocimiento, que aprendan a no asustarse frente a los absurdos más o menos aparentes; porque la Filosofía crítica, como obra de hombres, al fin, es falible y, por tanto, debe abstenerse de incurrir en intransigencias ni en dogmatismos, impropios de su verdadera misión.

III. EL INTUICIONISMO DEL CANTO ESPIRITUAL

En el curso de su luminosa existencia y después de su prematuro deceso, opinaron sobre los méritos extraordinarios de Maragall estudiosos y críticos de las más diversas ideologías: poéticas, filosóficas, religiosas, literarias, políticas, sociológicas o artísticas. Cada uno de los juzgadores señaló estas cualidades sobresalientes en la maestría de Maragall; y entre sus más destacadas valoraciones, todos le reconocieron el predominio de una aguda intuición, facultad super-sensitiva misteriosa, por medio de la cual la inteligencia de quien la posee o por favor divino le es posible de ejercerla, se halla en estado de gracia si no para descubrir, a lo menos para ayudar a entrever de más cerca el oculto secreto o la profunda realidad de determinados enigmas, fenómenos, problemas, dudas, cuestiones o complejidades imposibles de esclarecer por el raciocinio, ni de acuerdo con postulados de la Ciencia más exigente.

Es claro que no era tan solo el impulso intuitivo lo que hacía actuar a Maragall en las genuinas modalidades de su maestría como poeta y sociólogo; pero en las tendencias señaladas entiendo que se manifestaba con predominio el impulso intuitivo, aliado inseparable, como veremos más adelante, de los sentimientos morales, de los idealismos humanistas y de la religiosidad pura, que se refundían en su conciencia y se prodigaban en las actuaciones de su atractivo y cristianísimo temperamento.

Algunos opinantes supusieron que el intuicionismo poético de Maragall, a veces, quizá respondía a fuertes impresiones o sugerencias que en su espíritu hubiesen despertado lecturas de ciertos autores por las obras de los cuales sintió entusiastas y sucesivas preferencias. El mismo dejó confirmaciones bien sinceras de tales influencias, según puede leerse en su Epistolario, —testimonio valioso para confirmar las cualidades excelentes del gran poeta y humanista—. Dos de sus biógrafos más destacados, Manuel Raventós y Manuel de Montoliu, en prólogos respectivos a los tomos XI y XIX de la edición familiar de Obras completas de Maragall, acotaron textos de éste, de indudable coincidencia con tonalidades espirituales y poéticas de Novalis y de Goethe por ejemplo.

Raventós encontró en el idealismo de Maragall, y fijamente en el *Elogio de la Poesía*, tendencias que podrían considerarse como afinidades románticas con la concepción que Novalis expresó sobre Poesía. Estas afinidades, sin embargo, conociendo la obra poética conjunta de Maragall, no pueden juzgarse como préstamos o adaptaciones, sino como *resonancias* harmónicas de dos espiritualidades fraternas, convergentes en unos mismos deliquios. “El idealismo maragalliano que resplandece en el *Elogio de la Poesía* y “en otros ensayos que llevan este nombre genérico —declaró Raventós— había madurado muy largamente en su espíritu donde “era flor espontánea y en ningún modo injerto o reacción provocada por lectura de textos ajenos”

Montoliu, en la admirable introducción al volumen citado, realizó un detenido análisis de las principales vivencias espirituales en las obras de Maragall: el misticismo, el puro individualismo, el apostolado de todas las mejores ilusiones humanistas y de los más justos anhelos superativos en la vida personal y por el orden y la convivencia social; su enamoramiento por la Naturaleza, y la consubstancialización llameante que sentía para que no solo él y los suyos, sino todos los seres humanos pudiesen alcanzar y disfrutar las delicias del Cielo aquí en la Tierra. Cada una de aquellas vivencias de la personalidad bondadosísima y atrayente del poeta, del escritor, del hombre y del intuitivo extraordinario que palpitaban en Maragall, y las savias ideológicas, sentimentales y cultísimas que en él se combinaban y le robustecían gloriosa-

mente, fueron estudiadas por Montoliu en el citado prólogo, con prolijo acierto, con entusiasta y ejemplar honradez crítica.

En relación a las supuestas similitudes ideológicas y sentimentales entre Maragall y Novalis, y entre el primero y Goethe, Montoliu convino con Reventós que la traducción de *Oftendingen*, en especial, había dejado en el espíritu del traductor algún efluvio del alma fraterna de Novalis. “Es siempre posible —declaró Montoliu— y en el caso de Maragall absolutamente seguro, que ciertas coincidencias y afinidades del temperamento espiritual del nuestro con los de otros poetas o teorizadores, hubiesen contribuído a madurar hasta un grado elevado de conciencia crítica las intenciones filosóficas que la contemplación intelectual de la propia obra había de despertar en su pensamiento.” Montoliu, sin embargo, a semejanza de cómo hizo Reventós, aclaró que “esta influencia dejó intacta la originalidad de Maragall como teorizante; y el aspecto psíquico, digámoslo así, más que el metafísico de su teoría de la Palabra Viva, queda siempre original.”

Con referencia estricta al *Canto Espiritual*, Montoliu opinó también que Maragall recogió en diversas obras de Novalis muchas confesiones de gran identidad con las del famoso poema. En efecto; resulta evidente que en el transcurso de las vidas de ambos poetas exaltaron uno y otro entusiastas paralelos por *la bondad de este mundo*, y un anhelo vehementísimo de *ligar esta vida con la otra*, y de *hacer de la Tierra, un Cielo*.

A propósito de las afinidades sentimentales e ideológicas entre Maragall y Novalis, precisa señalar, además, que no solo en las obras poéticas sino en los artículos sociológicos y literarios del primero, se encuentran frecuentes coincidencias con opiniones emitidas por Novalis en la referida novela; si bien tampoco en tales coincidencias (conocidas las convicciones puristas de Maragall, su honradez de conducta en todos los órdenes y su verbal y poética sinceridad), no se podía encontrar otra conexión que la naturalísima descubrible entre autores de ideologías y de tendencias semejantes. Y en este mismo aspecto podría aludirse a *resonancias* parecidas de Maragall con Goethe, otro de los autores que más profundamente influyeron en el espíritu romántico, creador y trascendentalista del gran poeta catalán.

También me inclino a creer que el mismo epígrafe de *Canto Espiritual*, es muy posible que hubiese respondida a la resonancia tónica, sensitiva y expresiva de los titulados *Cantos Espirituales* compuestos por Novalis. Porque los conceptos de *hacer de este mundo un cielo*, y de *las bienaventuranzas en la eternidad ideal*, surgen igualmente en el emotivo poema de Maragall como un tintineo de sonos afines a los de las campanas del simbólico templo imaginario de las fantasías y de las convicciones novalianas.

Por ejemplo: en relación a los *otros sentidos* que Maragall intuyó en el *Canto Espiritual*, Novalis puso en labios de uno de los interlocutores de su narración novelística, el esperanzador vaticinio de que advendrá un cambio evolutivo ascendente, en el cual desaparecerán de nuestro mundo los terrores, los dolores y las miserias; y en que la fuerza de la conciencia habrá extinguido el mal, pues éste deriva de una sola causa: la poca capacidad moral y la falta de espíritu de libertad. Y aún Novalis previó más allá de este fantasioso vaticinio, pues expresó la confianza esperanzadora de que al producirse el advenimiento evolutivo en el mundo ya moralizado y libre, *casará entonces la limitación de los actuales escasos sentidos corporales, con aumento de nuevos sentidos creados y educados por la conciencia emancipadora*, representativa, ésta, del sublime espíritu divino que todo lo vivifica e ilumina, y que une este mundo con otros mundos maravillosos.

Resulta, pues, muy fundada la creencia de que la impresionante pregunta que Maragall dirigió al Señor de la Creación, en el texto del *Canto Espiritual*, relativa a la hipótesis de los *otros sentidos*, le fuese advertida subjetivamente por la huella que en su espíritu hubieron de imprimir las referencias citadas de la novela de Novalis. Y por los mismos razonamientos es bien explicable que Maragall, años después, presintiéndose ya inmediata la muerte corporal, al escoger el título que mejor podía corresponder a su último poema, le fijara el nombre de *Canto Espiritual*, como una especie de homenaje fraterno en recordación de los "Cantos Espirituales" que Novalis escribió en los postreros años de su vida bajo la impresión de angustias, consolaciones y esperanzas de idéntica humanísima religiosidad en ambos poetas.

IV. EL DISCUTIDO PANTEISMO DEL CANTO ESPIRITUAL

Según ya queda expuesto, cuando se dió a conocer el *Canto Espiritual* en el libro *Seqüencies*, fueron disímiles los comentarios y los juicios críticos que el sorprendente poema suscitó: comentarios entusiastas, los más; equívocos, otros. El propio Maragall, en carta a José Pijuán (7 de Abril 1911,) reconoció que “el *Cant* fué recibido favorablemente;; “pero más que crítica —agregó— hubo gacetillas ditirámicas... sobre todo de la izquierda “Lo que ha hecho más furor (del libro), es el *Canto Espiirtual*. De la derecha, ni el “Diario” ni “La Vanguardia”, nada han dicho, “que yo sepa; “vea si es bastante! Yo creo que es que los *blancos* me tienen por “*negro*, y los *negros*... quizá también por *negro*. ¡Dios mío, y pensar que todo es de color de carne! Pero, qué vamos a hacer, si somos así, aquí y quien sabe si en todas partes!...”

Ferrater Mora, celebrado profesor y tratadista en Filosofía, realizó uno de los más agudos sondeos psicológicos que se hayan hecho del *Canto Espiritual*, y opinó que en tan famosa composición Maragall se produjo como poeta y a la vez como filósofo. “*El Canto*, dijo, es una filosofía insertada en una poesía la cual, “siendo perfectamente poética, no deja en ningún momento de ser “filosofía”.

Y así tenía de ser, porque el gran poeta, al concebir el *Canto*, se sintió conmovidamente guiado por una misteriosa y sorprendente convergencia de dos impulsos simultáneos: el emocional poético y el intuitivo espiritualista; deseosos, los dos, de llegar al mismo entronque ilusorio: el reino feliz que ojalá fuese posible, del consabido anhelo purísimo del renacimiento vital, donde los enamorados de las maravillas y de las bondades de este mundo quisiéramos encontrar, en advenir la muerte, *una mejor naixensa*.

Otro biógrafo de Maragall, Josep Ma. Capdevila, se fijó también en el latido filósofo del *Canto Espiritual*. Así notó que la muerte era una inquietud creciente del gran poeta; y que no bastándole a Maragall la emoción poética para hacerle estimar *panteísticamente* este mundo, “pedía que la muerte no desvaneciera “en sí mismo la belleza vista, sino que la hiciera más grande.”

El canónigo Carlos Cardó, celebrado publicista y cívico sociólogo, reconoció en Maragall “aquella palpitación de panteísmo que tienen casi todos los grandes poetas”.

Josep Sebastiá Pons, el inspirado poeta rosellonés, en “Notes Críiques” al frente del volumen XVII de las Obras completas citadas, reconoció también el sentido panteísta irrecusable de Maragall.

Alfonso Maseras, en estudio biográfico sobre Maragall, habló de *una especie de panteísmo cósmico* que el espectáculo maravilloso de la montaña catalana le había inspirado al gran poeta.

Eugenio D’Ors descubrió raíces panteístas en la producción poética maragalliana, resplandeciente toda ella de colores vivísimos. *Xénius*, empero, se atrevió a sospechar que no era tan inconsciente o sencillo como aparentaba el panteísmo de Maragall, sino estimulado por influencias rebuscadas de elementos intelectuales fundadores de la “Institución Libre de La Enseñanza” con alguno de los cuales Maragall se había relacionado.

Xénius, además, extendió tal sospecha basándose en el descubrimiento que hizo de una obra de Spinoza, en el cuarto íntimo de Maragall, la noche misma en que aquella habitación sirvió de Capilla mortuoria del poeta; deduciendo también *Xénius*, del “descubrimiento” de aquel libro de Spinoza, la presunción nada correcta de que Maragall hubiese querido substraer dicha obra a la biblioteca mayor del amplio salón donde acostumbraba a recibir la visita de sus amigos, con objeto de que los visitantes no se enteraran indirectamente de las simpatías que le inspiraba el filósofo máximo del Panteísmo. Suposición arbitraria, injusta e irrespetuosa por la buena memoria de Maragall, aunque *Xénius* tratase de matizarla con sutilezas de mera curiosidad analítica.

Josep Ma. Corredor, en su notable estudio biográfico sobre Maragall “Un esprit mediterrrien” tesis de doctorado en la Universidad de Montpellier y publicado en Toulouse (1951), juzgó así al autor del *Canto Espiritual*: “. . . desde la juventud hasta los últimos años, su tema central casi no cambia; es una alianza misteriosa que une en su combate la tierra y el cielo, el pecado y la gracia, la sangre que palpita en el corazón del deseo y la sangre

“que salva el mundo; es una oscilación entre un *panteísmo* pagano “y la fé cristiana en otra vida, fe que permite vencer desde esta “existencia temporal, la sombra angustiosa de la muerte.”

La “Revista Hispánica Moderna” de la Universidad de Columbia, en Nueva York, insertó recientemente un interesantísimo estudio del joven profesor español Rogelio Alberto Casás, nativo de Galicia pero bien conocedor y entusiasta de la cultura catalana, sobre una de las mas luminosas facetas genuinamente *panteístas* de la poesía maragalliana. “El Mar en la obra de Maragall” lleva por título ese ensayo donde se transcriben numerosos textos en el propio idioma de las poesías y de seleccionados artículos, como también de cartas de Maragall, textos reveladores de la gran pasión que éste sentía por los espectáculos marítimos, testimonios evocadores, a la vez, de las excelencias y de las bellezas ejemplares que caracterizan la palabra y la poesía vivas del gran poeta de Cataluña.

Por cierto que, al igual que el libro de Corredor, el de Casás fué acogido también con carácter de tesis doctoral; el primero en Francia, y el segundo en la Universidad de Nueva York; distinciones, una y otra, muy honrosas para Cataluña y para cada uno de los autores laureados.

Y bien: A propósito del discutible *Panteísmo* del *Canto Espiritual*, es oportuno recordar que en el prólogo a la traducción de la novela “Enric d’Ofterdingen”, Maragall explicó que los Cantos Espirituales de Novalis fueron impugnados en Alemania como sospechosos de catolicismo, o sea de poco afectos a la ortodoxia protestante. Y una insinuación parecida, aunque en sentido inverso, fué levantada también por algunos comentaristas catalanes, ayunos de reflexión psicológica, contra el *Canto Espiritual* de Maragall, tildándolo de poco católico, y, en concreto, de *panteísta*.

Prominentes y comprensivos sacerdotes cuidaron, no obstante, de vindicar de tal supuesto a Maragall. Porque si éste, en orden filosófico estricto, jamás hizo ninguna declaración expresa de ser adepto teóricamente al sistema doctrinario de Spinoza o de Krause, tampoco dejó nunca de conciliar tácitamente, en el fondo, sus innegables fervores religiosos cristinísimos, con la creencia básica

panteística, la cual, como es sabido, hace de Dios, de la Naturaleza y de todo el Universo, una sola y única realidad ideal.

Por ello el Panteísmo, en concepto corriente, por no decir vulgar, es considerado como una especie de sentimiento religioso espontáneo, de culto íntimo, inspirado en la creencia de que todos los fenómenos de la Naturaleza y de los mundos en armonía maravillosa, todo este conjunto de magnitudes inconmensurables evidente a nuestros sentidos físicos, no es ni puede ser sino obra portentosa de un Supremo Poder Divino, por inexplicable que a los ojos y a las mentes humanas sea, en esencia, la Omnipotente personalidad creadora.

Sentirse efectivamente panteísta no puede equivaler, por tanto, a negar el origen divino del Universo, sino a reconocer la maravillosa obra de Dios y la insignificancia de la humanidad de nuestros días; humanidad incalculablemente atrasada aún, y huérfana, todavía, de los *otros sentidos más grandes* por los que clamaba Margarall y los cuales, algún día, posiblemente, se desarrollarán en personas del remoto porvenir, para conocer mejor la excelsitud de la obra divina.

Inspirándose en consideraciones análogas, el P. Miquel d'Esplugues, después de exponer las excelencias de Maragall, y de profundizar en los conceptos y sutilezas religiosas del *Canto Espiritual*, dedujo que carecían de razón y de justicia las interpretaciones que severos críticos ortodoxos se atrevieron a lanzar contra el espiirtualismo espontáneo del famoso poema. Si bien el P. Miquel d'Esplugues, obediente a explicables escrúpulos de sacerdocio, declaró "que no podía aplaudir algunos atrevimientos de juicio y de lenguaje que encontraba en la composición, los cuales, empero, comprendía perfectamente, dentro la singular independencia siempre característica del grande escritor y poeta exquisitísimo".

Como resumen de su sentir, el P. Miquel d'Esplugues, enjuició así el *Canto Espiritual*: "Representa un acto de vivísimo agradecimiento a Dios, pos las maravillas de las que ha colmado e inundado este mundo," residencia de nuestra vida presente. El *Canto* responde, además, "a la profunda inquietud filosófica de Maragall

“sentía frente a los enigmas del *Más Allá*, viéndose ya próxima la “muerte física; deseoso, no obstante, de que al cerrarse sus ojos “humanos, le fuesen concedidos divinamente *otros más potentes* “para satisfacer después de la muerte el ansia hasta entonces im- “posible, de lograr y de gozar un mejor renacer (una *major nai- xensa*).

El mismo biógrafo, en vindicación del supuesto panteísmo del *Canto Espiritual*, dijo que “el alma de Maragall era natural y “excepcionalmente cristiana; por tanto, sin influjos panteísticos “propios o ajenos”. Y agregó, entre paréntesis: (Influjos, es cla- “ro, en sentido estricto, no vagas tendencias; *porque tendencias* “*vagamente panteístas se encuentran en todos los místicos y en to-* “*dos los poetas*. El temperamento las produce. Ahora, se és o no, “panteísta; y para serlo precisa negar rotundamente la personali- “dad de Dios y la inmortalidad del alma, verdadera línea diviso- “ria, en Filosofía, del Cristianismo y del Panteísmo.”

No: Maragall no era panteísta, en la acepción filosófica defi- nida por el P. Esplugues. Pero si puede opinarse que lo era, sencil- lamente en la significación instintiva y ardorosa de contemplativo ante las maravillas de este mundo: los campos, los valles ubérrimos, las montañas, el mar, los paisajes. Su espíritu se sentía absorto y se refundía en comunión religiosa, en delirio y casi en pasmo, fre- cuentemente, con los espectáculos de la Creación; pero sin pen- sar que en aquellas admiraciones sensoriales pudiese haber desa- venencia, ni tampoco ningún sacrilegio con taxativas prohibiciones dogmáticas o con escrúpulos teológicos del catolicismo.

En el fondo, sin proponérselo, Maragall tal vez mantenía coinci- dencias tácitas, entre la admiración religiosa instintiva que le ins- piraban los maravillosos espectáculos de la Naturaleza, y cuales- quiera de los semejantes sistemas filosóficos monistas que con- funden metafísicamente en una sola y única realidad, a Dios y al Universo. Pero él no se preocupaba de la definición ni de la cla- sificación más o menos adecuadas que podían corresponder a su embelesamiento naturista; pues en esa adoración nada tenían que ver las teorías de los sistemas panteísticos filosóficos; ni jamás se detuvo a pensar que, por sus deliquios en presencia de las mara- villas naturales, algún biógrafo pudiera clasificarlo entre los ilus-

tres contemporáneos suyos que en la segunda mitad del siglo XIX —según recordó Ferrater Mora— se declararon adictos a la Filosofía panteísta en tierras del Estado español (y también, podría añadirse, en tierras hoy emancipadas de hispano-américa).

En carta a Pijoán (Abril de 1911) puntualizaba Maragall su emoción naturista, con estas palabras: “Yo soy, sencillamente, un “encantado del misterio de ser; me encanta, pero no me inquieta; “no me incita el deseo de *saber*: si alguna vez *pienso*, me asusto, “me entran vahidos, y retorno, con estremecimiento, a la contem-
“plación desinteresada; allí me hallo como en mi casa, y bendigo
“a Dios por el ánimo inefable que entonces concede a mi humil-
“dad, es decir a mi conformidad con la propia naturaleza.”

Se podría reunir un libro voluminoso con exquisitos textos de Maragall reveladores de su ensimismamiento ante los espectáculos que le deparaban las contemplaciones de cielos, mares, lugares y momentos inefables de la naturaleza. En su producción poética, más de la mitad del número total de composiciones fueron inspiradas en motivos y temas de esta índole. Y entre sus artículos, especialmente los catalanes, así como en las páginas del Epistolario, abundan y sobresalen también las exaltaciones entusiastas de los espectáculos naturales. Una colección de artículos catalanes de Maragall, descriptivos de lugares e impresiones de este orden, bien traducidos al castellano, podría ser, ahora y siempre, acertada medida para contribuir a que miles de lectores cultos, españoles y americanos de lengua castellana, pudiesen valorar y estimar debidamente otra de las facetas más sugestivas del que ha sido, hasta ahora, probablemente, el poeta de mayor emotividad en Cataluña.

En síntesis, no deja de ser adecuada la significación de panteísta que le asignaron a Maragall numerosos de sus biógrafos: ya que él mismo dejó confesiones espontáneas de sentirse inmerso brumosamente en tal significación abstracta (nunca teórica ni especulativa) a través del propio enamoramiento naturista; sin envolver —como ya hemos visto— ninguna idea incompatible con sus propias convicciones de religiosidad cristianísima.

Ya a los 21 años, en los inicios de sus admiraciones románticas por lecturas de Goethe, declaró en carta a Joaquín Freixas: “Sintiéndome enamorado de la Naturaleza, siempre me apena dejar “los lugares en que ella se ofrece menos adulterada por una civilización raquítica y presuntuosa”. Y a propósito del creciente entusiasmo que le inspiraban las obras de Goethe (todas las cuales fué leyendo y algunas de ellas releyó varias veces) dijo: “En todas “las obras de mi ídolo encuentro lo grande, involucrado en lo “pequeño... de un modo tan maravilloso que me exalta, me arrebatata y, quiera o no, *me convierte en Panteísta*”.

En 1895, apoyándose Maragall en serenas opiniones de Spencer sobre “La Ley del Progreso”, definió el sentido de la vida humana terrenal, con estas palabras: “Presentir, presentir siempre! vislumbrar, no empeñarse en descubrir con la razón, apta solo para “usos más humildes, el gran misterio de la existencia; sino sumergirse profundamente en lo inconsciente, para sentir cada vez más “aquel misterio y comprender que, en tales profundidades, el conocimiento puramente racional no basta.”

Llevado por tan sugestivos vislumbres formuló también Maragall su “Ley del Progreso”, como “La indefinida espiritualización de la materia”. Y dándole al anterior concepto un significado lindante con una especie de adoración religiosa, lo amplió de este modo: “El progreso así entendido, lejos de pugnar con los llamados progresos materiales, los abraza y comprende; pues por mediación de ellos el hombre convierte en más cosa suya la Naturaleza, se confunde más con ella, va compenetrándose de su espíritu, y se torna cada vez más en *sentido de la tierra*.”

La significación de *panteísta* que notables estudiosos atribuyeron a Maragall, es de creer, por consiguiente, que no abrigaba otro propósito que el de reconocer en él la cualidad sentimental, romántica, puramente contemplativa de enamorado de la naturaleza. Y es de creer, en resumen, que el mayor número de sus exégetas le atribuyeron tal significación, en el único alcance entusiasta explicado, sin involucrarle la filiación exacta del consabido concepto pseudo-filosófico. Porque en el exámen especulativo del entusiasmo hedonista de Maragall pudieran haber, quizás, similitudes tá-

citas con sentimientos característicos de famosos panteístas occidentales, como Spinoza, Kant y Hegel, especialmente, y también de otros filósofos históricos, como Telesio y Giordano Bruno, por ejemplo, de cuyas tendencias nos hablan los tratados didácticos de la Filosofía; pero en el encantamiento de Maragall no palpitaban racionalismos ni abstracciones metafísicas, sino la emoción directa sensorial y más bien epicuria (en la más franca y pura esencia de las doctrinas de Epicuro vindicadas plenamente por Guyau) aunque de este epícurismo de Maragall fuesen inherentes en convicciones conocidísimas sus creencias insospechables en la Suprema Divinidad Creadora, a la cual dirigía las angustiadas preguntas y los patéticos clamores del *Canto Espiritual*.

V. LA MUERTE Y EL MAS ALLA, PREOCUPACIONES MAXIMAS DE MARAGALL

Fuèran las que fuesen, las tendencias panteísticas y epicuristas de Maragall, lo cierto es que de su goce intenso por la vida, y de su enamoramiento por Natura, le derivaba un gran temor, una constante preocupación de tener que dejar este mundo *tan hermoso, tan diverso y temporal! esta tierra, con todo lo que en ella se cría, esta tierra que era su Patria, y en la cual él hubiera querido tener una patria celestial!...*

Exactamente: Maragall se preocupó, siempre, por la inevitable pérdida de su vida en este mundo, y por la misteriosa incógnita del otro. Y se preocupaba por ello, más como hombre y como poeta, que como filósofo; pues el ejercicio de la Filosofía, según ya colegimos, no era en él profesional sino producto de inducciones oportunistas espontáneas de su bondadoso *sentir* en mayor grado que de su *pensar*, como ya lo declaró en su citada carta a Pijuán.

Y no sólo en el *Canto Espiritual* expuso sus preocupaciones y sus anhelos renacentistas por el *más allá*. También en artículos y en muchas cartas dejó palpitaciones de aquella incertidumbre, cada día más obsesionante a medida que se acercaba su presentido deceso. Ya en 1881 le escribía a su íntimo amigo Freixas: “Pues “que a cada instante se acorta el espacio que nos separa de la

“muerte, procuremos pasar el que nos queda, del mejor modo posible”.

En carta a su condiscípulo Roura, (1890) le decía: “López Homs ha muerto... Otro de tantos que se quedan en el camino “y se van... a donde? Los seres delicados, finos, superiores como “él, forzosamente han de encontrar algo, *más allá*. Es imposible “que las aspiraciones misteriosas, los recuerdos o los presentimien- “tos se aniquilen. Pero, a pesar de todo, la muerte !Tiene un “aspecto de terminación ! ¡produce una tristeza!”

Dirigiéndose a la vigorosa novelista Catalina Albert, quien usa- ba el pseudónimo que la hizo célebre de *Víctor Catalá*, le escribía en 1903: “Un poeta siempre es joven: puede bajar la cabeza más “o menos, pero nunca definitivamente. No quisiera que Dios me “castigase por esta especie de presunción, obligándome a dema- “siado fuerte prueba; pero el día que me sintiese vencido irremisi- “blemente, mi último consuelo sería decirme que no soy yo mismo, “que ya fallecí... y poder esperar aún otra vida”.

En artículo necrológico sobre el que fué gran crítico litera- rio del renacimiento catalán, José Ixart (1895), dejó Margarall una estampa física junto con un elogio preciso del difunto, y dijo: “La fe en otra vida, en la continuación de ésta, se nos impone por “el gran amor que tenemos a nuestro vivir; y al imaginar aquella “continuación, por fuerza hemos de pedir, en préstamo, forma y “sensaciones a nuestra actual existencia. Por eso nos parece que “al atravesar el quicio de la vida nueva, habremos de encontrar “en seguida a los muertos que conocimos y estimamos, y que vol- “veremos a verlos tales como ya les conocíamos... Y no obstante, “la muerte es tan incomprensible! Y como toda ley de la Natura- “leza, debe ser una cosa tan sublimemente sencilla”...

En el aniversario del deceso de Ixart, Maragall escribió en cá- lido elogio a la memoria del inolvidable crítico doliéndose de que hubiera muerto todavía joven; pues “Ixart era un hombre de los “que, muriendo jóvenes, hacen más intenso el *¿por qué?* tornavoz “de la muerte: Un hombre de los cuales, viviendo siempre, pa- “rece que siempre tendrían razón de seguir viviendo. Y por ello, “al verlos morir jóvenes, se piensa que la muerte también debe

“tener su razón... o algo más fuerte y menos aparente que la razón.”

A Pérez Jorba, preceptista literario, le decía en carta de Julio 1905: “Cómo me gustaría volvernos a ver y renovar aquellas animadas conversaciones sobre todas las cosas de este mundo, y del otro, que también es ésto”...

Al sabio y catalanísimo Obispo Torras i Bages, le escribía en 1908: “Créame que las siento en lo más hondo, estas palabras que me dice: *Sin la Resurrección, ya estaríamos muertos en vida*; porque tengo un horror muy grande a toda idea de no ser.”

En el mismo año, dirigiéndose a Enrique de Fuentes, le decía: “¿Qué quiere decir hacerse viejo? Es el cuerpo, que envejece; pero mientras tanto, el espíritu —que aún ha de nacer— va madurando su nacimiento. ¿Si le ofreciesen regresar a 20 años, aceptaría usted? Yo, no. No se siente usted más rico de alma de lo que se sentía a los 20 años, ni a los 30? Y aún a 60, si llegáramos, ¿en qué otra región más alta, más serena, más pura hemos de encontrarnos! Y después,... yo creo que nuestro cuerpo es un claustro maternal hacia la vida que nos espera. ¡Qué pasmo, qué maravilla cuando nacemos de nuestra madre, a la luz de este mundo si de ello nos acordáramos! ¡Qué pasmo, qué maravilla, cuando saldremos de este claustro corporal a otro mundo!... Gocemos el momento, mientras tanto; es decir: gocémoslo espiritualmente; así cada momento se eterniza; el tiempo y el espacio, son sombras”...

Entre las comunicaciones epistolares de Maragall con amigos suyos, uno de los grupos de cartas más interesantes, desde el punto de vista profundamente espiritual, lo forman las dirigidas a Carlos Rahola, purísimo patriota gerundense, pensador cultísimo, publicista excelente, hombre todo corazón y nobleza, mártir de la causa liberal años después, ya que fué uno de los intelectuales catalanistas fusilados por la demagogia derechista, en 1936. Los temas de la muerte, de las inquietudes por el *más allá*, de las sinceridades expresivas, de los entusiasmos por Goethe y de las abstracciones sociológicas, en general, abundan en aquellas cartas genuinamente amistosas de Maragall a Rahola.

Y en relación al primero de dichos temas, o sea el de la muerte, resulta muy curioso descubrir cómo el gran poeta no solo transmite a su devotísimo admirador de Gerona vehementes palpitaciones de sus convicciones anímicas, sino que algunas de aquellas sinceridades, dos años después, integraron poéticamente y casi textualmente, unas estrofas del que había de constituir el magnífico *Canto Espiritual* maragalliano.

En efecto: fijémonos en las líneas siguientes, de una carta a Rahola fecha 16 Septiembre de 1909, donde se destacan bien expresivas las observaciones anteriores: “Mientras vivimos, nunca “hemos de dar la vida por resuelta: hemos de ser Fausto, para no “decir a un instante: *detente*, hasta que este instante sea el de la “muerte. Sinó, resulta lo contrario: que al decir a un instante *de- “tente*, morimos virtualmente, y nuestro *cuerpo vivo* ya no es mas “que un fantasma.” Cotejemos, ahora, el anterior párrafo con ciertas estrofas del *Canto Espiritual*.

Aquell que a cap moment li digué “Aturat”
Sino al mateix que li dugué la mort,
jo no l’ entenc, Senyor; jo, que voldria
aturá a tants moments de cada dia
per ferls eterns a dintre del meu cor!...

O sea, en equivalencia castellana de mi traducción:

Aquel que nunca al tiempo dijo: “Para”
sino en el propio instante de su muerte,
no lo entiendo, Señor: yo que quisiera
detener tantas horas de mi vida,
para en mi corazón eternizarlas!...

La preocupación de Maragall por el misterio del *más allá* va ligado poéticamente no solo al *Canto Espiritual*, sino también al sentido que quiso darle a la canción popular del “Conde Arnau”. Mucho se ha especulado, lo mismo en Cataluña como por publicistas castellanos y de algunas repúblicas americanas, —entre éstas, en primer término, por el excelente y nobilísimo Dr. Chacón y Calvo, gloria intelectual de Cuba— sobre la significación que podría atribuirse al conjunto poético que Maragall nos ofreció, de la accidentada vida del legendario Conde; pero los biógrafos de Maragall nunca podrán dejar de referirse a la explicación directa que el mismo poetizador del sacrílego Conde escribió sobre el sentido

elevado en que está inspirada su personalísima interpretación de la discutida leyenda.

Los términos exactos de esa interpretación se contienen en dos cartas de Maragall: una a Pérez Jorba, fechada en Abril de 1911, y otra a Carlos Rahola, en Julio del mismo año, es decir, pocos meses antes del fatal deceso del gran poeta.

En la carta dirigida a Pérez Jorba se expresó así Maragall: “Usted acierta muy bien en lo que este poema (Comte l’ Arnau), ha sido hecho sin plan anticipado. Tiene usted razón. Esta obra ha ido haciéndose en mi al compás de mi vida: en su incoherencia superficial no hay sino esta unidad básica: la unidad de mi vida, que comprende mi alma de los treinta con la de los cincuenta. Si tiene un sentido total, yo no lo he visto sino después de hecha la obra. Y este sentido es, quizá, una concepción personal del purgatorio popular. Es el hombre (el Conde) que habiendo faltado a la ley universal del amor, a la Ley Divina, ha de rehacer, más allá de nuestra vida corporal, su alma odiosa que encuentra cristalizada en la canción que ha quedado de él; y ha de rehacerla pagando en aquel *más allá* la deuda de amor a todos los seres que ha tocado en esta vida y que ahora se le agarran a la otra, para redimirlo y redimirse con él. Pero yo no puedo concebir la otra vida desligada de ésta. *Lo que la muerte encierra y cautiva, solo por la vida se libertará.* Por eso ha de ser el mismo pueblo que inventó la canción odiosa, el que la rehaga con una piedad nueva, pero viva de esta tierra, transformando la canción vieja, descantándola, es decir, cantándola (siendo la misma), con una nueva piedad; y es cuando aparece la pastora enamorada, la cual, con su piedad viva, de esta tierra, logra lo que en los limbos ultraterrenos no pueden lograr ni su mujer, ni Adelaisa (la Abadesa) ni todas las penas del otro mundo. *El hacer de la vida humana, terrena y ultraterrena una sola cosa, he aquí el sentido más personal mío del poema, que no es sino la preocupación fundamental de mi vida.*

“Cuando lo empecé no pensaba en esto; pero el poema, en el curso de los años, que son los míos, lo ha ido diciendo por mí y haciéndolo pensar. Es lo que digo en mi *“Elogio de la Poesía”*: “que en el poeta, el concepto viene por el ritmo.”

Y en la otra carta, la dirigida a Carlos Rahola, Maragall hizo una explicación semejante a la anterior, o sea que consideraba la vida de ultra-tumba a manera de continuación de la vida humana en este mundo; y, por consecuencia, él “no encaraba toda esta “hacia la otra, como lo hacen los místicos ascetas, sino sintiendo “las dos como una sola; porque la otra ya la vivimos en muchos “momentos de ésta; y muchos de ésta serán vividos en la otra; “que en esta nos hemos de hacer con esfuerzo la otra; que en la “otra habremos de reparar y completar mucho de ésta, viviéndola “aún en cierto modo”. En lo que hubiésemos hecho ya al morir y de lo que dejaremos de hacer, Maragall dijo que él encontraba el sentido de lo que la religión conceptúa como Cielo, Purgatorio e Infierno.

En convergencia con los transcritos convencimientos espiritua-
listas de Maragall acudamos a la lectura de dos líneas entre las
más clamorosas del *Canto Espiritual*.

Más allá veo el cielo y las estrellas,
y aún allí quisiera yo ser hombre...!

Maragall, además, en torno a sus preocupaciones máximas, unos
dos meses antes de morir publicó un impresionante artículo titu-
lado “Los vivos y los muertos”, en el cual hizo referencia a curio-
sa parábola del Evangelio védico de Ramakrisna, comentado an-
teriormente por Amado Nervo, la síntesis de la cual es la siguien-
te: Cuatro viandantes descubrieron un lugar cercado por alta
pared, sin ninguna abertura en ella. Los viandantes quisieron ave-
riguar lo que se ocultaba en la otra parte del muro. Uno de ellos se
encaramó encima de la pared, y al mirar hacia dentro del paraje
exclamó con gran sorpresa y alegría: ¡Ah, ah, ah!... y sin ofre-
cer ninguna explicación a sus compañeros, saltó al lugar miste-
rioso. Después, los otros hicieron lo mismo... Y cualquiera que
logre subir encima de la pared, salta hacia dentro y jamás regre-
sa para dar noticia de lo que allí encontrara. Tal es el reino de lo
absoluto. Las grandes almas que han realizado el Absoluto (de
acuerdo con la parábola védica), no regresan, porque después de
obtener la más alta sabiduría, se pierde por completo la sensación
del yo.

En anhelo de averiguar lo que exista o suceda detrás del muro simbólico de la parábola védica produce inquietud a personas eminentes o a grupos de voluntades piadosas que por medio de la expansión y metodización de su cultura refinan poco a poco sus conocimientos, y si no acaban de darse cuenta exacta del *por qué* y del *cómo* de los misterios espirituales, por lo menos es indudable que con este ejercicio se perfecciona y se agudiza en ellos aquel *sentido interior* en el cual, a juicio del insigne filósofo Bergson, como de muchos otros pensadores (según veremos en páginas subsiguientes) radica la facultad más inteligente y *divina*: el sentido de la *Intuición*, cuyo desarrollo evolutivo, en espíritus selectos y más tarde en generaciones humanas sucesivas, es de creer que permitirá descubrir mundos y maravillas inconcebibles todavía al presente; y, entre ellos, quien sabe si, entonces, el misterio ulterior de la *muerte* dejará de serlo.

Porque en el orden espiritualista o psíquico, si se quiere, existe algo oculto, aún, a toda explicación preconcebida, pues no le son aplicables ninguna de las leyes y de las normas científicas hasta hoy establecidas. Voluntades crédulas, ingenuas y poco exigentes admiten sin reparos como revelaciones o señales inequívocas de la comunicación con los muertos, cualquier fenómeno de origen más o menos telepático o hipnótico de los que se ofrecen en las sospechosas prácticas “espiritistas”; mientras que otras voluntades estudiosas prefieren escudriñar el misterio de la muerte y el enigma de las indudables regiones de un *más allá*, reocntrándose en sí mismos, procurando resumir sutilmente en una sola todas las facultades meditativas; produciendo el silencio y la paz en el espíritu, (según aconsejó Amado Nervo personalmente, en charla inolvidable que tuvimos la suerte de sostener con él a su paso por La Habana, a mediados de 1918). O bien, como observó Maragall en el citado artículo “Los Vivos y los Muertos”, multiplicando en nosotros los instantes de eternidad, y diluyendo en esos instantes nuestra vida; con cuyos esfuerzos persistentes, el muro simbólico que nos separa del gran secreto se irá adelgazando, sutilizándose y dejándose penetrar, hasta que vacile y caiga.

Estas cogitaciones, en resumen, tal vez no sean mas que somnolencias espiritualistas. Pero quien sabe si en el adagio popular

“La Vida es Sueño” que inspiró a Calderón su famosísimo drama, se envuelve también la síntesis quintaesenciada de una luminosa y reveladora intuición! Quien sabe si la Muerte, por designios inescrutables de la divina Omnipotencia, equivalga al única despertar de la vida humana; y que este despertar del sueño de la vida sea el inicio de una verdadera evasión espiritual hacia el más allá, en la que cifran sus esperanzas redentoras, y por anticipado más consoladoras, todas las mentes humanas libres y puramente idealistas.

VI. LA BONDAD Y LA RELIGIOSIDAD DE MARAGALL

Ampliando el tema de la preocupación espiritualista de Maragall por el misterio del *más allá*, considero oportuna la circunstancia muy significativa de que el gran poeta, por caviloso que se sintiera de tener que dejar este mundo, nunca relacionó, sin embargo, aquella pesadilla con ningún temor de sanciones apocalípticas; seguramente *por creer incompatibles esos castigos supuestos, con las excelencias esenciales comprensivas y misericordiosas del Divino Creador.*

Tampoco es posible suponer que Maragall cifrara ninguna ilusión para obtener en la vida futura otras bienaventuranzas o recompensas que la de poner continuar —como ya advertimos— sus ansias de enaltecimiento espiritual, su anhelo superativo insasiable de seguir *¡amunt, amunt sempre!* (Elevarse, elevarse, siempre!*

En carta de 12 de Junio 1905, dijo a Pijoan: “Mi instinto es “de enaltecimiento espiritual por que si, por otra vida o por esta “misma; por mi mismo o por los demás, es igual... pues esto, para mí, ya es la vida eterna.” Y Maragall amplió el anterior concepto con esta confesión, de ingenuidad humanísima: “Cuando “los Santos se afanaron por merecer la patria celestial, yo pienso “que era por algo más que por una gloria exclusivamente terrena; “pero por algo más, también, que para contemplar las nubes rosadas reproducidas por los pintores en los retablos de las iglesias”...

* Estas fueron, precisamente, las últimas palabras emitidas por Maragall, en los momentos de morir, según testimonio de su esposa.

La inquietud maragalliana por tener que abandonar las delicias de este mundo sin conocer los misterios del otro, no se inspiraba, pues, en el mero antojo de vivir, sino en el temor de no serle posible, quizá, satisfacer en la nueva vida la fruición de enaltecimiento que ya sentía en la terrena. Su fe no era, por tanto, de estímulos egoístas o de goces nuevamente objetivos, sino de superaciones espirituales profundamente religiosas.

Porque, sin duda, Maragall era, en el fondo, de una bondad y de una religiosidad puras extraordinarias "si bien, en orden religioso, más interesado en la *vida cristiana que en la liturgia cristiana,*" según escribió el P. Antonio Ma. de Barcelona, con acierto tan agudo como honrado de juicio; concepto que amplió otro sacerdote también biógrafo de Maragall, el P. Miquel d'Esplugues, con la observación igualmente justa de que "la cristiandad de Maragall, en todo nutrida de esencias, constituyó en religión el caso maravillosísimo de un cristiano que lo parecía menos que la inmensa mayoría, pero que, en el fondo, lo era más que ninguno".

Tal vez si que, en especiales aspectos, la religiosidad de Maragall pudo ser tildada como poco adicta a la rigidez textual de algunos principios dogmáticos católicos; pero nadie podrá negarle la más fervorosa unción esencialmente cristiana y contemplativa de refundición con la totalidad de los misterios divinos del mundo. No en vano el P. Miquel d'Esplugues, tan conocedor de la espiritualidad cristianísima de Maragall, era un lúcido psicólogo; y por ello, en uno de los admirables estudios filosóficos que dejó escritos, expresó la convicción de que "tener espíritu religioso "es, en síntesis, no desconocer los sutiles pero irrompibles lazos "que, queriéndolo o no, nos atan a lo desconocido o incógnito, a "lo inescrutable, a lo misterioso; y, a través de esto con sentido eticista, a toda la humanidad."

Aquel espíritu religioso dominaba en las virtudes y en el temperamento cristianísimo de Maragall. Por tan excelentes virtudes, era estimado de cuantos le conocían personalmente; así como debido a la sugestión emotiva que inspiraban sus poemas y sus artículos; por los entusiasmos sincerísimos de sus elogios a los preceptos morales sustantivos; por su apostolado patriótico y sociológico, ar-

diente en las más puras ansias de confraternidad, de conciliación, de reconocimiento mútuos sobre derechos, deberes, consideraciones y respetos entre personas, pueblos y naciones; por sus prédicas incansables de noble admonición contra apasionamientos, vicios, errores o costumbres de especie injusta, incivil, violenta, sectaria, intransigente, antisocial o abusiva.

Algunas de sus exhortaciones contra tan repulsivas incivildades tuvieron en Cataluña eficacia educadora de gran transcendencia, y al presente aún podrían servir de revulsivo moral aplicable tanto al pueblo catalán como a todos los pueblos del trastornado mundo internacional. De aquellas lecciones moralizadoras de Maragall, es oportuno recordar dos de ellas, cuando menos, entre las sobresalientes: Por ejemplo:

1. Contra los vicios del mal hablar, esto es, contra el afeamiento y la prostitución del lenguaje, embruteciéndolo con blasfemias y motes soeces, o lo que es peor y más vil: con escarnios contra los símbolos religiosos o con maldiciones a los nexos familiares más venerables. Como es bien sabido, las campañas de la benemérita "Lliga del Bon Mot" (Liga del Buen Hablar) tuvieron en Maragall uno de los adalides más insistentes.

2. Contra la propensión a las disputas y a los ataques insultantes, por disidencias de criterio, de táctica o de intereses inconcesables en el terreno político. Maragall calificó esta propensión de "emponzoñamiento del catalanismo", en especial entre personas fatuas que se tienen por cultas; y se encaró a los morbosos promotores de tan inciviles ataques, en términos vibrantes pero a la vez paternalistas, que habrían de tenerse en constante memoria, en todas partes donde pugnan núcleos representativos de políticas disímiles, dentro o fuera de cada país. Recordemos, también, algunas de aquellas admoniciones ejemplarísimas de Maragall:

Respecto a cuestiones interpretativas de genuino o de erróneo sentido patriótico, él exhorta a quienes se atrevían a erigirse en fiscales sin autoridad moral o sin capacidad psicológica para serlo, a que no procediesen tan fácilmente a lanzar anatemas, en especial de supuesta *traición*, ni a formular juicios temerarios de pretensiones injuriosas contra alguien; porque en cuestiones de pa-

triotismo, decía, no existe más Pontífice que el propio pueblo respectivo; y éste es el único que puede fallar, en definitiva, quienes son los suyos y quiénes han dejado de serlo.

A los sistemáticos promotores de rencillas, les exhortaba a que cada cual siguiera su camino como le inspirase su amor a la Patria; y a que vigilara cada cual este amor en sí mismo, y no en los otros... Allí donde haya lugar para hacerlo, les decía, combatíos en hora buena los principios, nunca las personas “pues bastante necesario le son a todo país sus prestigios personales, en cada una de las tendencias políticas; y cada uno que hundiéreis, lo hundirías para la patria, y os privaríais vosotros mismos de un compañero en la obra colectiva de exaltación patriótica”.

Y el gran bondadoso insistía, encarándose a los pretensos monopolizadores del sentido patriótico: “Por cuatro hombrecitos que “somos, y permanecemos cuatro días aquí en carne mortal, cada “uno con sus trabajos, su anhelo y su tierra, ignorantes de nuestro “principio y de nuestro fin, guiados tan solo por la misteriosa “lucita que a cada uno nos fué dada, ¿qué algo mejor podemos “hacer sino procurar avivárnosla mutuamente con amor, y en lo “que no pueda ser estimado, compadeciéndonos?... Porque quien “es capaz de acertar quien tiene la razón? ¿Por ventura no la com- “partimos todos un poco? Y se sabe de alguno que la posea toda “contra los otros?”.

Y el patricio insigne, aún agregaba: “*La disputa me repugna más cada día; siempre es fruto y semilla de vanidad, y resulta pedantesca y ridícula*”.

Con profundo acierto psicológico, pues, el P. Miquel d'Esplugues dió como síntesis subjetiva de la personalidad de Maragall “sus casi ilimitadas capacidades naturales de amar, y su casi absoluta y bien ejercitada incapacidad de odiar”. Es por esto que aquel agudo biógrafo, al dejarnos la semblanza de las cualidades cristianísimas de Maragall, habló del *misticismo* de éste, y estableció un curioso parecido entre él y San Francisco de Asís, “con casi “identidad de fisonomía espiritual y hasta física en muchos ras- “gos de temperamento, de ideas y gustos, y de actuación humana “y social.”

Por ser Maragall así, el P. Esplugues no pudo encontrar en la producción, en las críticas ni en las expansiones del poeta, “ninguna fobia de hombres, ideas o cosas; pues al ver lo “malo de cada “uno, no quería fijarse; y todos sus reflejos se desvanecían en el fondo de la magnanimidad, de la tolerancia, de la alta comprensión en la vida y en las personas.”

Llenaríamos muchas páginas con reproducciones de textos idóneos, confirmativos de la religiosidad y de la bondad personalísimas de Maragall. Respecto a la primera, bastaría el fervor del *Canto Espiritual* y las impresiones emotivas que en cuantos lo leen despierta, para convencernos de la pureza religiosa que en Maragall alentaba. Y en cuanto a los sentimientos bondadosos del añorado patricio, en todas sus obras sobresalen conceptos, reflexiones y ejemplaridades de cómo su sensibilidad estaba unguada de virtudes y normas indulgentes, de comprensiones y tolerancias respetuosas.

Por ejemplo, en diversos artículos, y específicamente en el titulado “La Bondad redentora”, insistió en recomendar no ya la “conveniencia, sino “la necesidad de que nuestros juicios se rodeen “de una santa circunspección que los imposibilite de hacerse de “masiado totales y definitivos, y que se les purgue de la hiél de “nuestro egoísmo y de nuestra soberbia. ¿Hemos de transigir con “lo que nos rebaja, y hemos de abrir los brazos a quien va a “herirnos? ¿Oh, no, por cierto! —contestaba—. Pero si obedecer “solamente el impulso defensivo en su pureza natural momentánea, “sin erigirlo en juicio terminante; dejando el juicio siempre abier- “to a reforma para cada caso, y esperando siempre que surja una “oculta bondad en cada cosa; que nuestra bondad, además, se ha- “ga redentora, saliendo al paso de la que pugna por brotar del “fondo de todas ellas, pues que en el amor fueron todas creadas”.

Siempre Maragall se condujo de acuerdo con estos principios; porque nunca dejó de creer que “cada hombre es un castillo de “Dios, inexpugnable a nuestro juicio humano, y cuya recóndita “fortaleza y sus secretas defensas solo Dios puede medir y con- “trastar, para sostenerlo o derrumbarlo”.

Sintiendo y pensando así, Maragall coincidía con otro gran humanista, el escritor francés del siglo XIX Ernest Hello, quien

en su libro "Fisonomías de Santos", traducido por Maragall, dejó la exhortación piadosa y bellísima siguiente: "Pasad, por la noche, "a orillas del mar, bajad los ojos; contad los granos de arena de "la playa; alzad los ojos: contad las estrellas del cielo. Todo esto "es poco. Pero si probáis de contar las acciones y las reacciones "interiores y exteriores, las pasiones, las gracias y las tentaciones, "las circunstancias, los golpes, los caprichos, los deseos, los éxitos, "los fracasos, los dolores y los ataques: esa multitud inmensa de "esfuerzos contradictorios que proviniendo de *él*, sobre *él*, por *él*, "o contra *él*, han producido al cabo de cuarenta o cincuenta años "al hombre que tenéis en un momento dado ante vuestros ojos; "si intentáis ese cálculo infinito, buscáis un número que solo "Dios conoce, queréis levantar el velo que oculta la justicia eterna".

Después de Noviembre de 1905, la conciencia bondadosa y a la vez profundamente patriótica de Maragall describía a Pijoan la indignación que no solo en Barcelona sino en toda Cataluña se encendió contra los incalificables asaltos y destrucciones que en las imprentas y oficinas del diario "La Veu" y del semanario "Cu-Cut" se cometieron impunemente por un tropel de oficiales del Ejército español, en venganza de los desastres de Cavite y Santiago de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Solidarizándose Maragall con las protestas ciudadanas contra tan indignantes violencias, transmitió a Pijoán la impresión de que la gente de más buena voluntad esperaba que el Gobierno simularía, cuando menos, el castigo de los militares agresores; pero "por los telegramas de hoy, (decía a su amigo ausente) se "demuestra que el apasionamiento de toda España contra Cataluña "se apoderó también del Gobierno, no dejándole ver la enormidad "de que la milicia se hubiese puesto fuera de la Ley (*)." Y en otra carta al mismo Pijoan confesaba Maragall: "la violencia me "repugna; y no puedo evitarlo: me inclina siempre a la parte del "agredido, aunque éste sea mi contrario".

Otra revelación sobresaliente de su bondad humanística, la puso Maragall en la actitud valiente y en ciertos rasgos heroica,

(*) Lejos de reprimir tan graves violencias, el Gobierno español aun los superó, imponiendo contra Cataluña la draconiana Ley de Jurisdicciones.

que en su espíritu se produjo contra los fusilamientos gubernativos sistemáticos con motivo de la *Semana trágica* de Barcelona, en Octubre de 1909, y en especial contra la inmolación injusta y horrible, (según fué calificada por la opinión culta internacional) del Director de la Escuela Moderna de Barcelona el anarquista teórico Francisco Ferrer Guardia, el cual, como es sabido, fué encarcelado, tiempo antes, por suponersele inductor o cómplice del lanzamiento de una bomba explosiva al paso de la carroza real de Alfonso XIII y de Eugenia de Battenberg al salir, éstos, del templo donde acababan de unirse en matrimonio. Ferrer Guardia pudo demostrar que, en absoluto, ninguna relación tenía con aquel intento de regicidio; y, en consecuencia, las autoridades judiciales hubieron de ponerle en libertad.

Pero pocos años después, al producirse la huelga revolucionaria de la *Semana Trágica* barcelonesa, el Gobierno de Maura, cediendo a presiones más altas, consistió en que fuese detenido nuevamente Ferrer Guardia, atribuyéndole la dirección intelectual de aquel movimiento; acusación inverosímil, por sospecha extendida en toda Europa liberal y antimonárquica; porque a juicio de cuantos le conocían, el Director de la Escuela Moderna de Barcelona era hombre retraído, introvertido, ideólogo avanzado en política y en tácticas pedagógicas; pero sin dotes sugestivas, carente de simpatías personales, sin verbosidad ni vibración temperamental capaces de erigirse ni de que lo siguiesen como líder o conductor de masas.

Este era el concepto que en general se tenía del Director de la Escuela Moderna de Barcelona; concepto el más adecuado y único que le correspondía. Las presiones y las obsesiones sectarias que se agitaron en torno del Gobierno de Maura, en ciega antipatía contra la falsa popularidad de Ferrer Guardia, se acumularon, no obstante, implacablemente, contra el adusto profesor laico, así como en contra de muchos otros infelices supuestos actantes de aquellos episodios revolucionarios; ¡y todos fueron condenados a muerte!

Los fusilamientos comenzaron y prosiguieron. Y al saberse que Ferrer Guardia sufriría igual inmolación, Maragall escribió con

urgencia, y entregó a “La Veu de Catalunya”, un patético artículo “*La Ciudad del Perdón*”, todo él tembloroso del ardiente anhelo de producir un viraje reflexivo en el brutal error del Gobierno. A la vez, Maragall dirigió sendas cartas a Cambó y al Gobernador Ossorio y Gallardo, excitándoles, (a pesar de no tener ninguna relación con el segundo), para que contribuyesen a refrenar el salvajismo oficial. Más para mayor escarnio de las intolerancias gubernativas monárquicas, ante la opinión liberal y democrática de Europa y de América, fueron en vano los piadosísimos esfuerzos de Maragall; pues el artículo “*La Ciudad del Perdón*” no se pudo publicar en “*La Veu*”; y las gestiones de Cambó, al igual que la intervención oficiosa reclamada de Ossorio y Gallardo, resultaron también inútiles. ¡El fusilamiento de Ferrer Guardia y de muchos acusados más, se cumplió con saña oficial implacable!...

De aquellos tenebrosos episodios, como de tantos otros semejantes, la Historia recogió (y no las tiene en olvido) enseñanzas políticas que algún día habrán de ser provechosas, por muy inútiles que pareciesen entonces, y aun puedan parecerlo hoy, a los brutales instintos de las *dos turbas* por igual irreflexivas: la *roja* y la *blanca*, que entonces, a juicio de Maragall, se combatían, y más adelante, fatalmente, se han seguido combatiendo!

Más, para vindicación de la verdadera conciencia civilizada —que nunca puede corresponder a las *turbas* demagógicas *rojas*, como tampoco a las *turbas* del conservadorismo estático, Maragall se irguió en gesto heroico de protesta y de reclamación cristianísimas, “contra el sacrificio en frío de tantas vidas, la única tacha “de las cuales era, quizá, el apasionamiento por un idealismo que “la sociedad no supo contrarrestar debidamente... *ya que tan “mal educado fué entre nosotros el corazón de la turba de arriba, “como el de la turba de abajo*”.

De esta exégesis sobre la bondad y la religiosidad de Maragall, por mucho que me propusiese resumirla, entiendo que no puede sustraerse otra de las revelaciones más íntimas que él mismo se consideró en el deber de precisar con exactitud. La explicación la ofreció un mes antes de morir, en el penúltimo de sus artículos

del "Diario de Barcelona", bajo el epígrafe *Carta a una Señora*. Maragall, en aquel artículo, rechazaba con argumentos inmejorables los escrúpulos místicos de errónea interpretación que aquella señora le había señalado, suponiendo contradictorios, y por tanto incompatibles, el practicismo religioso y la vida mundana.

Maragall negó que existiese la supuesta inconciliación entre Dios y el mundo; y dijo que en el fondo de los escrúpulos erróneos de aquella señora palpitaba "un grave problema moral-religioso de nuestras sociedades cristianas: el monstruoso divorcio entre el espíritu religioso y el sentido moral. Error funesto —agregó— fuente de los mayores males, del cual hemos de pedir continuamente a Dios y a la Iglesia, que nos libren... Porque ese error induce al hombre que vive de su trabajo, a creer que todo esto de Dios es cosa de sacerdotes y beatas; induce al acumulador de riquezas y placeres, a considerarse en paz con Dios cediendo en vida o en muerte un millón para un asilo o para un templo; es lo que induce a oír misa y a recibir los sacramentos con una cierta devoción o frecuencia rutinarias, pero a volver en seguida a nuestras apetencias, a nuestros egoísmos, a nuestras querellas y hasta a nuestra desesperación de la vida, creyendo que cada cosa tiene su curso, y que Dios y el mundo se compensan por separado".

"¡Y no es esto, no es esto!" agregó Maragall con unción cristianísima; explicando seguidamente que no existe antagonismo entre Dios y el mundo, y no hemos de relegar aquel al interior del templo, sino venerarlo y atenderlo en todas partes donde nosotros querramos recibirlo y servirlo. "Así pues, —comentó textualmente Maragall— "hasta si sé usar de mi placer en tal manera que allí pueda caber Dios, en esa parte de mi mundo estará Dios, sin enemistad para El en ningún sentido; si pongo a Dios en mi dolor, allí estará; lo mismo que en mi ganancia, en mi tedio, en mi fatiga, en mi desesperación; y cada una de estas circunstancias dejarán de ser tales, si se unen con Dios. Así muere la contraposición entre lo terrenal y lo eterno, unificándose cada uno con Dios".

Pero si los anteriores textos sobre las cualidades religiosas purísimas de Maragall no fuesen ya bien resplandecientes, aun en

el postrero de sus artículos, publicados en el "Diario de Barcelona" pocos días antes de su lastimoso deceso, quiso fijar por última vez cómo sentía, cómo había sentido siempre, y cómo recomendaba que todos sintieran, la humanísima, cristianísima y dignificadora conciliación no ya entre el mundo y Dios, sino entre el cuerpo y el alma.

Tampoco entre el cuerpo y el alma, —vino a decir Maragall— no caben enemistades, sino plenas confianzas y atenciones recíprocas. Porque si por tratar de servir exclusivamente al alma, por ejemplo, mortificásemos sin necesidad al cuerpo, la ira de éste percutiría en el alma; pues ¿de cuál organismo dispone el alma, para su función sentimental en este mundo, sino del cuerpo?; con cuales ojos podría contemplar la puesta del sol que resplandece ante mi ventana y me inunda de sentido de eternidad?; con cuáles nervios la gozo, con qué cerebro la idealizo; con qué corazón palpita todo mi ser, sino valiéndose de estos ojos, de estos nervios, de este cerebro y con este corazón de mi cuerpo; con todo este cuerpo que con tales usos se hace alma? ¿Cómo podría castigarse a uno, sin castigar a la otra? Ni ¿cómo puede cometerse la torpeza de enemistarles?...

VII. EL CONCEPTO DE DIOS, EN MARAGALL

Ya nos pudimos convencer que la filosofía de Maragall no era intencionada, sistemática, sino circunstancial, ingenua, contemplativa; panteísta tácita, en cierto modo, como producto de su lógica y temperamental contemplación de los espectáculos maravillosos que le ofrecía la Naturaleza y la armonía del Universo.

En este ensimismamiento por el conjunto de la Creación, sin duda Maragall había refundido su creencia deísta. Si bien el concepto fervoroso que él adquirió de la magnitud divina nunca lo precisó ni señaló imaginativamente, y tampoco lo definió por medio de algún simbolismo abstracto como aquel, por ejemplo, del que se valió San Agustín: "un círculo cuya esfera está en todas partes y cuya circunferencia no se halla en ninguna de esas partes".

William James, el definidor del Pragmatismo, en su estudio "La experiencia religiosa" opinó que el concepto sobre Dios ha de ser intuitivo, no discursivo. Y así es de pensar que sería, esencialmente intuitiva, la idea que Maragall hubo de tener de la Divinidad. Como también es de colegir que la idea maragalliana sobre Dios sería amorfa, es decir, sin forma determinada.

José Martí, el excelso idealista cubano, dijo que le hubiera parecido una profanación, darle al Creador de todos los seres y es todo lo que ha de ser, la forma determinada de uno sólo de estos seres. Y Maragall, quien tuvo con Martí muchas coincidencias espirituales (como tengo demostrado en otros estudios) es muy posible que compartiera igual criterio respetuoso en el concepto que tenía de Dios; concepto impreciso pero bien espontáneo, porque provenía de la certidumbre íntima, la cual no requiere explicaciones metafísicas ni fórmulas dogmáticas, pues le basta el impulso convencedor de la revelación, fuerza latente en cada conciencia disciplinada.

Es claro que en el cultivo del propio carácter y de las creencias religiosas de Maragall (como sucede en toda persona de semejantes virtudes temperamentales, intelectuales y morales), influyó primeramente su educación cristiana. Y otras circunstancias contribuyeron mucho, también, a la explicada maduración de sus facultades creadoras y al apostolado cívico de sus convicciones en todos los terrenos visibles: poético, patriótico, político, sociológico y moral. Además de las circunstancias referidas, le favoreció en proporción cuantitativa poderosa el hecho de haber sido hijo único, rodeado siempre de toda clase de halagos y de satisfacciones económicas por su padre, dueño de una valiosa fábrica de tejidos. En ambiente tan óptimo, la infancia, la adolescencia y la juventud de Maragall pudieron esponjarse con placidez.

Agustín Calvet, celebrado escritor que firmaba con el seudónimo de *Gaziel*, en prólogo al volumen X de las obras completas de Maragall, dibujó un exacto paralelo en demostración de que las facilidades económicas respectivas del genial poeta alemán y del emotivo poeta de Cataluña permitieron que uno y otro pudiesen explayar sus vocaciones respectivas con la mayor indepen-

dencia de espíritu y de conducta. La Corte Ducal de Weimar, —observó *Gaziel*— salvó a Goethe; y el aburguesamiento barcelonés dentro del caserón de San Gervasio, salvó a Maragall. “Nadie puede saber —agrego *Gaziel*— qué habría sido de Goethe, qué habría sido de Maragall, sin la estrella benigna que presidió sus vidas ya desde la cuna. La serenidad de estos temperamentos, cuando la consiguen, es el fruto de un delicadísimo y azaroso compromiso entre el esfuerzo personal y un medio propio que lo facilita”.

Toda persona culta conoce las ventajas que en beneficio de la genial producción goethiana derivaron del patrocinio de Weimar. Y la independencia económica en que Maragall tuvo la suerte de vivir, *Gaziel* la evocó así con exactitud: —“Una gran torre (*)

“con bello jardín. Una fortuna saneada, una renta segura. Esposa modelo, hijos numerosos, hogar patriarcal. Casi todo el santo día para laborar en el propio perfeccionamiento. Lecturas, ensayos, meditaciones, conversaciones, horas de música, paseos plácidos... he aquí la Corte Ducal, el Weimar de nuestro Maragall”. Con penetración agudísima, pudo colegir *Gaziel*: “Quien no vea hasta qué punto era esencial para Goethe y para Maragall esta bonanza, no entenderá nunca que el primero prefiriese la injusticia al desorden, ni lo que significaba el profundo conservadorismo del otro”.

Reanudando el tema del criterio que Maragall pudiera tener de la excelsitud de Dios, y no conteniéndose en sus escritos ninguna definición ni explicación concreta al respecto, hemos de guiarnos únicamente por las confesiones que a través de toda su producción dejó, en reconocimiento exaltativo y venerativo indudables de la Suprema Potestad Divina. Pues aún que Maragall no definiera a Dios, se lo imaginaba a su modo, le conocía, le veía y le hablaba. Si otras revelaciones no sobresalieran, en la obra maragalliana, de su conocimiento y de su trato con el Creador, bastaría el *Canto Espiritual* para convencernos de la intimidad, podríamos decir, que Maragall mantenía con el Ser Supremo. “Ya sé qué sois, Señor!” —le decía en una de las estrofas

(*) Equivalente a “una gran residencia”.—J. C. F.

del emotísimo Canto. Lo que no sabía, empero, Maragall, es dónde estaba y desde dónde le escuchaba Dios; no el Dios de las definiciones abstractas de teólogos, filósofos y metafísicos, por muy preparados o preferidos que sean o se supongan para reclamar acatamiento rígido a sus respectivas conjeturas; sino el Dios ideal, el Dios único de grandeza indudable aunque invisible por los sentidos humanos.

¡Los sentidos humanos!... La incapacidad lastimosa de los sentidos corporales humanos para comprender, ni tan solo para imaginar la grandeza del Dios de Maragall, es decir, del mismo Dios nuestro y de la inmensa multitud de gentes sencillas, amantes de la bondad, de la felicidad, de la vida honrada, espontánea, ordenada y civilizada; el Dios de millones de creyentes ingenuos, de bien franca y voluntaria buena fe, sin balumbas dogmáticas y también sin absurdos temores a castigos horribles de ultratumba (castigos que serían contradictorios con los sublimes bondades de las sublimes inteligencia y misericordia divinas).

Porque las inquietudes de Maragall en relación al trance *post-mortem* no se las producían las amenazas apocalípticas de tales supuestos *castigos eternos*, pues él nunca tuvo asociada a la grandeza de Dios, la absurdidad de la función vengadora, temporal y menos, aún, implacablemente *eterna*, en la transmigración del enigmático mundo del *más allá*. El único temor que Maragall sentía ante este misterio, como ya lo vimos, era el de haber de dejar este mundo donde tenía su patria y donde hubiera querido tener la Patria Celestial.

Pues si este mundo de la Tierra, a juicio de Maragall, es ya tan hermoso, ¿cómo el gran emotivo, profundo creyente en el Señor de la Creación, podía dejar de confesarle tal inquietud sincerísima, por medio de las clamorosas ingenuidades del *Canto Espiritual*, equivalentes a la mejor oración dirigida al Ser Supremo para que, al llegar al poeta la hora temida de cerrársele los ojos humanos, le fuesen concedidos otros más potentes (los *otros sentidos* de su hipótesis intuitiva) para poder entonces contemplar la faz inmensa del Creador (es decir, para encontrarse, al fin, en presencia efectiva de Dios) y para que, así, la inevitable muerte

física pudiese equivalerle a una resurrección, a *una major nati-xensa?*

He aquí los motivos únicos de las preocupaciones humanísimas de Maragall, al aproximársele la hora de la transmigración al *más allá*. He aquí el porqué de su intensísimo *Canto*, que más exactamente podría denominarse *Clamor Espiritual*, dirigido al Ser Supremo.

La comprensión inequívoca de Dios que tenía Maragall, y el patetismo ingenuo del mismo en el lenguaje del *Canto Espiritual*, ¡cuán diferentes resultan de los angustiosos monólogos y de las inquietudes metafísicas que atormentaron las existencias respectivas de otros pensadores significados de la independencia filosófica ochocentista: el francés Renán y el españolísimo Unamuno, por ejemplo! Deistas eran estos dos, en ciertas fases, como Maragall; pero no a la manera espontánea, franca y confiada de éste, sino conturbados por luchas perennes de dudas, escrúpulos y razonamientos metafísicos obsesionantes en torno al deseo de querer descubrir y definir —sin acertar a lograrlo— al *Señor de la Creación*.

El profundo filósofo francés, decepcionado como se sabe del hermético dogmatismo católico y de la ortodoxia romana, desistió de continuar los estudios sacerdotales, se libertó de las disciplinas vaticanas, y acabó por refundir el concepto inimaginable del supremo enigma divino o causal, sintetizándolo como “la percepción ideológica del infinito”; y formulando seguidamente su esperanza en que un día u otro —de acuerdo con la Ley del Progreso, o sea de la Evolución— la conciencia humana llegará a obtener la revelación definitiva tan esperada, de Dios como sinónimo del Absoluto, fórmula equivalente, en esencia, a una especie de panteísmo, o más exactamente de panenteísmo, incapaz de convencer a las multitudes cristianas, por demasiado abstracta.

Unamuno, por su parte, inmerso en agobiadoras preocupaciones metafísicas, perdido en un laberinto de dudas, contradicciones y paradojas, acabó por resignarse a sustituir, también, el agnoscismo instintivo tentador que le obsedía, y se forjó un concepto propio, de la Divinidad, definiéndola como “el conjunto armónico

de la Naturaleza”, concepto semejante al referido del historiador y crítico francés del catolicismo.

Renán y Unamuno, inquietos uno y otro por sus dudas de acidez agnóstica, pero deseosos de emanciparse de ellas —como puede deducirse de sus autobiografías— se esforzaron, cada cual, en querer definir a Dios, más que en querer acercársele. Y no pudiendo actuar como creyentes sin escrúpulos racionalistas, actuaron como filósofos y como metafísicos, disolviendo cada uno tales escrúpulos en las respectivas definiciones transcritas; definiciones que de poco o de nada sirvieron para aquietar las angustias trágicas vitalicias de aquellos dos espíritus selectos.

Maragall, en cambio, nunca pensó en definir a Dios; porque se sentía ligado espiritualmente al *Señor de la Creación*, no por cogitaciones filosóficas ni metafísicas enrevesadas, sino por instinto, por voluntad libérrima, por sentimientos naturalísimos y humanísimos. El, por tanto, era deísta no por reflexión intencionada ni por enseñanzas teológicas o filosóficas, sino por convicción, por deducción de su íntimo encanto ante el divino misterio de la Naturaleza. Frente a este divino misterio, ya hemos recordado cómo Maragall, pocos meses antes de su lastimosa muerte, confesaba a Pijoán: “no tengo el deseo de *saber*; y si alguna vez *pienso*, me espanto, sufro vértigos de cabeza y retorno, asustadísimo, a la contemplación desinteresada donde bendigo a Dios por “el anhelo inefable que concede a mi humildad y a mi conformidad con la propia naturaleza”.

En esta contemplación, Maragall tenía refundida esencialmente su creencia, su conocimiento y su trato personal confiado y directo con Dios; trato en el cual, según dijo el P. Miquel D’Espugues, incurrió Maragall en algunas osadías de lenguaje (precisamente en el *Canto Espiritual*), cuyas osadías, a juicio del piadoso sacerdote “no podían aplaudirse, pero si comprenderlas perfectamente, “dentro de la singular independencia que caracterizó siempre al “gran escritor y poeta exquisitísimo”.

Mediaba, pues, en realidad, una diferencia enorme entre los conceptos umbrosos que Renán y Unamuno se forjaron de Dios, en contraste con la clara, franca, espontánea y confiada idea que

Maragall tenía de la Divinidad. Y es que, en el fondo, tan enorme divergencia dimanaba (me parece lógico el pensarlo), más que de cualquier otro motivo opinable, de una circunstancia esencialísima: de la incompatibilidad temperamental entre aquellos dos retraídos metafísicos y el emotivo poeta catalán; pesimistas sistemáticos el francés y el castellano; mientras que Maragall siempre fué un epicurista de buena ley, enamorado de la Naturaleza, creyente en todas las esperanzas superativas de la Evolución humana.

En tales diferencias, empero, el contraste se expresó con relieves más especiales entre los caracteres respectivos de Unamuno y Maragall. En efecto: sabido es que, para Unamuno, la vida fué una continua tragedia; y que tragedia, en él, equivalía a persistente lucha íntima, sin victoria ni esperanza. Por ello, toda referencia a la vida, en Unamuno, era cruel angustia, contradicción; y hasta la conciencia, para él, era una enfermedad; y el progreso mismo, otra enfermedad. En las páginas de su libro máximo "Del sentimiento trágico de la vida", Unamuno filosofó sobre el valor objetivo de los *Sentidos* a merced de los instintos de conocimiento y conservación. Y admitió, también, que pudiese existir un mundo intangible e invisible, pero perceptible por el *sentido íntimo* que vive para servir a otro instinto: el de la perpetuidad.

Unamuno, pues, deseaba convencerse en una forma u otra de la supervivencia humana en el *más allá*. Pero la ignorancia de como podrá ser ese *más allá*, el recelo trágico de que tal supuesto equivalga a una fatídica *nada*, como él decía, turbaba la mente y los sentimientos del malhumorado filósofo, produciéndole angustias tan obsesionantes que le indujeron a juzgar preferible seguir viviendo en dolor y torturas reflexivas sistemáticas, a tener de encontrar en la muerte corporal el aniquilamiento de todo él en la aterradora vacuidad del *no ser*.

Olvidándose lastimosamente de las maravillas compensadoras que hubiera podido gozar en este mundo terrenal, Unamuno se desesperaba pensando en las posibilidades tenebrosas del mundo del *más allá*, del mundo por él tan temido de *la nada*. Como todos los filósofos, —sin excluir los más sarcásticos— sentía el hambre

de perdurabilidad; le obsesionaban en cambio, la duda, el temor, la sospecha siniestra de que, al dejar de vivir corporalmente, no pudiese satisfacer esa hambre espiritual en una transmigración condigna; le horripilaba el riesgo de que a las puertas de su deceso físico tormentoso, en vez de la inmortalidad ideal (inmortalidad en *bulto*, no en *sombra*, según él decía), sólo pudiese encontrar su inmersión desesperante, fatalísima, desmenuzadora, en cualquier lugar oscurísimo del anonadamiento para siempre!... Y este temor a la horrible posibilidad, Unamuno lo sufrió tan intensamente y le crispó el alma con ofuscación y conmoción tan turbadoras, que hasta le indujeron a declarar preferible a la perspectiva del anonadamiento, la amenaza del “*lasciate ogni speranza voi chi entrate*” del Infierno dantesco, o los antros abismales de los tormentos apocalípticos.

Las diferencias profundas que existían entre la religiosidad unamunesca y la de Maragall, se deducen también crudamente de los textos dejados por uno y otro; y más directamente, quizá, de la correspondencia cruzada entre ambos poetas. En el Epistolario de Maragall contenido en sus Obras completas, se recogen testimonios muy interesantes, reveladores del contraste que palpitaba en los caracteres y, por tanto, en las espiritualidades respectivas de los dos intensos poetas: puramente contemplativo y místico deista, el gran catalán; angustiosamente atormentado con obsesiones metafísicas horribles, el esquivo gran trágico castellano.

En carta de Noviembre 1906, Maragall le decía a Unamuno: “Su anuncio del *Tratado del Amor a Dios*, me asusta. ¡Por Dios, que no sea un amor tormentoso, nacido en aquella angustia metafísica que dice usted con acuidad terrible!”...Y en otra carta a Unamuno, unos días más tarde, Maragall le reconocía así: “Su poesía *En el desierto* es realmente de una vibración aguda y en ciertos momentos estridente. Si su idea de Dios es distinta cada vez que la concibe, su sentimiento de Dios parece ser siempre el mismo, y esto me apena muchísimo, porque es un pensamiento depresivo, y para quien no sea depresivo será tal vez de una excitación feroz”.

La divergencia profunda de espíritu entre Maragall y Unamuno vuelve a destacarse con relieves vigorosos, en los siguientes párra-

fos de otra carta del gran poeta catalán al sombrío y angustiado filósofo vasco de alma castellana (representativo de la Castilla impenetrable, en opinión del primero). La carta fué escrita en 19 Diciembre de 1906 y reza así: “Querido amigo. Este es el momento de escribirle, ante esta romántica puesta de sol que veo a través de mi ventana: unas nubes de encendido carmín en el fondo de un cielo claro y verdoso, veladas por otras nubes oscuras pero ténues como una gasa; y más cerca, las cimas finas, inmóviles, de los árboles ya casi negros. Esta vista sumerge mi corazón en una paz dulcemente emocionada, y siento un vivo deseo de comunicar con usted, de hacerme sentir de usted en esa Salamanca que imagino ahora mismo con un horizonte más simple y más austero, más desnudo y más... inmenso. Y a usted ante él, complaciéndose fuertemente en la desolación de ese aire puro de desierto, sin regalo ninguno para los sentidos, y por esto hurgando despiadadamente en su propia alma para encontrar a Dios en ella y no en otra parte alguna; y así le comprendo como el único sobreviviente de ese gran reino espiritual!: Castilla! Ahora siento cuánta verdad hay en su corazón, y cuánta nobleza en su actitud. Le veo como el último héroe en pie de una batalla perdida, rodeado de cadáveres y de ruinas humeantes; irguiéndose todavía, aunque ya sólo y profiriendo aquella gran voz de desafío a Europa y al siglo: ¿Africanos? ¡Sí! Nunca los que hemos nacido de cara al Mediterráneo, nunca los hijos del húmedo Portugal, podremos acudir bajo su bandera; pero todos nos sentimos forzados a bajar un momento las armas, y a inclinar la frente saludando al último héroe castellano”.

Parece que Unamuno, al corresponder la anterior carta de Maragall, le recordó que no había nacido en Castilla; y a propósito de tal recuerdo, insistió Maragall en carta siguiente de 3 de Enero 1907: —“No lo olvido, no, que usted no es castellano de nacimiento. ¿Pero, qué importa, si esa tierra, como dice usted, lo ha ganado? Yo creo más: que ha encarnado en usted como en nadie que hoy viva y tenga voz. Si existe atmósfera intelectual castellana, su artículo “Sobre europeísmo” ha de haber resonado como la voz de un profeta; ha de haber levantado una tempestad

“en la conciencia nacional. Aquí (en Barcelona o en Cataluña, “por supuesto) (*) ha causado gran impresión; naturalmente “que, en general, se ha abominado de su espíritu, pero también “ha sido general el reconocerlo como cosa fortísima y de una “sinceridad admirable; y cuantos son capaces de meterse en la “piel de otro, han reconocido también su lógica, lógica de pasión, “que es la viva. Y todavía se implica en ello otro reconocimiento “de diversidad, irreducible a simple unidad. Yo creo que, en esta “composición, nunca aún realizada, está el secreto de la grandeza “de España. ¡Ay! Ya sé que usted no cree en eso; que empieza “por no creer en la diversidad. Y sin embaro, Portugal-Castilla- “Cataluña, ¿no es innegable?...

Sería inoportuno que quisiéramos ampliar demasiado estos contrastes entre las espiritualidades respectivas de Maragall y Unamuno; mayormente cuando en medio de tan profundas diferencias, uno y otro supieron comprender sus caracteres y mantener amistad digna, basada en mutuas tolerancias respetuosas aunque, a la par, bien cívicas. La diferencia fundamental entre uno y otro fuertes espíritus representativos de Cataluña y de Castilla, resulta en aguda síntesis, del siguiente párrafo de otra carta de Maragall dirigida al trágico angustioso de Salamanca, en respuesta a pesimismo de éste sobre la funestas inercias del torvo estatismo español, empeñado en no querer decidirse a ser europeo, sino en seguir sintiéndose *africanista*. “Todo esto dice usted que “le tiene triste y abatido. Triste, lo comprendo ¡noble tristeza! “pero abatido, no. Comprendo también que la dicha le parezca “cosa extraña, pero no que le asuste. A mí si podría asustarme, “que la necesito más para vivir la vida a mi manera; podría “asustarme el temor de perderla”.

En resumen: mientras el goce de vivir era substancial en el gran poeta y patriota catalán, en cambio, la angustia del vivir era inseparable del trágico filósofo y gran poeta castellano. Los conceptos deistas respectivos de ambos habían de ser, por todo ello, naturalmente inconciliables, como ya lo eran en poesía, en

(*) El paréntesis es mío.—J. C. F.

política, en patriotismo y en los desiguales ambientes telúricos, históricos y ancestrales en que cada uno vivía.

VIII. LOS CINCO SENTIDOS, LOS OTROS Y LA INTUICION

En torno a las varias sugerencias, todas interesantemente emotivas, que despierta la lectura —y mejor cada relectura sosegada— del *Canto Espiritual* de Maragall, una de esas sugerencias entre las más sorprendentes y estimuladoras es la de los hipotéticos *otros sentidos* con ayuda de los cuales tal vez el poeta, en su tránsito inevitable al mundo del *más allá*, “*podrá seguir viendo todavía este cielo azul dosel de las montañas, y el mar inmenso y el sol que por todo brilla*”.

Maragall no deseaba alejarse de este mundo tan hermoso donde tenía su Patria; y hubiese querido contemplarlo siempre con la paz divina dentro de sus propios ojos y demás sentidos corporales; porque ya le bastaban éstos, con su corazón y su cuerpo, en conjunto, para seguir aquí siendo hombre eternamente. Pero caviloso por haber de dejar esta mundo tan querido, Maragall rogaba al *Señor de la Creación* que, cuando menos, al cerrársele los propios ojos humanos, le dotara de *otros más grandes*, más potentes, para contemplar la inmensa faz divina, esto es, la concreción y revelación de la Divinidad; a fin de que el goce contemplativo de ese nuevo mundo (desconocido, pero indudable) le equivaliese a una positiva *major naixensa*, es decir, a una compensadora resurrección.

Y bien: para situar debidamente las significaciones respectivas, tanto de los sentidos orgánicos corporales como de los *otros* posibles a los cuales se refería la sorprendente pregunta de Maragall a la Omnipotencia creadora y rectora del Universo, me parece oportuno señalar que tanto la Fisiología como la Filosofía y la Psicología admiten *mayor número de sentidos*, además de los cinco vulgarmente determinados, en la persona humana. Fisiológicamente, a estos cinco sentidos (vista, tacto, olfato, gusto y oído) no se les considera de naturaleza simple, sino compleja, pues cada uno necesita de complementos nerviosos transmisores, que con-

ducen las impresiones respectivas a los centros corticales sensitivos, situados en las neuronas correspondientes de la estructura cerebral.

En lenguaje filosófico y psicológico, además de los cinco sentidos señalados, se habla también de supuestos o figurados sentidos convencionales en el ser humano, adjetivándolos según correspondan a diversas y respectivas actividades o significaciones.

Así, con frecuencia, además de los cinco sentidos que pudiéramos llamar externos, se habla del *sentido íntimo*, o sea de interpretación semi-filosófica o psicológica; del *sentido moral*, en revelación juiciosa de casos atinentes a la buena conducta; del *sentido común*, aplicable a corrientes de opinión abundantes en el pueblo; y se habla también del *sentido poético*, del *sentido artístico*, del *sentido gramatical*, del *sentido analítico o crítico*, etc.; pero estos adjetivos corresponden adecuadamente a significaciones, mejor que a funciones determinadas.

El filósofo Luis Vives, por ejemplo, en su "Tratado del Alma", después de referirse a cada uno de los consabidos cinco sentidos corporales calificados de *externos*, habló ya de *sentidos internos*, en equivalencia a facultades respectivas de conocimiento interior, y destacó así esas facultades sensoriales íntimas: la *imaginativa*, como receptora de impresiones captadas por los sentidos externos; la *memorativa*, receptora también, fijadora de tales impresiones; la *fantasía*, como perfeccionadora de las mismas impresiones; y la *estimativa*, como juzgadora de la valoración que en provecho o perjuicio de la salud física o moral, merezcan aquellas impresiones. Vives, empero, no se fijó en la *facultad intuitiva*; tal vez por suponerla equivalente a la *imaginativa*.

En relación a los *otros sentidos* posibles de la hipótesis maragalliana, no aparece aventurado suponer que cualquiera de los nuevos sentidos que puedan llegar a producirse en seres humanos del futuro, en el desarrollo indudable de la Evolución, el primero que tiene más posibilidades de pleno surgimiento, puede, ser el don intuicionista; ;ya que éste, desde muchos siglos atrás, viene manifestándose y pugna por afinarse más cada día, según se deduce de las referencias que sobre este supuesto *nuevo sentido*, de-

jaron y siguen acumulando pensadores y observadores antiguos, medievales y contemporáneos.

He aquí un conjunto interesantísimo de opiniones reconocedoras, algunas muy entusiastas, de la extraordinaria facultad intuitiva en el orden que he logrado obtenerlas.

Platón, al glosar un diálogo entre Sócrates y Fedro, advirtió ya la existencia de un poder adivinatorio en el espíritu humano. Aristóteles, en cambio, rechazó esa facultad adivinatoria, por juzgarla como fenómeno inexplicable a la inteligencia y a los *sentidos*.

Desde los tiempos medievales, la Filosofía denominó *Intuición* a la misteriosa facultad adivinatoria, por Sócrates y Platón “atribuída a poderes geniales o al demonio”.

Precisa advertir que en Teología se acepta la *Intuición* como sinónima de visión o revelación sobrenatural, provenientes de Dios.

San Agustín y Santo Tomás de Aquino hablaron de tres especies de visiones sobrenaturales: la corporal, la imaginaria y la intelectual. Esta última puede equipararse a la genuina *Intuición*.

Descartes, en sus “Reglas para la dirección del Espíritu”, definió así la *Intuición*: “Entiendo por Intuición, no la creencia en el “variable testimonio de los *sentidos* o en los juicios engañosos de “la imaginación —mal reguladora— sino la concepción de un espíritu sano y atento, tan distinto y tan fácil que ninguna duda “quede sobre lo conocido; o lo que es igual: la concepción firme “que nace en el espíritu sano y atento, por las luces naturales de “la razón. La intuición debe contener la certeza no solo en sus enunciados, sino en toda clase de razonamientos.”

La idea de la Intuición que Aristóteles y Descartes tuvieron, difiere, por tanto, esencialmente, del concepto que ha venido a generalizarse como una facultad espiritual misteriosa, independiente, instintiva, una especie de *radar*, que ofrece revelaciones súbitas, claras, concretas, sobre determinados enigmas o problemas incognoscibles, inexplicables e indemostrables por la inteligencia.

Además de Descartes, también Kant, Schelling, Schopenhauer, Proudhon y Fichte conocieron que toda intuición capta realidades subjetivas.

Bergson, el panegirista más agudo de la Intuición, en su estudio famoso *L'Evolution Creatice*, considera la facultad intuitiva como única reveladora de la voz del espíritu. Y la define así: “Una especie de simpatía intelectual que transporta el hombre al interior de un objeto para coincidir en lo que tiene de único y, por consiguiente, de inefable. En este aspecto puede compararse al instinto y al sentido artístico, pues nos revela lo que los seres son en sí mismo y se opone a la inteligencia y al análisis, que nos lo hacen conocer desde fuera.”

Bergson amplió el anterior concepto de la Intuición, interpretándola originalísimamente con deducciones muy finas sobre las consecuencias que fué adquiriendo el predominio de lo material en sacrificio de lo espiritual. Vino a decir, Bergson: El hombre, a través de su evolución, dentro de los peligros y de las contingencias que le rodeaban, hubo de enfrentarse y defenderse sin tregua, con esfuerzos y luchas ingentes, contra formidables fuerzas materiales. Por necesidad, por egoísmo, tuvo que desarrollar su inteligencia; pero si no hubiese tenido que actuar violentamente para defenderse y sustraerse a tantos peligros materiales, su *Impulso Vital* habría podido ser tan solo el que le fijara la *Intuición*, o sea el propio espíritu de la Vida misma. Si las generaciones primeras, pues, no se hubieran visto impulsadas a combatir y a librarse de las fuerzas materiales, habrían podido desarrollar preferentemente su inteligencia en harmónica, franca y completa conformidad con las orientaciones instintivas de su espíritu; y, entonces, de las inducciones naturales de éste se habría ido nutriendo su mentalidad y se habría robustecido su conciencia.

En cambio, por haber tenido, la humanidad, de iniciar y proseguir su evolución con sacrificio de lo instintivo (o sea lo espontáneo y vital), a lo intelectual (calculado y egoista), aquellos esfuerzos, dadas las difíciles condiciones (circunstancias, como hoy decimos) en que tuvieron de realizarse, “exigieron a la conciencia que se adaptase a los hábitos materiales, y concentrase sobre

“éstos toda la atención, es decir, que la conciencia se convirtiese, especialmente, en mera inteligencia.”

“No obstante, observa Bergson, la *Intuición* siempre está presente; y por muy débil o discontinua que se produzca como una lámpara casi apagada, se reanima de tarde en tarde, aunque solo sea por algunos cortos momentos, y es cuando entra en juego algún interés vital. Entonces, por encima y en torno de nuestra persona, de nuestra libertad, de nuestra naturaleza, de nuestro origen y quizá también de nuestro destino, la *Intuición* proyecta una luz difusa y vacilante, pero que atraviesa la oscuridad de la noche en que nuestra inteligencia nos dejara.”

Opina, además, Bergson, que “la Filosofía debe hacer suyas estas *Intuiciones* huidizas, que solo iluminan su objetivo de vez en cuando; y debe hacerlo, ante todo para sostenerlas; después, para dilatarlas y coordinarlas entre sí. Porque cuanto más se adelante en esta tarea, mejor se advertirá que la *Intuición es el espíritu y, ciertamente, la vida misma*; mientras que la inteligencia no es más que un recorte, un esquince hecho a la *Intuición*, mediante un proceso imitativo del que ha engendrado la materia.”

Max Müller, el famoso tratadista de “La Ciencia de la Religión”, expuso que creía inherente al espíritu humano una facultad que lo capacita para comprender el Infinito bajo nombres y formas diferentes. Sin esta facultad, declaró Max Müller, no sería posible ninguna religión; pues todas ellas surgen como una aspiración hacia el mundo espiritual, como un hálito hacia el Infinito, como un grito de amor a Dios. Lo que constituye la esencia del ser humano, según Müller, es esta facultad, de la cual solo la persona dispone, de elevar su vista al Cielo; la prerrogativa que tiene de aspirar a algo que *ni la razón, ni los sentidos* pueden proporcionárselo.

Acorde con su tesis, Max Müller adujo observaciones reconocedoras de que independientemente de las dos *razones* kantianas, la *pura* y la *práctica*, “existe en el espíritu humano una tercera facultad, la de percibir el Infinito, no solo en el ámbito de la religión, sino en todas las cosas: una facultad que muchas veces hasta contradice y pugna a la razón y a *los sentidos*; pero, no obstante,

“se nos muestra vigorosa y decisiva a través del mundo humano; “pues ni la razón ni los sentidos jamás serían capaces de vencerla, “y, en cambio, ella ha triunfado muchas veces de la razón y de “los sentidos”.

Schelling, el filósofo alemán discípulo de Hegel, reputó la Intuición como originaria del verdadero conocimiento.

A juicio de Max Scheller, solo por la intuición emocional se pueden conocer los valores. Coincidiendo con William James, el exaltador del Pragmatismo, también Scheller sostuvo que Dios, sobre todo, no puede ser conceptuado y sentido sino intuitivamente.

Balmes calificó la facultad intuitiva humana de “instinto intelectual, guía y escudo de la razón.”

Llorens y Barba, filósofo catalán ochocentista, en sus “Lecciones de Metafísica” reconoció también el poder *sobrenatural* de la Intuición. En cambio, el doctor Serra Hunter, eminente discípulo de Llorens, discrepó de éste en el sentido de que la Intuición genuina, no obstante parecer extrasensorial, desligada del raciocinio y de la conciencia, resulta, sin embargo, explicable como producto, quizás, del tenaz examen al que la mente y la voluntad estudiosa someten algún tema o problema difíciles sobre el cual, en definitiva, de modo súbito, misterioso, se obtiene la revelación o el esclarecimiento perseguidos.

Eugenio D’Ors, en “Aprendizaje y Heroísmo”, opinó que la Intuición, por momentánea que surja como un relámpago, se deriva, no obstante, de razonamientos preparatorios, deviene como una especie de premio o recompensa a los esfuerzos intelectivos aunados sucesivamente en la subconciencia (calificada por Xénius de Almacén biológico); esfuerzos acumulados después en la conciencia, de donde la intuición, en instante milagroso de gracia, extrae de manera casi franca el conocimiento revelador que le precisa.

Amiel, el atormentado subjetivista ginebrino, en su palpitante *Diario Intimo*, se convenció de que nada puede reemplazar los destellos de la Intuición. Opinó, también, que la reflexión no podría jamás destruir la facultad intuitiva: y que el exámen actua-

ría fatalmente, si intentase suplantar la fe. *Amiel* dejó, además, en su *Diario Intimo*, abstracciones de gran semejanza con ciertas inquietudes espiritualistas de Maragall. No resulta dudoso que alguna de las ideas de éste, en especial la contenida en el *Canto Espiritual*, sobre el anhelo de *gozar el Cielo aquí en la Tierra*, la hubiese hermanado Maragall con idéntica aspiración confesada reiteradamente por *Amiel* en su emotivo *Diario*.

Por cierto que en los temas de la palabra y la poesía puras, se encuentran igualmente coincidencias de fondo idéntico entre las opiniones respectivas de *Amiel* y de Maragall. Pero donde la identidad espiritual entre ambos se hace más sincrónica es en sentido de admiración constante, siempre estusiasta, de los espectáculos y maravillas de la Naturaleza. Uno y otro ensimisman en la contemplación panteística (en sentido objetivo inefable) de los paisajes, los valles, las montañas, las arboledas, las marinas y los encantos distintos ante los cuales fruían momentos de dulce inmersión espiritual en las grandezas sugestivas que les deparaba a todas horas la revelación divina.

Edison, el celeberrimo mago de la Electricidad, declaró que siempre había creído indispensable el cálculo y la experimentación, para el estudio preparatorio de sus invenciones. Pero confesó, también, que jamás había dejado de fiar en las inducciones súbitas de la *Intuición*, cuando el misterioso poder de ésta le favorecería.

El cubano excelso José Martí, definió la facultad intuitiva como "inspiración sagrada, maravillosa palabra interior que surge "ya hecha, y dá la ciencia que se ignora y la previsión de lo que "no se ve y es razón acumulada, la cual, como una estrella, asciende súbitamente del pecho al juicio, y guía y desvanece en él "todas las vacilaciones."

El biólogo y filósofo alemán contemporáneo Hans A. Lindermann, especialista en estudios de relación lógica entre los problemas clásicos de la Filosofía a base de la Ciencia, reconoce en su libro *Pláticas Filosóficas* que "los poetas, al igual que ciertos hombres religiosos de todas las épocas humanas, tienen un medio "especial de conocer la verdad, mejor dicho, la intimidad de la

“cosas; y este medio es la Intuición. ¡Esa facultad humana —dice Lindermann— me parece un don Divino!”. Y agrega, poniendo sus palabras en labios del poeta que toma parte en dichas Pláticas: “A veces no sé siquiera a dónde me llevará el camino de la Intuición, pero siento en mi alma que me conduce lejos, a regiones donde ningún sabio del mundo jamás podrá llegar con los instrumentos y con los conceptos precisos de las matemáticas. Cuando la exaltación y el éxtasis de la fantasía creadora se acercan y me toman en sus brazos, veo mundos nuevos, plenos de un resplandor eterno.”

En el mismo capítulo de *Pláticas filosóficas* se reconoce que “la intuición siempre puede procurar nuevas sensaciones, utilizables para la obra poética como para la obra científica. Y estas sensaciones, a veces, muestran posibilidades de interpretación que antes, sin la Intuición, no se hubiesen podido obtener.

En observación inmediata, Lindermann expresa la creencia de que el genial Einstein descubrió la definición nueva del tiempo físico, solo merced a una luminosa intuición; y que Niels Bohr, el gran físico, halló su nuevo modelo de átomos, gracias a otra maravillosa intuición. Finalmente, Lindermann reconoce que la Intuición es la facultad comprensiva más eficaz que tenemos; y que sin esta fuerza creadora, nunca se hubiera hecho ninguna cosa grande y sublime en el mundo humano.

El doctor Augusto Pi y Sunyer, (discípulo y cooperador de Turro) fisiólogo y psicólogo experimental, catedrático que fué de la Escuela de Medicina de la Universidad de Cataluña y que hoy lo es de la de Caracas, en diversos estudios, especialmente en el que trata de “Constitución de la Individualidad humana”, (la fisiológica y la psíquica), ha reunido enseñanzas magníficas, claramente reveladoras de los nexos inseparables que, a través de las manifestaciones del sistema nervioso y de las complejidades bioquímicas, determinan las funciones orgánicas externas y también el proceso que en cada persona se produce en la formación del carácter y en la acumulación de instintos, conocimientos, hábitos y reflejos normativos de la conciencia, así como de la inconciencia.

El doctor Augusto Pí y Sunyer declara, empero, que muchas veces lo inconsciente actúa por sí sólo, o sea con independencia de los nexos nerviosos y de las otras complejidades referidas. A partir de comienzos del siglo XX —observa Pi y Sunyer— ha fructificado una filosofía, en este aspecto, en la cual se realza el valor de *lo inconsciente libre*. Operaciones mentales importantes, afirma, pueden realizarse sin intervención de la conciencia. “Son muchos los hombres —recordemos por ejemplo a Goethe, dice Pi y Sunyer— quienes han descrito la manera cómo crearon obras inmarcescibles, por actos inconscientes, sin proceso lógico percibido, sin meditación; y solo por *intuición*, por inspiración, según parece, espontáneamente.”

Fundándose en tales experiencias, el mismo Dr. Pi y Sunyer, en otro de sus novísimos estudios, *La Vida Profunda*, declara que no solo la Fisiología, sino también la Psiquiatría, aportan argumentos irrefutables a favor de la doctrina de lo inconsciente o sea de la muy alta significación de la vida profunda en el desarrollo de todas las manifestaciones de la actividad humana.

Otro psicólogo y filósofo ilustre, el doctor Enrique Molina, Rector de la Universidad de Concepción (Chile), en uno de sus intensos libros (“Dos Filósofos Contemporáneos: Guyau-Bergson”) opina: “*La Intuición* consiste en una representación provocada por una o varias experiencias; y la cual, sin ulterior prueba, se tiene como expresión de algo real... Las evidencias que alcanzamos, gracias a la intuición inmediata de verdades *a priori*, y a la comprobación metódica de las *a posteriori*, nos garantizan la posibilidad de llegar a certidumbres aceptables”.

El mismo pensador chileno, en otra de sus obras, “Nietzsche dionisiaco y asceta”, declara: “Más allá del límite hasta donde las afirmaciones de las disciplinas científicas pueden acompañar al hombre, éste queda entregado a los destellos de las propias intuiciones y creencias, campo vigoroso donde avanza en brazos de la metafísica, de la religión y del arte, siendo mucho mayor la contribución de las primeras que de la última”.

El famoso hindú Jinarajadasa, doctor en Filosofía de la Universidad de Cambridge, dijo en una conferencia dada en Montevideo,

sobre la facultad intuitiva:—“Esta facultad, actualmente dormida, “llegará a ser en mi opinión, el instrumento de más valor para “conocer... La *intuición* no es un proceso de la mente, ni una “síntesis captada de manera rápida y brillante por la reflexión, “sino *una especie de milagro* del alma, que de manera misteriosa “nos hace conocer súbitamente algo que ni el estudio, ni la ciencia serían capaces de explicarnos y dejarnos comprender con la “claridad debida.”

El célebre hindú citó, en aquella conferencia, casos de grandes descubrimientos científicos, los cuales no se debieron exclusivamente a un proceso mental, sino, en realidad, a *relámpagos de intuición*. Tales fueron, según Jinajaradasa, “el caso de Kakulé, “cuando una visión mental le reveló que el átomo de carbono puede ser agrupado en una forma geométrica, para explicar la tetravalencia del carbono. Y también la Intuición le hizo descubrir “a Robert Meyer su Ley de conservación de la Energía.”

Podemos agregar que los *relámpagos intuitivos* citados por el sabio indú no son los únicos recordables; pues la misma significación relampagueante puede atribuirse a los casos históricos de los descubrimientos celeberrimos respectivos de Arquímedes, de Newton, así como del matemático francés Henry Poincaré; y ya vimos como Lindermann opina que la transcendental definición del tiempo físico dada por el genial Einstein fué debida también a un *relámpago intuitivo*.

A propósito de la maravillosa facultad intuitiva de Einstein, recientemente ha dado a conocer curiosas noticias el ilustre Director del Observatorio Nacional cubano, Ingeniero Carlos Millás. En sesión extraordinaria que la Sociedad Geográfica de Cuba celebró en la Academia de Ciencias de La Habana, en elogio del famosísimo Einstein, reveló el Ingeniero Millás: —“Einstein nunca hizo “experimentos, y jamás efectuó observaciones con telescopios. Sus “únicos instrumentos fueron la pluma y el papel. Aislado en su gabinete de estudio, trabajaba día a día. A un amigo le confesó “que prefería pensar, a leer; y, efectivamente, en el decurso del “año, leía menos y menos... Einstein declaró: yo pienso y pienso, “por meses, por años; noventa y nueve veces reconozco que la con-

“clusión es falsa; pero al llegar a la centésima, estoy seguro de haber acertado.”

A fin de reconcentrarse mejor en sus profundas meditaciones sobre problemas sucesivos, Einstein rehuía compromisos sociales y también, con frecuencia, las costumbres de la vida familiar diaria. En una ocasión, —relata Millás—, el ejercicio mental de Einstein fué tan intenso que le produjo una crisis de amnesia pasajera y le dejó perdido en medio de un campo. Al término de dos días regreso a casa, sin dar ninguna excusa; pero su traje indicaba que había estado durmiendo en un matorral. También recordó Millás que cuando Einstein se entregaba a tan profundas abstracciones, no se le podía interrumpir, pues según confesaba a sus amigos, “sentía como si una fuerza interior le obligara a seguirlo, sin poder resistirla. Y denominaba a esa fuerza intuitiva una *posesión demoníaca*... como la de un amante.”

El doctor Gustavo Pittaluga, sabio pensador, fisiológico y sociólogo (cuyo reciente fallecimiento tan profunda condolencia produjo entre las clases más ilustradas y conscientes de Cuba, por gratitud a las valiosas enseñanzas que dejara en todos los ámbitos de la cultura y del civismo), se mostró también convencido y entusiasta reconocedor de la facultad intuitiva, considerándola indispensable y muy valiosa en provecho de las ciencias biológicas. El Dr. Pittaluga, en su ensayo “Las fuentes de la cultura”, avanzó más en sus confianzas científicas reconocedoras de la facultad intuitiva, porque profundizando en su examen encontró que no solo el estudio persistente, sino “las experiencias de la vida, y “en especial el dolor y la fatiga, son acicates de la sensibilidad que “enriquecen de *secretas resonancias* nuestro ser más recóndito y le “dotan, a veces, a través del tiempo, de más exquisitos órganos “de percepción, de antenas agudas para captar el sentido oculto de “los fenómenos que nos rodean”.

Para no hacer demasiado extensa esta serie de opiniones en reconocimiento de la facultad intuitiva, cerraré la selección con otra referencia, extraída del último libro de Alexis Carrel “*Reflexions sur la conduite de la vie*”, donde el sabio fisiológico, psicólogo y humanista francés se expresa así: —“*La Intuición* es uno “de los factores esenciales de la superioridad de un hombre... La

“inspiración artística, la religiosa, el amor, favorecen quizás el desarrollo de la intuición. El poeta capta la realidad de manera más profunda que el sabio. La intuición es inmediata a la clarividencia. Parece ser la percepción extrasensorial de la realidad. Todos los grandes hombres están dotados de intuición: Por ella saben, sin necesidad de razonamientos, sin análisis, lo que les importa saber.”

Es probable, —según opina Carrel—, que “entre la intuición y la clarividencia exista una variante, cuantitativa pero no cualitativa. La clarividencia y la telepatía son dones inmediatos de la observación. Quienes poseen estas dotes son capaces de adivinar los pensamientos secretos de otros individuos, sin valerse de los órganos sensoriales: Ellos perciben de igual manera, sucesos futuros más o menos distantes en el espacio o en el tiempo.” Este don, a juicio de Carrel, está lejos de ser excepcional, como ya lo observó el profesor Thine, quien en encuestas realizadas entre alumnos de la Duke University confirmó la frecuencia de esas perspectivas extra-sensoriales.

A propósito del mismo tema, Carrel recuerda, en el libro citado, que los profetas del Antiguo Testamento previeron el porvenir; que en el siglo XI ya los árabes definieron la percepción extrasensorial, como el cuarto grado del desarrollo mental; que en la doctrina del Yogo se enseña la posibilidad de transmitir el pensamiento de una persona a otra; que Fichte, Hegel, Schopenhauers y Von Harmann, admitieron el concepto de la percepción extra-sensorial. Gracias, pues, sobre todo, a sus actividades, el espíritu humano, por medio de la Intuición, puede situarse, indistintamente, en el universo de las realidades objetivas; como en los misterios del universo, inaccesibles e inexplicables por la experiencia.

Resumiendo los juicios anteriores, colectados sobre *Intuición*, puede decirse que ésta se caracteriza como facultad espiritual reveladora o esclarecedora de fenómenos, problemas, misterios o enigmas los cuales no pueden explicarse claramente o satisfactoriamente por los sentidos corporales físicos, ni tampoco por mediación que pudiéramos llamar normal de la inteligencia.

Ya hemos visto que la Intuición actúa independientemente, según algunos opinantes; o en conexión íntima no fisiológica sino directa y psíquica con la conciencia o la subconciencia, según otros. Este segundo supuesto se basa en que resulta muy raro que el centelleo intuitivo pueda producirse en personas ajenas al estudio o a la preocupación del caso o problema en revelación al cual surge de manera súbita la intensa llamarada reveladora.

La *Intuición*, por consiguiente, es algo más que una fantasía, como pretendió Haeckel. En muchas ocasiones actúa como descubridora, reveladora; señaladora, cuando menos, de realidades o de indicios misteriosos que la Ciencia experimental no es capaz de ver ni de comprender. Por ello es lógicamente aceptable que la Intuición, en síntesis, constituye ya la génesis, la raíz de una nueva facultad (si no se le quiere dar aún la significación de *nuevo sentido*), con potencia luminosa y aguda de percepción y adivinación, incalculablemente superior a las de los *sentidos* físicos del cuerpo humano de nuestros días.

Desde cualquier alcance en que pueda ser examinada esta misteriosa facultad *extra o super sensorial humana*, resulta pues indudable. Y por muy exigentes que quisiéramos ser en la valoración de su eficacia, se deduce que la *Intuición*, de acuerdo con las observaciones y las experiencias acumuladas, y con la teoría fundamental evolucionista, bien puede reputarse como el único, por ahora, o al menos el más inmediato de los *otros o nuevos sentidos* agudamente vislumbrados por eminentes pensadores y más acá por Maragall en su emotísimo y famoso *Canto Espiritual*.

¿Y por qué dejar de creer, no solo posible, evolutivamente, sino también calculada y dispuesta por designio sobrenatural, la florecencia de esta facultad maravillosa, así como posibles *otros sentidos* de potencias comprensivas más grandes que los cinco orgánicos corporales, en beneficio ideal de la inteligencia, así como de mejor solidaridad de la especie humana en el futuro?

En los dominios de las especulaciones filosóficas y de la cultura en general, es obvio, también, que la hipótesis de los *otros posibles sentidos* humanos, intuída o reintuída por Maragall, resulta muy estimuladora, porque ha venido a justificar que todos

los esfuerzos intelectuales para explicarnos debidamente los misterios de la creación, y dentro de ésta, todos los progresos del espíritu humano, no equivalen a meras inquietudes de índole caprichosa ni inútil, por modestas que sean; sino a coincidencias reflexivas de mentes y voluntades por igual anhelosas de descubrir o siquiera entrever, de dónde proceden y por cuáles designios hasta hoy todavía se mantiene impenetrable, el dominio sobrenatural que rige las maravillosas armonías del Universo, y en especial los obsesionantes enigmas de la Vida y de la Muerte humanas!

IX. LA CIENCIA MATERIALISTA Y EL SUBJETIVISMO

A nombre de la Ciencia materialista, olímpicos teorizantes con ínfulas dogmáticas, vanagloriándose de que procedían lógicamente, se atrevieron a negar la existencia de la vida en el *más allá*; vida en la cual creen todas las religiones y todas las filosofías espiritualistas. Tal negativa la apoyan aquellos teorizantes en el supuesto de que la Ciencia no puede aceptar otras realidades sino las evidentes a los cinco sentidos, ni otros fenómenos que los confirmados por la inteligencia.

Uno de los primeros contradictores más implacables contra el espiritualismo fué Diderot, el enciclopedista francés adversario violento de todas las religiones y supersticiones, quien escribió páginas cínicas —algunas de un sarcasmo impresionante— contra el concepto divinal. Pero Diderot, al margen de su ateísmo sistemático, tuvo momentos en que dejó entrever las dudas que le asaltaban sobre el convencional supuesto de que por encima de la percepción de nuestros sentidos físicos no pasa nada; y en rebeldía contra ese supuesto (simple prejuicio, en opinión suya posterior), reconoció que solamente la *revelación* puede responder a la pregunta del *porqué existe algo*; cuestión ésta, agregó, la más embarazosa de cuantas pueden plantearse en los dominios de la Filosofía.

Haeckel, discípulo de Darwin, sobresalió luego entre los expositores de la Ciencia materialista. Incrédulo en principios religiosos, se definía a sí mismo como agnóstico —es decir; ni como

creyente, ni como negador de la Divinidad, sino tan solo como desconocedor de los orígenes causales de la Creación. Haeckel y sus particulares se atrevieron, no obstante, a explicar el máximo enigma, atribuyéndolo a la teoría del desarrollo de la *célula matriz* o *simple*, surgida por generación espontánea (o caída de ignotas procedencias estelares, según después coligieron otros científicos agnósticos); célula matriz, en opinión de los mismos, desdoblada aquí en la Tierra en sucesivas células, promotoras respectivamente de las especies vegetales y animales.

Este principio geológico y biológico, por inconcuso que quisieran reputarlo sus panegiristas, resultó y sigue siendo insuficiente e inaceptable, para explicar la incógnita suprema de la Creación.

A pesar de su incapacidad filosófica es de reconocer, sin embargo, que la ciencia materialista ha conseguido provechosos avances en diversos ambientes de las realidades objetivas; pues investigadores de esta Ciencia han logrado descubrimientos valiosos en muchos órdenes de la vida. En todos los ramos del saber al alcance de los *sentidos* y de las experimentaciones físico-químicas y matemáticas, el progreso científico material ha sido admirable, aunque, por desgracia, también horriblemente amenazador para la humanidad, en otras fases.

Por infalibles que quieran suponerse las deducciones de la Ciencia materialista, en alcance negador de las realidades del mundo psíquico, muchos representantes de la rigidez científica no dejan de admitir, cuando menos, lo que podríamos llamar raciocinio psicológico aplicable a la vida espiritual del *más allá*; si bien esos científicos se inhiben de toda exploración en los misterios del mundo espiritual, acogiéndose a la consabida excusa de que todos los fenómenos correspondientes al mundo invisible sólo equivalen a quimeras de la fantasía, inaceptables por la precisión científica.

Con cuya actitud, por muy cómoda que la encuentren los adeptos al científicismo riguroso, no solo dejan de contribuir al estudio serio de los referidos enigmas, sino que se contradicen a sí mismos, ya que su teoría del inmediato desarrollo en la Tierra, de la

imaginada *célula matriz* o simple, (venida o no de otros mundos estelares), no es concebible razonablemente, sin aceptar la preexistencia indispensable de un “Productor” originario de la supuesta célula primaria, y Creador a la vez, de los otros mundos incógnitos de donde ella pudo derivarse.

Algunos científicos materialistas, —y en especial, después, reflexivos partidarios del transformismo positivista— profundizando en sus estudios acabaron, no obstante, por admitir la respetabilidad legítima que merecen las especulaciones y revelaciones espirituales adquiridas por medio de intuiciones que nada en común tienen con aquella ciencia. El mismo Haeckel, a pesar de contradecir la existencia del alma, no dejó de reconocerla, en el curso de su propio libro, desde el punto de vista psicológico, concediéndole así alternativa científica investigadora a la interpretación espiritual. Si bien se guardó Haeckel de aceptar que la existencia del alma tenga algún nexo sobrenatural, pues la atribuyó solamente a una resultancia fisiológica vitalicia del cuerpo humano, incapaz de inmortalizarse aunque sí de transmitir por herencia sus cualidades respectivas.

Y no es ésta la única paradoja recogible en el libro famoso de Haeckel; pues más adelante, basándose el mismo autor en las realidades de la evolución, se mostró eufórico por las diferencias existentes entre las almas humanas y las de otras especies de mamíferos. “Un abismo profundo —declaró— separa anatómica y “fisiológicamente, la estructura cerebral y la vida psíquica que “del cerebro se origina en los mamíferos inferiores, en el transcurso de más de cien millones de años, desde sus comienzos hasta hacerse posibles los más grandes progresos de la humanidad.”

Con el entusiasmo que manifestó por tan admirables superaciones humanas, precisamente en el orden psíquico, es decir, de relación inmediata con el enigma causal de la Creación, Haeckel contradujo aún más su teoría básica de la *célula matriz* como origen único del Universo; pues por mucha sabiduría que hubiese atesorado el mejor discípulo de Darwin en el campo científico materialista, su sistema puede compararse a la pretensión que cualquier irreflexivo tuviese, de creer que un maravilloso reloj, por ejemplo,

en la construcción del cual se hubiesen combinado los progresos mecánicos, industriales y científicos más portentosos, pudiera haberse producido por absurda generación espontánea, en vez de haber sido ideado, fabricado y animado por un relojero de inteligencia y de facultades creadoras insuperables; aunque ese prodigioso Relojero sea misteriosamente desconocido... de quienes no tengan voluntad de buscarle y de encontrarle, según la máxima consabida de Pascal: —*¿Buscas a Dios? Pues ya lo encontraraste!*

Max Scheller, entre los pensadores contemporáneos, compartió también la inhibición que la Ciencia estricta quiso mantener, de no investigar los orígenes de la persona humana, del espíritu y del Universo invisible, en general, porque la Ciencia, según pretende confirmar Max Scheller, ha de limitarse al estudio y a la explicación de las cosas perceptibles y positivas de la Naturaleza, lo cual considera más importante y provechoso para la Vida, que las abstracciones filosóficas.

Pero a la indiferencia o a la incapacidad científica para abstenerse de realizar investigaciones de causas esenciales en relación a los mayores enigmas de la Naturaleza y de la Vida, toda mente estudiosa puede y debe argüir que el desdén científico sistemático frente a estos misterios esenciales del Universo en conjunto, ese desdén olímpico de la Ciencia materialista no concede ningún derecho para negar las hipótesis, las intuiciones, ni las meras abstracciones filosóficas, por audaces que parezcan o pueden ser; ni para oponerse a que tales hipótesis sean expuestas, argumentadas y defendidas dignamente.

X. RECTIFICACIONES TRANSIGENTES DEL POSITIVISMO CIENTIFICO

A fines del siglo XIX, entre los arrogantes opositores a las creencias del monoteísmo y a los misterios espirituales, se destacó el francés Louis Bourdeau, con su voluminoso y eruditísimo estudio *Le Probleme de la Mort*, complementario de otro libro suyo que dejó póstumo: *Le Probleme de la Vie*, éste más bien de carác-

ter sociológico. Tan rotunda, tan abundante y tan infalible pretendió ser la argumentación de Bourdeau contra la creencia en el enigma causal divino, y declaradamente contra la existencia espiritual *post mortem*, que hasta se permitió asegurar, a nombre de la Ciencia estricta, que nadie puede tener ni el recurso, por lo menos, de refugiarse en la duda, a favor o en contra de las esperanzas en un *más allá*.

A pesar de tan aventuradas negativas, el simple título de *Problema* asignado por Bourdeau a su libro, no solo dejó en pié la licitud razonable de las creencias deista y psíquica transmigradora, sino que también contribuyó a legitimarlas; pues la Ciencia a la cual dió crédito Bourdeau, únicamente conoce y puede analizar cosas y hechos tangibles, materiales, según ella ha reconocido con declaraciones reiteradas; y es incapaz de explicar los fenómenos, misterios o enigmas de orden que pudiéramos llamar invisible. La Filosofía, en cambio, tiene capacidad especial para anticiparse a comprender, por lo menos, la existencia de tales enigmas.

Aunque Bourdeau y cada uno de sus colegas en audacias científicas ateístas quisieran empeñarse en negar la supervivencia psíquica humana en misteriosas regiones del *más allá*; y por aferrizadamente que la ignorancia o la indiferencia de los incrédulos, en general, quieran persistir en sus rotundas negativas, éstas no tienen ninguna virtud convincente para destruir tales creencias, y ni tan solo para desvanecer las simples dudas de las inteligencias meditadoras en torno a la vida y a la supervivencia espirituales; problemas de orden misterioso como son todos los derivados del supremo enigma Divino de la Creación, inescrutables hasta ahora por las reducidas percepciones sensoriales y mentales de la persona humana.

¡Cuán lastimosa resulta, pues, la arrogante actitud con que se atreven a pontificar, quienes conceden crédito solamente a las cosas materiales o visibles, y, en cambio, carecen de voluntad reflexiva, de coraje moral y de estímulos espiritualistas indispensables para entregarse con propósitos serenos a la meditación filosófica más decidida a fin de llegar, si no a descubrir, por lo

menos a entrever la explicación luminosa de tan inquietantes problemas!

Aquel sensacional libro de Bourdeau sobre El Problema de la Muerte, contiene, no obstante, muy atinadas críticas y también humorismos deliciosos sobre fabulosas creencias y supersticiones de distintos pueblos, así como sobre absurdos dogmas pseudo-religiosos que por tradición siguen imperando en muchos países. Y la lectura de tan curiosos y variados conocimientos, en vez de resultar nociva, se convierte en provechosa, porque despierta en el lector reflexivo y de cultura espiritualista moderna, reacciones intensas para juzgar con mayor amplitud los enigmas de la vida y del *más allá*; y para afirmarnos, deductivamente, en la existencia innegable de esos enigmas, como también en la posibilidad de que, por virtud igualmente innegable de la Evolución, generaciones humanas del futuro dispondrán de *nuevos sentidos* reveladores, o sea de los *otros sentidos mas grandes o potentes*, los cuales intuyó Maragall en su Canto emotísimo. Esta esperanza, o ésta ilusión, siempre se nos ofrece más consoladora y estimulante que la del caos tenebroso de la *nada*, que la Ciencia estricta pretende vaticinar como única y horrible perspectiva estremecedora después de la muerte física humana.

Bourdeau, esforzándose para impresionar “lógicamente” a los lectores de su libro, destacó allí el supuesto de que “la razón humana se resiste a creer que una persona puede seguir viviendo cuando ha dejado de vivir”. Más, por aparentemente “lógico” que pretendiera ser el supuesto de Bourdeau, resulta inadmisibile por los creyentes en la vida y en los misterios espirituales; porque frente a tal supuesto aniquilador formulado a nombre de la Ciencia estricta surgen en todas las mentes espiritualistas preguntas como estas: —¿Puede asegurarse, rotundamente, que la razón es infalible?— ¿La razón puede saberlo todo?— ¿La razón, en cualquier opinante por omnisciente que se considere, dispone de sentidos bastantes y eficientes para emitir juicios definitivos sobre las grandes incógnitas del Universo y ni siquiera sobre determinados misterios de las vidas humanas? —¿Cómo se atrevió, por tanto, Bourdeau, ni cómo puede atreverse nadie a sentar conclusiones absolutas sobre tan profundos problemas?

La voluntad que le faltó al notabilísimo teorizante materialista francés para *dudar*, o sea para analizar psicológicamente los problemas de la *muerte* y del *más allá*, no dejaron de tenerla y de ejercitarla otros reflexivos insignes anteriores, del materialismo y del positivismo científico. Y es que la Ciencia, incapaz, también, en el fondo, de poder substraerse a los impulsos superativos de la evolución, —impulsos inmanentes por indudable designio divino— la Ciencia, hoy, ya no se muestra tan obstinada o intransigente como se sentía a mediados y en las postrimerías del Siglo XIX, con relación a los grandes enigmas del Universo y de la vida en conjunto.

El Positivismo, por ejemplo, después de Comte su primer teorizador, se hizo más dúctil; gracias a Littré, evadiéndose de principios demasiado herméticos, fué sintiéndose más inductivo y relativista; actitud equivalente a una válvula de expansión, de la cual se valieron, después, científicos y filósofos positivistas insignes, y en primer término Spencer, quien en su ecuánime y clarísimo estudio “Creación y Evolución” explicó los fenómenos científicos de la hipótesis evolucionista aplicable a la Naturaleza en general, y especialmente al progreso humano; cuya hipótesis, de acuerdo con las experiencias físico-químicas, opinó Spencer que quizá derivaba de la teórica *nebulosa solar*, originaria supuesta de nuestro planeta. Spencer, no obstante, en el capítulo final de aquel ecuánime estudio, se creyó en el deber honrado de confesar que “su defensa del indudable evolucionismo no podía estimarse como adhesión incondicional a la hipótesis astronómica de la *nebulosa solar*, en tanto —precisó— que esta hipótesis no llegue a ser con-“firmada sólidamente.”

Y por si la anterior confesión honradísima no le bastara para fijar el alcance ontológico de sus argumentaciones, Spencer las amplió diciendo que con éstas no abrigaba la pretensión, ni siquiera el intento, de haber solucionado los grandes enigmas en medio de los cuales la Filosofía divagó en todos los tiempos. Reconozco, vino a decir Spencer, que después de cuantas consideraciones expuse, los misterios quedan tan ocultos como antes, “pues el “conocimiento de todo lo que es explicable no puede facilitarnos

“otra cosa que una luz más clara para ver las muchas inexplicables que atrás existen.”

En el mismo capítulo final de *Creación y Evolución*, declaró también Spencer, (con nobleza intelectual y con palabras que Magall, por cierto, calificó de ejemplarísimas), que “el verdadero hombre de Ciencia, a cada descubrimiento sucesivo adquiere la convicción más profunda de que el Universo es un problema insolucionable; pues en el *mundo interior, como en el exterior*, el hombre estudioso se encuentra en medio de perpetuas mudanzas, cuyos fundamentos y cuyos fines no puede descubrir. Y así el verdadero hombre de ciencia, —acabó diciendo Spencer— reconoce que la pugna entre materialistas y espiritualistas es solo una mera guerra de vocablos, de palabras; pues unos y otros opinantes caen en la absurdidad de creer que comprenden lo que al hombre le es aún imposible de penetrar ni descifrar claramente tan profundos misterios. El sólo es capaz de ver que el conocimiento absoluto es imposible. El sólo conoce que, debajo de todas las cosas, palpita un enigma impenetrable.”

Después de Spencer se produjo también en términos semejantes el darwinista antes citado Haeckel. Sin dejar de mantener su defensa a favor de las actividades de los sentidos orgánicos corporales (“los dones más valiosos que la Naturaleza le ha asignado al hombre, según él mismo los conceptuó, y sin los cuales, como ya había dicho Locke, no había conocimientos posibles”). Haeckel, al final de su libro “Los enigmas del Universo” hubo de reconocer también la imperfección de los órganos físicos sensoriales así como del pensamiento, para conseguir valoraciones precisas en provecho de una Ciencia de conjunto; “porque esta Ciencia sigue llena de lagunas, y resulta precaria si la fantasía no acude a completar la fuerza de combinación insuficiente de la inteligencia”.

Y bien: quienes modestamente, pero con libre voluntad damos crédito a la Filosofía espiritualista, frente a las arrogancias dogmáticas de la Ciencia exclusivista negadora del *más allá*, no tenemos ni el menor propósito de incurrir en parecidos atrevimientos; pues nuestra fé en los enigmas y en la rectoría Omnipotente de los mismos, no se fundamentan en principios de pretensa infatibilidad, ni

en negaciones sistemáticas contra las evidencias objetivas de la Ciencia materialista.

Sencillamente, somos de opinión que se trata de dos tendencias distintas, entre las cuales, (como en toda cuestión planteada con serenidad) pueden haber especulaciones ecuánimes, diálogos cultos de recíproca tolerancia, y más o menos harmónicos en algunos aspectos; pero no disputas altaneras, despreciativas o de mayores ínfulas inteligentes en una u otra de ambas creencias. Ya que, por irreconciliables que parezcan o en el fondo puedan ser la Ciencia materialista y la Filosofía del espiritualismo, una y otra disponen de espacios y de mundos incalculablemente extensos, inexplorados todavía, donde el noble afán estudioso y la entusiasta persistencia de los respectivos investigadores pueden alcanzar descubrimientos no solo ampliativos de las actuales revelaciones incorporadas ya a cada especialidad, sino pasmosas y trascendentalísimas convergencias, día a día más posibles, entre la Ciencia positivista y el espiritualismo filosófico.

Porque, reflexivamente, no parece aventurado colegir que, un día u otro, por sucesivos avances de ambas partes, pueda llegarse a obtener la justa conciliación, o mejor la íntima reconciliación, entre los ahincos del progreso material en sus actividades múltiples portentosas, y las insistencias renovadoras y evolutivamente superadoras, en conjunto, de la vida individual humana y de las relaciones sociales en nuestra especie.

XI. TENDENCIAS CONCILIADORAS DEL MODERNO CIENTIFICISMO, CON EL ESPIRITUALISMO

A pesar de todos los obstáculos que se le oponen, a pesar de las regresiones que periódicamente parecen detenerlo mediante guerras, conflictos, desastres y conmociones de cualquier clase, el Progreso marca en todos los pueblos una línea ascendente, de la cual parece ser vigoroso impulso el afán de la inteligencia humana para refundirse con el Infinito; para acercarse cada día más al centro de atracción inmanente que durante años y años será inescrutable, pero que en la proyección mas sutil de la conciencia se halla

presente y por los ojos luminosos de la Intuición se ve clarear en las incógnitas del porvenir.

Cuando el estudio ha hecho pasar antes nosotros religiones, supersticiones, dogmas y doctrinas metafísicas más o menos vastas y de fondo siempre ingénuo, la mente reflexiva advierte que la humanidad, a partir del inicio rudimentario de la inteligencia hasta los tiempos contemporáneos, ha perseguido siempre en vano la explicación convencidora de lo que Guyau, abstractamente, denominó un *Absoluto inmutable*. Mientras las religiones, por una parte, han definido ese absoluto inmutable, simbolizando en él la creencia, la fé en la suprema ordenación de las cosas, resumiéndolo en la expresión más exacta de que el verbo es capaz, *Dios*; por otra parte, la Ciencia, o sea la facultad rígidamente objetiva del nombre, se resiste en no admitir otras verdades y deducciones que las fundadas en leyes y valores visibles; si bien no puede sustraerse, sin embargo, a la rebusca y a la explicación del “absoluto inmutable”, aunque la sequedad presuntuosa del cientificismo analista reduzca el gran concepto de Divinidad a un enunciado convencional de nueva fórmula algebraica.

Más, ¿por ventura —se dice el hombre estudioso— aunque aparentemente contradictorias, no convergen estas dos tendencias al mismo fin? ¿No es una sólo la inquietud que las mueve? ¿No pretenden, una y otra, descubrir por encima de la humanidad y del Universo el “absoluto inmutable” al que se refirió Guyau, absoluto determinado o indeterminado, metafísico o producto de leyes físicas, pero origen en esencia y fin de todas las cosas?

He aquí, pues, que mediante la inducción, o más claramente de la Intuición; valiéndose de la escala científica o de las rutas espirituales, es indudable que el anhelo de la persona reflexiva tiende, por diversos caminos, a descubrir el misterioso origen de donde irradia la armonía de los mundos. Y que la *Intuición* tiene, por encima del objetivismo cientificista, facultades aún más agudas, las cuales, cuando por esfuerzos sucesivos vayan perfeccionándose, es de esperar que revelarán un mundo nuevo actualmente inconcebible; un mundo nuevo donde la ceguera relativa del hombre histórico y de las generaciones contemporáneas se habrá trans-

formado, y en que la superación de nuestra especie hará posible a la humanidad futura la revelación causal del “absoluto inmutable”, como también la comprensión de otro enigma no menos inquietante para la inteligencia y para los sentimientos humanos: *el misterio del más allá*, frente al cual todo espíritu sensible se postra en humilde emoción interrogadora, idéntica en el fondo a la de Maragall en su patético famoso poema.

Por lo pronto, como ya recogimos en páginas anteriores, del mismo campo científico surgieron las dudas, los escrúpulos y las desconfianzas al rededor de los pretensos dogmas del arrogante científicismo negador sistemático de la hipótesis deísta originaria de la Creación. Escudándose más o menos declaradamente en el agnosticismo o en la incapacidad de los órganos sensoriales corpóreos y también en la insuficiencia de la razón para formarse clara idea del origen divino del Universo y de la Vida, los defensores de la Ciencia material tuvieron que valerse de recursos paradójicos para seguir dándole apariencias de infalibilidad a sus teorías.

El Positivismo, después, —guiado por escrúpulos reflexivos—, hizo confesión pública de sus dudas y de sus reservas sobre los enigmas esenciales. La actitud de Spencer, en este terreno, sirvió de poderoso estímulo para que otros pensadores contemporáneos, desentendiéndose del criterio de Berthelot en relación de que “a la Ciencia positiva no le corresponde investigar las causas primeras ni el fin de las cosas”, no dejaron de preocuparse en la meditación sobre la Divinidad y sobre los enigmas secundarios del Universo.

Renán, en su “Diálogos Filosóficos”, a pesar del lastimoso escepticismo que le amargara la existencia, declaró que “la obstinación del espíritu humano en reproducir estos grandes problemas, demuestra que han sido fundados en sentimientos generales innatos en el corazón de los hombres; y, como tales, son legítimos aun que la Ciencia reconozca su imposibilidad de resolverlos certeramente.” Renán, además, recomendaba a las personas de instintos estudiosos que cada diez años, por lo menos, renovaran sus meditaciones a propósito de tales enigmas, a manera de examen comprobatorio de las variantes que en los respectivos espíritus se hubie-

sen operado desde la anterior liquidación reflexiva hecha sobre problemas de trascendencia tan incalculable.

El doctor José Varela Zequeira, eminente cubano, profesor que fué de Medicina en la Universidad habanera, histólogo, psicólogo y publicista de gloriosa memoria, afiliado al Positivismo, autor de la magistral obra "En torno al Cerebro", dejó las siguientes confesiones sobre la relatividad de la Ciencia: —"El saber tiene linderos infranqueables, las verdades científicas son prisioneras en las mallas de la lógica racional; pero el hombre no se ha resignado jamás a estas restricciones, y su instintiva curiosidad, su dolorosa inquietud ante el enigma del Universo, su afán por descubrir el manantial oculto de las corrientes de la vida, y su febril ansiedad por extraer la esencia de las cosas, lo atraen con fuerza subyugada a la zona de las creencias místicas, de la fe religiosa o del pensamiento sublimado.

"La Ciencia con sus maravillosas conquistas y su eficiente dominio de la naturaleza, no colma al vacío de nuestras ansias, ni alumbra la densa obscuridad de nuestras dudas, ni disipa nuestras incertidumbres. La historia del pensamiento humano es la perenne rebeldía contra las limitaciones del saber positivo. ¡Bendita sea esa rebeldía que pugna por ascender a la esfera nebulosa de lo inaccesible y pone un remate a las estructuras trucas de la ciencia experimental, aunque ese remate solo tenga la arrogante validez de una quimera!...

"Es evidente que los más famosos sistemas filosóficos difieren de las adquisiciones científicas en que carecen de una inmediata utilidad práctica, y en que no concurren directamente a la conservación del individuo, ni proveen a las necesidades del hogar, ni sirven para explotar una mina, erigir un rascacielos o construir un puente; responden, sin embargo, a la satisfacción de necesidades no menos imperativas, y son manantiales vivos de goces desinteresados que acendran, ennoblecen y confortan; y así como el organismo toma del medio ambiente las substancias más adecuadas a la preservación del equilibrio y bienestar vital, tiene también las energías psíquicas su alimento específico, en aquellas creencias que mejor regulan el equilibrio mental y restablecen la paz moral y la tranquila placidez del ánimo..."

Las nobilísimas consideraciones anteriormente transcritas destacan con claridad admirable la posición razonadora del que fué sabio cubano doctor Varela Zequeira en el terreno investigativo de los problemas fisio-psicológicos. Pero él amplió mucho más tan ecuanímenes juicios, con los complementarios siguientes, de una justeza mental y de una valentía de carácter verdaderamente insuperables:— “Mi adhesión al criterio y métodos de las escuelas positivistas no me veda fantasear libre y utópicamente sobre un tema serio; y creo recomendable, como precepto de higiene intelectual, desertar de vez en cuando de dogmatismos soporíferos, para avivar la imaginación creadora. Hermanar en filosofía la actitud positivista y la idealista no es incongruente ni contradictorio, pues esta aparente paradoja se desvanece si se tiene en cuenta que en el terreno de la ciencia pura debe respetarse la técnica experimental en consonancia con la teoría del conocimiento, y reservar a las necesidades espirituales la zona de los idealismos hipotéticos y de las verdades amables.”

Y en esta orientación filosófica no se sintió aislado el eminente científico y pensador cubano, pues coincidía, —según dijo—, con el genial investigador Hans Vaihinger, de Halle (1844-1906) “quien defendió las ficciones como biológicamente útiles y clasificó su punto de vista como positivismo-idealista”; opiniones que análogamente compartieron otros pensadores famosos, entre ellos Robert Reininger (1916), reconocedor de la necesidad metafísica en el círculo de los positivistas; y August Messer, quien admitió también una posible metafísica, aunque careciera de pruebas científicas, más allá de la realidad psico-física.

El corolario que se deduce de las nobles y luminosas enseñanzas que a la cultura americana, directamente, y a la Cultura racionalista en general dejó el sabio doctor Varela Zequeira, en sus admirables estudios neuro-psíquicos, puede concretarse así: *Toda persona reflexiva y estudiosa siente la necesidad metafísica; necesidad biológica proveniente de que los progresos de la Ciencia no satisfacen, por ni solos, las aspiraciones espirituales.*

Y es que la inteligencia reflexiva, —el espiritualismo, en general— se interesa por resolver los problemas objeto de su estudio y con mayor prudencia si son problemas metafísicos; pero no pu-

diendo resolverlos ambiciosamente, le basta con el deseo, con la buena y modesta voluntad de formarse el concepto explicativo más razonable sobre los mismos. No aspira, pues, a que el esfuerzo abstractivo propio llegue a ninguna conclusión afirmativa o negativa en absoluto, de pretensiones que serían ridículas; ni se contenta, tampoco, con vaguedades sofísticas. A la Filosofía, y especialmente al Espiritualismo, le basta el propósito de colegir, de auscultar (podría decirse) las vivencias íntimas invisibles, incaptables por los sentidos físicos, pero indudablemente inseparables y consubstanciales de los enigmas del Universo y de nuestras propias vidas.

Porque seguramente existen realidades, la comprensión o explicación de las cuales jamás sería posible obtener por el único medio de nuestras percepciones sensoriales, ni tampoco por las más rígidas investigaciones de la Ciencia estricta; pero estas realidades son susceptibles, en cambio, de ser descubiertas, por lo menos comprendidas o explicables, metafísicamente o mediante impulsos misteriosos de la consabida facultad intuitiva.

XII. EVOLUTIVAMENTE, PUEDEN CONFIRMARSE LAS PREVISIONES INTUITIVAS DE MARAGALL

Antropólogos, geólogos, naturalistas y filósofos coinciden en la convicción de que el evolucionismo va siguiendo una trayectoria portentosa, de innegables derivaciones y trascendencias, en todos los ámbitos del Universo. Limitando solamente el concepto evolucionistas a la tierra y a los seres que ella contiene, resultaría imposible fijar en cifras aritméticas la inmensidad de años, de rotaciones, transformaciones, adaptaciones, sorpresas y cambios sucesivos que se produjeron desde los ignotos orígenes de la vida en nuestro planeta. Dentro de esta incógnita incalculable, la evolución humana sobresale, empero, con esplendores sublimes, a través de las fases de su desenvolvimiento, hasta la época actual; porque las otras especies terrenas, tanto las vegetales como de los animales tenidos por inferiores, obedecen solo al cumplimiento invariable de precisas actividades instintivas, en especial las tróficas y las reproductoras.

Así vemos como las plantas, los árboles, las aves y cada ser respectivo de la flora y de la fauna terrestres, hallándose ya en condiciones propicias de actuación, nunca rebasen el cometido que les corresponde: dar las flores, los frutos o los productos respectivos, pero siempre iguales en cada procedencia; y sus instintos tampoco varían, pues la abejas y las hormigas, por ejemplo, —las de organización asociadora mas admirable— trabajan hoy con la misma *técnica* instintiva, con precisión automática igual, a la que adoptaron hace ya miles o millones de años, después de experiencias inacabables.

En cambio, ¡cuán diferentes han sido las características portentosas que en la vida y en el avance avolutivo de la persona humana fueron lográndose en el transcurso de las edades, desde las más remotas prehistóricas en que el hombre empezaba a caminar con los pies, hasta nuestros días! El sabio anatomista francés Edmont Perrier, en su medular estudio “La Terre avant de l’Histoire” (*) calculó que nuestra evolución tuvo origen precisamente, cuando las primeras generaciones humanas tomaron el determinio de adoptar la posición vertical perfecta, de la cual, dijo, estamos orgullosos.

Esta posición, dedujo Perrier, la adoptó el hombre prehistórico impulsado ya entonces por la necesidad de saber, de mirar y *ver más alto y más lejos*; para valerse de las manos libres, a fin de defenderse y dominar mejor las fuerzas contrarias, materiales o animales; para palpar y apreciar lo que tocaban; y para combinar instrumentos que le ayudaran. Esta misma necesidad, dedujo Perrier, impulsó la evolución de nuestro cerebro, transmitió a la fisonomía un aspecto digno, preparó la modulación expresiva del lenguaje y la aparición de la sonrisa en nuestros labios.

Ya vimos como Haeckel, no obstante su filiación agnóstica, se admiró de las diferencias enormes existentes entre la especie humana y otra especie de mamíferos que nunca han dejado de moverse como cuadrúpedos. —“Un abismo profundo, declaró Haeckel, se-

(*) Traducido por el ilustre antropólogo e historiador Dr. Bosch Gimpera, Rector que fué de la Universidad de Cataluña, y actualmente catedrático de la autónoma mexicana.

“para anatómicamente y psicológicamente, la estructura cerebral y “la vida psíquica que del cerebro se origina, en los mamíferos superiores, de lo que son los inferiores, en el transcurso de más de “cien millones de años, hasta hacer posibles los grandes progresos de la humanidad”.

Tan enorme diferencia entre el desenvolvimiento evolutivo de la persona humana y el retardatario o estático de los mamíferos inferiores, han venido notándola los científicos más estudiosos. Contemporáneamente, uno de los que la confirmó fué el biólogo y filósofo Lindermann, quien en sus referidas “Pláticas Filosóficas” destacó que mientras el cerebro de los antropoides, a través de incalculables generaciones, no aumentó, en cambio el cerebro humano, evolutivamente, adquirió mayor volumen. Lindermann declara, a este respecto: “Mientras los llamados centros de asociación “del cerebro humano, en relación con los demás centros cerebrales están en proporción de dos tercios a un tercio, en cambio, estos mismos centros de los antropoides están en relación proporcional de mitad a mitad.”

Análogas observaciones dejó el referido sabio histólogo cubano, profesor de Psicología energética doctor Varela Zequeira, quien a propósito de una afirmación de Max Scheller tildando de fabuloso en sentido biológico el concepto netzchiano del “Super-hombre”, tuvo la valentía de declarar que la opinión de Max Scheller le parecía prematura, pues si bien no hay inducción válida que autorice a calificarla de absurda, tampoco pueden preverse las modificaciones evolutivas que es de creer se irán produciendo en el tipo humano, en el transcurso indefinido de las edades futuras.

En mirada de conjunto, vino a decir Valera Zequeira, es pasmoso el desenvolvimiento progresivo de la humanidad; pero si quisiéramos compararlo con el que habrá de obtener, sin duda, en ritmo siempre de ascenso, el actual es de una insignificancia innegable, pues estamos, aún, demasiado cerca de los salvajes de las cavernas, o de la barbarie de las tribus nómadas; y muy lejos por tanto de posibles *superhombres*. Porque la aparición del hombre sobre la Tierra es demasiado reciente, todavía, si quisiéramos contrastar las realidades de los progresos humanos de hoy, con previ-

siones calculables del avance evolutivo que nuestra especie alcanzará, seguramente, en remotas edades futuras.

Convicciones semejantes a las intuídas por el sabio histólogo cubano doctor Valera Zequeira, fueron expresadas recientemente por el antropólogo de la Universidad de Pensylvania doctor William Krogman, ante selecto auditorio científico, en Nueva York. He aquí una síntesis de algunas previsiones sobre las tendencias de la evolución humana, divulgada luego por el columnista W. K. Mays a una cadena de periódicos continentales, entre éstos el gran rotativo habanero *Información* *

—“Según el doctor Krogman, el hombre del futuro —dentro de un millón de años— será capaz de transmitir su pensamiento sin necesidad de la palabra. La comunicación espiritual se hará por medio de ondas cerebrales. El cerebro, muy poderoso, será al mismo tiempo, estación emisora y receptora.”

Alexis Carrel, el admirado fisiólogo, psicólogo y moralista francés, en su educador libro testamentario “*Reflexions sur la conduite de la Vie*”, ofreció también una explicación resultante del desenvolvimiento lentísimo pero siempre creciente que el espíritu humano ha venido obteniendo en el decurso de millones y millones de años conjeturables. Basándose en enseñanzas de la Palenteología, Carrel dedujo que la evolución cósmica, y en especial la de los seres humanos, es un hecho ciertísimo. Pero Carrel, acorde con el criterio anticipadamente emitido por Claude Bernard, expresó que lo más esencial y admirable, en esta evolución vital, corresponde a *la idea directriz de la misma*.

¿Y de dónde puede proceder el impulso causal de esta gran fuerza misteriosa que guía el ascendimiento evolutivo pero siempre seguro y constante de la especie humana, sino del Supremo Enigma Creador, incognoscible por los limitados sentidos físicos humanos y por la incapacidad relativa, aún, de todas las pretensiones científicas? Fijándonos mentalmente en la pasmosa ascensión que la humanidad ha podido obtener desde los inicios de su

(*) Reportaje reproducido más extensamente por la revista *América*, órgano continental de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, en edición de Julio-Septiembre 1956.

inteligencia, es de pensar que ninguna persona reflexiva, en lo más íntimo de la propia conciencia, no podría evadirse de responder afirmativamente la anterior pregunta.

Con intensa y ferviente convicción, por tanto, hemos de reconocer que los portentosos avances del espíritu humano, en todos los dominios y circunstancias de la vida, constituyen revelaciones indudables de que no al absurdo azar, sino a una Omnipotencia Creadora y Suprema Rectora de las inmensidades siderales, se deben las misteriosas maravillas del Universo; y que la misma Omnipotencia, —como es lógico deducirlo—, quiso servirse de las generaciones humanas sucesivas para encomendarles los designios más elevados de mejoramiento, de superación y de perfección ideales, a fin de convertir la Tierra, como ya lo intuyó Goethe, en redentor vivero de espíritus humanos selectos.

Es claro que, en medio de los avances portentosos de la humanidad presente, existe, por desgracia, una desproporción enorme entre los progresos materiales, magnificentes en toda suerte de aplicaciones utilizables (provechosas y también malignas), y el patrimonio moral de la humanidad. Esta desproporción, por desgracia, resulta de nuevo, cada día, más amenazante contra los valores esencialísimos de la verdadera civilización; y en tan grave peligro radica, precisamente, la angustiosa crisis que después de las hecatombes guerreras internacionales del siglo actual, aflige y desespera las inteligencias y las conciencias humanistas, en todos los ámbitos de nuestro convulso planeta.

La Historia enseña, no obstante, que el desequilibrio entre las fuerzas abominables del progreso material y las que se mueven a impulsos de elevados propósitos espiritualistas, no constituyen un fenómeno circunstancial, pues ha coexistido y se ha revelado a través de anteriores épocas humanas. Y quizás de esta coexistencia, de este desequilibrio, surge el impulso estimulador más valeroso, en cada nueva crisis, para que se vigoricen y se acoplen las rebeldías morales; para que vayan despertando y movilizándose en cada país los sentimientos dignificadores; para que conciencias individuales, nacionales y la internacional, escojan orientaciones más acertadas, por difíciles y por desesperantes que

tengan de ser los esfuerzos y los sacrificios que las voluntades legítimas hayan de realizar, en cada época y en cada nación, al servicio de las genuinas ansias civilizadoras.

La meta de esta ruta se halla, lastimosamente, a incalculable lejanía de las actuales generaciones; mas no por remota dejará de ser alcanzada en algún tiempo futuro de precisión infijable pero con claridad intuída por filósofos y poetas de aguda clarividencia espiritual, así como por creyentes fervorosos en los designios causales de la Evolución. Mientras tanto, y como corolario lógico, o si se quiere científicamente biológico del concepto evolucionista, resulta muy posible que en venideras generaciones vayan aumentando las capacidades mentales humanas con la eclosión gradual de los *otros sentidos* o *sentidos nuevos*, vislumbrados por Maragall en su postrer poema. Y según criterios concordantes de profundos filósofos y científicos ya citados, también es muy posible que en el decurso de la trayectoria señalada por designios divinos a la Evolución, vaya adquiriendo mayor pujanza la maravillosa *facultad intuitiva*, indudable destello misterioso de carácter super-intelectual, como ya la reputó Bergson su más agudo y convencido exégeta.

En relación a estas perspectivas y a los anhelos superativos de confraternidad cristiana y, por tanto, verdaderamente civilizada entre las gentes y entre los pueblos todos, Maragall, con fervor semejante al de los pensadores y humanistas más insignes, dejó en sus artículos y ensayos sociológicos un caudal enorme de valiosas enseñanzas educativas y moraziladoras, aplicables a los problemas, peligros y angustias de las generaciones humanas contemporáneas, hasta que por mejoramiento evolutivo de las mismas y subsiguientes, y en especial por esfuerzos apostólicos oportunos de individualidades señeras futuras, pueda llegarse a la consecución de la sublime entelequía clamorosamente impetrada por Maragall al Señor de la Creación, en las inspiradísimas estrofas del famoso *Canto Espiritual*: que la Tierra puede convertirse en Cielo, o en tránsito de la Humanidad ya redimida, hacia una *major naixensa*, o sea hacia la resurrección espiritual en un mundo idealísimo de perfección y de felicidad perdurables.

La Habana, Abril-Septiembre 1956.



De izquierda a derecha, sentados, el violinista Pedro Valdés Fraga y el poeta Luis G. Urbina. De pie: los maestros Eduardo Sánchez de Fuentes y Manuel M. Ponce.

La Intimidad de Luis G. Urbina

Memorias de un Discípulo

Por Luis Sánchez de Fuentes Sell

A principios del año de gracia de 1915, pisó tierra cubana por vez primera, una de las figuras más sobresalientes de la intelectualidad mexicana de fines del siglo pasado y comienzos del presente: el glorioso poeta lírico Luis G. Urbina, quien atesoraba celosamente bajo aquella inicial que era como el fiel entre los dos platillos de balanza de su nombre y su apellido, el patronímico de Gonzagr el santo de su advocación.

Las grandes marejadas fraticidas de la revolución que conmoviera la República hermana, durante varios años, arrojaron sobre nuestras costas hospitalarias a numerosos tripulantes de la rota nave azteca, y así vimos llegar hasta nosotros, en aquellos tristes días ha tiempo ya superados felizmente, tres artistas capaces de enorgullecer a cualquier país que no sufriera los horrores de la guerra civil que azotaba implacablemente a la nación amada por Cuauhtemoc: Luis G. Urbina, el delicadísimo bardo del madrigal no superado, Manuel M. Ponce, el ilustre compositor ya aureolado por la fama de su "Estrellita", y Pedro Valdés Fraga, el gran violinista, yerno del famoso poeta Juan de Dios Peza. Cada uno de ellos llegaba a nuestra "isla hermosa del ardiente sol", sin más bagaje que la fama por la obra realizada, su talento y su gran corazón.

La sincera amistad que Eduardo Sánchez de Fuentes, profesara a Luis G. Urbina, al extremo de confiarle la educación de su hijo Luis, nuestro colaborador de hoy, avalora el presente trabajo, producto de un prolongado contacto con la personalidad estudiada.

Nació Luis Sánchez de Fuentes, en La Habana, el 17 de enero de 1901. Hijo del eminente compositor cubano Eduardo Sánchez de Fuentes y Peláez, al co-

El grupo de expatriados fué remitido provisionalmente al Lazareto del Mariel, entonces utilizado como campamento de Inmigración, por el Gobierno de la Isla. Y allí, donde necesariamente “toda incomodidad tuvo que tener su asiento” transcurrieron los primeros días de la estada de aquellos soñadores en nuestra patria. Pero el poeta aprovechó la oportunidad que se le presentaba para entrar en contacto con el campo, el mar y el cielo cubanos, vertiendo sus impresiones en los sonetos que constituyen “El Poema del Mariel”, que dedicó a sus amigos los pescadores.

Los humildes pescadores de aquella región pintoresca, fueron, pues, los primeros amigos cubanos que Urbina encontrara en el éxodo doloroso. Y como no tenía otra moneda con qué pagar los saludos, las sonrisas y las frases amables que de ellos recibiera, les pagó, como él solía hacer con cuantos aliviaban sus privaciones y tristezas: con el oro incomparable de sus versos. El Mariel le debe eterno reconocimiento, porque, como dice Antonio Castro Leal, el prologuista de sus obras completas publicadas recientemente en su patria, en el Poema del Mariel “volvemos a encontrar al pintor excelso y al lírico insinuante y melodioso del Poema del Lago, pero ahora el fondo de sus tristezas y recuerdos es el mar, el espléndido mar iluminado y opulento de Cuba, que tiene en el poema del Mariel una serie de retratos en diversas “posturas” y luces, todos elegantísimos, como nunca los habían hecho —por ser espectáculo más natural para ellos— los poetas cubanos.”

Allí Urbina —divino orfebre de la fantasía— diluyó topacios y amatistas, zafiros y esmeraldas, perlas y rubíes, en el depuradísimo crisol de su verso, sobre la llama viva de la poesía. Allí evocó su hogar abandonado a la furia de las pasiones políticas. Allí comenzó a amar a Cuba y a los cubanos con el cariño hondo y tierno que brotaba de su inmenso corazón.

menzar sus estudios de bachillerato fué discípulo del gran poeta mexicano Luis G. Urbina, entonces exilado en esta capital. Por esas mismas fechas estudió música bajo la dirección de Manuel M. Ponce, compañero de exilio del bardo azteca. De 1919 a 1920, residió con su familia en Madrid, donde estudió Armonía y Composición con el maestro español Conrado del Campo. A principios de 1923 se graduó de Doctor en Derecho Civil en la Universidad de La Habana, obteniendo más tarde en las oposiciones de 1931 el No. 2 en el escalafón para

Al tener conocimiento de la llegada de aquellos tres Reyes Magos del Arte, esta vez sobre las gibas de las olas, los intelectuales cubanos se movilizaron para ponerse en contacto con ellos, unos por el deseo de conocer al poeta insigne, al compositor famoso y al violinista notable, y otros con el noble propósito de encontrarles una manera decorosa de hacer frente a sus naturales privaciones de exilados. De este último grupo formó parte, desde los primeros momentos, mi padre, quien fuera desde entonces un infatigable mantenedor de las glorias y un amigo entrañable hasta la muerte, de aquellos visitantes en desgracia. Justo es reconocer que Urbina y Ponce formaron con mi padre un triunvirato que jamás dejó de estar en contacto, aunque las distancias se interpusieran entre ellos. El tiempo nunca entibió aquella amistad que fluyó siempre fresca y cristalina del manantial de sus corazones privilegiados. En un soneto mío dedicado a sus preclaras memorias, y que título "En el destierro", digo:

"Vosotros le pagasteis en moneda
espiritual de luz y de armonía,
la más grata que al hombre se conceda....."

En cuanto a la labor de mi padre en pro de los desterrados mexicanos, por estimarlo necesario para el mejor conocimiento de cuanto he de relataros aquí, permitidme que reproduzca estos párrafos publicados en el Diario "Novedades" de Ciudad México, por el notable escritor y editorialista azteca Gabriel Alfaro, Secretario de redacción de aquel gran periódico, en Febrero de 1952, en una nota bibliográfica dedicada a mi libro "Tres Poemas del Recuerdo". Dicen así: Para muchas personalidades significadas de México, —intelectuales, artistas, políticos— que durante el período revolucionario se vieron en la necesidad de tomar el camino del destierro, y hallaron en la gran patria del Apóstol Martí generosa y noble hospitalidad, es seguro que el nombre de Eduardo Sán-

ingresar en el cargo de Registrador de la Propiedad, que actualmente ocupa, en Guantánamo. Discípulo de don Carlos de la Torre y Huerta, se dedicó al estudio de las Ciencias Naturales, en la rama de la Malacología participando en la fundación de la Sociedad Malacológica de La Habana "Carlos de la Torre", de cuya Institución ha sido Presidente y Secretario varias veces, habiendo dado una conferencia titulada "La polymita" al tiempo de exponer su colección de moluscos cubanos, en la Sociedad Italo-Cubana de Cultura,

chez de Fuentes despertará en su recuerdo los más vivos sentimientos de afecto y gratitud. Sánchez de Fuentes, que relegó su profesión de Abogado para seguir la carrera del arte, que lo llevó a ser uno de los más ilustres músicos de su patria fué, en efecto, por impulsos cordiales y por acendrado amor a México, el que con más noble desinterés prestó ayuda a muchos de nuestros compatriotas; ayuda material en muchos casos, pero más que nada, espiritual y moral, que les hizo menos amargo el pan del destierro.”

“Entre otros mexicanos ilustres que supieron de la exquisita amistad del maestro Eduardo Sánchez de Fuentes, figuran los grandes poetas Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina, nuestro llorado Manuel M. Ponce, el eximio orador José María Lozano, el violinista Pedro Valdés Fraga, Francisco M. de Olaguibel, etc. Para todos ellos, y en forma diversa, fué un Mecenaz, un gran señor que impartió noble amistad y ayuda, tanto más valiosas cuanto que eran ofrecidas con la más fina delicadeza, como si él hubiera recibido el don, en vez de otorgarlo.”

Los demás conceptos se refieren a mi libro y no tienen relación con el tema de que trato.

La amistad de Urbina con mi padre surgió, así, inmediatamente después de su llegada a nuestras playas; pero este fué sólo el inicio de su amistad física, material, pues ya desde fines del pasado siglo mi padre amaba y admiraba a Urbina, al punto de que una de sus más antiguas composiciones lo fuera una canción escrita sobre un poema de aquél, titulado “A Solas”, que apareció en “Versos”, su primer libro, publicado en 1890, y que comienza así:

“Yo soy muy pobre, pero un tesoro
guardo en el fondo de mi baul:
una cajita color de oro
que ata un brillante listón azul”.

el 23 de mayo de 1936; otra en el local del Museo Poey de la Universidad de La Habana, más tarde; y finalmente otra titulada “El Mundo Desconocido de los Caracoles”, con exposición de parte de la colección, en el Lyceum y Lawn Tennis Club de La Habana, en 1952.

Como poeta comenzó a publicar sus versos en la “Revista Femenina de Camagüey”, que dirigía la poetisa camagüeyana Isabel Esperanza Betancourt, tía de su esposa. En 1951 publicó su libro de versos “Tres Poemas del Re-

Esta canción había sido escrita para ser cantada en una de las frecuentes veladas de la patriarcal mansión de mis abuelos maternos, D. Leandro Sell y Da. Enriqueta Mejías, en la calle de Inquisidor esquina a Acosta, donde hoy tiene su sede la Embajada Española, a cuyo fondo, sobre la Alameda de Paula, habían construído un pequeño teatro en que actuaban familiares y amigos. Allí figuró alguna vez como aficionado Luis Bonafé, que con el tiempo sería uno de los más grandes actores cómicos españoles de su época.

Urbina y Ponce también conocían a mi padre, al través de su música y especialmente por la Habanera "Tú", escrita en 1892 y popularizada, después de su publicación en 1894, por la Guerra de Independencia, declarada un año más tarde, en que se le utilizó por insurrectos y españoles, como su canto de guerra en ambos frentes.

Los primeros meses de los emigrados mexicanos fueron los más angustiosos. Meses de añoranzas y de adaptación al nuevo ambiente, lejos de los afectos familiares, de la patria natal.

Con la intervención de mi padre, y para hacer frente a las más perentorias necesidades de esos días, mientras se les encontraba alguna ocupación estable, se organizó un acto en la "Sala Espadero" del Conservatorio Nacional de Música de Hubert de Blanck, en que participaron Urbina, recitando sus versos deliciosos; Ponce dando a conocer sus más notables composiciones, y Valdés Fraga interpretando, de modo brillante, obras de concierto en su violín, al que arrancara notas patéticas, en aquellos momentos de zozobra.

De aquel contacto inicial de Urbina con el público cubano, nació la admiración que siempre despertaría su presencia en todo acto literario.

cuerto", con prólogo de Antonio Iraizoz. En 18 de julio de 1952 efectuó una lectura de sus versos en el "Círculo Artístico y Literario" de Guantánamo, donde fue presentado por el ilustre poeta cubano Regino Boti. En 15 de abril de 1955 y en 5 de octubre de 1956, realizó dos lecturas de poemas en la "Casa Cultural de Católicas", presentado por Antonio Iraizoz y por Pilar Morlón, respectivamente. El 22 de febrero de 1957 ocupó la tribuna del "Ateneo de la Mujer", con igual fin, y el 15 de mayo de 1957, en el "Ateneo de

Poco después el triángulo quedaba roto, al ausentarse Valdés Fraga, no recuerdo bien si a México, reclamado por los suyos, o a algún otro lugar del continente americano.

Urbina y Ponce echaron raíces en nuestra capital; el primero, fué llamado al poco tiempo a colaborar en los diarios capitalinos, principalmente en el "Heraldo de Cuba", asentando así su vida sobre bases más sólidas y dando clases particulares de varias asignaturas de Letras, lo que le permitía su gran cultura. Como dato curioso, relativo a los conocimientos enciclopédicos de muchos de los refugiados mexicanos de aquel tiempo, citaremos el caso de Salvador Díaz Mirón, otra de las cumbres de la poesía continental, que subvino a sus necesidades en el destierro con sus profundos conocimientos en la ciencia de las Matemáticas.

También Ponce, gran ejecutante y teórico excelente, canalizó sus esfuerzos hacia la enseñanza del piano y de la Historia de la Música, y yo tuve el placer de ser uno de sus discípulos preferidos.

Mi hermano y yo, comenzábamos por aquel entonces nuestros estudios de Bachillerato y dividíamos nuestro tiempo entre la Geografía y la Historia, y después, la Literatura. Urbina pasó a ser nuestro preceptor y lo fué hasta el año siguiente en que, enviado como corresponsal, por el "Heraldo de Cuba" entonces dirigido por el Dr. Orestes Ferrara, partió para Madrid, meta de sus anhelos intelectuales.

Muy cerca del "Anón del Prado", en la esquina de Prado y Virtudes, abría sus puertas una Casa de Huéspedes, humilde y concurrida, "Martínez House", y allí plantaron su tienda, Urbina en una habitación de los bajos y Ponce en otra del piso alto, ambas con vista a la calle de Virtudes.

Esta casa para familias sería un

La Habana", dictó su conferencia sobre "La Intimidad de Luis G. Urbina" que hoy reproducimos. Tiene inéditos varios libros de versos: "Estampas de La Habana", "Cielo y Mar", "Para tí Sola", "Medallones Antiguos", "Perfiles de Gloria", "Zoología Lírica", "Florecer de Estío", etc.

“¡Pequeño mundo de la envidia,
de la maldad y la pasión;
pequeño mundo de la insidia,
del egoísmo y la murmuración!”

Así cantó Urbina después, en su poema “La Hostería”, aquel conglomerado absurdo en que había “rubias de agua oxigenada, soldados, teósofos, tahures, artistas, comerciantes y filósofos...” En fin, ¡una pequeña torre de Babel!... Y los que conocíamos el ambiente de cuchicheos e intrigas de los huéspedes, reconocimos a más de un personaje viviente en aquella sátira en que se desliza de modo sutil la lágrima perenne que es como el leitmotiv de su poesía.

“¡Triste montón de infortunados
en el que juntos van también
algunos pobres expatriados
a quienes miran con desdén!

Todos llevamos una herida
y la queremos ocultar;
aventureros de la vida,
excomulgados del hogar.”

Y eso es lo que era Urbina precisamente: un excomulgado del hogar. En Ciudad México, al partir hacia Cuba, había dejado constituido el suyo con apariencias de solidez, pero no tardó en desplomársele al soplo de las pasiones desatadas en su ausencia. Por sus confidencias, y por las de Ponce, llegamos a saber el triste drama familiar del bardo sin ventura, que así podríamos llamar a Urbina. Para comprender mejor este pasaje de su vida, es necesario hacer un poco de historia. Descendiente de una humilde familia, nació Luis Gonzaga el 8 de Febrero de 1868, en la Ciudad de los Volcanes. Sus biógrafos nos hablan de la penuria de su niñez, que parece haber sido vórtice de la necesidad y la pobreza. Sin embargo, halló medios de terminar sus estudios en la Escuela Primaria Superior, comenzando a destacarse inmediatamente por sus dotes literarias, y colaborando en los diarios y revistas de su época, hasta llegar a editorialista del “Imparcial”, en 1911 y 1912. Pero antes, mucho antes, ya se había dado a conocer como poeta de altas calidades; sus primeras composiciones fueron escritas a los die-

ciseis años y recogidas en su libro "Versos", ya citado por mí. Entraba al campo de la poesía de la mano de su amigo y maestro Manuel Gutiérrez Nájera, "iniciador del modernismo en México, pero un modernismo pleno de romanticismo del que Urbina fué un afortunado cultivador". Después como culminación de todos sus esfuerzos y de su laboriosidad, halló el calor paternal y la amistad inquebrantable de un gran señor de las letras mexicanas, D. Justo Sierra, quien durante su gestión como Ministro de Instrucción Pública le tuvo a su lado como su Secretario Particular, primero, y luego le exaltó a los cargos de Profesor de Literatura Española en la Escuela Nacional Preparatoria y Director de la Biblioteca Nacional, sucesivamente. Los acontecimientos que venían desarrollándose en la Nación hermana, después de la muerte del Presidente Madero, provocaron el éxodo de muchos intelectuales mexicanos, entre los cuales figuró Urbina, de manera descollante. Esta es, a grandes rasgos, su vida, la que nos cuentan sus biógrafos, sin que aparezca por ninguna parte el elemento familiar que es, a veces, lo que más nos interesa a cuantos amamos al poeta y ansiamos saber sus vicisitudes íntimas. Y hé aquí lo que lentamente, en el transcurso de los días, pudimos intuir escuchando sus versos, y saber por las conversaciones; oyéndole dolerse de su suerte, a veces; otras contándonos sus alegrías y sus esperanzas.

Del poema "Invocación a una Sombra", parece desprenderse la infausta realidad de que el nacimiento del poeta fuera causa de la muerte de su madre:

"Y esta vida tan triste fué tu muerte;
que al mismo instante, de un
propio lecho nupcial, labró la suerte
mi cuna y tu ataud."

Siendo estudiante, tuvo una novia, tal como nos lo cuenta en uno de sus más viejos y románticos poemas, "La Ultima Serenata:"

"Yo estaba enamorado. ¿Quién no siente
arder a los quince años esa llama?..."

Pero el destino se encargó de arrebatarle aquella ilusión. Un día, sin darse cuenta casi de sus actos, traspasó los umbrales de una puerta y allí, entre el chisporroteo de los cirios y el perfume

de las flores, halló a su amada muerta. Aquella impresión debió producir una ancha estela de pesar en el alma de Urbina, ya que en todo momento, durante su fecunda vida lírica, constituyó una nota de tragedia palpitante que no le abandonó jamás, ni aún en sus expansiones de ufanía.

En el poema "A Solas", al que mi padre pusiera música, nos dice:

"Si alguna oculta pena me agobia
leo las cartas que guardo allí;
las de mi madre, las de mi novia;
dos almas buenas que ya perdí."

En "Ingenuas", su segundo libro, encontramos numerosos poemas dedicados, de modo tácito, pudiéramos decir, a la pequeña ausente; a la que al irse ha dejado en sombras el templo de su corazón.

En su libro "Lámparas en Agonía", cuarto y último de los publicados hasta entonces en México, —el tercero había sido "Puestas de Sol"—, vemos en su poema "El Rosal Enamorado", —maravilla de gracia y frescura líricas—, una alusión directa a

"..... la novia muerta
transfigurada en rosal."

Después de aquel gran dolor, mientras bregando con el medio adverso trataba de hacerse un nombre en el periodismo que le proporcionara una situación decorosa, más de acuerdo con la cultura que ya iba desplegando alas poderosas en su mente, una mujer llamada Luz, tendióle su mano —yo no diría amorosa, sino maternal— alentándole a enfrentarse con la vida en aquella etapa desafortunada de su existencia. Era un verdadero faro que alumbraba sus lobregueces y soledades. Ni la diferencia en la edad, —él era más joven que ella—, ni la desigualdad en la cultura —la de ella era inferior a la de él—, lograron evitar aquella amistad que, al fin, un día se entibió, pudiendo él ya forjarse la vida solo, nuevamente.

Años más tarde, ya embargado por sus nuevos cargos y con una posición bien desahogada y un nombre envidiable en los círculos

literarios mexicanos, que trascendía a toda la América de habla española, llegó a oídos del poeta la gravedad de Luz; de aquella mujer que otrora fuera su único refugio en la vida.

Y Urbina, el poeta tierno, el soñador impenitente, el hombre bondadoso, creyó pagar una deuda de gratitud llevando a la enferma el consuelo de la solemnidad matrimonial. Aquella noble acción pareció haber sido un bálsamo milagroso para los males de Lucecita, —como él la llamaba familiarmente—. Poco después, recobraba la salud, hallándose en México al lado de Urbina, al abandonar éste su hacienda en demanda de nuestras costas.

Pero al rehacer su vida junto a ella, de mutuo acuerdo y para dar el verdadero ambiente de hogar a aquella casa que albergaba el rescoldo de un amor imposible, ya enfriado por la escarcha de la indiferencia y de los años, Luis y Lucecita habían adoptado tres pequeñuelas —tres muchachas al partir él de México— a quienes amaba el poeta como si fueran las hijas de su carne y de su sangre.

En el Soneto IV del “Poema del Mariel”, que titula “Pregunta Inútil”, “Primera Meditación”, publicado en “El Glosario de la Vida Vulgar”, que recoge además todos los poemas escritos por Urbina en La Habana, nos deja ver, con certero enfoque el cuadro familiar que le obsede y le tortura. Este es el soneto:

“Miro el mar, y lo miro, y a su extensión lejana
pregunto: dime ¿dónde se ha quedado mi hogar?
Dime si la tristeza de la devota anciana
en el rincón de siempre se arrodilla a rezar.

Dime si canta Luisa; si Rosario, su hermana
toca en el piano aquella sonata singular,
que en la casita humilde, frente a la azul ventana,
oía yo en las noches, después de trabajar.

Dime si Luz, la tierna Luz de mi amor, ufana
con inquietud de pájaro ve la vida pasar
y si las cuatro a la hora de la cena temprana

en torno de la mesa se ponen a llorar...
Y miro, en vano, el límite de la extensión arcana:
ni el corazón se aquieta, ni me responde el mar.”

Y de todo aquello: de los rezos de la anciana, de la canción de Luisa, de las sonatas de Rosario y de la inquietud de pájaro de Luz, la más pequeña de las tres hadas de su jardín de ensueño, había sido excomulgado el poeta por la vida. Y la obsesión de su hogar se refleja en casi todos los poemas que escribe en La Habana. En la "Confidencia", "con los codos puestos sobre el mostrador" al

"pobre galleguito rubio y candoroso
que a América vino sin ir a la escuela!"

le dice:

"..... si Ud. viera amigo
que linda es mi tierra; que bueno mi hogar!"

En "El Amigo Puntual", que no es otro que un viejo organillero que todas las noches viene a la esquina de Virtudes y Prado, en aquella época feliz, desconocedora de las victrolas automáticas, mientras

"..... hecho una ascua se ilumina
en oro, el café de enfrente...."

que no es otro que el "Jerezano", centro de bullicio y alegría por aquellos años, piensa en su casa

"..... que engríen
sueños castos, horas quietas;
salen entre las macetas
rostros de niñas que ríen.

Es tarde; la luz se va,
y aún tengo el libro en la mano;
gruñe el perro, canta el piano
y una voz grita: ¡papá!"

En "Alta Noche", ya el recuerdo es lacerante dolor incontenible:

"Por callejuelas sórdidas me pierdo,
y, andando, andando, me detiene el mar;
me punzan las espinas del recuerdo,
y me pongo a llorar."

La mayor parte de los versos de Urbina, de esta época, muestran vigorosos trazos autobiográficos para cuantos conocimos la faz interna de su vida. Su hogar, aquel hogar que él llora perdido y que canta incesantemente en sus poemas habaneros, ha sufrido una honda conmoción coincidiendo con la entrada de los revolucionarios en la capital, y aquellas rosas que, como la de los dos hermanos poetas andaluces, tenían un “jardinero que cuidaba con esmero del rosal”, acaso fueron separadas de sus tallos, con promesas de amor antes no escuchadas; aquellasavecillas que aleteaban entre los alambres de la jaula en que cantaba el ruiseñor, tal vez traspasaron un día la puerta antes celosamente guardada, y volaron en pos de quién sabe cuáles ilusiones insospechadas e ineluctables. Alguien le dió la noticia. Su hogar estaba de nuevo vacío, sin más luz que la de aquella lámpara vacilante, Lucecita, a la que ahora le uniría sólo el recuerdo de días más felices.

Ahí está el poema “Las Cartas”, con este subtítulo: “Escribo. Interrogo. Espero”. En él nos relata la llegada del cartero; su obsesión, su angustia, ¡porque no llegan las cartas que él quiere! En él nos dice cómo escribe, interroga y nadie le contesta. Y en sus estrofas finales encierra toda una premonición de la hecatombe familiar:

“¿Qué me traerán, si vienen? ¿Un presagio
oscuro? ¿Una tragedia? ¿Un mal? ¿Un duelo?
¿Los ayes del naufragio?
¿La desesperación? ¿El desconsuelo?
¿Vendrán llenas de aliento y de ilusiones?
¿O de tristeza y de melancolía?
¿Me entregarán reliquias y oraciones?
¿Mi dirán que soy bueno todavía?
¿Veré manchas de llanto en sus renglones?
¿Lograré adivinar las emociones
en los rasgos de la caligrafía?”

Necesario es que pena y alegría
en este mar de incertidumbre, breguen.
¡Oh, que lleguen, que lleguen! —digo un día...
Y digo al otro día: ¡Que no lleguen!”

Y ese hogar destrozado seguirá siendo espina punzante en su acongojado corazón. Un día, desde un banco del Prado, viendo

a un gorrión infatigable fabricar su nido sin preocuparse por las nubes que crecen sobre el horizonte, le dirá:

“.....
pero tú no te amedrentas,
gorrión de alas cenicientas,
¡te va a pasar lo que a mí!”

Otro día, dialogando con “Cirilo”, el niño negro vendedor de periódicos, exclama:

“Feliz tú que tienes un hogar tranquilo,
y un amor, y un beso, y un oculto asilo
en el que te esperan, por el que te afanas...”

Y como magnífico colofón de toda aquella angustia hecha ritmo y poesía, el magistral soneto “Nuestras Vidas son los Ríos”, que dedicó a mi padre, y que escribiera al dorso de la nota de consumición del café “El Jardín”, de la calle de Monserrate y Parque de Jerez, una noche que paseaban juntos, en unión de Ponce:

“Yo tenía una sola ilusión; era un manso
pensamiento: el del río que ve próximo el mar
y quisiera un instante convertirse en remanso
y dormir a la sombra de algún viejo palmar.

Y decía mi alma: turbia voy y me canso
de correr las llanuras y los diques saltar;
ya pasó la tormenta; necesito descanso,
ser azul como antes y, en voz baja, cantar.

Y tenía una sola ilusión, tan serena
que curaba mis males y alegraba mi pena
con el claro reflejo de una lumbre de hogar.

Y la vida me dijo: ¡Alma, ve turbia y sola
sin un lirio en la margen ni una estrella en la ola
a correr las llanuras y a perderte en el mar!”

Al hacer un recuento de su vida, pocos años más tarde, en su “Autobiografía Lírica” aparecida en el libro “El Corazón Juglar”, —en 1920, para ser exactos— hallamos su historia íntima diluída en estas estrofas que reproduzco fragmentariamente:

“Un día hallé un oasis en el camino;
una fuente en la arena bajo una palma.
El cielo era una joya, y el divino
crepúsculo tenía piedad y calma.

Me senté rodeado de todos mis cariños:
una canción, un sueño, una anciana y tres niños.
Y esperé. Lentamente, la tarde iba
abriendo en la penumbra su estrella pensativa.

.....

No vino la piadosa muerte, no vino;
la vida, deshaciéndose en torbellino
desató sus furiosos contra mi suerte.
Me castigó la vida, no la muerte.

.....

Arrastré sufrimientos por tierras y por mares
y he secado mis ropas en ajenos hogares.”

Al llegar Urbina a nuestra acogedora Isla, que sería remanso de paz en su vida; plataforma para emprender el vuelo hacia el Viejo Continente, se hallaba el poeta próximo a la cincuentena de la vida. Era un digno exponente de la raza milenaria que poblara, en la prehistoria de la América aún no descubierta, la meseta del Anahuac. Pequeño, regordete, sin llegar a ser obeso, de piel algo cobriza y pelo negro muy fino, aunque ensortijado, denunciaba a distancia su origen racial, o por lo menos tener una gran cantidad de sangre india en sus venas. Su cultura era universal, pero no ocultaba sus preferencias por los clásicos españoles. En muchos de sus poemas hizo alusión a ambos extremos.

En “Vieja Lágrima”, uno de los más intensos y emotivos, nos dirá, al hablarnos de una gota de llanto que siente “caer desde hace mucho tiempo en lo más escondido de la entraña.”

“..... Y no soy yo: son los que fueron
mis genitores tristes; es mi raza...”

En “Angulus Ridet”, manifiesta sus gustos literarios, al enumerar lo que anhela para sus últimos días:

“Clásicos españoles: los Romances,
Fray Luis, San Juan, Lope de Vega, Góngora,
y Cervantes. (Cervantes es mi guía;
Quevedo, no; Quevedo es otra cosa.
En Miguel es la sátira, contenta;
y en Don Francisco la ironía, torva;
pero Miguel y Don Francisco tienen
sutil ingenio y alma generosa.)”

Por su poema “Cirilo” pleno de emoción y de ternura, en que relata su amistad con el rapazuelo negro que le vende los periódicos del día, vemos que la cara del poeta era gorda y macilenta, pero que en ella brillaba habitualmente una sonrisa.

Sus manos, pequeñas, suaves y finas, fueron algo extraordinario en su figura. En su magnífico poema “La Elegía de mis Manos”, las describe así:

“¡Oh, manos de estructura femenina
que son la herencia de una raza fina
de cuyo arte magnífico y bizarro
ofrecen arqueológicos ejemplos
la curva de sus ánforas de barro
y el encaje de piedra de sus templos!”

Hombre reposado, tranquilo, sedentario, —“burgués amable de costumbres sanas,” se autodescribe en el propio poema “Cirilo”— no es de extrañar que en su patria se le conociera con el sobrenombre de “El Viejecito”. Y así fué como todos le llamamos en la intimidad. Esta circunstancia, y los muchos encuentros posteriores, en sus viajes a México y en los nuestros a España, hicieron que los que fuimos sus alumnos le viéramos envejecer paulatinamente sin grandes saltos, como una imagen continuada que se desarrollara a nuestra vista, sin que pudiéramos determinar exactamente cuándo había comenzado su senectud. Por su ascendencia amerindia, conservó su pelo negro y su apariencia de hombre otoñal, puede decirse que hasta sus últimos días. Así le vimos en La Habana, y en Madrid, la última vez en 1929, y así aparecía en su postrer retrato, que recibiera mi padre poco tiempo después de la muerte del bardo.

La gran diferencia de edades entre profesor y discípulos —“otoño y primaveras en contraste”, digo en otro soneto— y el uso dia-

rio del apelativo de "Viejecito", produjeron en mi mente el efecto de pensar que Urbina había sido siempre igual, tal como le habíamos visto en nuestra última visita a la Villa del Manzanares.

Al contestarme Urbina una carta que yo le escribiera en Madrid, el día de Año Nuevo de 1920, participándole la crisis favorable de una grave enfermedad de mi padre, el "Viejecito" que "también estaba ginetando su grippe", según me decía, terminaba su misiva con estas palabras: —"Luisito, recibe un "mamporro" de felicitación de tu viejo amigo Luis".— Por lo visto, para él yo tampoco había cambiado mucho y seguía viendo en mí al muchacho de antaño, a pesar del tiempo transcurrido.

Celoso y puntual maestro, todas las tardes encaminaba el poeta sus pasos a nuestra residencia en La Habana, que lo era por aquel entonces una casa situada en la primera cuadra del Malecón, muy próxima a la glorieta hoy desaparecida y tras del deber cumplido mi hermano y yo, aficionados ambos a la poesía, le hacíamos recitar sus poemas, sin cansarnos nunca y sin que él, en ningún momento diera muestras de fatiga. Después, nos llegaba la merienda, con algún platillo casero, confeccionado expresamente por nuestra madre, para Urbina, quien siempre en tales ocasiones sacaba a relucir su decantada diabetes, que no le impedía saborearse con toda clase de golosinas y aún repetir de ellas, expresando, a modo de disculpa justificativa de sus excesos, una frase que decía con abacial complacencia:

—"Yo tengo la filosofía del pobre:
más vale que haga daño, que no que sobre."

Después, su diario asomarse al espectáculo siempre en estreno del ocaso, en el Malecón, que él, hijo de la altiplanicie poblada de lagos y montañas, reputaba inigualable. —"Uds. los cubanos no saben lo que tienen"—nos decía. Y la Avenida del Golfo era siempre la meta obligada de todos sus paseos. A veces mi padre, con él, con Ponce y con algún otro amigo, como Horacio Roqueta, tomaban un coche para dar vueltas lentamente por el Malecón, y aún el gran cronista deportivo, —único sobreviviente de aquellas

correrías— recuerda esas tardes que se convertían en torneos de ingenio, en la improvisación fácil a que Urbina poeta, y Ponce y mi padre, músicos, eran muy adictos.

En su poema “El Buque se va”, el bardo nos habla de aquella época en que sus afanes de maestro le hacen ir, “como en sus años de estudiante, con un libro bajo el brazo”, y en que mirando el mar y el cielo exclama:

“..... Hermoso día
en que todo parece limpio y nuevo:
la luz, el horizonte, la bahía!”

Luego un recuerdo a sus discípulos, en singular, como lo exigen metro y consonante:

“Yo salgo de la casa de un mancebo
de dar clase de historia y geografía.
Voy por el “Malecón” entretenido
en pensar versos que después olvido.”

De aquellos días es esto que voy a contaros: Una tarde, al entregarle las tareas por él señaladas, pusimos ante la fecha la palabra Habana. Aún rememoro la reacción del maestro: —“Escuchadme,”— nos dijo, con estos o parecidos conceptos—, “pocas Capitales del mundo pueden vanagloriarse de la aristocracia de su nombre. La Haya, La Paz, La Habana, ostentan en el artículo la nobleza de su estirpe. No despojéis jamás a esta bella Capital de su más legítimo timbre de gloria.” —Hoy, cuando escribo invariablemente La Habana, tengo siempre un recuerdo cordial para el lírico defensor de sus fueros de nobleza.

Otra tarde, en nuestra tertulia familiar, después de habernos recitado Urbina “El Rosal Enamorado”, díjole Ponce, entre bromas y veras, valido de su gran familiaridad para con él: —“Viejecito”, no acaba de gustarme esa repetición de la palabra *sombra* que aparece en estos versos:

“Y mi espíritu se asombra
con imposibles deseos
y en la sombra alguien me nombra
y hay en la trémula sombra
palpitación de aleteos.”

¿Por qué no la suprimes? ”—Intervino mi padre, conciliador, para decir que a él le parecía bien aquella figura de dicción que hacía más sonora y musical la estrofa. Y el “Viejecito”, dirigiéndose a éste último, sentenciaba: —“Hermano, Manuel sabe mucho de música, pero yo sé de poesía y esa repetición está bien puesta donde está.”—

Los domingos, al terminar nuestro almuerzo de que participaban los exilados, el acostumbrado juego de póker entre Urbina, Ponce y mi padre, haciendo de cuarto punto Leopoldo Kiel, un técnico mexicano en problemas de educación, que había sido llamado por el Gobierno de Cuba para la creación de las Escuelas Normales en nuestra patria. Manuel, Eduardo y Leopoldo, fueron los amigos entrañables del “Viejecito”, mientras estuvo en La Habana.

Un día, ido ya a Madrid el poeta, llegó a poder de sus amigos su admirable libro “El Glosario de la Vida Vulgar”, en que figuraba su poema “La Vida a Bordo”, escrito al ausentarse de Cuba, que era el primero que brotaba de su inspiración, después de su partida, y que aparece dedicado “A Manuel, a Eduardo, a Leopoldo.”

En relación con esa dedicatoria, me acuerdo de que, un día en que tomaba mis lecciones de música con Ponce, tuve ocasión de presenciar un gracioso equívoco, sin mayores consecuencias. En la casa de huéspedes “Martínez House” habitaba también, o era visita diaria de la misma, otro exilado de la tierra de Juarez, llamado Don Leopoldo, sin que recuerde sus apellidos y sí su aspecto inolvidable. Era un señor entrado en años, pequeño, pulcro, enfundado siempre en una especie de chaqué de alpaca; usaba unos grandes bigotes y tenía el cabello muy negro, como embetunado. Aquel día entró al salón donde estábamos maestro y discípulo terminando nuestras clases, agitando en alto, como una bandera, el libro recién publicado, y poco menos que gritando lleno de alborozo:—¡“El Viejecito” se ha acordado de mí. Me ha dedicado uno de sus mejores poemas!”— Pasados los primeros instantes de sorpresa, Ponce, piadoso, no quiso decir unas palabras que hubieran echado por tierra tanto entusiasmo y después, al marcharse orgulloso y triunfante Don Leopoldo, ambos reímos la ocurrencia.

Dos cosas atrajeron nuestra atención en el libro objeto de ese suceso: la primera, en ese mismo poema "La Vida a Bordo", en el soneto señalado con el número IX, titulado "En el Comedor". Al hablar del viejito que come junto a él, dice:

“¡Qué malos son sus ojos; su espíritu qué yermo!
¡Qué vida seca y torpe denuncian sus miradas!
¡Es la vejez del ogro de los cuentos de hadas;
un Falstaff con reuma; un Calibán con muermo!”

Siempre nos hemos preguntado qué le habría hecho aquel vecino de mesa para que Urbina, olvidando por unos instantes la comprensión y la bondad innatas en él, le lapidara con un soneto digno de la pluma de Quevedo.

Y la segunda es algo que expongo como dato curioso, únicamente. El poeta, que siempre fuera un celoso guardador de las formas clásicas, incluye, entre los once sonetos del poema inimitable del Mariel, uno señalado con el número V, que titula "Alborada", con sólo trece versos, que sin embargo, no desmerece en nada de sus acompañantes y del que corrientemente no se dan cuenta sus lectores.

Estos sonetos irregulares son raros, pero existen en la producción de los bardos muy prolíficos. Rubén Darío ha escrito uno, al parecer intencionadamente, con tal anomalía. Nuestro Agustín Acosta, conocedor profundo de la técnica del soneto, me ha mostrado uno al que, impensadamente, asignara quince versos. En una búsqueda más detenida, encontramos otro, del propio Urbina, titulado "Vespertina VIII", en su libro "Lámparas en Agonía", con igual número de versos. Pero abandonemos esta digresión y tomemos de nuevo el hilo de nuestro relato. Ignoro si Ponce comunicó a Urbina el incidente ocurrido alrededor de la dedicatoria de su poema "Vida a Bordo"; mas lo cierto es que pocos meses más tarde él mismo despejaba las dudas que pudieran surgir respecto a los apellidos correspondientes a esos nombres, y "a Manuel M. Ponce, a Eduardo Sánchez de Fuentes y a Leopoldo Kiel" a aquellos tres "inolvidables camaradas", a aquellos tres hermanos —que tal fué el tratamiento que siempre se dieran entre sí—, dedicaba ahora su libro de prosas habaneras "Bajo el Sol y Frente al Mar". Que así, obsesionado por el recuerdo del Malecón, tituló aquel

volumen publicado igualmente en Madrid, como lo fueran ya en lo sucesivo cuantos salieran de su pluma.

Todos los libros de Urbina ostentan invariablemente una dedicatoria que es la constancia de su amor y su fidelidad por Don Justo Sierra, el patricio de las letras mexicanas, que le tendiera la mano en sus tiempos de penuria. Primero a él, y luego a su venerada memoria, fueron ofrendadas todas sus obras, sin exceptuar ninguna, pero en este caso él creyó que la fraternal amistad de aquellos amigos de su época de La Habana, merecía compartir con el recuerdo de Justo Sierra, su maestro ya desaparecido, los honores de aquella dedicatoria.

Urbina era un hombre integralmente bueno, como él mismo lo da a entender en su admirable poema "Cirilo", ya citado con anterioridad y en el que encontramos esta referencia a su propio carácter:

“¿Conque no se ha ido la Bondad del mundo
y anda entre las gentes; conque todavía
hay seres que sientan lo que yo sentía:
la piedad sublime, y el amor profundo?”

De la bondad y la dulzura de su trato, así como de la rectitud de su proceder, hallamos múltiples pruebas por doquiera. Agustín Acosta, nuestro insigne "Poeta Nacional", que también conoció y amó al "Viejecito", me ha relatado algunas anécdotas que ponen de relieve las dotes de sensibilidad y de atracción personal que hacían de él un hombre extraordinario. Invitados ambos poetas a participar en unos festejos que tenían lugar en Camajuaní, en el mes de Noviembre de aquel año de 1915, comparecieron los dos ante el público, compartiendo los aplausos de la concurrencia; Agustín con su verbo arrebatador y su brío de juventud, con unos versos dedicados a los Estudiantes del 71, y Luis, todo reposo y dulcedumbre, recitando "La Elegía de mis Manos" y otros poemas de intimidad. Ellos habían sido invitados a ir al día siguiente, a algunas sociedades y liceos, donde serían aplaudidos y agasajados de nuevo. Varios miembros de la colonia española se acercaron a Urbina para recordarle su compromiso de visitar los salones de su institución, pero haciéndole saber que

le había sido retirada la invitación a su amigo y compañero Agustín Acosta, porque se sentían mortificados por los conceptos contenidos en su poema a los Estudiantes. El "Viejecito", con toda cortesía, declinó aquella invitación unilateral, expresando con firmeza inquebrantable que si Agustín no concurría, él tampoco iba a la recepción.

Horas después, en un almuerzo campestre organizado en la bella finca del Sr. Sánchez del Portal, Acosta encontraba a Urbina, con su humilde vestimenta de exilado y sus años, que ya tocaban al otoño de su vida, en medio de un corro de hermosas muchachas, prendidas todas al hilo de oro de su charla, siempre amena y delicada, y de su recitación fascinadora. Nuestro poeta nos cuenta cómo tuvo que emplear todo el fuego de su palabra y la apostura de sus veinticinco años, para arrancarlas del hechizo que irradiaba aquel orfebre de la rima.

Al volver a la Capital, como alguno de los excursionistas se doliera de no llevar encima ni un centavo con qué tomar un vehículo que le condujera a su casa, lejana de la estación, el "Viejecito", rápidamente hurgando en sus escuálidos bolsillos, sacó una reluciente moneda de plata de dos pesetas y se la entregó diciéndole: —"Tome, amigo, es lo único que tengo, pero yo vivo cerca y puedo ir andando..."— Así era Luis G. Urbina: ¡un poeta en todas las manifestaciones de su vida!

El Dr. José María Chacón y Calvo, ilustre Presidente de este Ateneo, también nos ha contado esta experiencia suya, relativa a la generosidad del poeta. Una tarde en que entraba al "Anón del Prado" el Dr. Chacón, en compañía del malogrado bardo Gustavo Sánchez Galarraga, quien diera el nombre de "Poeta Crepuscular" a Urbina, descubrieron a este, solitario ante una mesa, sorbiendo, acaso, su cerveza preferida. Al verlos llegar, el vate azteca reclamó para sí el honor de servir de anfitrión a sus valiosos visitantes, a quienes hubo de atender y regalar, como si se hallara en sus mejores tiempos. Más tarde confesaría al propio Dr. Chacón cómo aquel dispendio dejó tambaleante su maltrecha economía.

El 2 de Abril de 1916, cuando ya había transcurrido un año desde su llegada a nuestra Isla, y el "Viejecito" gestionaba con la

dirección del "Heraldo de Cuba" su traslado a Madrid, en calidad de redactor corresponsal, una gacetilla del puerto nos dió a conocer el arribo de Lucecita a nuestras costas. Las plumas mejor cortadas recogieron y esparcieron la noticia: "La Musa del Poeta está en la Habana..." escribió en magnífico artículo a ella dedicado, el inolvidable "Conde Kostia", el medular escritor D. Aniceto Valdivia.

Y la esposa del poeta vino a residir entre nosotros, por poco tiempo, con él en otra casa de huéspedes de más comodidades, situada en un piso alto en la calle de San Rafael, entre Aguila y Galiano. Lucecita fué, para nosotros los discípulos de Urbina, como una fabulosa quimera de quien todos hablan, sin que logremos verla.

Pasados los días de sorpresa y de instalación, el poeta se franqueó con mi padre y con Ponce: "Lucecita estaba muy enferma; era una mujer rendida por la vida, pero ellos, sus amigos, habrían de conocerla". Y efectivamente cuando mi padre fué, halló una ruina humana; una anciana con un pañuelo sobre la cabeza con dos puntas atadas al cuello; sin nada que denunciara su parnasiano papel de Erato; lejos, muy lejos de las mitológicas montañas de la Fócide. Poco después, volvía para México, de donde acaso no debiera haber salido, pues el viaje recrudeció sus achaques, muriendo algún tiempo más tarde.

Finalmente, en el mes de Mayo, el poeta tomaba rumbo a España, hacia el Madrid de sus ensueños. Ya entonces, como en secuencias cinematográficas, la vida de Urbina pasó a grandes rasgos por las lentes de mis ojos. Varias veces cruza por nuestra Capital, en viaje de ida a México y de regreso a España, donde se asentó en definitiva. En 1917 va a Buenos Aires, invitado por su Universidad, a dar un curso de conferencias que titula: "La Vida Literaria en México". En Madrid le hallamos en 1919 y 1920, cuando vivimos allí cerca de un año. Diariamente se reúne con mi padre en una cervecería de la Plaza de Santa Ana, vetusto rincón madrileño al que canta:

“¡Plaza de Santa Ana, vieja plaza mía,
de árboles añosos y ágil alegría,
donde, tarde a tarde de verano, el sol,
frente a mis curiosas miradas ponía
los brillos fugaces de su pedrería
sobre la fachada del teatro español!”

Allí le vemos con frecuencia, los estudiantes de su etapa habanera, frente a su cotidiano vaso de cerveza.

Ahora transcurre su vida, siempre metódica y austera, en una casa humilde, con una ama de llaves afable y cuidadosa que se desvela por atenderle.

En 1921, visita Italia. Así realiza también otro gran anhelo de su vida. Tres años más tarde, publicará los versos escritos en aquella gira sentimental, bajo el rubro de “Los Ultimos Pájaros”, que es como un presentimiento de que ya no ha de dar en vida más versos a la imprenta.

En 1922, mi padre marcha a México y allí renueva sus contactos durante varios meses con Urbina y Ponce, accidentalmente en la Capital, ya que ambos tienen sus centros de operaciones en Europa, pues Ponce después de contraer matrimonio en su patria con Clema Maurel, que hoy es su viuda, ha fijado su residencia en París. Ahora tratan ellos por todos los medios de devolver a su “hermano Eduardo” cuantas atenciones y cariños él les prodigara en sus años de exilio.

En 1929, y con motivo de los Festivales de Música Hispano Americana en la Exposición de Barcelona, a los que asistían como invitados de honor mi padre y Ponce, volvimos a encontrar al “Viejecito” en Madrid. Iba yo en unión de mi esposa y esta sería la última vez en que mis padres y los que fuimos un día sus jóvenes discípulos, veríamos al hermano y al maestro. Allí, en uno de los barrios extremos de la Villa y Corte, había materializado el ansia de su vida. Con los ahorros logrados en sus sueldos de Secretario de Legación y de otros cargos oficiales que ostentara, como el de Consul e Investigador en el Archivo de Indias, —en el desempeño del cual le hallara el ilustre Presidente de este Ateneo de La Habana, en la ciudad de Sevilla—, y con el producto de sus

libros, había asentado su hogar esta vez de modo definitivo, en una casita pequeña y sonriente, de su propiedad, que era el "Angulus Ridet", soñado por él desde sus tiempos de San Cristóbal de La Habana.

Llevando aparte a mi padre, le hizo una última confidencia: se había casado con aquella mujer buena, con aquella ama de llaves, también próxima a la ancianidad que le había dedicado su vida y su afecto.

El mismo nos lo dice en el "Nocturno" que aparece en "El Cancionero de la Noche Serena", su libro póstumo publicado por aquella alma noble que durante sus últimos años le prodigara sus atenciones haciéndole más llevadera su eterna melancolía.

"Entró en mi vida. Y en la noche plena
insomme yo en la sombra de mi estancia,
tuve la sensación de una fragancia
y la visión de un brillo de azucena."

Allí nos dice cómo al verla llegar, soñó con la aparición de un Hada Buena y que ella, abandonándole sus manos, le dijo: —"Llegué tarde."

Así fué. El poeta que se había sentado a la sombra de un árbol del camino a llorar su infelicidad, llegó tarde a aquella última aventura, que significó la placidez y la quietud en su existencia.

Aquel rincón que le sonrió —como Tarento a Horacio— él lo tuvo tal y como lo había cantado:

"Un rinconcito de jardín humilde
y en él un árbol de apretada copa
un roble añoso y lánguido que tenga
fresco el follaje y verdiazul la sombra.

.....
De cuando en cuando una visión amable;
de cuando en cuando el ala de una estrofa;
y algún bello crepúsculo y alguna
primaveral emanación de rosas.

Y paz. La paz de la vejez tranquila,
la paz humilde, resignada y honda,
que cura lentamente los dolores
y que es como el principio de la otra."

Y esta otra paz, piadosa, allí le acogió también, el 18 de Noviembre de 1934 y hoy sus restos mortales descansan, para siempre, en la Rotonda de Hombres Ilustres de la Capital de su patria, por él siempre venerada.

Para completar este trabajo sobre Luis G. Urbina, transcribiremos este juicio crítico de Antonio Castro Leal, quien es autor de una "Antología de la Poesía Mexicana Moderna", a más de prologuista de sus obras completas. Estos son sus conceptos: "En el coro de los grandes poetas mexicanos, Urbina era tenido por el menos "moderno" de todos, pero para el gusto del lector que sabe lo que es poesía, él asciende sin cesar al puesto que le corresponde. ¿Cuántos —se pregunta el crítico— ponen en la actualidad a Amado Nervo sobre Luis G. Urbina? En la factura del verso no es menos elegante ni menos sabio que Díaz Mirón; en el soneto como unidad lírica y formal no está por debajo de Sor Juana Inés de la Cruz; como pintor de la naturaleza sobrepasa a Othon, con su juego impresionista de luces y colores en que nadie lo supera; sus imágenes de las vicisitudes humanas son tan elocuentes como las de González Martínez, pero los símbolos que escoge tienen una cierta ternura de cosa más familiar y cercana. El tiempo depuró su lirismo hasta que de su sustancia romántica no quedó más que aquel fondo de poesía que dejan las penas y las alegrías de los hombres, llegando a la plenitud en que la melancolía se le deshacía naturalmente en música."

Así era el poeta inmortal de quien hoy os ha contado cosas íntimas que guardaba en su mente desde hace muchos años, quien siempre vivirá orgulloso de haber sido un día su discípulo.

Luis Sánchez de Fuentes Sell.

La Habana, Abril de 1957.

ELEGIA

A mi maestro Luis G. Urbina

Luis Urbina, maestro de la forma;
artífice sin par de la palabra;
del altiplano caudaloso río;
ruiseñor de la selva americana:

a cambio de las horas que me diste
de tu saber, en mi remota infancia,
he querido ofrendarte estas sencillas
flores de mi jardín, hechas guirnalda
que dejarán mis manos temblorosas
en torno de tu frente iluminada.
De tu frente, que ungiere con sus óleos,
el dolor milenario de una raza
y en que el supremo don de la poesía
dejó el sello impoluto de su gracia.

Porque en la edad risueña me enseñaste
a volver hacia dentro las miradas
(si no escrutan más lejos mis pupilas
es que no pueden ver a más distancia);
porque lograste despertar piadoso
en mi conciencia la emoción exacta
para fundir en el metal del verso
el relámpago azul de la metáfora,
y porque me mostraste la belleza
sutil que puede atesorar el ánfora
de la rima, si espuma en ella el vino
cordial de la pasión, que nos embriaga;
y porque iluminaste mi sendero
mientras la fe en los bardos naufragaba;
hoy tu sombra, frescor en mi camino,
en la lírica brega me acompaña
y soy para el troquel de tu memoria
fuego que el culto de tu amor propaga;
soplo que aviva el eternal rescoldo
en que se aduerme tu encendida brasa;
mano que agita en el postrer combate
el glorioso cendal de tu oriflama;
pecho en que late un corazón, en donde
la flor de tu recuerdo va encerrada.

Mi hermano y yo, sentados a tu vera,
en silencio escuchábamos tu charla
ebrios de claridad, como atraídos
por la luz cegadora de una lámpara.
Fray Luis, Lope, Quevedo; Grecia, Roma,
Fenicia; ríos, lagos y montañas,
en brillante y simbólico desfile
todo, a tu influjo magistral, dejaba
una huella imborrable en nuestras mentes
y un temblor de primicia en nuestras almas.

Sueña el niño en traviesas aventuras,
alegres juegos e infantiles galas,
sin saber de fantásticas quimeras;
sin reparar en el batir de un ala;
ni en el destino ignoto de los astros;
ni en el perenne afán de las distancias.
Mas, cuando en los albores de la vida
es un alto poeta quien nos habla,
se aprende a abrir los ojos al ensueño
y a llenar de ansiedades la mirada.
Aun contemplo tu imagen bondadosa
—“burgués amable de costumbres sanas—”,
que escondiera el dolor de la tragedia
tras la sonrisa bonachona y franca.

Para apagar tu sed de peregrino
te dió su corazón una mañana
mi padre, cuando en horas de destierro
cruzó las puertas de su hogar tu planta.
Con qué fruición oí tu voz doliente
decir los versos de la vieja lágrima...
y en gesto grave y ademán pausado
deshojar, como pétalos de plata,
el madrigal del beso que es suspiro;
la historia de la rosa enamorada;
o la intensa elegía de tus manos
tendidas al amor y a la esperanza.
Yo ví cómo el “Glosario de la vida
vulgar”, cristalizó página a página.
Yo supe de los sueños de Cirilo;
del gorrión que en el prado alzó su alcázar;
del bajel que zarpó sin ti una tarde
y del cartero que llegó sin carta...
Y, del brote inicial de algún soneto,
aun conservo la lírica fragancia.
Después, la ausencia; el ritmo de las horas
barajó los encuentros y añoranzas.
El niño es luego adolescente y hombre
le torna la existencia con su magia.
Más tarde, un triste amanecer de otoño
el áureo ruiseñor plegó sus alas
y se quedó sin trinos la floresta,
sin tu lejano resplandor mi casa.
Y un día entre los días, una tarde
en que el cielo cubrió de nubes pálidas
los oros y arreboles del ocaso;

en que al pesar dobláronse las palmas
y los ríos corrieron las llanuras
“sin un lirio en la margen” desolada,
“ni una estrella” mirífica “en la ola”,
por verter en el mar sus turbias aguas,
vino un buque —la barca de Caronte
sobre la Estigia— con su infausta carga
y tus ojos cerrados, no volvieron
a clavar su inquietud en nuestras playas.
Cuando partió, llevándote en su seno
a dormir en los brazos de tu patria,
sobre tu pecho —fraternal ofrenda—,
lirios nardos y rosas, perfumaban.
¡Así en la vida, por fatal destino,
todo lo que tememos, llega y pasa!
Mas la semilla que sembró tu mano
dentro del corazón, la que regaras
con cuidado febril de jardinero
—el amor inmortal que nos abraza;
el dolor silencioso que ennoblece;
la fe que reconforta en la plegaria
y la piedad recóndita, infinita—,
árbol coposo es hoy; frondosas ramas
danle refugio acogedor al nido
y remanso de paz a las nostalgias.

Luis Urbina, maestro de la forma;
artífice sin par de la palabra,
en tu frente que unguiera la poesía
ahora dejan mis manos la guirnalda
que he tejido en silencio, con las flores
que en mi propio recinto cultivaras.
Si creyeres en ellas ver rocío,
¡es que las he regado con mis lágrimas!

Luis Sánchez de Fuentes Sell.

25 de Agosto de 1957.

La Habana, 24 de Mayo de 1957

Señora Lilia Castro de Morales
Directora de la Biblioteca Nacional
La Habana.

Distinguida Señora Directora:

En días pasados hemos recibido el número de la *Revista de la Biblioteca Nacional* correspondiente a Enero-Marzo de 1957, publicación que siempre leemos con verdadero interés por el valor cultural de su contenido y por la amenidad de la mayor parte de sus trabajos, seleccionados con idoneidad y gusto por esa Dirección.

Al repasar sus páginas hemos encontrado en las 137 a 139 una carta del Profesor Manuel I. Mesa Rodríguez dirigida a usted, donde aparecen determinadas observaciones del distinguido historiador, sobre un punto concreto de un trabajo hecho por nosotros, que fué publicado en el número de Octubre-Diciembre de 1956 de esa prestigiosa *Revista* en sus páginas 126-155 bajo el título "*La Demolición de la antigua Parroquial mayor. Destino de los restos de Ilustrísimo Señor Obispo Don Pedro Agustín Morell de Santa Cruz*".

Como la observación principal que se desprende de los datos que se aportan en la carta, es obvio que va encaminada a la mayor ilustración de los cultos lectores de esta *Revista*, a suministrar información complementaria y a salvar una aparente laguna en un punto concreto de nuestro trabajo, le enviamos señora Directora, estas líneas aclaratorias con el ruego de su publicación, precisamente en obsequio a los lectores de esta acreditada y seria *Revista*, para que no sean conducidos a duda o a falsas o equivocadas apreciaciones en cuanto a la validez de nuestro modesto trabajo.

El punto a que nos contraemos y el cual es objeto de la disertación epistolar del Profesor Mesa Rodríguez, es el que aparece en las páginas 151 y 152 del referido número de Octubre-Diciembre de 1956, donde los autores rozan la posibilidad remota de que los restos del obispo Morell de Santa Cruz hubiesen sido trasladados en 1776 o al año siguiente al Oratorio de San Felipe Neri, y exponen lo que ellos averiguaron respecto a lo que se encontró cuando en 1926 se hicieron las obras de adaptación del antiguo Oratorio, es decir, de la pequeña iglesia o capilla, para ubicar en ese local el Banco del Comercio. El profesor Mesa Rodríguez, a lo que parece, no ha leído con atención las citas que él mismo menciona del t. 19 (1844-45) de las *Memorias* de la Sociedad Económica de Amigos del País, porque si lo hubiera hecho, habría advertido que existen numerosos pasajes de esas propias citas suyas, donde aparece que la instalación de la Biblioteca de la Sociedad Económica, el pequeño Museo de Historia Natural y la Academia de dibujo de "San Alejandro" se verificó en los distintos locales y dependencias *del convento anexo* que primitivamente ocuparon los religiosos capuchinos, *no en el Oratorio, iglesia o capilla*, que es específicamente a lo que nos hemos referido nosotros en el trabajo publicado. No creemos, por otra parte, que cuando hemos hablado del Oratorio de San Felipe Neri éste se tome en el sentido del edificio en su totalidad, incluyendo el convento, pues claramente se advierte que nos estamos refiriendo concretamente a la iglesia, y solamente a ella, porque no se concibe que la Parroquial mayor fuese a trasladarse en 1776 a la parte del edificio en donde estaban las celdas de los religiosos, en vez de a la iglesia o pequeño templo anexo. A continuación ofrecemos los pasajes pertinentes para puntualizar este asunto.

En el *Acta* a que se refiere el Profesor Mesa Rodríguez en el párrafo tercero de su carta hay el siguiente pasaje (*loc. cit.*, t. 19, pág. 164 hacia el final) :

"que á consecuencia de las reparaciones y mejoras hechas, quedó convertido el edificio en un local decente, bello, cómodo y digno del objeto á que se consagra, habiéndose hecho en la parte alta tres espaciosos salones con destino el uno á la Biblioteca pública, el otro á la Academia de dibujo y pintura, y el último al Museo

de Historia natural, y quedando las habitaciones de la parte baja para la Academia de contabilidad mercantil, para las Secretarías y demás dependencias, y que en el patio se formó un pequeño jardín.”

Adviértese en las líneas que se acaban de copiar, que se alude claramente a la parte correspondiente *al convento*, no al Oratorio o pequeña iglesia.

Del *Informe* a que hace referencia el Profesor Mesa Rodríguez en el párrafo quinto de su mencionada carta son los siguientes pasajes que copiamos seguidamente con el breve comentario a que obligan:

Loc. cit., pág. 379: “..... para reparar sus deterioros y desaseo, y convertir las pequeñas y oscuras celdas de su parte alta y baja en salones lo mas decente y acomodado posible para la Biblioteca, Museo, Academia de dibujo, de contabilidad mercantil, secretarías y demás dependencias;”

Se ve a todas luces que de acuerdo con este pasaje del *Informe* la Biblioteca, Museo, Academias de dibujo, etc. etc. se instalaron en la parte del edificio, que correspondía *al convento*, no al Oratorio o pequeña iglesia en la que no se supone que existiesen “oscuras celdas” para los religiosos.

Ibid., pág. 380: “En este aumento de obra se hacen mas notables la recorrida, vestidura y pintura de toda la fachada del edificio: la puerta de la calle casi nueva con su sardinell estenso de piedra de S. Miguel y meseta exterior del mismo material: el suelo nuevo del zaguán: siete huecos que se macizaron de otras tantas puertas y ventanas que comunicaban con la iglesia y sacristía;” (y más adelante hacia el final de la misma página.) “La construcción de una nueva escalera al piso alto que reemplaza la antigua y sumamente deteriorada que existía, ocupó mas de una vez a la Comisión.

Igualmente se alude a obras realizadas en la parte *del convento*, no del Oratorio o iglesia.

Ibid., pág. 381: “En su piso alto se arreglaron y prepararon tres salones espaciosos, claros y ventilados, y lo mas aseado y decente que ha sido posible para situar en ellos, como están ya establecidas, la Biblioteca, Academia de dibujo y Museo.”

Este pasaje señala la colocación de la Biblioteca, Academia de dibujo y Museo en el piso alto *del convento*, no del Oratorio, que no tenía “piso alto.”

Ibid., pág. 381, más adelante: “En la parte baja de la casa están colocadas en piezas dispuestas al efecto, la Academia de contabilidad mercantil, la Secretaría de la Sociedad y de las Secciones de Educación, de Industria y de Agricultura, las oficinas de contabilidad, el almacén y habitaciones del conserje y del portero, y hasta en la parte del patio que no ocupa el aljibe, se ha levantado un pequeño jardín á costa de uno de los individuos de la Comisión, que dentro de poco ofrecerá las más variadas y escogidas flores, convertido así en un lugar alegre y ameno lo que ántes estaba destinado á los usos mas inmundos.”

Es obvio que estos departamentos aparecen, de acuerdo con este pasaje, instalados en la parte *del convento*, no del Oratorio o iglesia anexa, ya que en ésta no iba a haber un patio, un aljibe y un retrete.

Del examen de estos pasajes, tomados de las propias citas hechas por el Profesor Mesa Rodríguez, se desprende que el distinguido Profesor se equivoca, sin duda por una momentánea distracción, al afirmar en el párrafo cuarto de su carta:

“.....abandonado por sus sacerdotes el templo, en 1844 lo ocupa la Sociedad Económica de la Habana y allí instala su Biblioteca, Museo, Academia de dibujo y oficinas.....”

ya que no fué en el templo sino en el convento anexo donde se instalaron las citadas dependencias de la Real Sociedad Económica.

Por si todo esto fuera poco, en el párrafo quinto de su carta, el Profesor Mesa Rodríguez menciona el *Informe de la Comisión que estuvo encargada de reparar el convento de S. Felipe en que se ha establecido la Real Sociedad con todas sus dependencias*, copiado así, textualmente, de su propia cita, escapándosele que se hace clara y expresa referencia a la reparación de *el convento de S. Felipe en que se ha establecido la Real Sociedad con todas sus dependencias*”, y no en modo alguno al Oratorio o iglesia de San Felipe, que es a lo que nosotros nos hemos circunscrito, exclusivamente, en el párrafo de nuestro trabajo objeto de la atención especial del distinguido Académico.

* * *

Aclarado estos extremos conviene señalar que el conocido historiador don Jacobo de la Pezuela, consigna en su *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*, publicado en 1863, t. 3, pp. 142 y 143, al hablar del Oratorio de San Felipe Neri, lo siguiente:

“En 13 de noviembre de 1693 se pudo abrir al culto este nuevo templo, que luego fué servido por la órden de Capuchinos observantes, á cuyo cargo aun continúa su servicio. Reducido en 1841 el número de estos religiosos, el gobierno hizo restaurar y ocupar casi todas las localidades del convento, instalando en él algún tiempo después, á la Sociedad Económica de Amigos del País, que ni aun local tenía antes donde celebrar sus sesiones. En el día se halla bien aposentada en él, con todas sus oficinas y dependencias, y su biblioteca de unos 12,000 volúmenes. Además se hallan ocupando otra localidad del mismo edificio, la escuela gratuita de Nobles Artes, un pequeño gabinete de historia natural, y una sala de exposición de industria, todo esto sin que el buen órden y la decencia de la iglesia anexa haya decaído lo mas mínimo. Se compone de una nave correcta y elevada, con seis capillas laterales y todos los accesorios precisos para su servicio; sin que aparezca nada digno de mención en su fachada principal á la calle de Aguiar, ni en su costado á la calle de la Obra pía, por la cual recibe sus luces principales.”

Este extenso pasaje de Pezuela que acabamos de transcribir, restituye sin más comentarios y por sí solo la verdad histórica.

* * *

Veamos ahora lo que con respecto al Oratorio de San Felipe Neri y su convento anexo, dice el conocido historiógrafo e investigador Jorge LeRoy y Cassá en su "Historia del Hospital de Paula" publicada en parte en el *Boletín de las Provincias Eclesiásticas de la República de Cuba*, Año 33, núm. 6 (junio, 1944,) pp. 319-320:

"En 1841 el gobierno restauró casi todo el convento anexo, una parte del cual ocupó después la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana. Además ocuparon otros locales del mismo edificio la escuela gratuita de Nobles Artes, un pequeño museo de historia natural y una sala de exposiciones industriales.

"Años más tarde sirvió de alojamiento a la Escuela Profesional y al Monte de Piedad, y en 1885 se le cedió a los P. P. Carmelitas descalzos, que desde 1880 ocupaban, conjuntamente con la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana el ex-convento de San Agustín y la iglesia de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, cedidas ambas por el Obispo Piérola, trasladándose a esa nueva morada en 1887.

"En 1895 el R. P. Fray José Agustín, a la sazón Vicario de esa comunidad emprendió la reedificación de la vieja y oscura iglesia, transformándola y hermoseándola considerablemente; y fabricando de nueva planta el convento, la comunidad carmelitana en años posteriores. En sus claustros estuvo funcionando largo tiempo un colegio para niños, entre cuyos profesores figuró de manera notable el habanero Fray Aurelio Torres, más tarde primer Obispo de Cienfuegos, quien al renunciar posteriormente a su mitra, y retornar al reposo de su celda conventual, terminó en ella santamente su vida el 8 de mayo de 1920.

“Esta iglesia permaneció abierta al culto público hasta el 20 de julio de 1924, en que la comunidad de carmelitas se trasladó a la nueva parroquia del Carmen creada por Mons. Pedro González y Estrada, el 1º de diciembre de 1922, y ahora ocupa lo que fué templo, una institución bancaria, así como el local del convento está dedicado a comercios y oficinas diversas.”

Aunque paradójicamente el Profesor Mesa Rodríguez no menciona para nada en su carta la reforma *hecha en la iglesia*, es decir, en el antiguo Oratorio, en 1895, donde sí sería pertinente aplicar lo que aduce en su exposición, nosotros en obsequio de la más amplia información a los lectores de esta *Revista*, queremos manifestar que, conocedores de esta reforma hecha en la antigua iglesia por el Vicario carmelitano Fray José Agustín, habíamos pedido revisar cuidadosamente los antiguos legajos del convento e iglesia de San Felipe, que se conservan hoy en día en el convento anexo a la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, sita en la calle de Infanta en esta capital, y que se efectuó con esmero por el R. P. Samuel, a cargo de dichos legajos, gracias a la gentileza del actual Superior del convento carmelitano R. P. Hilario. En esa búsqueda nada se halló que ameritase consignarlo en el breve párrafo dedicado en nuestro trabajo al Oratorio de San Felipe Neri en relación con el destino de los restos del Obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz. Y si ahora sacamos a la luz esa búsqueda efectuada en los referidos legajos es para que no se piense que hubo ligereza, desconocimiento, o falta de deseo de agotar todas las fuentes informativas cuando redactamos nuestro modesto trabajo.

Y situados ya en un plano de aclaraciones y rectificaciones (cuando éstas fueren necesarias), queremos manifestar que en nuestro escrito, en la página 143 de la referida *Revista* al hablar del Obispo Santiago José de Hechavarría, aparece —por omisión involuntaria de nosotros— el segundo apellido como Villalobos solamente, en vez de Nieto de Villalobos, como se lee en la copia certificada de la partida de bautismo del distinguido prelado santiaguero, la cual obra en nuestro poder. Este *lapsus* sufrido, que parece haber escapado a la penetración del Profesor Mesa Rodrí-

guez, no ocurrió en el manuscrito, donde aparece correctamente escrito el segundo apellido del Obispo, sino en la copia mecanográfica que fué a la imprenta, deslizándose después el error a nosotros al hacer la corrección de las pruebas. Queremos significar, además, que la cita (37) aparece incompleta y en parte equivocada: la última línea debe decir: Libro 5º de Bautismos de Blancos, folio 78 vuelto, partida número 69. Y para la mayor ilustración de los cultos lectores de esta *Revista* queremos señalar que aunque el segundo apellido del prelado aparece en su partida de bautismo como Nieto de Villalobos, realmente debe ser Nieto de Ossorio, o más correctamente aún, Nieto, simplemente, toda vez que la madre del señor Obispo se llamaba Da. Bárbara Gertrudis (con J) Nieto de Ossorio, natural de Santiago de Cuba, e hija legítima de D. Luis Nieto de Villalobos y de Da. Graciana Ossorio de Pedroso. Villalobos era pues el segundo apellido del padre de Da. Bárbara Gertrudis Nieto, madre del prelado. Esta información se obtiene de la partida de matrimonio de los padres del Obispo Hechavarría, que se encuentra en la Parroquia de la Santa Iglesia Catedral de Santiago de Cuba en el Libro 2º de Matrimonios de Blancos, al folio 76, partida número 24. Allí aparece, con fecha 9 de Septiembre de 1724 la partida de matrimonio del Alférez D. José de Hechavarría, de esa ciudad, hijo legítimo del Sargento Mayor D. Mateo de Hechavarría y de D^a Ana María Girón (Xiron), difuntos; con D^a Bárbara Gertrudis (con J) Nieto de Ossorio, de esta ciudad, hija legítima del Secretario D. Luis Nieto de Villalobos y de D^a Graciana Ossorio de Pedroso. Debemos hacer presente que estos datos los debemos a la gentileza del señor Cura Económico de la Parroquia de la Santa Iglesia Catedral de Santiago de Cuba, Pbro. José López Pujol, y al interés puesto en la gestión realizada por nuestro distinguido amigo, el R. P. Carlos González-Cutre, S. J., del Colegio de Dolores de Santiago de Cuba.

Una última aclaración nos queda por hacer antes de terminar, y es en relación a lo manifestado por el Profesor Mesa Rodríguez en el párrafo final de su carta donde presenta sus "breves apuntes", como él los califica, como "un dato más", "que puede obligar a pensar y una pista para investigar en los archivos de la Sociedad Económica". Con respecto a este punto, y para confianza de los

lectores en lo que respecta a la pulcritud de nuestra investigación debemos manifestar que durante casi todo el año 1948 y gran parte del 1949 uno de los autores de este escrito trabajó durante varias horas diarias en el Archivo de la Sociedad Económica de Amigos del País, con autorización especial que le fué concedida por la Junta de Gobierno de la referida institución, en acuerdo de fecha 24 de Noviembre de 1947 (Libro de Actas de Juntas de Gobierno. Del 24 de Noviembre de 1947 al 26 de Octubre de 1950, fol. 6). En esa época buscaba material para su trabajo sobre el primer químico cubano, trabajo que presentó al Octavo Congreso Nacional de Historia celebrado en Trinidad del 4 al 7 de Diciembre de 1949, y cuyo material ampliado después y reordenado, publicó la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación en 1951 en uno de sus Cuadernos de Cultura, que lo fué el número 4 de la Novena Serie, contando el volumen 316 páginas. En su búsqueda de datos sobre ese primer químico cubano examinó *papel por papel* todos los que se encontraban en las setenta carpetas que constituyen el valioso Archivo de la Sociedad Económica de Amigos del País. Llegó inclusive a inventariar el contenido de las treinta primeras, inventario o índice que conserva en su poder. Pues bien, aunque halló muchos datos sobre la instalación de la Biblioteca, Museo y demás dependencias de la Sociedad en los distintos lugares donde se radicaron —no sólo en el ex-convento de los Capuchinos, confundido por el Profesor Mesa Rodríguez con la pequeña iglesia de San Felipe Neri— nada encontró que ni siquiera insinuara una pista sobre los restos del Obispo Morell de Santa Cruz, asunto por el que ya se interesaba desde aquella fecha.

Creemos con esto haber dejado suficiente esclarecido el asunto que motiva esta larga exposición, y solamente nos resta pedirle excusas por lo inevitablemente extensa que ha tenido que resultar. Consideramos, sin embargo, que esa Dirección sabrá disimular dicha falta, habida cuenta de que esta aclaración pormenorizada se la merecen en primer lugar los cultos lectores de esta *Revista*, y la seriedad que siempre ha caracterizado a este órgano oficial de la Biblioteca, publicación que es moledo en su género, y en segundo término la persona tan distinguida en el campo de la

Historia de Cuba que nos ha honrado con su atención y comentario a nuestro trabajo.

Somos de Ud. con la mayor consideración.

Luis F. LeRoy y Santiago Arévalo.

TESTIMONIOS

Ref 7A
17

7A

Enero 10 de 1955.

BIBLIOTECA NACIONAL LA HABANA	
* 15.-Enero-55 *	
ENTRADA No. 382	✓

Sra. Lilia Castro de Morales
Biblioteca Nat. Castillo de la Fuerza
La Habana, Cuba.

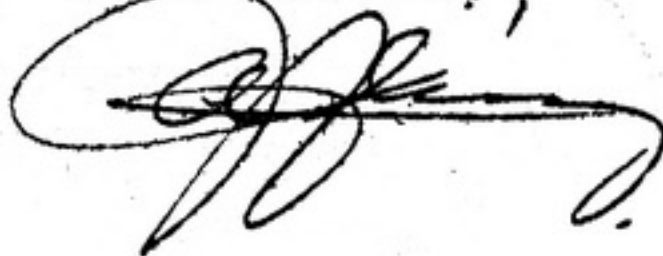
Muy distinguida señora:

Es indescriptible el gusto que me dió al recibir su atenta carta fechada el 13 de noviembre del p.p. y en mi concepto no es para menos, pues es la primera vez que recibo correspondencia de la hermana República de Cuba, incluso de una persona tan distinguida como Ud.; en cuanto a su amabilidad, francamente me sorprende sobre manera, ya que no es frecuente dar importancia en el alto puesto que desempeña a las peticiones de un anónimo, por tal razón me siento más halagado y haré todo lo que esté de mi parte por ser siempre merecedor a la distinción y calificativos que me hace en su carta.-

Respecto a los folletos y monografías, recibí todo absolutamente de acuerdo con su relación adjunta y empecé a leer inmediatamente la interesante revista intitulada Biblioteca Nacional.

Sé perfectamente que en su caso el factor tiempo es muy importante, razón por la que me abstendré en lo sucesivo de distraer su atención con mis cartas, agradeciendo en ésta todas sus gentilezas y aprovechando la oportunidad para desearle todo género de felicidades para el presente año quedando de Ud. su áto. y S.S.

Abel Gómez Núñez,



Artes #140-9
Colonia San Rafael.
México, D. F.

Ref. 7.
2

1855 - AÑO DEL CENTENARIO DEL GENERAL EMILIO NUÑEZ - 1955

BUENOS AIRES, 22 de Octubre de 1955.-

Sra. LILIA CASTRO de MORALES
Directora de la Biblioteca Nacional
La Habana - Cuba.

BIBLIOTECA NACIONAL LA HABANA	
★ 27 OCT. 1955	★
ENTRADA No. 240	

Distinguidísima señora:

Deseo presentarle mi más cordial aplauso por la magnífica labor de cultura, que con tan señalada fineza y alcurnia espiritual, viene desarrollando usted en la Dirección de la Biblioteca Nacional de La Habana; de cuyo esfuerzo, tan elocuentemente nos hablan las entregas de la simpática REVISTA, en su periódico arribo a nuestras manos, trayéndonos el renovado mensaje de la tierra cuna del Apóstol MARTI.

Me complace en adjuntar a la presente, la tarjeta de acuse por los números 1 y 2 del año actual, por cuya atención doy a usted mis más sinceras gracias.

Con estos sentimientos, reciba el respetuoso testimonio de estima y simpatía intelectual de,



Salvador Saiaci Couto.-

Casilla de Correo Central nº 1018
BUENOS AIRES.

Rep. Argentina.-



Guayaquil, 14 de Junio..... de 1956

Señora doña
Lilia Castro de Morales,
Directora de la
Biblioteca Nacional de
La Habana.



Distinguida Señora:

Me ha sido sumamente agradable recibir su amable carta que contesto.

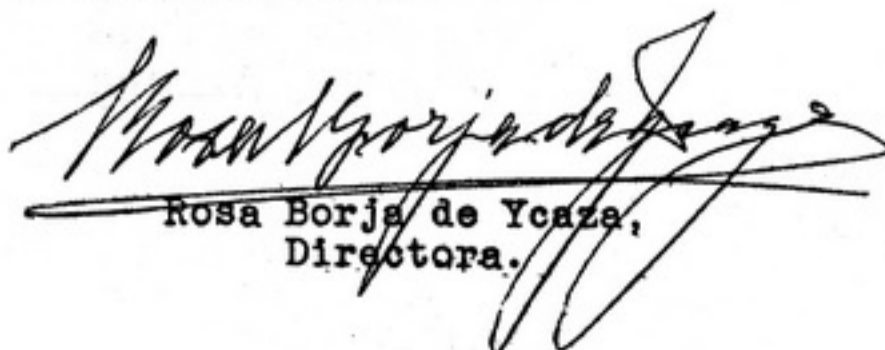
Refiriéndome a su bondadosa insinuación de que le dé mi parecer sobre la importante Revista de la Biblioteca que usted tan acertadamente dirige, le haré presente que antes de recibir su comunicación, ya me preparaba a solicitar de usted que se dignara favorecernos con tan valioso envío, pues, los últimos números con que aquí contamos de la referida publicación datan de diciembre de 1953.

Encuentro que su Revista, por el nutrido e importante material de lectura que la informa, es sumamente interesante y que como tal está llamada a cumplir en forma activa la altísima misión de estrechar los lazos intelectuales entre los países de habla hispana. La felicito, pues, por esa noble tarea en la que se encuentra usted empeñada y en la que le deseo merecidos triunfos.

De acuerdo con su bondadosa solicitud de que le envíe una colaboración mía, solicitud que desde luego agradezco de todo corazón, acompaño a la presente un artículo titulado El Arte como Función Social. Asimismo tengo el gusto de remitirle mi último libro de poemas Ritmo Espiritual, del que usted podrá escoger la composición que mejor le parezca para su publicación.

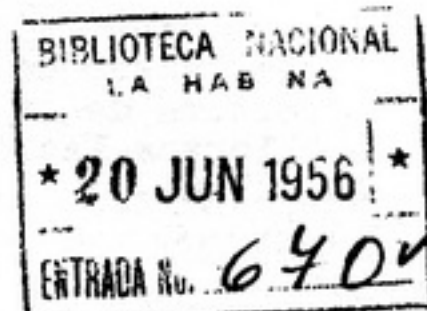
Aprovecho de la oportunidad para suplicarle que se digne informarnos de si sería posible que estableciéramos un servicio constante y ordenado de canjes entre la Biblioteca Nacional de su digna dirección y ésta que está a mi cargo, a fin de difundir el conocimiento de los valores intelectuales con que cuentan nuestros respectivos países.

En espera de su grata respuesta, le renuevo mis sentimientos de amistad y consideración.


Rosa Borja de Ycaza,
Directora.

OFICINA HONDUREÑA
DE
COOPERACIÓN INTELLECTUAL
CASA PRESIDENCIAL
TEGUCIGALPA, HONDURAS

15 de junio de 1956



Doctora
Lilia Castro de Morales
Directora de la Biblioteca Nacional
Castillo de la Fuerza,
LA HABANA, CUBA.-

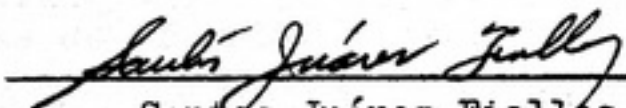
Me es grato acusar a usted recibo de la valiosa "Revista de la Biblioteca Nacional" publicada bajo su digna dirección.

Encontramos que su publicación es interesante, amena, bien presentada por lo cual la estamos leyendo con sumo interés.

Si no fuera una gran molestia le agradeceríamos remitirnos cinco ejemplares.-Por nuestra parte le enviaremos regularmente "Noticias de Honduras" órgano de divulgación de esta Oficina, lo mismo que otras obras hondureñas.

Por este mismo correo le hacemos la primera remisión de las obras intituladas: "La Cosecha", "Estudio Físico Técnico comparado del Fútbol Hondureño", "Senderos" y "Cosas de mi Tierra".

Sin otro particular me suscribo de usted como su muy atento y seguro servidor.


Santos Juárez Fiallos
Secretario de Información

VIDA DE LOS LIBROS

BIBLIOGRAFICAS

FERRARA, Orestes.—El Cardenal Contarini, un gran embajador veneciano...

Aunque nacido en el siglo XV, Gasparo Contarini fué hombre del XVI. La suya llegó a ser una vida extraordinaria, desenvuelta en el trabajo constante y ascendente. A ella ha dedicado, al cabo de cuatro centurias, un libro fundamental Orestes Ferrara. El biógrafo merece bien del biografiado. De común hubo en ambos el origen italiano y la actividad diplomática. Contarini subió hasta la dignidad cardenalicia. Ferrara templó su alma en la conquista y consolidación de la independencia de Cuba.

El nuevo libro de Ferrara, *El Cardenal Contarini, un gran embajador veneciano*, responde a una excelente mecánica historiográfica. En él aparecen estudiados hombres e instituciones con los cuales estuvo en estrecha relación este varón del Renacimiento, uno de los estadistas formados en la república del Adriático para su mejor servicio y mayor gloria. Contarini fué embajador u orador, como solía llamársele, de la Señoría, el alto poder político véneto, y su carrera resultó inusitada por lo arduo de sus cometidos. Ferrara ha llegado a las entrañas de las misiones del Orador, y su reconstrucción intelectual permite sopesar la entidad de labores internacionales que sentaron enseñanza trascendentes. De los despachos y relaciones de Contarini ha extraído Ferrara lecciones penetrantes.

La Señoría situó a Contarini en puntos de la mayor importancia para los negocios públicos de Venecia. Alemania, España, Francia e Italia fueron teatros de las actividades del Embajador. Su gestión cerca del emperador Carlos V —el rey Carlos I de España— lo adiestró en el manejo de intrincados intereses internacionales, en los que la política y la religión demandaban pareja

atención. Momento hubo en que el legado necesitó negociar de consuno con el Imperio y con el Papado. Al cabo, sin haber desempeñado función eclesiástica alguna, ascendió a príncipe de la Iglesia, con cuya cabeza visible había examinado querellas existentes entre la Señoría y la Santa Sede. El Cardenal estuvo al servicio de Roma con la capacidad con que había deliberado sobre el poder temporal del sucesor de San Pedro. En recuerdos durables, a lo largo de un tercio de siglo de difíciles tareas de Contarini, ya en Venecia o representando a Venecia, ya en Roma o representando a Roma, ha seguido Ferrara los avatares de una de las personalidades que dieron lustre al luminoso siglo XVI.

El momento culminante de las faenas diplomáticas de Contarini fué aquel en que la Señoría aumentó sus responsabilidades públicas confiriéndole doble embajada. En Bolonia el Orador estuvo acreditado a un tiempo ante el papa Clemente VII y el emperador Carlos V. El Pontífice no cedió a sus ruegos en defensa de la dominación de Venecia sobre las ciudades de Cervia y Rávena. El César le mostró particular estimación. En medio de muy encontrados intereses el legado véneto exhibió lo mucho que en él había de equilibrio interior, aptitud humanista y don suasorio. Aún en los instantes en que no lograba triunfar de la ambición o del orgullo de sus contradictores era su palabra escuchada con respeto.

Las reflexiones de Ferrara en torno al calidoscopio de acontecimientos que Contarini administró corresponden a las dotes de un excelso conocedor del siglo de la máxima expansión del mundo cristiano. En una feliz aleación de agudeza, gracia justedad y estilo el biógrafo ha reconstruido pugnas y conciertos que pusieron a prueba la vitalidad de los valores de que era custodio el biografiado. Como genuino historiador, maestro en la crítica y en el avivamiento del pasado, el doctísimo autor no se aparta jamás de la buena técnica consistente en juzgar los sucesos sujetos a su estudio sin olvidar las convicciones y los criterios predominantes en otras épocas.

El Contarini exaltado por Ferrara reunió cualidades bastantes para descollar entre sus contemporáneos. *Primus inter pares* fué

el diplomático de raza y de ánimo que actuaba para el bien con suprema energía, y usaba hábil y llana dialéctica, y escribía prosa sencilla y precisa, y empleaba a la vez pompa, seriedad y sutileza, y poseía elasticidad mental, y obraba con exquisita cortesía, y consideraba prudente elaborar más de una solución para un solo conflicto, y adquiría autoridad de árbitro en cuestiones graves en que era parte, y derramaba lágrimas sobre la suerte de los cristianos nuevos, como él llamaba a los conversos de procedencia judía. Orestes Ferrara ha acrecentado con su estudio sobre Gasparo Contarini la reputación de esclarecido conocedor e intérprete de hombres, ideas y hechos de la Europa que aceleró su movimiento ascensional mientras América surgía como una invención maravillosa.

Emeterio S. Santovenia.

GARCIA BARCENA, RAFAEL. Redescubrimiento de Dios (una filosofía de la religión). La Habana, Editorial Lex, 1956.

Corresponde a las letras cubanas la gloria de contar en su producción actual con una de las obras filosóficas de mayor envergadura que han aparecido en la época contemporánea acerca del problema del Ser Absoluto. El "Redescubrimiento de Dios" —título de este libro—, realizado con un riguroso espíritu de investigación, débese a una de las figuras más sólidas y originales del pensamiento cubano: Rafael García Bárcena.

Partiendo del concepto de la necesidad vital, que es el punto básico de que se sirve para elaborar su tesis, nos lleva progresivamente desde sus manifestaciones primigenias hasta las más elaboradas afincándose en el principio de que cada función inmanente inscripta en los seres animados tiene su correlación en un objeto de su mundo trascendente. O sea que todo viviente, al expresar una carencia, se convierte de hecho como en una pantalla de radar que está señalando el objeto a que ha de dirigirse para mantener su integridad —lo que para el autor equivale a reintegrarse en el todo de que forma parte.

Por lo antes dicho puede comprenderse que aquí se sustenta la idea de estructura para explicar la vida como unidad funcional do-

tada de sentido. Y debe destacarse un concepto filosófico nuevo que esta obra introduce, el de “tensión directriz”, aplicando al mecanismo descrito de la necesidad vital entre sus dos polos: lo inmanente y lo trascendente.

Pasando de la irritabilidad, que es factor originario de lo biológico, a la intencionalidad o actividad característica de la vida psíquica, llegamos a la fe como función vital por excelencia para cumplir los fines de la esfera espiritual.

Aquí desemboca la teoría en la premisa que marca la fundamentación lógica de sus principios: “el hombre es el ser viviente excepcional con necesidades que no pueden satisfacerse con objetos de este mundo.” Y esto se debe a que es la única criatura que goza de intencionalidad espiritual, la cual apunta en su aspiración a objetos absolutos.

El objeto metafísico que constituya el compendio de los valores absolutos en todos sus aspectos: verdadero, todopoderoso y supremamente bueno y bello, ya “no podría ser caracterizado como algo, sino como Alguien”. Y ese Alguien, que personifica la necesidad vital más alta del hombre para su coordinación con la realidad total, no puede ser otro sino Dios.

Quisiéramos dejar indicada ahora una cuestión que resultaría interesante en torno a este problema.

De lo antes tratado puede colegirse que es la propia naturaleza espiritual del hombre la que determina la validez, lo que garantiza la existencia real, del objeto metafísico que constituye la Divinidad. Esto es lo que hace su aparición —la de la intencionalidad espiritual— sea considerada por este autor un “acontecimiento capital” en el Universo.

Lo mismo que el mundo puede estar o no ahí, pero no es hasta que el hombre toma conciencia de él, se presenta aquí un caso análogo en relación con el Ser Absoluto como una derivación paradójica de aquel principio.

Si Dios requiere del espíritu humano para que le dé el *ser*, al adquirir sentido en su conciencia apuntando hacia El, ¿quién crea a quién?—O, ¿es que ambos llegan a *ser* simultáneamente?

Quizás el mayor mérito filosófico de esta obra estribe, no precisamente en la idea central que sustenta, sino en los medios de que se vale, o método utilizado, para llegar a la misma. Porque lo que más resalta en ella es, para nosotros, su profunda unidad de concepción, no una unidad monolítica en el sentido mecánico, sino su organicidad interna como algo vivo, palpitante, que se desenvuelve ante nosotros como el fluir de la idea en la personalidad del autor.

Así como el maestro francés Henri Bergson, uno de los grandes precursores del movimiento contemporáneo, señaló el papel de la intuición para captar lo medular de la vida en su evolución creadora, García Bárcena ha realizado el hallazgo de la fe como instrumento necesario de la filosofía en la fundamentación ontológica.

El análisis comparativo de la experiencia y de la fe que él desarrolla en relación con la determinación de la realidad total podría figurar airoosamente en cualquier tratado de Metafísica dentro del acervo Universal de la Filosofía. Nos han resultado particularmente interesantes sus especulaciones acerca de la específica "consistencia ontológica de la apariencia, así como su criterio de aplicar el concepto de la vida en la definición de lo metafísico. La "crítica de la fe pura" que él esboza, como necesario complemento de la crítica de la razón de Kant es uno de los aportes más originales y sugerentes que se han hecho últimamente en el campo intelectual.

Aficionados al estudio de la filosofía latinoamericana, el "Redescubrimiento de Dios" equivale para nosotros —en ese ámbito regional —a la "Teoría del Hombre" del gran filósofo argentino Francisco Romero.

Déjesenos indicar, por último, el mensaje subjetivo que nos parece desprenderse de esta tesis y que nos mueve a relacionarla con otra obra, al parecer tan disímil, como los "Diálogos sobre el Destino" del inolvidable Gustavo Pittaluga. Es el cálido aliento vital de su fe, esa fe que tanto necesita el hombre contemporáneo para continuar luchando por los valores que le dan sentido a la existencia.

Victoria Caturla Bru.

CASTAÑEDA, Jorge—*México y el Orden Internacional. El Colegio de México, México D. F. 1956. p. 245.*

Tiene el presente trabajo, la finalidad de describir la posición de la política mexicana en relación con el problema de la organización internacional, destacando especialmente las cuestiones sobre la existencia y actividades de la Organización de las Naciones Unidas.

Esta prestigiosa figura de la diplomacia mexicana, examina detalladamente en esta interesante obra, las funciones y límites de las Naciones Unidas, el principio de la universalidad y la admisión de nuevos miembros, así como los variados aspectos que tienen conexión con la seguridad colectiva.

La legítima defensa colectiva y los convenios regionales que la regulan, se encuentran estudiadas en esta obra, como asimismo es analizada con gran sentido político, la existencia de organismos regionales y el reconocimiento de los mismos, como parte de la unidad mundial.

La organización de las entidades dedicadas al estudio y solución de los problemas coloniales, es también objeto de la consideración de este Delegado mexicano ante la Organización de las Naciones Unidas, pues la actitud que han asumido distintas naciones colonialistas, al ser examinadas por el autor de esta significativa obra, nos pone en conocimiento de lo concebible que es la lucha que libran los pueblos coloniales, por su liberación, y que de no resolverse muchos de los problemas que ellos han engendrado, continuarán como permanentes focos de conflictos mundiales, y por lo tanto es recomendable el estudio de este documentado libro.

Dr. Antonio Linares Fleytas.

GARCIA AMADOR, Francisco V.—*La Utilización y Conservación de las Riquezas del Mar. La Habana, Editorial Lex. 1956. p. 250.*

El distinguido internacionalista cubano, a quien J. P. A. Francois elogia por su habilidad, perseverancia, tacto y perfecta buena

fe, durante su última actuación en la Comisión de Derecho Internacional de la Organización de las Naciones Unidas, ha publicado un interesante libro, referente a la utilización y conservación de las riquezas marítimas, pues los preceptos sobre la protección de los recursos vivos del mar, que contiene el proyecto de convenio internacional, que regula esta materia y que está insertado en el Informe del mencionado organismo codificador de las Naciones Unidas, es obra exclusiva de este talentoso tratadista.

Este volumen que contiene las conferencias pronunciadas por el Dr. García Amador, en la Escuela de Funcionarios Internacionales de Madrid y en el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra, se refiere principalmente a la evolución histórica de los espacios marítimos, al principio de la libertad de los mares y a la utilización y protección de sus riquezas; examinando notablemente los problemas concernientes a los recursos naturales del subsuelo y del lecho marítimo, a la naturaleza y alcance de las reivindicaciones nacionales de las áreas submarinas y a la naturaleza y fundamento de los derechos del Estado ribereño.

El ex-profesor de Derecho Internacional de la Universidad Interamericana de Panamá, demuestra un profundo conocimiento de la cuestión específica de la conservación de los recursos vivos del mar, al analizar su aspecto técnico y científico, estudiado en la Conferencia Técnica Internacional para la Conservación de los Recursos Vivos del Mar, así como cuando explica, las finalidades actuales de la conservación y el propósito de la tesis cubano-mexicana sobre sus aspectos económico-social, como el carácter y alcance general de esta tesis, que discutió dicho evento internacional.

Igualmente examina los problemas suscitados en torno al reconocimiento y protección del interés especial del Estado ribereño y el sistema y propósitos básicos del nuevo proyecto, elaborado por la Comisión de Derecho Internacional, en cuya redacción tuvo una destacada participación.

Finalmente estudia la nueva noción del interés especial del Estado ribereño, en relación con la protección general del nuevo

ordenamiento jurídico de los espacios marítimos, así como el problema de la anchura del mar territorial y la función del principio de la libertad de los mares en el derecho internacional actual.

Este libro que constituye uno de los grandes documentos de la historia del derecho internacional, debe ser estudiado por cuantos se interesen en la solución de los problemas internacionales contemporáneos.

Dr. Antonio Linares Fleytas.

DU-QUESNE Y DE ZALDO.—El Proceso de Desarrollo Económico y la Coyuntura Cubana. 1957 La Habana. Publicaciones del Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba. pág. 58.

Un distinguido economista cubano, que no rehusa la responsabilidad de exponer sus consideraciones sobre el cuadro económico de nuestro país y su dinámica actual, lo es el Dr. Carlos Du-Quesne y de Zaldo, que actualmente desempeña el cargo de Vice-Presidente-Director a cargo de la División Industrial del Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba, que en el No. 12 de las Publicaciones de ésta entidad bancaria, recoge la conferencia que pronunció en la Fraternidad de Alumnos de la Facultad de Ciencias Comerciales de la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva.

En este interesante trabajo, el Dr. Du-Quesne, hace unas breves consideraciones acerca del desenvolvimiento económico y cambios que frecuentemente se han producido en la coyuntura cubana, la contracción de los mercados azucareros en 1952 y la repercusión que ha tenido en la economía de Cuba.

Los recursos económicos de que dispone la nación y los objetivos y resultados de la política compensatoria desenvuelta por las autoridades que orientan la economía de nuestro país, son admirablemente analizados en este documentado trabajo, así como igualmente hace un recuento del aumento de la deuda pública y de la disminución de las reservas monetarias internacionales.

Los aspectos en torno a la política crediticia y a la actividad de las organizaciones paraestatales de créditos, así como los objetivos, proyecciones y posibilidades, como la financiación en el proceso del desarrollo económico cubano, cuya complejidad se expone en este magnífico estudio, son también revisados por el destacado especialista de asuntos económicos, Dr. Carlos Du-Quesne, que en cuestión de pocos años, ha desarrollado una fructífera labor en el fomento de nuestra economía.

Concluye el citado autor haciendo una breve síntesis sobre la actual evolución del desarrollo económico de nuestra nacionalidad, y por cuya razón y demás cuestiones que trata, acreditan a este trabajo como uno de los mejores que se han publicado en relación con los problemas económicos cubanos.

Dr. Antonio Linares Fleytas.

RODRIGUEZ ALTUNAGA, Rafael.—Código de Comercio. Tercera Edición. p. 743. 1957. La Habana. Jesús Montero, Editor.

El destacado jurisconsulto e ilustre historiador, Dr. Rafael Rodríguez Altunaga, ha enriquecido nuevamente a la ciencia jurídica, al preparar la tercera edición del Código de Comercio, que le encomendó el prestigioso editor, Jesús Montero, precursor de la compilación legislativa cubana en todas sus ramas, y en la cual se ha agregado bajo la dirección de este distinguido periodista, nuevos apéndices que contienen la legislación mercantil complementaria y las disposiciones que organizan y le imparten funcionamiento a las instituciones bancarias paraestatales.

Todas las demás materias que sobre la legislación mercantil, se han promulgado en nuestro país después de 1949, están insertadas y admirablemente clasificadas en esta magnífica obra de derecho comercial.

La presente edición que está perdurablemente vinculada a la concepción que sobre esta materia tiene el Dr. Rodríguez Altuna-

ga, es un cuerpo unificado, de disposiciones legales, que responden en su estructuración a la técnica jurídica de los tiempos modernos y su contenido ha de ser muy útil para el trabajo profesional de Abogados y especialistas en asuntos económicos.

Dr. Antonio Linares Fleytas.

SANCHEZ ROIG, Mario.—La imprenta en América. La Habana, Instituto Nacional de Cultura, 1957.

Tal vez resulte redundante incluir en una sección periodística intitulada "Bibliografía", una obra maestra de Bibliografía como ésta que gentilmente nos obsequia el doctor Mario Sánchez Roig, con el rubro de "*La Imprenta en América*" ("Ensayo Histórico") editado por el Instituto Nacional de Cultura del Ministerio de Educación, organismo aquél del cual es Asesor ilustre el autor de la obra comentada.

En nuestro país tropical, donde abundan las improvisaciones, donde el esfuerzo creador se reduce muchas veces al brote espontáneo de eso que se llama "inspiración", o a la actividad un tanto anárquica a menudo de la fantasía o del sentimiento exuberantes, y donde, en cambio, ocupan lugar reducidísimo dentro de las actividades culturales quienes dedican lo más jugoso y fructífero de su vida a la investigación científica, a la paciente búsqueda bibliográfica, al amoroso recuento y comentario de los hallazgos laboriosamente obtenidos a través de lustros y décadas —toda una existencia personal— de estudio y observación; en estas soleadas tierras donde tanta resonancia adquiere cualquier desplante estentóreo y tan poco eco encuentra la meditación propia y exhaustiva, resulta impresionante en realidad, por lo casi excepcional y abnegada, la obra de un estudioso, de un investigador, de un bibliógrafo erudito, dotado a la par de poderosa capacidad esclarecedora y crítica. Tal es el caso en verdad extraordinaria del doctor Mario Sánchez Roig, hombre de ciencia y letras, que al cultivo competente de la Medicina aúna la sabiduría del investigador en Ciencias Naturales, la documentación del Paleontólogo, la cultura del arqueólogo e historiador, la pulcritud expositiva del literato y, en suma y quizás sobre todo, la labor del Bibliógrafo.

De esta su actividad últimamente citada, es muestra el ensayo histórico de que tomamos nota: "La Imprenta en América", donde el doctor Sánchez Roig vuelca en orden creador el tesoro preciado de sus hallazgos, los que bien podrían ser a veces calificados de descubrimientos genuinos en el campo de la investigación, del cotejo crítico, de la contrastación documental. Bien sabe que la Historia no es mera relación de hechos, sino coordinación de los mismos, ordenamiento sistemático, depuración crítica de los conocimientos, valoración objetiva de los documentos, calibración de los mismos a la luz de los conocimientos científicos más completos y recientes. De ahí que este trabajo histórico del doctor Sánchez Roig, en que hace explosión objetiva y racional de la aparición y el desarrollo de la Imprenta en este hemisferio, deteniéndose asimismo en nuestro país con amoroso cuidado, sea no sólo una obra de memorización y de enumeración libresca, sino también de enjuiciamiento estimativo, de reflexión, de raciocinio cuyas lindes tocan a veces las de la filosofía de la historia.

No vacilamos, pues, en considerar el presente estudio como una obra de la razón científica, y no sólo de arte expositivo; con lo que una vez más evidencia la Historia su condición de ciencia, tal como también lo aduce Enrico de Michelis. Siendo el doctor Sánchez Roig un hombre de ciencia, no era de extrañar que impartiese a su labor histórica la impronta de su condición personal más calificada. Este folleto debido a su saber, quedará sin duda como uno de los más felices logros de la Bibliografía, no sólo en Cuba, sino en las Américas en general.

Antonio Martínez Bello.

PIÑERA LLERA, Humberto.—Lógica, La Habana, Editorial Lex, 1956.

Hemos tenido el privilegio de recibir el admirable texto de "Lógica" debido al talento y saber del distinguido pensador cubano doctor Humberto Piñera Llera, Profesor de Filosofía en el Instituto de la Víbora y de la Universidad nacional. El texto fue editado pulcramente por la Cultural S. A. y constituye sin duda uno de los

más excelentes aportes hechos a la enseñanza de dicha disciplina en el bachillerato.

Satisfaciendo la demanda de los Programas Oficiales vigentes y, a la vez las orientaciones más válidas del pensamiento contemporáneo tanto en lo que respecta a la Enseñanza como en lo relativo a la investigación del conocimiento y sus leyes, el libro del doctor Piñera Llera tiene asimismo la cualidad poco común de estar impecablemente escrito en un estilo claro, diáfano y a veces brillante, con notables aciertos de elocución y forma.

Tras realizar una exposición histórica de la Lógica, sus modalidades y exponentes cimeros, se adentra luego en cuestiones a la par tan hondas e incitantes como "La Lógica y el Problema de la Objetividad", las Leyes fundamentales del pensamiento, el Concepto, la Definición, el Juicio, la Inferencia inmediata, la Inferencia mediata, el Silogismo, los Problemas del Saber y de las Ciencias, la Investigación Científica, la Demostración, la Manipulación Científica. Tal como se advierte en el plan de exposición, la obra es no sólo de interés para los estudiantes o alumnos oficiales y privados, sino también para cuantos —estudiosos o meros lectores— se interesen por estas nobles perspectivas del saber desinteresado.

Por otra parte, el libro esquivo con puntual lucidez el peligro —oteado y temido por el autor— de incurrir en el defecto, común a muchos textos de Segunda Enseñanza, de hacer fatigoso y desorientador el estudio de una disciplina a causa de que en general han de poseer medularidad y también conjuntamente un sentido de síntesis, del límite inexcusable y, por consiguiente, no es raro que resulten oscuros, cuando no someros. Tales riesgos fueron evidentemente obviados por el doctor Piñera, cuya obra comentada ostenta innegables calidades de materia completa en sus perfiles fundamentales, sentido pedagógico en la comunicación de las ideas, documentación y fácil comprensión por el lector, que mediante la obra obtiene una visión panorámica de la materia, suficiente para incitar a otras lecturas que amplíen y completen las perspectivas generales allegadas.

Muy de aplaudirse es, por lo demás, la integridad intelectual del doctor Piñera Llera en cuanto al material de otros autores que

cita intachablemente. Conozco algún texto de Enseñanza gran parte del cual es copia literal de otros publicados por autores varios, a quienes no menciona en lo mínimo. El doctor Piñera, en cambio, señala paladinamente:

“Cuando las circunstancias lo han aconsejado, he preferido valerme de la exposición de otros autores cuya reconocida competencia y maestría de expresión permiten lograr una impresión clara, directa y por lo general breve en puntos cuya exposición crítica hubiera exigido de mi parte mayor complejidad y en consecuencia mayor oscuridad. Y a este respecto, quiero dejar aquí expresa constancia de mi gratitud, de modo especial, a los profesores Francisco Romero y Manuel Granell. De sus respectivos textos de lógica he utilizado, sin duda que con abuso de su inagotable condescendencia, todos aquellos pasajes que resultan no sólo esclarecedores, sino también interesantes por el acierto y la elegancia de la exposición”. Esta honradez y modestia intelectuales del doctor Piñera son tanto más encomiables si se tienen en cuenta su capacidad, saber y calidad de estilo literario. Por otra parte, su conducta es absolutamente válida, y nosotros somos de los primeros en utilizarla en algunos de nuestros trabajos. Es preferible citar textos ajenos, si bien haciendo constar pulcramente su procedencia, que no aprovecharlos descocadamente sin nombrar al autor y sin colocar siquiera entre comillas los párrafos tomados, como hacen algunos y hasta algunas.

A. M. B.

PIÑERA LLERA, Humberto.—“Introducción a la Filosofía”.
La Habana, Cultural, 1956.

Con referencia estricta a los Programas Oficiales vigentes sobre estudios filosóficos en el Bachillerato, ha publicado el relevante pensador y educador cubano doctor Humberto Piñera Llera un magnífico texto de “Introducción a la Filosofía” en la casa Cultural, S. A.; y tanto el autor como la empresa editora se han hecho una vez más acreedores a la gratitud de la docencia nacional por este aporte a la Enseñanza Secundaria.

La obra fué objeto, sin duda, de amplias meditaciones y esclarecimiento previos a la redacción de la misma, pues antes tuvo

el distinguido profesor que resolver algunas dubitaciones y disyuntivas referencias al método que habría de seguir y a los problemas que hubo de afrontar. De ahí que el libro sea de importancia tanto en la mesa de trabajo del estudiante como en la biblioteca general de todo hombre aficionado al saber mayor.

La obra se aparta de ese esquematismo seco y a menudo inextricable, a fuerza de sintético y en definitiva oscuro, de algunos libros al uso en relación con la materia. Sin agotar la cuestión —no es su propósito—, la publicación citada vierte clara e incitante luz sobre la generalidad del panorama filosófico, tanto en sus problemas como en su dimensión histórica. Lo hace con ese sentido gradual y ascendente, por así decirlo, de todo buen texto con igual propósito. Y el lector o estudiante, tras haberse asomado a una perspectiva claramente iluminada y promisoría, se queda con la voluntad de complementar las ideas obtenidas mediante una investigación más detenida. Creo que, después de todo, éste es el éxito mayor a que puede aspirar todo libro de Enseñanza: incitar, despertar la vocación, estimular la curiosidad noble, desvelar metas y destinos, iniciar aptitudes.

El libro, de acuerdo con su proyección orientada a “corporizar” los problemas de la filosofía, insertándolos inclusive en el proceso histórico, dedica la Primera Parte a la sección que diríamos “Introductoria”, las posibles actitudes del hombre frente a la realidad el mito, la filosofía y la religión, la filosofía y la ciencia, la universalidad del saber filosófico, la cultura, la actitud filosófica, su vocabulario, los métodos de la ciencia y de la filosofía, los modos fundamentales de concebir la verdad, el conocimiento, la Ontología, los problemas de Dios y del alma, la Ética, la Estética, las Ciencias Naturales y la filosofía de la naturaleza, etc. Y la Segunda Parte se refiere a la Historia de la Filosofía, tanto en la Antigüedad como en la Edad Media, Edad Moderna y Edad Contemporánea, deteniéndose por último ante “La Filosofía en Cuba”, donde expone el pensamiento de los próceres cubanos José Agustín Caballero, Varela, los González del Valle, Luz y Caballero, José Manuel Mestre y Enrique José Varona.

Podremos sin duda discrepar de algunos puntos de vista del autor, pero no regatear en lo mínimo la altísima valoración que su libro merece. Hecha la salvedad de rigor, podríamos disentir, por ejemplo, del juicio un tanto negativo que hace en algún pasaje respecto a Varona y el Positivismo filosófico; dado que no creemos que todas las implicaciones e ideas del Positivismo y de Varona estén “decisivamente superadas” ni sean “trasnochadas”. En Cuba, algunas ideas de Varona siguen teniendo vigencia, al menos en el orden cívico, moral y patriótico. Y el mismo positivismo filosófico no ha caducado por completo en todos los órdenes, sobre todo si se considera que algunas tendencias recientes —continuaciones,— como el Neo-Realismo, el Realismo Crítico y sobre todo el Cientificismo más o menos filosófico, así como Instrumentalismo y hasta Pragmatismo, parecen en algunos aspectos reverberaciones de ciertas orientaciones factuales del Positivismo.

Como se sabe, se ha solido negar inclusive condición de Filósofo a Varona, y tal es una derivación crítica asaz discutible, por no decir injusta, merecedora de más amplios esclarecimientos.

A. M. B.

OBRAS DE PSICOLOGIA.

No escasean quienes atribuyen a los pueblos de raíz hispánica una dedicación casi exclusiva, en el orden editorial, a la publicación de obras literarias, poéticas sobre todo, y a lo sumo, destinadas a la Enseñanza primaria y secundaria como principal filón de lucro. La verdad es que, si bien esa perspectiva es diagnosticable en muchos países hispanoamericanos, inclusive alguno de cuyo nombre no quiero acordarme, también es muy cierto que algunas empresas editoras ubicadas en otras naciones ineroamericanas se distinguen por sus aportes filosóficos y científicos. Entre éstas, urge destacar en lo cimero la labor de la Editorial Psique, de Juncal 1131, Buenos Aires, República Argentina, de la cual acabo de recibir gentilmente obsequiados cuatro libros fundamentales orientados al estudio de la “Psique” humana: los siguientes:

Baudoin, Charles.— “*Introducción al Análisis de los Sueños*”, por Charles Baudoin, constituye un “relato de quince casos concretos, precedido de una exposición teórica”, con todo lo cual de contestación científica, objetiva, pormenorizada, a las preguntas con que se plantea la temática del texto: “¿Por qué y cómo se asocian las ideas y las imágenes, por qué y cómo se evocan unas y otras, sobre todo fuera de cualquier lazo racional y de cualquier esfuerzo voluntario? ¿Cómo comprender esta marcha espontánea, aparentemente caprichosa, de un espíritu que sueña o que, en estado de vigilia, cuando no piensa en nada, sueña sin embargo en mil cosas?” Inmediatamente, el gran investigador francés se adentra en un magistral análisis de los sueños, que bien podría considerarse como base para la comprensión de la estructura y funcionamiento general del psiquismo humano. Son de gran interés sus indagaciones en el Inconsciente tanto personal como colectivo en sus distintas manifestaciones, que culminan en la valoración de los símbolos. Ya, en este aspecto de su estudio, hace tiempo que habíamos tenido la oportunidad privilegiada de leer, de estudiar más bien, su obra “*Psicoanálisis del Arte*”, que de mucha utilidad nos ha sido y es en nuestra labor cotidiana de crítico de arte.

Allport. G. y Postman L. de G. Allport y L. Postman es un libro ameno e interesante tanto para el sociólogo erudito y serio como para quien, más ligeramente, pretendiera esclarecer el origen, curso, medio y fin del chisme... De todos modos, esta obra medularmente científica nos alumbrará ciertas facetas y reconditeces del rumor, realmente insospechadas por el hombre de la calle, particularmente al desnudar y alumbrar los intrincados vericuetos por donde el rumor nace en una mente interesada para prender en las ajenas y difundirse. Tal vez a los políticos interese la cuestión. ¿Y quién en Cuba no es político?

Piaget, Jean.— “*Psicología de la Inteligencia*”, por Jean Piaget, aunque teóricamente, si se quiere, del Psicoanálisis, que abarca sobre todo lo Inconsciente), esclarece las características, finalidades y funciones sobre todo adaptivas de la inteligencia en relación con la realidad, sin olvidar desde luego la indagación más o menos

teórica sobre los mecanismos intelectuales, la lógica y el pensamiento, así como los factores sociales del desarrollo intelectual.

—“*Psicología de la Mujer*”, por Mariana Leibl es el cuarto volumen de la Editorial Psique, de Buenos Aires. Trátase de una obra más sencilla y clara que las anteriores, a pesar de que algún pesimista podría alegar que nada es tan difícil de explicar o esclarecer como lo que piensa y siente una mujer. Pero allá quien diga tal cosa, pues yo me inhibo. Lo cierto es que la doctora Leibl, tal vez precisamente por ser mujer, navega con seguridad, gracia y lucidez en el psiquismo de sus hermanas de sexo, haciendo revelaciones no siempre conocidas por los del sexo feo. El libro estudia la “psicología de la mujer” tanto en el ángulo individual como el social, y es fácilmente comprensible por todos los lectores... y lectoras muy especialmente, a quienes hará ver con claridad el por qué de muchas reacciones femeninas en edades diversas y situaciones varias.

A. M. B.

ALMENDROS IBÁÑEZ, Herminio y Alvero.—Lengua española. Libro de lenguaje. 5º grado. Habana, Cultural, 1954. 212 p. música. 27 cm.

Hay quienes dedican toda su vida al medro del propio interés, bien sea material o mental, y otros que destinan lo mejor de su energía al esclarecimiento de las potencias espirituales de la humanidad, o por lo menos de aquella parte más pura e idónea para la formación, que es la niñez. En ese caso del talento y del saber orientados capitalmente al enaltecimiento de la sociedad precisamente mediante la purificación y fortalecimiento de sus raíces—las nuevas generaciones— se encuentra nuestro dilecto amigo el señor don Herminio Almendros, quien en colaboración con el señor J. Alvero acaba de publicar un excelente libro para la Enseñanza Elemental (5º grado) intitulado “Lengua Española”, en los talleres eficacísimos de la Cultural S. A. a cuyo núcleo de publicaciones docentes pertenece la obra de referencia. Esta ha sido elaborada de acuerdo con los nuevos cursos de estudios, y constituye la primera edición en color del texto.

Proyectado con fortuna hacia los principales mercados de Cuba y de América en general, especialmente Colombia, Venezuela, República Dominicana, Costa Rica, Guatemala, Perú, México, Panamá, San Salvador y Nicaragua, constituye un eficiente Libro-Cuaderno de Lenguaje, trazado sobre las normas pedagógicas alumnos juveniles.

Al logro de estos fines edificantes coadyuvan factores diversos, implícitos a la obra: el atractivo estético y también anecdótico de sus figuras y láminas en colores; su ordenado método; el estilo claro y correcto; la expresión amena y sencilla, a la par avalorada por más modernas y constructivas, e inspirado en motivos patrióticos, cívicos, morales, culturales, humanos y humanitarios, cuyo mensaje espiritual llega felizmente al corazón y a la mente de lo de los innegables cualidades literarias y estéticas en general. De esta manera, agradando y deleitando, se enseña al niño el uso del idioma, la corrección en el decir, la buena construcción y ortografía en suma. Gracia formal y seriedad de contenido se conjugan muy estimablemente en esta serie y en este nuevo libro de Almen-dros-Alvero, para propiciar la mejor orientación en la enseñanza por los maestros y en el aprendizaje consiguiente por los alumnos. De ahí que la serie de textos como el ahora comentado pueda parangonarse ventajosamente con los mejores que se publican en el extranjero.

El criterio didáctico que ha presidido la confección de esta obra señala cuán útil es la correlación, y a veces fusión, de los programas de Gramática con los programas de Lenguaje, mediante una orientación correcta que tenga muy presente tanto las necesidades de la Lingüística como las tendencias de la nueva Pedagogía. Se ha tenido también en cuenta la formación de palabras mediante la integración de voces y prefijos griegos y latinos. En verdad, aunque otra cosa parezca, este ejercicio elemental de etimología no resulta fatigoso ni desagradable para el juvenil alumnado, sino inclusive entretenido en grado sumo, facilitándole el mejor conocimiento de las palabras que utiliza a diario y sobre todo que habrá de emplear en estudios posteriores. Por otra parte, los diagramas y

dibujos en general propician el aprendizaje por medios visuales o plásticos de atracción efectiva para la curiosidad infantil.

A. M. B.

MARRERO, Leví.—“Viajemos por América”. Habana, Cultural, 1957. (Colección Geográfica Visualizada de las publicaciones Cultural.)

Viajar es una de las más ardientes y legítimas ambiciones espirituales que alientan muchas personas, sobre todo aquellas ávidas de gustar nuevas fuentes de cultura, o de conocer otras formas de vida, de pensar o sentir según dijera uno de nuestros poetas. Sin embargo, aunque no a todos esté deparada la suerte de traspasar los límites de la propia tierra, sí todo el mundo puede viajar con la fantasía o el conocimiento, adentrándose —sin salir del país— en los modos de ser, de pensamiento y emoción de otros pueblos, gracias a la ilustración allegable en libros de viaje, de documentación geográfica, sociológica o económica. Así como hay turistas que deambulan por el orbe como sus baúles, sin que se les pegue otra cosa que la etiqueta de los hoteles, pero sin obtener de sus periplos ninguna cultura; en cambio hay otros que, como Julio Verne, sin salir de su patria son capaces de darle la vuelta al mundo utilizando el medio superior de transporte que es la imaginación, el estudio, la lectura, los libros.

Entre estos libros destinados a que el estudioso y lector obtengan de otros países un amplio conocimiento, inclusive el de carácter óptico o plástico, se encuentra el admirable texto de enseñanza publicado en estos días por el ilustre educador, periodista y literato doctor Levi Marrero bajo el título de “Viajemos por América”, magníficamente editado por Cultural, S. A., con un lujo extraordinario de láminas en colores, fotografías, representaciones pictóricas y gráficas y cuantos otros medios de educación visual se revelan en nuestros días como de eficacia superior.

Pertenece este libro a la Colección Geográfica Visualizada de las publicaciones Cultural, S. A., y de antemano cuenta con un mercado amplísimo en los centros docentes de Cuba y de la Amé-

rica Española en general. Ha sido muy estimable, en la confección del volumen, la cooperación de la doctora Enriqueta Comas, pedagoga de reconocidos prestigios.

“Viajemos por América” es un manual de geografía inspirado en orientaciones innovatorias, tanto por su material como por su exposición y formato, y constituye la oferta más adecuada a la demanda existente en Nuestra América de un texto o serie de textos que permita la realización de una enseñanza gradual, paulatina, ascendente por grados desde los elementales hasta los superiores; todo ello estructurado en concepciones progresivas y actuales, con pleno sentido de contemporaneidad y hasta de actualidad, en lo cual también influye la condición periodística del autor, siempre alerta ante la noticia trascendente y vigilante ante una válida adecuación al curso de los tiempos; a la par que, como educador y tratadista riguroso, se atiene a los principios y orientaciones vigentes de la ciencia geográfica y de la pedagogía.

Hay, por otra parte, en el libro de referencia, predominio de los elementos visuales sobre la mera descripción, facilitando la comprensión de las nociones científicas y eludiendo en cierto sentido la pura memorización. También se utilizan frecuentemente los mapas, gráficos, referencias plásticas. Rige en toda la obra una voluntad manifiesta de incitar al estudiante a una simpatía o por lo menos intelección respecto a las naturaleza y sus relaciones con el hombre, es decir, los vínculos entre éste y su medio geográfico o paisaje. Al mismo tiempo, se propende a estimular en el alumno el sentimiento de solidaridad con los demás semejantes de la propia nación, del Continente americano y del mundo en general. Cobran, a lo largo de estas páginas incitantes, vital relieve los recursos económicos y la consciencia de que es preciso conservarlos, desarrollarlos, explotarlos debidamente y enriquecer con ellos la vida de la República.

La mera presentación del libro incita a hojearlo; fijar la vista en sus láminas, induce a leerlas. Estudiarlo, en suma, es como viajar fructíferamente. “Viajemos por América” es una invitación al más alto y más fecundo de los turismos: el de la fantasía y del conocimiento.

A. M. B.

SWIFT, Emerson H.—Arte, civilización y ambiente. Tr. por Luis de Soto y Sagarra. Habana, Cultural, 1957. 299 p.

Con motivo de celebrarse en esta época del año un aniversario más de la muerte de quien fué profesor eminentísimo de Historia del Arte en la Universidad de La Habana, doctor Luis de Soto y Sagarra, de imperecedera memoria entre quienes fueron sus amigos, sus discípulos, sus admiradores en suma, se ha puesto en vigencia la magnífica obra intitulada "Arte, Civilización y Ambiente", traducida del inglés por el insigne educador cubano. Como se sabe, el autor de la misma es Emerson H. Swift, doctor en Filosofía y Profesor de Bellas Artes en la Universidad de Columbia (New York); y fué publicada en castellano primero que en inglés como homenaje cordial del autor norteamericano al gran maestro cubano que la tradujo y comentó en un Prólogo. La obra, pues, fué inicialmente editada en Cuba, por la Cultural S. A., en un magnífico tomo de casi trescientas páginas y excelente impresión tipográfica. Como ratificación del alto aprecio que el Profesor Swift tenía al doctor De Soto, la obra fue dedicada por aquél: "Al profesor Luis de Soto, estimado amigo y valioso colaborador en el campo del Arte."

En efecto, el educador americano dictó un Curso de Verano en la Universidad de Columbia sobre "Arte y Ambiente" dedicado a la interpretación de las grandes épocas en el arte en relación con su civilización y medio, y cuyo conjunto fué luego editado en el libro de referencia, si bien con algunas reformas y ampliaciones. Trata en dicha obra de aquilatar el carácter esencial de las razas, épocas y pueblos, no sólo en la forma en que se manifiesta mediante la expresión artística peculiar, sino con relación a los ideales dominantes y los intereses fundamentales de cada momento histórico, según consigna expresamente el autor. En suma, dice el mismo, tal estudio es interpretativo y filosófico, no meramente relativo a los hechos, orientado a desentrañar la esencia del arte visto como actividad humana; actividad que siendo solamente una entre otras muchas es, no obstante, la que sin duda proyecta más intensa y convincente luz sobre las sendas que conducen a una verdadera apreciación de los esfuerzos y las conquistas de la humanidad. El profesor Swift reconoce en su obra que aquellos es-

clarecimientos fueron en gran medida emprendidos merced a la presión amistosa y la insistencia de quien fué primeramente discípulo y luego amigo y compañero fraternal, el doctor Luis de Soto, quien hizo al autor interesantes sugerencias, observaciones oportunas y, por último y en definitiva, una traducción excelente de la obra. La versión española realizada por el Maestro cubano se caracteriza, efectivamente, por el estilo claro, elegante, ameno; siendo lo tal vez más singular de esa asociación en la publicación de una obra, que la colaboración entusiasta prestada por el doctor Luis de Soto en nada obstaba a que éste sostuviese frecuentes discrepancias respecto al Dr. Swift.

El libro comentado ("Arte, Civilización y Ambiente)" posee, por lo tanto una actualidad inmarcesible. Son particularmente, del mayor interés sus enseñanzas respecto a que las formas artísticas están fundidas en el molde del espíritu de su época, y no son producto de un arbitrio individual desvinculado del medio. El arte, en sus grandes etapas creadoras, añade, es la expresión, la encarnación directa y visible del pensamiento dominante y de las creencias de una época, expuestos en términos originales, auténticos y vivientes. En suma, el arte viene a ser, no engendro de una "torre de marfil" a ultranza, sino una expresión de vida captada e impresa, para las generaciones futuras, en momentos en que la vida es más capaz de inspiradas manifestaciones.

A. M. B.

"EL PUEBLO NORTEAMERICANO Y LA CULTURA".

Hemos tenido el placer de recibir dos interesantes folletos relacionados con las actividades culturales que se realizan en y por el pueblo de Estados Unidos, publicaciones excelentemente editadas y que nos envían los señores Donahue y Cushing, eficaces funcionarios de la Embajada norteamericana en Cuba. Estos cultos jóvenes realizan una muy pausable e inteligente obra de mutuo conocimiento y valoración entre los pueblos de Cuba y Norteamérica, labor que no siempre ha sido realizada en todas las representaciones diplomáticas extranjeras, a pesar del indudable interés

de tales vínculos y correspondencias espirituales, en nada inferiores por su importancia a los económicos en general.

Los folletos aludidos son los siguientes: "En torno a la Cultura Norteamericana" y "El Derecho del Pueblo a la Cultura". Ambos nos dan una idea muy viva sobre el interés creciente del pueblo norteamericano por la difusión y consolidación de los valores del espíritu, los cuales no vienen en modo alguno a desplazar aquellos otros materiales que durante mucho tiempo dieron la tónica principal de la formación mental estadounidense, sino que se complementan con estos últimos en un fecundo equilibrio de utilitarismo económico insoslayable y actividad desinteresada de orden cultural (artística, científica, filosófica, literaria). En los países hispanoamericanos, bien en sentido inverso, predominaron en el pasado colonial y aún en el republicano las tareas de tipo humanístico y ajeno a lo científico aplicado; y es cosa relativamente reciente la orientación —cada día más y mejor dirigida tanto en la Enseñanza como en los trabajos individuales— hacia las actividades técnicas y creadoras en lo económico. Tampoco nuestros países se proponen abandonar aquellas ocupaciones y preocupaciones del Humanismo, sino que procuran correlacionarlas funcionalmente con el aprendizaje y práctica útil de las Técnica viabilizadora del bienestar material.

Precisamente, el extraordinario auge y riqueza que disfruta la magna República nortea, posibilita en la dimensión más amplia que numerosísimas personas pertenecientes a las clases sociales del país (estudiantes sobre todo, pero también obreros, empleados, "pintores domingueros", aficionados a la música sinfónica, literatos por vocación, gentes que cultivan las artes en sus momentos de ocio) puedan tener tiempo y tranquilidad de espíritu, es decir, seguridad en sus medios de vida y sosiego material en suma, para dedicar lapsos importantes de su existencia al cultivo desinteresado de las labores puras del saber y de la sensibilidad, en gran medida las humanísticas, lo que difícilmente puedan hacer las gentes de un pueblo miserable, inseguro, cuyos empleos son pobremente retribuidos o inestables, agobiados por la tiranía, por el miedo, por la opresión, por la ignorancia y superstición de la gran masa mayoritaria dentro de la cual viven o superviven apenas.

En consecuencia, si nuestros pueblos hispanoamericanos parten de su vocación tradicionalmente espiritualista hacia el más constante y afanoso conocimiento de la Técnica, sin dar de lado al Humanismo, sino así extendiéndolo y divulgándolo en las clases populares mejoradas en lo económico; en tanto que Norteamérica parte, en dirección opuesta y por ello convergente, desde la plenitud de su prosperidad basada en la Técnica especialmente hacia el cultivo fervoroso de las disciplinas del intelecto puro, sin tampoco omitir el cuidado de la ciencia aplicada; puede deducirse con evidente imagen que nuestros pueblos del Sur y Norte marchan armónicamente hacia una vital coincidencia de espíritu y materia: de Ciencia y Conciencia, de Técnica y Cultura, de Civilización material y bienes del Espíritu...

A. M. B.

OBRAS JURIDICAS

Hemos recibido dos nuevas publicaciones lanzadas a la luz pública por el meritísimo editor señor Jesús Montero, de tan bien ganado prestigio nacional e internacional: nos referimos a la obra intitulada "La Capacidad Jurídica de los Cónyuges", cuyo autor es el doctor Jorge H. Pérez Bringuier, Juez de Instrucción de Camagüey; y el "Código de Comercio" revisado y concordado por el doctor Rafael Rodríguez Altunaga (tercera edición, de la lujosa Colección Legislativa de Bolsillo, volumen VII, 957).

El primero de ambos textos jurídicos es una excelente monografía que esclarece, con abundancia de información y de meditación personal, uno de los problemas más apasionantes dentro de la sociedad cubana: el de la capacidad jurídica de marido y mujer y la equiparación de ésta al hombre, comentando agudamente las disposiciones legislativas que regulan las relaciones matrimoniales en distintos órdenes legales, y transcribiendo y comentando en suma la famosa Ley No. 9 de 20 de diciembre de 1950.

Como se sabe, con anterioridad a la vigencia de la Constitución del 40 y de la Ley 9 citada, no era factible la insurgencia de cuestiones o litigios en cuanto a los bienes que pertenecieran a la sociedad conyugal, por cuanto el marido administraba los mismos a tenor de lo dispuesto en el artículo 59 del Código Civil; ade-

más de lo cual representaba legalmente a la esposa de acuerdo con el artículo 60 del mencionado código. Empero, al ponerse en vigor la Constitución de 1940, surgieron dudas y pugnas consiguientes al margen de los artículos 43 y 30 de dicha Carta Magna, la cual proclamó la igualdad entre hombre y mujer. La Ley No. 9 de 1950 aspiró a regular cabalmente la situación, pero entrañaba algunas dificultades que han mantenido en pie distintas incongruencias prácticas. La Jurisprudencia, con su paso lento y firme, trata de esclarecer definitivamente la cuestión; pero, entre tanto, quizás sería más conveniente la promulgación inmediata de una nueva Ley que ponga en claro todos los términos y situaciones. Empero, otra salida práctica ha sido ejercitada hasta ahora, o sea, la de que en toda contratación firmen los dos cónyuges, las mujeres den poderes amplios a sus esposos y las reclamaciones se hagan por ambos. Sin embargo, también así han surgido resoluciones judiciales un tanto contradictorias ante ciertas cuestiones creadas con anterioridad. De ahí la oportunidad de este libro que comenta con lucidez y sentido objetivo la expresada Ley, relacionando cada uno de sus artículos con sentencias civiles y resoluciones hipotecarias, y propiciando que en el futuro se dé vigencia a una legislación realmente idónea y práctica.

El doctor Rafael Rodríguez Altunaga, ilustre jurista y hacendista, consagrado ante la opinión pública cubana por la pulcritud de su ejecutoria cívica, ha realizado en su "Código de Comercio revisado y concordado" una de sus más felices y logradas investigaciones técnicas, exponiendo el citado cuerpo jurídica vigente en la República de Cuba, seguido de veintiseis Apéndices contentivos de la Legislación Mercantil complementario y la Bancaria. Como se sabe, el Código de Comercio se promulgó en España por ley de agosto 22 de 1885; y por Real Decreto de 28 de enero de 1886 (Gaceta de la Habana de 23 de febrero del mismo año) se dispuso que el Código rigiera en Cuba desde el 1º de mayo, con determinadas modificaciones en los artículos 179, 201, 453, 547, 550, 559, 798, 934 y 940. La obra contiene, especialcente, las últimas disposiciones que afectan al Código de Comercio de la República, sobre todo en materia bancaria.

A. M. B.

VALDERRAMA Y PEÑA, Esteban.—La Pintura y la Escultura en Cuba. Pról. por el Dr. Juan J. Remos. La Habana, [Editorial Lex] 1952-53. 351 p. illus. retratos. 32 cm.

Una de las más celebradas obras de Paul Elbogen, intitulada "Dram" ("Una vida en colores"), traducida al castellano por Jorge C. Lehmann, editada por la Casa de Guillermo Kraft Limitada de Buenos Aires y distribuída en Cuba por la Librería Venecia, siempre al tanto de las novedades. Pertenece el libro de referencia a la "Colección Cúpula" y es una verdadera obra maestra en el género de novelar una vida y expresar una biografía en alto nivel artístico, novelesco si se quiere, respetando siempre y en todo caso la verdad histórica o, por lo menos, la esencia misma de la realidad expuesta.

El libro está escrito alternativamente en castellano, inglés y francés, y constituye un excelente recuento histórico y crítico de las obras pictóricas existentes en la propia Escuela de Artes Plásticas "San Alejandro", el Palacio Presidencial y el Museo Nacional en los momentos que fue publicado, 1952; es decir, antes que el actual Palacio de Bellas Artes acopiase en su seno esas mismas obras y otras muchas más pertenecientes a tendencias estéticas novísimas, hartó diferentes por lo tanto de la orientación tradicional y conservadora que se atribuye a las joyas y reliquias tanto históricas como artísticas que prestigian nuestro acervo cultural.

La obra contiene 42 tricomías, 310 grabados en negro y 350 páginas de texto en los tres idiomas mencionados. Fue impresa, con lujo extraordinario por la belleza del formato y perfección técnica en la presentación, en los talleres tipográficos de la Editorial Lex; y tuvo, y tiene permanentemente, el objeto de rendir homenaje a la República, en el año del Cincuentenario de la Independencia de Cuba: ideal noble y constructivo que permanece intacto.

Además de un esclarecedor Exordio, debido al doctor Valderrama, contiene asimismo: un "Prólogo" del doctor Juan J. Remos; un magistral estudio sobre "La Escuela Nacional de Bellas Artes San Alejandro", por el doctor Esteban Valderrama y Peña; "Biografías de Profesores y Reseña de Graduados", por Benigno

Vázquez Rodríguez, ilustre artista y publicista a quien esta publicación debe un caudal valiosísimo de iniciativas y labores; y dibujos del culto profesor Augusto G. Menocal. Las traducciones fueron realizadas por los señores Duncan Thomas y Emery Liipai, con esmero y acierto.

Bien ha hecho Valderama en dirigir esta edición destinada a exaltar las calidades de obras pertenecientes a un glorioso ayer, base y raíz de nuestra más alta y estimable tradición. País al cual falte por completo ese pilar de espíritu, adolece de vida precaria y anémica en los órdenes de la cultura. Por ello, toda labor encaminada a proclamar los valores ciertos y legítimos del pasado de un pueblo, favorece la consolidación de su presente y la más válida dirección de su destino.

Pero, si bien es justa esa actitud reverencial ante las glorias verdaderas del pretérito, ello no debe servir de pretexto o causa para la desestimación absoluta o sistemática de todo lo nuevo, sin discernir entre lo que hay de válido o de falso en las innovaciones. Aunque resulta innegable que entre las llamadas globalmente "obras de vanguardia" hay mucho de comedia, de farsa bufa, de vacuidad y mero "snobismo" sin real calidad estética (y urge decirlo cada vez que ante la vista surgen tales chafarrinones o engendros del mal gusto, cuando no de la aberración psíquica o física); en cambio es también muy cierto que entre las creaciones contemporáneas y novísimas se revelan aciertos magníficos de intuición estética, de expresión formal, de rigor estilístico, de creación artística de la más válida jerarquía. Y no es equitativo desmeritar esto último a causa del apasionamiento derivado más o menos explicablemente de la revoción por "lo clásico" o la "tradición académica".

Tampoco es admisible el aserto de que toda proyección novísima en el arte obedece a conjuras totalitarias. Conozco demócratas genuinos y sinceros en política, que cultivan con no menor sinceridad y auténtica validez las formas del arte "nuevo". El hecho de que hay artistas "de vanguardia" que militan en el totalitarismo, no puede conducirnos a la errónea inferencia de que todos "los vanguardistas" sean totalitarios. De la misma manera

que hay artistas de orientación tradicionalista y hasta académica en Pintura y Escultura, que son totalitarios en Política...

A. M. B.

MARRERO, Enrique.—“Adolescencia náufraga”. La Habana, Publicaciones ONBAP, 1957. 64 p. 14 cm. (Colección Isla.)

En este pulcro tomo de versos, Rafael Enrique Marrero nos da prueba patente de la calidad de su estro sin tregua ni ocaso. Hombre joven en su madurez, su producción poética se mantiene ubérrima, de motivos emocionales de inspiración erótica inclusive, lo cual tal vez pueda molestar a ciertos poetas que por ahí dedican toda su imaginación a cantar a cuanto cosa se les ocurre, menos a la mujer ni al amor. Recordemos que hubo cierto poeta —que ha servido de “maestro” a muchos de los que por aquí pululan— que escribió un libro referente a sus bodas... y en que ni de casualidad nombró una vez siquiera a la mujer.

Marrero no se inhibe de cantar al amor y a la mujer, cosa que han hecho poetas geniales a través de todos los tiempos, sin por ello tener a menos su propia producción. Porque el gran problema de cantar al Amor, como a Dios o a la Patria, no está en el tema, sino en la forma personal y original, además de logradamente estético, de tratarlo. Tal ha sido y es la meritísima preocupación y ocupación de Marrero; y logros subrayables atestiguan el buen éxito de su plausible labor. Ha realizado innovaciones constantes en su estilo y calidad de expresión, y cada vez nos sorprende con nuevos hallazgos de contenido y forma. Marrero vive en poeta, hace versos por vocación y necesidad espiritual insoslayables, y es uno de los pocos líricos de Cuba que han sabido subordinar cualquier otra actividad o deber al íntimo de su misión poética.

A. M. B.

OTERO MASDEU, César y García Tudurí, Ernesto.—Estadística de los Centros Secundarios en la República de Cuba. Habana, Editada por la Superintendencia General de la Segunda Enseñanza, 1955-1956.

Un interesante folleto intitulado "Estadísticas de los Centros Secundarios en la República de Cuba", correspondientes al Curso 1955 a 1956, acaba de llegar a nuestras manos merced a una gentileza del Sr. Cesar Otero Masdeu, eficaz y competente Inspector de Enseñanzas Técnicas y uno de los coautores de la obra mencionada, así como el doctor Ernesto García Tudurí, Superintendente General de la Segunda Enseñanza, quienes en su labor siguen las orientaciones trazadas al respecto por la Ministro de Educación doctora Zoila Mulet de Fernández Concheso.

La publicación de referencia, editada por la Superintendente General de la Segunda Enseñanza, contiene datos numerosos cuanto fundamentales en relación con aquel sector importantísimo del Departamento estatal citado; organizados científicamente, con profusión de Estadísticas rigurosas que vienen a llenar una necesidad y un vacío en nuestro medio, donde no abundan investigaciones estrictas y documentadas como ésta de que hacemos comentario.

Las informaciones y los pormenores son sistematizados ordenadamente según la Distribución por Provincias, los Tipos de Centros Secundarios, la Población escolar secundaria urbana, las Matriculas de los Centros de Segunda Enseñanza, inclusive la de institución privada, el Aumento del número de los Centros Secundarios cubanos, etc.; insertando interesantes Gráficos de las Matriculas en relación con la población total de las Provincias, esquemas de los Tipos de Centros Secundarios y Distribución por Provincias de los mismos, Estadísticas de los Colegios Privados incorporados a los Institutos de Segunda Enseñanza de la República, sobre los alumnos matriculados en todos los Centros Secundarios y otros datos de interés.

A. M. B.

ALMENDROS IBAÑEZ, Herminio y Alvero Francés, Francisco. Diccionario infantil. (Minor.) La Habana, Cultural, 1957.

Nunca la humanidad se había preocupado tanto, como ahora, en la orientación de la mente infantil y por la más fácil y viable preparación de su inteligencia y sensibilidad. Los más ilustres pedagogos y educadores en general realizan verdaderas maravillas en

las aulas, cátedras y gabinetes de trabajo a fin de dotar a las nuevas generaciones, de la manera más rápida e inmediata a la par que eficaz o idónea, de los datos y nociones convenientes para el progresivo esclarecimiento de las ideas y de los sentimientos en la infancia sobre todo, sin descuidar las demás etapas de la formación psíquica y del carácter en general.

Una de esas proezas, aparentemente modestas pero sin duda trascendentes, realizadas por los maestros para favorecer al máximo la comprensión por los jóvenes alumnos del mundo que les rodea, especialmente el social, así como de los símbolos de que se valen los hombres para comunicarse —hemos aludido al idioma, como es natural, es el hermoso libro publicado por Almendros-Alvero en la Casa Cultural S. A., a la cual además ha de acreditársele esta vez, como en otras muchas, la realización de un verdadero milagro editorial, una genuina maravilla tipográfica por la belleza, claridad, orden, distribución y calidad artística de la obra impresa. Mediante verdaderas obras plásticas —dibujos, pinturas, láminas cromáticas, representaciones pictográficas— el libro de referencia empieza por atraer de inmediato la atención y curiosidad del lector —sobre todo al niño, aunque también se sientan fuertemente interesados muchos adultos, máxime si se trata de educadores—. Luego el niño aprende el significado de palabras, o mejor aún, de frases utilizadas comúnmente, de oraciones inclusive, gracias a la representación plástica de figuras y escenas que precisamente protagonizan o dan a entender el sentido cabal de lo expresado verbalmente.

La obra, como es obvio consignarlo está destinada al más amplio mercado nacional y de Hispanoamérica.

A. M. B.

SILVA, Felipe.—Geografía económica. La Habana, Editorial Minerva, 1957.

Un libro útil y orientador para todos los cubanos en general y para los estudiantes de las Escuelas Provinciales de Comercio en particular y demás centros de enseñanza don exista la asignatura del mismo nombre: nos referimos a la "Geografía Económica"

publicada por el doctor Felipe Silva, profesor titular de "Geografía e Historia" en la Escuela Profesional de Comercio de Cienfuegos. La obra aparece con fecha adelantada (1957) quizás por la razón de que su autor es pensador de previsión intelectual y no sólo de visión directa o inmediata; y se contiene en una hermosa edición de esa gran realizadora de milagros bibliográficos que es la Editorial Minerva, con 270 páginas de papel cromado, encuadernado lujosa y numerosas ilustraciones, mapas, dibujos, gráficos y fotografías altamente instructivos en relación con el amplísimo temario. Se inicia con una relación del "Contenido" y unas palabras "Preliminares", y termina con una prolija Bibliografía significativa de la cultura excepcional del tratadista y un "Índice Alfabético por Materias".

Como señala el autor al referirse a la Geografía Económica, "en el orden práctico sus conocimientos se hacen cada vez más necesarios, pues debido al gran adelanto que en los últimos años han tenido los medios de comunicación y transporte, la interdependencia económica entre las naciones y países ha aumentado extraordinariamente y la adquisición de materias primas, el desarrollo de las industrias, la mano de obra adecuada y técnica, la superproducción, las exigencias de los mercados, las alternativas en el valor de los sistemas monetarios, las altas tarifas, los impuestos sobre producción y consumo y otros factores, ya no influyen solamente en determinada región de la Tierra, sino que bien sea directa o indirectamente, afectan a todos y, por lo tanto, tenemos que estar preparados para aplicar nuestros conocimientos en el momento oportuno. Y desde el punto de vista nacional para nuestra propia defensa económica debemos saber lo que se produce en los demás países; cuáles son las posibilidades de competir con éxito; dónde están los mercados para nuestros productos y los que se podrán fomentar en el mañana; cuáles son las fuentes de producción que facilitan la obtención de productos que nos son necesarios y los medios de transporte que nos acercan a éstas y también a nuestros mercados.

Todo lo anterior tiene hoy una importancia cada vez mayor, merced a los objetivos y proyectos de diversificación industrial y

agrícola que se proponen las autoridades de la nación, tanto las oficiales como las privadas. Y difícilmente se podrá propender a la multiplicación y coordinación adecuada de los instrumentos de producción, de sus recursos naturales y de sus viabilidad económicas y lucrativas, si se desconocen los fundamentos y fuentes, tales como nos los da conocer objetivamente la "Geografía Económica", en especial ésta que comentamos.

Por consiguiente, no sólo son los estudiantes de la asignatura los únicos que derivarían del presente libro provechosas enseñanzas, sino también cuantos se interesen por los destinos económicos o materiales de la nación; ya que, si bien la obra de referencia posee una proyección general o universal, se detiene con énfasis en el estudio y análisis de Cuba y de su geografía económica local y regional. Todos los cubanos, por lo tanto, deberían leer este libro altamente orientador en lo económico; y sí, como demuestra Alberto Arredondo en su magnífica y aleccionadora "Carta Quincenal" del Instituto Nacional de Reformas Económicas (INRE), todos debemos tener conocimientos cada vez más amplios de Economía, tanto los políticos como los intelectuales, y tanto los profesionales especialistas como los ciudadanos en general preocupados por el porvenir de la República, no hay dudas de que este libro viene a cumplir un cometido acreedor a nuestro aplauso.

A. M. B.

PORTUONDO, Fernando. Historia de Cuba. 4ª ed. La Habana, Editorial Minerva, 1950. 662 p. ilustr. retratos. 25 cm.

La luz pública ha recibido jubilosamente la aparición de una obra destinada también a hacer luz en los estudios historiográficos, en más de algún aspecto de la evolución cubana: aludimos a la magistral "Historia de Cuba", del doctor Fernando Portuondo del Prado, eminente investigador y profesor, gloria genuina de la cátedra nacional y de las letras continentales: educador tanto en el aula de la Enseñanza Media como en la Universitaria, Miembro titular de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, de la Sociedad Geográfica de Cuba, de la Junta Nacional de

Arqueología y de la Sociedad Económica de Amigos del País, electo correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba, etc.

Esta Sexta Edición del texto comentado aparece anticipadamente con fecha de 1957, y con razón así sugiere que en los estudios historiográficos se adelanta previsoramente y constituye un vital paso de avance en múltiples sentidos. Es recomendada como obra de texto para los Institutos de Segunda Enseñanza por el Ministro de Educación de la República, de acuerdo con el informe de la Junta Técnica de Directores de dichos Planteles. La edición es admirablemente presentada, en magnífico formato, por la Editorial Minerva, en papel satinado, encuadernación lujosa y 672 páginas, gran parte de ellas ilustradas con interesantes fotografías, gráficos, cuadernos sinópticos, mapas y otros elementos de enseñanza y educación visuales. Además del Índice General, tiene finalmente un excelente índice alfabético altamente orientador para la comprensión del léxico por el alumno y su más completa documentación.

Aunque el libro es recomendado fundamentalmente por las autoridades competentes para los estudiantes de Enseñanza Media, lo cierto es que su contenido —particularmente el transcrito en tipos de ocho puntos— extravasa el ámbito docente de los Institutos para evidenciar su jerarquía superior de obra de consulta inclusive para universitarios y para los investigadores y estudiosos en general.

Lo anterior quiere decir también que la “Historia de Cuba” del doctor Fernando Portuondo debe figurar descolladamente, no sólo en la bibliografía de los estudiantes de bachillerato o de profesión universitaria, sino también en la biblioteca de toda persona estudiosa y realmente interesada en la evolución de Cuba, de sus actividades económicas y sociales, de sus instituciones e ideas políticas, de sus labores culturales y materiales, de su progreso físico y espiritual en suma. En nuestra cátedra de “Historia Económica de Cuba”, aprovechamos muchas nociones que en esta Historia global de nuestro país ofrece el doctor Portuondo. Y si se trata de alentar en el hijo o hermano los mejores ideales de civilización y de patriotismo, ninguna obra más propicia que ésta, reco-

rrida toda ella desde el principio hasta el fin por un generoso aliento de cubanía, de patriotismo indeclinable frente a todas las adversidades y contingentes contradictorias.

Sin embargo, a pesar de su amplio y alto espíritu, la obra satisface las necesidades pedagógicas, sin extenderse demasiado en materias que pueden ser apuradas exhaustivamente por monografías especiales o trabajos de mayor dimensión material. Da una visión completa, justa, detallada sin incurrir en demasías eruditas, de la evolución experimentada por Cuba desde las primeras poblaciones precolombinas hasta la fecha actual, refiriéndose con pormenores interesantes a hechos históricos que se agitan ante nuestra vista en la obra presente. Por otra parte, dado el método crítico y esclarecedor con que el doctor Portuondo contrasta y calibra documentos y datos allegados, los mismos salen de su indagación filtrados hasta adquirir la mayor pureza de veracidad y exactitud. La Historia de Cuba, así enseñada por el profesor, no solo ofrece la garantía máxima de la objetividad y certeza posibles en el entendimiento humano, sino que también se proyecta en un plano universal, de modo que el alumno aprende la historia de nuestro país en un necesario y saludable intercambio de implicaciones con el fondo de la historia de América y del Mundo.

A. M. B.

ARRECHEA RODRIGUEZ, Elio.—Nuestro mundo. Estudio de la Naturaleza. 1º y 2º grado. La Habana, Cultural [c1955] 3 t. ilustr. 28 cm.

Con el título de “Nuestro Mundo”, el distinguido educador Elio Arrechea Rodríguez ha publicado un sugestivo libro realmente acreedor al mayor interés del lector de cualquier edad, y muy en especial de los niños a quienes está específicamente dedicado. Constituye esta obra uno de los jalones más logrados de la serie que publica la editorial Cultural S. A., y comprende muy útiles y amenos estudios sobre la Naturaleza, la Agricultura, el medio en todas sus variantes y las mejores posibilidades de adaptación humana al mismo. Ciertamente es que el texto ha sido acoplado a los programas oficiales vigentes, por lo que resulta de importancia pre-

cisa y preciosa para los alumnos de enseñanza primaria; pero no menos cierto es que la lectura del libro y la contemplación de sus ilustraciones coloreadas y bien dibujadas, pueden ser y son en efecto un deleite espiritual para todos los lectores, inclusive adolescentes y adultos que se interesan por la educación, por la enseñanza primaria sobre todo y por los textos más idóneos en el orden de orientación pedagógica. Son editores los señores José Als y J. Maldonado; Coordinador el distinguido publicista señor Miguel Salvat; Director de Producción señor Julio Arriola; Director de Tipografía José M. Cerro; Técnico de Tipografía Miguel A. Samá; ;y Técnico de Encuadernación Oscar Yero. La obra citada circula ampliamente por los centros docentes de Cuba y en varios países de América Hispana.

Para que se tenga idea de en qué medida propende el libro de referencia a despertar en el niño la voluntad, bien de adecuarse al medio cuando ello es conveniente y justo, bien de adaptar el medio a las necesidades materiales y espirituales, véanse cuales son algunas de las lecciones que se ofrecen a la curiosidad juvenil: "El Niño y sus necesidades" (alimentación, lucha contra la intemperie, defensa contra enemigos y peligros, el trabajo, el descanso y el recreo); "El Niño y los Animales"; "El Niño y las Plantas"; "El Niño, la Tierra y el Universo"; "El Niño y los fenómenos físicos".

En consecuencia, ha podido decir unas personas más autorizadas que la obra es un poderoso auxiliar del profesor, satisfaciendo cabalmente los objetivos generales y particulares de la enseñanza. El texto ofrece diversos tipos de aprendizajes en correlación y concentración apropiadas, destacándose la afinidad de los materiales de Historia, Geografía, Educación cívica, Ética, nociones sobre aplicación práctica de conocimientos científicos y las artes manuales, así como el interés por la Naturaleza en la variedad de sus aspectos y recursos, el aprovechamiento de los mismos, la nobleza del trabajo y otros puntos de gran importancia en la formación de la mente y sensibilidad del niño. A su vez, dichos temas poseen atractivas ilustraciones que, a su vez, incitan al niño a la lectura explicativa de las láminas.

Al final del libro “aparece un vocabulario de palabras científicas que responde a una graduación progresiva de dificultades y de enriquecimiento del vocabulario infantil.”

A. M. B.

ALVAREZ TABIO, Fernando.—El proceso contencioso-administrativo y el Estado de Derecho. La Habana, Editorial Librería Minerva, 1954. XV, 612 p. 25 cm.

Del conjunto complejo de difíciles cuestiones jurídicas en general y procesales en particular que ante los tribunales plantea la revisión de aquellas resoluciones administrativas que lesionan algunos derechos subjetivos o intereses públicos y sociales, fueron seleccionados temas fundamentales como los siguientes: “el proceso contencioso-administrativo y el Estado de Derecho”, “la interpretación de la Ley en el Derecho Administrativo” y “la cosa juzgada en el Derecho Administrativo”, a fin de que estos aspectos a veces polémicos de la Ley y de su interpretación y aplicación fuesen desarrollados, en sendas conferencias, por juristas eminentes, los doctores F. Alvarez, Tabío, Miguel F. Márquez y de la Cerra y Juan B. Moré Benítez, quienes pronunciaron las conferencias correspondientes a los temas expuestos en el ciclo sobre Instituciones Fundamentales del Derecho Público en nuestro máximo centro docente; y ahora sus magníficas disertaciones aparecen publicadas en un tomo (a que hacemos referencias en estas notas) editado por la Librería Martí este mismo año.

Como bien advierte el doctor Adriano Carmona en el prólogo, los trabajos dados a estampa no se proponen agotar todas las materias referentes al proceso contencioso-administrativo; pero es indudable que virten viva y esclarecedora luz sobre la intelección y comprensión mejor de aquéllas, no sólo en el orden práctico y casuista, sino también y sobre todo desde el punto de vista de las doctrinas, de los principios, inclusive del Derecho Natural o la filosofía del Derecho.

De aquí que, para desarrollar tan incitante y arduo temario, hubiesen sido seleccionados tres altos prestigios del Foro, de la Cátedra, de la Magistratura Nacionales. Porque, en verdad, no se refieren tan sólo al aspecto práctico y específico de la labor de re-

resolver y aplicar la ley a los casos singulares que se presentan ante los Magistrados y Jueces, sino a la dilucidación teórica y racional de las causas y directrices que informan el fundamento del Derecho en su plano intelectual más amplio y universal.

Se comprueba una vez más que ambos aspectos —el filosófico o doctrinal y el práctico o casuista— no andan tan divorciados como el común de los espectadores cree, ni en Derecho ni en ningún otro sector del saber o de la actividad. La teoría da fundamento a la acción concreta, y ésta padece por carencia de base o buena orientación cuando aquélla falta. Por consiguiente, buen criterio presidió la selección de autores para los temas desarrollados en el folleto de que hacemos comentario: “Sobre lo Contencioso-Administrativo”, por cuanto en ellos la Cátedra universitaria la función del Magisterio se conjugan y correlacionan estrechamente... Si el gran científico español Letamendi explicó alguna vez que “el médico que sólo sabe Medicina, ni Medicina sabe”, a fin de proclamar la conveniencia de que el médico posea cultura universal, algo también se observa en el desarrollo de los temas jurídicos enunciados, donde sus autores hacen gala de una honda y profusa información, bien a tono con la frase del jurista Lerminier para quien “el Derecho es la vida”. De ahí su doble vertiente práctica y teórica, es decir, vital y racional, por cuanto en la vida humana están correlacionados la materia y el espíritu. Y los doctores Fernando Alvarez Tabío, Miguel F. Márquez y de la Cerra y Juan Bautista Moré y Benítez dieron en sus trabajos respectivos la alta tónica de su capacidad, de su talento y documentación, señalando así con jalón de luz el elevado nivel que posee la cultura jurídica de nuestro país.

Si bien los doctores Tabío y Moré se adentraron preferentemente en el aspecto técnico, diríamos que científico, de la cuestión, el doctor Miguel F. Márquez y de la Cerra —eminente pensador filosófico— desarrolló con fino análisis y aportes teóricos de la más valiosa jerarquía el estudio relativo al “proceso Contencioso-Administrativo y el Estado de Derecho”, elucidando el concepto mismo del Derecho, del Estado, del Estado de Derecho, y de Proceso Contencioso-Administrativo, haciendo asimismo una reflexión y observaciones del mayor interés sobre el Derecho vigente en Cuba.

A. M. B.

ESTADÍSTICAS:

Resumen Estadísticos del Cuarto Trimestre
 Noviembre a Diciembre de 1956

Por Arfelio Castro Amargós

O B R A S C O N S U L T A S
 (Clasificadas según el Sistema Decimal)

MATERIASi	Oct.	Nov.	Dic.	Total	%
0. Obras Generales.....	071	081	047	199	5.36
1. Filosofía.....	083	088	097	268	7.22
2. Religión.....	049	069	032	150	4.04
3. Ciencias Sociales.....	193	270	151	614	16.55
4. Filología.....	042	026	017	085	2.29
5. Ciencias Puras.....	161	128	085	374	10.08
6. Ciencias Aplicadas.....	238	214	135	587	15.82
7. Bellas Artes.....	052	049	037	138	3.73
8. Literatura.....	162	173	160	495	13.33
9. Geografía e Historia....	262	336	203	801	21.58
Totalés.....	1313	1434	964	3711	100.00

—HEMEROTECA—

(Publicaciones periódicas consultadas)

MES	CUBANAS		EXTRANJERAS			TOTALES		
	Revistas	Diarios	Revistas	Diarios	Revistas	%	Diarios	%
Oct.....	176	158	106	004	282	34.05	162	41.75
Nov.....	242	114	086	003	328	39.63	117	30.16
Dic.....	154	107	064	002	218	26.32	109	28.09
Totales..	572	379	256	009	828	100.00	388	100.00

**Lectores clasificados por sexo que concurren
a la Biblioteca Nacional**

MATERIAS	Oct.	Nov.	Dic.	Total	%
A. Varones.....	1469	1610	1050	4129	81.69
B. Hembras.....	255	435	237	927	18.33
Totales.....	1724	2045	1287	5056	100.00

Por profesiones
(Según la clasificación del curso de población de Cuba de 1943)

MATERIASi	Oct.	Nov. x	Dic.	Total	%
A. Profesionales y Semiprofesionales...	340	397	221	958	18.95
B. Propietarios y Comerciantes.....	110	091	075	276	5.46
C. Oficinistas.....	050	068	033	151	2.99
D. Obreros Clasificados....	204	213	141	558	11.03
E. Empleados.....	142	162	110	414	8.19
F. Sin ocupación definida..	032	063	041	136	2.69
G. Estudiantes en general..	846	1051	666	2563	50.69
Totales.....	1724	2045	1287	5056	100.00

Por nacionalidad

MATERIASi	Oct.	Nov. x	Dic.	Total	%
A. Cubanos.....	1632	1950	1222	4804	95.02
B. Europeos.....	045	061	036	142	2.81
C. Norteamericanos.....	036	023	024	083	1.64
D. Latinoamericanos.....	011	011	005	027	0.53
Totales.....	1724	2045	1287	5056	100.00

RELACION DE LAS OBRAS RECIBIDAS POR EL REGISTRO
INTELECTUAL DURANTE LOS MESES DE OCTUBRE NO-
VIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1956, DE CONFORMIDAD CON
LO DISPUESTO EN LA ORDEN No. 54 DEL GOBIERNO
PROVISIONAL

1.—*Abreu Daniel, Alfredo, García Escobar, Ramón y García Roura, Juan.*

Conferencia de embriología. 1º y 2º parcial.
2 t. ilustr. 30 cm.

2.—*Alabau Trelles, José Francisco.*

El Delito continuado. La Habana, Editorial Selecta, 1956.
182 p. 24 cm.

3.—*Alabau Trelles, José Francisco.*

El Propietario único y la permanencia. Prol. del doctor Julio Garcerán del Vall Souza. La Habana, Editorial Selecta, 1956.

257 p. 24 cm.

4.—*Anido Domínguez, Dolores.*

Teoría de la música, metodología y técnica del canto escolar. Apuntes de historia de la música. 1ª ed. Las Villas [c1956].

235 p. 22 cm.

5.—*Anido Domínguez, Dolores.*

Tratado elemental de teoría de la música. 1ª ed. 1º, 2º y 3er. curso. Las Villas [c1956].

3 t. 28 cm.

6.—*Arnal Viu, Ernesto.*

[Cuentos miniatura "La Estrella"]. [s. l., c1956].

7.—*Baeza Flores, Alberto.*

Vida de José Martí. El hombre íntimo y el hombre público. Premio nacional del Centenario de Martí. La Habana, Publicaciones de la Comisión Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, 1954.

798 p. 23 cm.

- 8.—*Barillas, María.*
Didáctica de las artes manuales y economía doméstica.
[s. l., 1955].
34 h. 27 cm.
- 9.—*Barillas, María.*
El Trabajo manual y la economía doméstica. [La Habana] 1955-56.
1 v. ilus. 33 cm.
- 10.—*Basulto de Montoya, Flora.*
Conciencia ortográfica. Libro cuaderno de lenguaje y ortografía. 2º grado. La Habana, P. Fernández [c1956].
124 p. ilus. 21 x 28 cm.
- 11.—*Blanck, Olga de.*
Nueva escuela Hubert de Blanck, para piano. Moderna ed. y nueva selección. La Habana [c1956].
19 p. 29 cm.
- 12.—*Botet, María Emma.*
Suite cubana para piano. La Habana, "Ediciones de Blanck" [c1956].
13 p. 29 cm.
- 13.—*Boza Masvidal, Aurelio.*
Palabra y espíritu de Italia. La Habana, Editorial Selecta [1956].
269 p. 21 cm.
- 14.—*Branly Deymier, Roberto Juan.*
El Cisne. Poema. La Habana, "Editorial Martínez Paula", [1956].
18 p. 23 cm.
- 15.—*Brito Burón, Estrella.*
Lázaro..... Poema íntimo. Marianao, Editorial "El Sol", 1956.
59 p. 20 cm.

- 16.—*Bustelo Vázquez, Manuel.*
El Personal de la empresa en el derecho laboral cubano.
La Habana, Editorial Martí, 1956.
148 p. 20 cm.
- 17.—*Camejo González, José, Carril Reyes, José y Camejo, Carucha.*
Por un guiñol nacional de Cuba. [s. l.] 1956.
2 h. 28 cm.
- 18.—*Couce Cal, Claudio.*
Resplandores. Poemas y versos. [s. l., c1956].
47 p. 21 cm.
- 19.—*Díaz, Lucrecia.*
"24 cartas para María". Historia de amor. [Marianao,
Editorial "El Sol"] 1955.
60 p. 19 cm.
- 20.—*Ford, James A.*
A novel method for the study of English. La Habana, 1956.
136 h. 28 cm.
- 21.—*García Hernández, Isaac.*
Anatomía humana. Aparatos de los sentidos. Ciclo pre-
universitario. Habana, Impreso por López y Fádraga, 1956.
38 p. ilustr. 28 cm.
- 22.—*García Hernández, Isaac.*
Anatomía humana. Esplacnología. Ciclo pre-universitario.
Habana, Impreso por López y Fádraga, 1956.
1 v. ilustr. 27 cm.
- 23.—*García Huerta, José M.*
Técnica de producción y dirección de programas de radio.
La Habana, 1956.
78 h. ilustr. 28 cm.
- 24.—*Garriga Alonso, Henoch V.*
Guía para las oposiciones de matemáticas. Escuelas pri-
marias superiores. [s. l.] 1956.
88 h. 33 cm.

- 25.—*González del Valle, Antolín.*
Oposiciones, maestros de enseñanza común. [s. l.] 1956.
3 t. 30 cm.
- 26.—*Guardiola, Carlos A.*
Las “Nuevas normas de prosodia y ortografía” de la Academia Española. Resumen. Sancti Spíritus, Tipografía “Venus”, 1955.
12 p. 22 cm.
- 27.—*Herrera Valdés, Rafael.*
“La Orquídea y el gato”. (Fantasía) (Pequeña historia de un desprecio y un incidente). [s. l.] 1956.
17 p. 22 cm.
- 28.—*Heureaux de Sanabia, Graciella.*
Didáctica musical del pre-escolar. La Habana, 1956.
123 h. 28 cm.
- 29.—*Jénez Fernández, María Luisa.*
Reflexiones. La Habana, Editorial Agramonte, 1956.
124 p. 20 cm.
- 30.—*Larín, Emma.*
Educación moral y cívica. Util y feliz. 5º grado. La Habana, P. Fernández, 1956.
143 p. ilus. 27 cm.
- 31.—*Les Ventes, Charles.*
Curso de mecanografía al tacto. 3ª ed. [La Habana, P. Fernández, s. a.]
56 p. 22 x 28 cm.
- 32.—*Lima de Chea, Luz Marina.*
Sistema económico moderno “Luz de Céspedes”, especial para confeccionar prenda femenina. Práctico a toda transformación. [s. l., 1956].
46 h. ilus. 29 cm.
- 33.—*Litvinovsky, Moisés.*
Hacia un futuro mejor para Cuba. Una solución positiva al problema del desempleo y los crónicos tiempos muertos. [s. l., 1956].
20 p. ilus. retrato. 26 cm.

- 35.—*López Gascón, Consuelo.*
[Cuentos miniatura “La Estrella”] [s. l., c1956].
15 v. 18 x 11 cm.
- 36.—*Lubián Arias, Rafael.*
Curso de dactiloscopia. Pról. del Dr. Juan J. E. Casasús.
[s. l., Imp. Belascoaín] 1956.
145 p. ilus. retratos. 23 cm.
- 37.—*Macau, Miguel A.*
Cancionero folklórico. La Habana [P. Fernández] 1956.
111 p. 22 cm.
- 38.—*Macau, Miguel A.*
Matrimonio y equiparación matrimonial. Habana, Cul-
tural, 1956.
155 p. 24 cm.
- 39.—*Morales Cárdenas Cirilo.*
Contraste. Libro de poemas. Guanabacoa, [Editorial Pu-
ga] 1956.
142 p. 19 cm.
- 40.—*Ortega Pascual, Fernando.*
Sea buen vendedor. La Habana, 1956.
86 p. 21 cm.
- 41.—*Padilla Albert, María J.*
Aritmética. Cuaderno de actividades, primer grado 1ª ed.
[La Habana, Editorial López], 1955.
112 p. ilus. 21 x 28 cm.
- 42.—*Padilla Albert, María J.*
Estudio de la naturaleza. 1er. grado. [Habana, Editorial
Lex, 1956] (Colección cubana del Dr. Justo Alberto Luaces.)
77 p. ilus. 28 cm.
- 43.—*Palacio Leonard, Celia.*
Método “Práctico rápido”. Corte y confección de ropa de
señoras y niños. [s. l., c1956].
13 h. ilus. 33 cm.

44.—*Perdomo Navales, Orestes.*

El Instituto Nacional de Cultura en colaboración con el
Círculo Cultural Italo-Cubano, presenta clases de italiano.
Habana [Editorial Casín] 1956.

66 p. 21 cm.

45.—*Perera, Hilda.*

Puntuación. [s. l. c1956].

53 p. 28 cm.

46.—*Pérez Espinós, Luis y Pérez Castaño, Malpa.*

Libro cuaderno, primero de lenguaje. [s. l., 1956]. (Se-
millitas de América.)

106 p. ilustr. 28 cm.

47.—*Pérez Espinós, Luis y Pérez Castaño, Malpa.*

Libro cuaderno tercero de lenguaje. [s. l., 1956]. (Semi-
llitas de América.)

218 p. ilustr. 28 cm.

48.—*Pérez Espinós, Luis y Pérez Castaño, Malpa.*

Libro primero de lectura-escritura. (Semillista de Amé-
rica.)

134 p. ilustr. 28 cm.

49.—*Plasencia y Cosculluela, Rosario.*

Conociendo a Dios. Texto y cuaderno de trabajo. Primer
grado. Habana, Cultural, [1956].

78 p. ilustr. 27 cm.

50.—*Portell Vilá, Alejandro.*

Primer curso de masaje deportivo y estético de perfec-
cionamiento. Antecedentes históricos. [s. l., c1956].

34 h. ilustr. 33 cm.

51.—*Portuondo y Castro, J. Miguel.*

Diabetes y otros trastornos de la glicorregulación. La
Habana, Seoane Fernández, 1955.

93 p. ilustr. 26 cm.

- 52.—*Portuondo y de Castro, J. Miguel.*
Nefropatías. La Habana, Editora de Libros y Folletos, 1956.
92 p. 26 cm.
- 53.—*Puerta, Vicente L.*
Agresiones inexplicables. Habana [Ucar García] 1956.
32 p. ilustr. 22 cm.
- 54.—*Puerta, Vicente L.*
Metal signs for permanent advertising. [Havana, Ucar García, 1956].
24 p. ilustr. 22 cm.
- 55.—*Quintana, Caridad.*
Cristal de gruta. La Habana [Impresos Ramallo] 1955.
64 p. ilustr. 24 cm.
- 56.—*Ramos Ravella, María Trinidad.*
Pensamiento y emoción. Poesías, por Chic Ramos, seud. [s. l., 1956].
151 p. 23 cm.
- 57.—*Rodríguez de Escobar, Adela.*
Método de corte, costura y bordados. "Sistema Adela". [s. l., c1956].
44 h. ilustr. 33 cm.
- 58.—*Rubio Jáquez, Manuel C.*
Ley de jubilaciones y pensiones del poder judicial. La Habana, Editorial Selecta, 1956.
65 p. 24 cm.
- 59.—*Rubio Jáquez, Manuel C.*
Treinta años en el registro civil. La Habana, Editorial Selecta, 1955.
992 p. 23 cm.
- 60.—*Ruibal Valdés, Antonio.*
"Día de las madres". Versos sagrados de amor filiar. [s. l.] 1956.
1 h. pl. 18 cm.

- 61.—*Salabarría Castelo, Daisy.*
Mnotecnia de los municipios de Cuba. La Habana, 1956.
44 h. mapas. 33 cm.
- 62.—*Teseiro Barceló, Aida.*
Ritmo musical. [s. l., 1956].
51 p. música. 28 cm.
- 63.—*Teseiro Barceló, Aida.*
Solfeo. [s. l.] 1955.
28 p. música. 23 cm.
- 64.—*Tur Canudas, Angel Vicente.*
La Tierra y la viejecita. La Habana, P. Fernández, 1955.
84 p. 23 cm.
- 65.—*Vázquez Failde, José.*
Naturaleza, evolución y transformación. 3ª ed. ampl. y
corr. Habana, 1956.
27 p. 22 cm.

SUMARIO

	Pág.
Lilia Castro de Morales.—Introducción.....	3

VIGENCIA DEL AYER

Aurelia Castillo de González.—La voluntad de Dios. (Comedia en dos actos y en verso).....	6
---	---

TEMAS E INDAGACIONES

Juan F. Carvajal y Belló.—A través de la Habana elegante.....	34
José Conangla Fontanilles.—Los otros sentidos.....	69
Luis Sánchez de Fuentes.—La intimidad de Luis G. Urbina. Memorias de un discípulo.....	155
Luis F. LeRoy y Santiago Arévalo. Carta a la Directora.....	181

TESTIMONIOS

Abel Gómez Núñez (1955).....	193
Salvador Saiaci Couto (1955).....	194
Rosa Borja de Ycaza (1956).....	195
Santos Juárez Fiallo (1956).....	196

VIDA DE LOS LIBROS

Bibliográficas:

Emeterio S. Santovenia.—Ferrara, Orestes. El Cardenal Contarini un gran embajador veneciano	199
Victoria Caturla Brú.—García Bárcena, Rafael. Redescubrimiento de Dios. (Una filosofía de la religión).....	201
Antonio Linares Fleytas.—Castañeda, Jorge. México y el Orden Internacional	204
—— García Amador, Francisco V. La utilización y conservación de las riquezas del mar.....	204
—— Du-quesne y de Zaldo. El proceso de desarrollo económico y la coyuntura cubana	206
—— Rodríguez Altunaga, Rafael. Código de Comercio.....	207
Antonio Martínez Bello.—Sánchez Roig, Mario. La imprenta en América....	208
—— Piñera Llera, Humberto. Lógica.....	209
—— Piñera Llera, Humberto. Introducción.....	211
—— Obras de psicología	213
—— Almendros Ibáñez, Herminio y Alvaro. Lengua española. Libro de lenguaje. 5º grado	215
—— Marrero, Leví. Viajemos por América.....	217
—— Swift, Emerson H. Arte, civilización y ambiente.....	219
—— El pueblo norteamericano y la cultura.....	220
—— Obras jurídicas	222
—— Valderrama y Peña, Esteban. La pintura y la escultura en Cuba....	224
—— Marrero, Enrique. Adolescencia náufraga	226
—— Otero Masdeu, César y García Tudurí, Ernesto. Estadística de los Centros Secundarios en la República de Cuba.....	226
—— Almendros Ibáñez, Herminio, y Alvero Francés, Francisco. Diccionario infantil (Minor)	227
—— Silva, Felipe, Geografía económica.....	228
—— Portuondo, Fernando. Historia de Cuba.	230
—— Arrechea Rodríguez, Elio. Nuestro mundo. Estudio de la Naturaleza, 1º y 2º grado.....	232
—— Alvarez Tabío, Fernando. El proceso contencioso-administrativo y el Estado de Derecho.....	234

ESTADISTICA

Arfelio Castro Amargós.—Estadística.....	237
Relación de obras científicas y literarias inscriptas en el Registro de la Propiedad Intelectual, durante los meses de octubre, noviembre, y diciembre de 1956.....	245

Revista de la Biblioteca Nacional

Directora: LILIA CASTRO DE MORALES

Esta revista no se vende. Se reparte gratuitamente entre las instituciones culturales que la soliciten.

Queda autorizada la reproducción de cualquier artículo o información que aparezca en esta Revista, siempre que se haga la correspondiente cita de su procedencia.

No se mantiene correspondencia sobre originales no solicitados. La redacción se reserva el derecho de admitir o rechazar un artículo. Para cualquier asunto relacionado con esta publicación, dirigirse a: Revista de la Biblioteca Nacional, Castillo de la Fuerza, Habana, Cuba.



COLABORAN EN ESTE NUMERO

Aurelia Castillo de González

Emeterio S. Santovenia

José Conangla Fontanilles

Juan F. Carvajal y Belló

Luis Sánchez de Fuentes

Victoria Caturla Brú

Antonio Linares Fleytas

Antonio Martínez Bello

Arfelio Castro Amargós